

# Treball de Fi de Grau

## Títol

Narrar el conflicte para construir la paz.  
Cuatro historias de empoderamiento de mujeres  
víctimas-supervivientes del conflicto armado en  
Colombia

## Autoria

Elena Bulet i Llopis; Helena Rodríguez Gómez

## Professorat tutor

Santiago Giraldo Luque

## Grau

Comunicació Audiovisual	
Periodisme	X
Publicitat i Relacions Públiques	

## Tipus de TFG

Projecte	X
Recerca	

## Data

19/05/2020

# Full resum del TFG

## Títol del Treball Fi de Grau:

<b>Català:</b>	Narrar el conflicte per construir la pau. Quatre històries d'empoderament de dones víctimes-supervivents del conflicte armat a Colòmbia		
<b>Castellà:</b>	Narrar el conflicto para construir la paz. Cuatro historias de empoderamiento de mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia		
<b>Anglès:</b>	Narrate the conflict to build peace. Four empowerment stories of women victims-survivors of the armed conflict in Colombia		
<b>Autoria:</b>	Elena Bulet i Llopis; Helena Rodríguez Gómez		
<b>Professorat tutor:</b>	Santiago Giraldo Luque		
<b>Curs:</b>	2019/20	<b>Grau:</b>	<b>Comunicació Audiovisual</b>
			<b>Periodisme</b>
			<b>Publicitat i Relacions Públiques</b>
			X

## Paraules clau (mínim 3)

<b>Català:</b>	Víctima, narració, empoderament, memòria històrica, dones, construcció de pau, reparació, conflicte armat, violència, Colòmbia, documentació audiovisual, periodisme d'investigació
<b>Castellà:</b>	Víctima, narración, empoderamiento, memoria histórica, mujeres, construcción de paz, reparación, conflicto armado, violencia, Colombia, documentación audiovisual, periodismo de investigación
<b>Anglès:</b>	Victim, narration, empowerment, historic memory, women, peacebuilding, reparation, armed conflict, violence, Colombia, audio-visual documentation, investigative journalism

## Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)

<b>Català:</b>	Després de quatre anys de la signatura dels acords de l'Habana, Colòmbia es troba en un moment crucial de la construcció de pau. En aquest context, dones víctimes-supervivents del conflicte s'empoderen explicant la seva història i organitzant-se per un canvi en el seus territoris. Aquest projecte periodístic investiga les històries de quatre líders socials i analitza des de les vessants teòrica i pràctica el paper de la narració de les supervivents de la violència en la construcció de pau. El resultat són quatre perfils escrits i audiovisuals de dones de procedència social diversa, afectades de forma diferenciada pel conflicte, però amb un mateix objectiu: aconseguir una vida digna i un futur sense violència.
----------------	--

<b>Castellà:</b>	<p>Después de cuatro años de la firma de los acuerdos de La Habana, Colombia se encuentra en un momento crucial de la construcción de paz. En este contexto, mujeres víctimas-supervivientes del conflicto se empoderan explicando su historia y organizándose por un cambio en sus territorios. El proyecto periodístico investiga las historias de cuatro lideresas sociales y analiza desde las vertientes teórica y práctica el papel de la narración de las supervivientes de la violencia en la construcción de paz. El resultado son cuatro perfiles escritos y audiovisuales de mujeres de procedencia social diversa, afectadas de forma diferenciada por el conflicto, pero con un mismo objetivo: conseguir una vida digna y un futuro sin violencia</p>
<b>Anglès:</b>	<p>Four years after the signature of the Habana agreements, Colombia is in a key moment of the peacebuilding process. In this context, women victims-survivors of the conflict empower themselves by telling their stories, at the same time that they organize their communities for a change in their territories. This journalistic project investigates the stories of four social leaders and analyses the role of the survivors' narration in the peacebuilding process, from the theoretical and practical standpoints. The result is four written and audiovisual profiles of women from diverse social settings, differently impacted by the armed conflict, but with the same aim: achieving a life worth living and a future free of violence.</p>

# **Narrar el conflicto para construir la paz**

## **Cuatro historias de empoderamiento de mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia**

Elena Bulet i Llopis; Helena Rodríguez Gómez

*Este proyecto no habría sido posible sin los relatos de todas las mujeres víctimas-supervivientes que han decidido abrirse y colaborar con este proyecto. Gracia a Leo, a Yuliana, a Heidi, a Luz, a Nancy, a Adonái, a Ángela Patricia, a Norby, a Venus y a Flor por querer contar su historia.*

# Índice

1. Introducción
  - 1.1. Las narraciones de las mujeres como herramienta constructora de paz
2. Marco teórico. Reconceptualización de la víctima: relato, memoria social y construcción de paz
  - 2.1. La perspectiva psicosocial en el proceso de paz colombiano
  - 2.2. La víctima como relato y memoria social
    - 2.2.1. *Las historias de vida como herramienta de construcción de una memoria histórica polifónica e inclusiva*
    - 2.2.2. *El relato transformador de las víctimas, construcción de un yo individual y un yo colectivo empoderado en la defensa de sus derechos*
  - 2.3. Aproximación al concepto de memoria histórica
    - 2.3.1. *Memoria y olvido*
    - 2.3.2. *Memoria como espacio de debate y poder*
    - 2.3.3. *La responsabilidad del periodismo en la creación de memoria*
  - 2.4. La inclusión de la perspectiva de género en los Acuerdos de Paz, lucha histórica de las mujeres víctimas
    - 2.4.1. *La relación entre mujer y paz*
    - 2.4.2. *La importancia de la perspectiva de género en los procesos de paz*
    - 2.4.3. *El caso colombiano*
  - 2.5. La construcción de paz desde las organizaciones de mujeres
  - 2.6. Reparación más allá de lo narrado: verdad, justicia y cumplimiento
3. Presentación formal del proyecto
4. Metodología aplicada en la investigación
5. Resultados de la investigación
  - 5.1. Las narraciones de las mujeres víctimas-supervivientes
    - 5.1.1. *Las mujeres narradoras*
    - 5.1.2. *Las víctimas-supervivientes*
      - 5.1.2.1. *¿Qué es ser víctima-superviviente del conflicto armado colombiano?*

- 5.1.2.2. La relación entre víctima y victimario
- 5.1.2.3. La capacidad de resiliencia de las mujeres víctimas-supervivientes
- 5.1.2.4. Romper el silencio. La narración para pasar de ser víctima a superviviente
- 5.1.2.5. La importancia de la narración en la memoria histórica
- 5.1.3. *Las organizaciones de mujeres: diversidad, empoderamiento y liderazgo*
  - 5.1.3.1. Maternidad
  - 5.1.3.2. Las organizaciones de mujeres: una fuente de liderazgo social
- 5.1.4. *Las mujeres como constructoras de paz*
  - 5.1.4.1. La paz para las mujeres víctimas-supervivientes
  - 5.1.4.2. En defensa de la paz, exigiendo el cumplimiento
  - 5.1.4.3. Perdón, verdad, reparación y no repetición
- 5.2. Las narraciones como productos periodísticos
  - 5.2.1. *Los perfiles de las mujeres víctimas-supervivientes*
    - 5.2.1.1. Leonoricel Villamil
    - 5.2.1.2. Yuliana Cepeda
    - 5.2.1.3. Luz Ángela Yate
    - 5.2.1.4. Heidi Johanna Rojas
- 6. Conclusiones
- 7. Referencias
- 8. Anexos
  - 8.1. Presupuesto solicitado al ICIP
  - 8.2. Cronología del proyecto de investigación
  - 8.3. Referentes audiovisuales
  - 8.4. Perfil largo de Leonoricel Villamil
  - 8.5. Perfil largo de Yuliana Cepeda
  - 8.6. Perfil largo de Luz Ángela Yate
  - 8.7. Perfil largo de Heidi Johanna Rojas
  - 8.8. Cápsulas audiovisuales

# 1. Introducción

“Narrar el conflicto para construir la paz: Cuatro historias de empoderamiento de mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia” es un trabajo de investigación a caballo entre lo académico y lo periodístico, sobre las experiencias de empoderamiento de diversas víctimas-supervivientes del departamento del Tolima. El proyecto periodístico investiga las historias de cuatro lideresas sociales y analiza desde las vertientes teórica y práctica el papel de la narración de las supervivientes de la violencia en la construcción de paz. El resultado son cuatro perfiles escritos y audiovisuales de mujeres de procedencia social diversa, afectadas de forma diferenciada por el conflicto, pero con un mismo objetivo: conseguir una vida digna y un futuro sin violencia.

Este trabajo forma parte del proyecto “Mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia: un modelo de perdón, empoderamiento y reconciliación nacional”, con nombre periodístico “Berracas”. Un proyecto realizado junto con otros investigadores e investigadoras de la Universitat Autònoma de Barcelona, el Observatorio de Paz y Derechos Humanos de la Universidad del Tolima y la Corporación Universitaria Nacional de Educación Superior (CUN), y ha obtenido financiamiento del Institut Calalà Internacional de la Pau. Las cuatro historias de vida presentadas en el presente TFG, “Yuliana”, “Leonorcel”, “Luz Ángela” y “Heidi Johanna”, se incluyen en el conjunto de diez perfiles de lideresas sociales del departamento del Tolima que forman parte de “Berracas”. La voluntad del proyecto es dar pleno protagonismo a las mujeres víctimas-supervivientes como agentes empoderadas en la lucha por los derechos humanos y la justicia social, y de esta forma hacer un pequeño aporte a la visibilización de su tarea como reconstructoras, desde el territorio, del tejido social colombiano.

El objetivo académico de “Narrar el conflicto para construir la paz” es analizar de qué forma se interrelacionan la narración de las mujeres víctimas-supervivientes, la memoria histórica del conflicto y la construcción de paz con perspectiva de género. El objetivo periodístico del proyecto es documentar, contextualizar y visibilizar la capacidad de resiliencia y la lucha por la paz de las mujeres víctimas-supervivientes, para así crear un espacio de escucha respetuosa con sus historias y propagar su capacidad de reconciliación. A su vez, se pretende acercar el papel de las mujeres víctimas-supervivientes en la Colombia del posacuerdo de Paz a aquellos receptores más ajenos al contexto político y social colombiano. Para lograr los objetivos planteados se ha aplicado una metodología basada en una primera fase de investigación documental, seguida de un trabajo de campo cualitativo centrado en las historias de empoderamiento de cuatro víctimas supervivientes. Por lo que respecta a la metodología periodística y deontológica seguida, se ha procurado en todo momento realizar un acercamiento respetuoso a las entrevistadas, así como efectuar un profundo trabajo de documentación de los contextos socioeconómicos locales en los que se encuentran.

El trabajo se estructura en cuatro partes principales y unas conclusiones finales. En primer lugar, el marco teórico reconceptualiza la víctima desde la perspectiva psicosocial, a partir de los ejes de relato, memoria social y construcción de paz. Seguidamente, se presenta el proyecto de manera formal y se desarrollan los objetivos de la investigación. En tercer lugar, se explica más detenidamente la metodología aplicada en la investigación y en la

elaboración de los productos periodísticos. Posteriormente, se exponen los resultados de la investigación, que se dividen en dos grandes grupos. Por una parte, se presentan las narraciones de las mujeres víctimas-supervivientes entrevistadas, que a su vez dialogan con la reflexión académica realizada en el marco teórico. Por otra parte, se exponen las mismas narraciones transformadas en los productos periodísticos realizados y se discute su formato. Las cápsulas audiovisuales de Yuliana, Leonoricel, Luz y Heidi y los perfiles periodísticos que las acompañan se hallan insertadas en este mismo apartado, mientras que los capítulos en formato de reportaje narrado se encuentran adjuntados en los anexos debido a su larga extensión. Finalmente, se cierra el trabajo presentando las conclusiones extraídas del proceso de elaboración de la investigación y el proyecto periodístico.

## **1.1. Las narraciones de las mujeres como herramienta constructora de paz**

Solo en 2020, más de cien líderes sociales han sido asesinados en Colombia, según las cifras publicadas por el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz, 2020) a mediados de mayo. Se trata de personas que luchan por construir una sociedad en paz. Personas que después de haber sido víctimas, se han empoderado y han visto que, sin las organizaciones, sin el aporte colectivo, es muy difícil que la paz arraigue en el país. El presente TFG pretende visibilizar a las mujeres líderes que persiguen ese objetivo de construcción de paz, puesto que precisamente su voz ha sido la menos escuchada a lo largo de la historia, pese a que ellas son una de las principales víctimas de los conflictos armados y tienen un papel preponderante en la reivindicación de la paz.

Siglos de conflictos armados en el mundo han demostrado que son las mujeres las que sufren la discriminación sistemática y la humillación como táctica hostil; la pérdida de sus hijos, de sus padres, de sus parejas (Calbet, 2018; Céspedes-Báez, 2010; Corporación Caribe Afirmativo, 2017). Cubiertas por las capas de la ley del silencio y la normalización de las violencias características del patriarcado, las víctimas-supervivientes intentan curar las heridas de la guerra entre la frecuente indiferencia tanto de las instituciones, como de la sociedad (Ibarra, 2011).

En Colombia, del mismo modo que ha ocurrido en otros países en conflicto (Villallas, 2010) las mujeres víctimas del conflicto armado han asumido el papel de tejedoras de la reconciliación y se han abanderado de la lucha por el fin de la violencia y la defensa de los derechos humanos. Ellas han decidido reivindicar activamente —como lo hacen las Madres de la Candelaria, en Medellín, o las Madres de Soacha, en Cundinamarca, por ejemplo— sus derechos como víctimas y han asumido un papel activo en la construcción de nuevas verdades y del perdón social lejos de los discursos de polarización presentes en la sociedad colombiana. Así, las mujeres transforman el concepto de víctima como “sufridora” a “superviviente”, y ponen énfasis a través de su acción en el papel de la mujer como sujeto político por la reparación de los individuos y la colectividad.

El presente trabajo tiene su razón de ser en la situación actual de la Colombia del posacuerdo bajo el mandato presidencial de Iván Duque, un presidente crítico y contrario a la implementación de los acuerdos de paz firmados por el gobierno de Juan Manuel Santos con las FARC en La Habana. Durante el período de gobierno de Iván Duque la



implementación de los acuerdos de Paz se ha ralentizado, no se garantiza la seguridad de los y las defensoras de los derechos humanos, y numerosos excombatientes de las FARC firmantes de los acuerdos de paz han sido asesinados. Desde la firma del Acuerdo Final de Paz se han asesinado 198 personas en proceso de reincorporación (Misión de Verificación de la ONU en Colombia, 2020). La violencia no ha terminado, y el accionar de las bandas criminales conocidas como “bacrim” y los grupos posdemovilización hacen que se deba hablar de “posacuerdos” y aún no de “posconflicto” (Caracol, 2017).

Además, el gobierno de Duque ha suspendido el proceso de paz con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y ha intensificado el conflicto con dicha guerrilla (Verdad Abierta, 2019). Ante tal situación, en vez de reforzar los mecanismos para combatir las vulneraciones de derechos humanos, el uribismo, dentro del cual se inscribe el presidente Duque, pidió el cierre de las oficinas de Derechos Humanos de la ONU en Colombia y no dejó entrar al país a Michael Frost, el relator de Derechos Humanos de Naciones Unidas (Oquendo, 2020; Semana, 2020).

No se olvida tampoco el clima social preexistente poco favorable a la implementación de los acuerdos, ya que la ciudadanía no refrendó los Acuerdos de Paz en el plebiscito de 2016, pese a que la opinión de los colombianos respecto a los acuerdos era positiva antes de culminar el proceso de paz. El estado de opinión construido mediáticamente (Oficina del Alto Comisionado para la Paz, 2016; González, 2017) y guiado por los intereses de la oligarquía colombiana más que por las reclamaciones de las víctimas, no propició la formación de un imaginario social favorable a la reinserción de los excombatientes de las FARC, ni la aceptación de la participación política de la antigua fuerza armada, ni la concesión del perdón —no entendido como olvido o como injusticia— por parte de la mayoría de la sociedad colombiana. El resultado del plebiscito —con sólo 54.000 votos de diferencia— demostraba la división política y social del país y condujo a la renegociación de un acuerdo de paz que fue finalmente aprobado por el parlamento, sin una nueva consulta plebiscitaria (Aya Smitmans, 2018). Posteriormente, las elecciones presidenciales celebradas en 2018 casi calcaron territorialmente el resultado del plebiscito de 2016 y demostraron el mismo grado de polarización de la sociedad colombiana (Pizarro, 2018). Por eso se cree necesario difundir las historias de las mujeres-supervivientes que, con su capacidad de perdón y reconciliación, tienen el potencial empático de construir puentes entre las distancias ideológicas que dividen al país.

La polarización de la sociedad colombiana va ligada a la multiplicidad de relatos sobre el conflicto y sus orígenes, y por este motivo el marco territorial de actuación del proyecto está centrado en el departamento del Tolima, ya que es el lugar en el que históricamente nace el conflicto guerrillero (Alape, 2004), y que por tanto se asocia con el lugar originario de la guerra, pese a que los conflictos sociales y armados en Colombia anteceden la formación de las FARC en 1964 (Schuck y Brito, 2019, p. 80). En el sur del Tolima surgió la “República de Marquetalia” y, curiosamente, el valor histórico que alberga esta zona golpeada incesantemente por la guerra (Medina Gallego, 2008) contrasta con la ausencia de investigaciones sobre el relato propio de las víctimas de la guerra en la región. El proyecto cubre así un vacío en el que las mujeres pueden contar la historia de su propia afectación por la guerra, y ahonda en las condiciones sociales y económicas que generaron el conflicto.

La situación descrita presenta en sí misma una justificación lógica de la implementación del proyecto. Las historias de vida de las mujeres, que relatan diferentes visiones del conflicto, como víctimas, como supervivientes de la guerra, como luchadoras incansables de la vida, son una fuente de diálogo social necesaria en la sociedad colombiana (Vila, 2013; Herbolzheimer, en El Espectador, 2018b). Sus discursos, difundidos en diferentes medios, pueden ayudar a la comprensión de la necesidad de la reconciliación y a la identificación social con su capacidad de perdón. Sus ejemplos, como mujeres empoderadas en sus comunidades, en sus territorios, pueden proyectar un impacto social importante que ayude a que en Colombia aumente la opinión favorable a la implementación de los acuerdos de paz.

Debido a la responsabilidad del periodismo en la creación de opinión pública y memoria histórica, es necesario que los medios de comunicación coadyuven a entender y amplificar estas voces por la paz, el esclarecimiento de la verdad y la justicia social. Además, para garantizar su amplia difusión, el proyecto tiene en cuenta los hábitos de consumo de productos periodísticos actuales. Por este motivo, se plantean formatos variados, tanto audiovisuales como escritos, para su consumo en diferentes contextos.

## **2. Marco teórico. Reconceptualización de la víctima: relato, memoria social y construcción de paz**

### **2.1. La perspectiva psicosocial en el proceso de paz colombiano**

Tal y como define Ruta Pacífica de las Mujeres, “las consecuencias de la violencia en las mujeres no son daños colaterales de un conflicto armado. Son impactos que necesitan escucharse y exigen un reconocimiento; son memorias fragmentadas que pasan por el cuerpo y vida de las mujeres; son parte de la historia colectiva, de una verdad social que quiere ser compartida” (2013, p. 19). En este sentido, en un contexto de conflicto armado cabe destacar que las secuelas psicológicas que quedan en cada individuo —debido a diversos factores ya sean violencia, desplazamiento forzado, agresión sexual, etc.— se pueden entender en un marco social. Este enfoque es el denominado psicosocial, que sostiene que la relación entre el individuo y la sociedad se convierte en el elemento central que supera las limitaciones de lo puramente psicológico y lo sociológico (Rizzo, 2009, pp. 2-37). El enfoque psicosocial, para el caso colombiano, ayuda a entender el impacto psicológico a nivel colectivo en el que se encuentran las mujeres afectadas por el conflicto armado.

Según recogen Victoria Lugo-Agudelo, Paula Vanessa Sánchez-Agudelo y Cristian Rojas-Granada, “en el contexto del post-acuerdo en el conflicto armado colombiano, la restauración se propone como acción psicosocial, donde es necesario considerar las particularidades de la población, reconocer los múltiples contextos sociales, políticos, culturales a los cuales pertenecen y acompañar respetuosamente” (2018, p. 68). Así, según los investigadores de la Universidad de Caldas y la Universidad Católica Luís Amigó (Manizales, Colombia), “lo psicosocial se entiende como una relación dialéctica que existe entre lo personal y lo social, en la que los ‘traumas’ se producen socialmente y se alimentan

de la relación individuo-sociedad” (Lugo-Agudelo, Sánchez-Agudelo y Rojas-Granada, 2018, p. 68).

El mayor exponente oficial de la aplicación de la perspectiva psicosocial a la hora de impulsar iniciativas para la reparación de las víctimas serían los mismos Acuerdos de Paz firmados en La Habana en 2016. De acuerdo con lo que afirma la Oficina del Alto Comisionado para la Paz (OACP, s.f., p. 4), “desde el comienzo del proceso en 2012 se acordó que resarcir a las víctimas debía estar en el centro del acuerdo entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP, y por eso se incluyó en la Agenda del Acuerdo General el punto ‘Víctimas’”, para asegurar la satisfacción integral de sus derechos a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición, y se creó el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición. Un Acuerdo con un sistema que apuesta explícitamente por la reconstrucción del tejido social y la reparación de las víctimas a través de la acción psicosocial comunitaria, que incluye mecanismos judiciales y extrajudiciales y con un enfoque diferencial y de género (OACP, s.f., p. 9).

El gobierno colombiano ha aplicado esta perspectiva psicosocial de manera transversal en numerosos programas de diferentes ministerios, como es el caso del Ministerio de Trabajo que, a través del Grupo Interno de Trabajo para la Reparación Integral a las Víctimas del Conflicto Armado, lanzó en 2017 un proyecto orientativo para la transversalización del Enfoque Psicosocial en los Programas de Rutas Integrales de Empleo y Autoempleo Rural y Urbano para Víctimas del Conflicto Armado (Mintrabajo, 2017, p. 38). De esta manera, las instituciones pretenden obtener:

La resignificación del plan de vida de las víctimas, que dé cuenta de su diversidad en todos los componentes étnicos, sexuales y culturales, y a su vez de los impactos del conflicto en los territorios y en su vidas, favoreciendo el desarrollo de las individualidades y su interés en lo colectivo, en lo común, que está en relación con los comportamientos comunitarios, en el fortalecimiento de las relaciones familiares y sociales, así como en la recuperación autónoma de las capacidades productivas y laborales de las víctimas (Mintrabajo, 2017, pp. 3-38).

En Colombia, las víctimas del conflicto armado se han pronunciado históricamente en diferentes espacios (públicos, privados, jurídicos, organizativos, etc.) lo que les ha permitido construir una voz activa y que ha llevado, entre otras cosas, al desarrollo de bases de datos, a la realización de ejercicios de memoria y, sobre todo, a participar activamente en los procesos de paz como asociaciones organizadas. La propia autoorganización de las víctimas ha sido reconocida y visibilizada como norma positiva bajo la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005 y Ley 1592 de 2012) y también bajo la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011) —aunque ambas normativas han sido ampliamente criticadas por no reconocer y reparar a las víctimas de los paramilitares y/o de crímenes de Estado—, al tiempo que la discusión pública y normativa fue recogida por los principales medios de comunicación del país. Por último, las instituciones como la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) y el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) amplificaron las voces de las víctimas dentro del mismo intento por reconocer ese derecho político de quienes habían sufrido las peores consecuencias del conflicto armado. La movilización social de las víctimas ha sido uno de los motores del propio andamiaje institucional para el reconocimiento de sus propios derechos.

En el ámbito institucional se encuentra también la Unidad para la Atención y Reparación Integral de las Víctimas<sup>1</sup>, que brinda apoyo a las personas afectadas. Esta Unidad contempla un plan de acción para las mujeres, que busca la reconceptualización de ellas mediante una “estrategia de formación y empoderamiento a las mujeres víctimas, con la cual se buscó aportar herramientas que facilitaran la apropiación de la política pública de mujeres, el conocimiento y la elaboración de observaciones o sugerencias a las rutas y programas dirigidos a las mujeres víctimas, la formulación de los planes de acción de mujeres en el marco del Auto 092<sup>2</sup> y su incidencia en la construcción de la paz con mirada de mujer víctima” (UARIV).

El cambio en el enfoque institucional hacia una perspectiva psicosocial llega después de que diversas organizaciones de mujeres lleven años movilizándose para exigir “incorporar otras dimensiones a la solución política del conflicto armado, apelando a argumentos históricos, políticos, culturales y éticos” (Ibarra, 2011, p. 253). Además, las mujeres han creado redes que “ofrecen un mecanismo social a las activistas y ayudan a construir una realidad compartida por medio de un discurso común” (Ibarra, 2011, pp. 253-254).

Tal y como plantean Lugo-Agudelo, Sánchez-Agudelo y Rojas-Granada, “desde la perspectiva psicosocial de la restauración, esta también implica el reconocimiento de los sobrevivientes como personas que tienen voz, una voz que merece ser expresada y escuchada, no sólo por los efectos que tal experiencia narrativa tiene en ellos, sino también para las comunidades” (2018, p. 68).

## **2.2. La víctima como relato y memoria social**

La narración de las víctimas como relato y memoria social de un conflicto más allá de la versión de los ganadores ha sido abordada por varios autores y desde diferentes disciplinas. Patricia Nieto (2010, p. 77) señala la narración como una necesidad, como un imperativo, para muchas de las víctimas del conflicto armado en Colombia. La autora especifica el papel de las víctimas como constructoras de una polifonía vital para la elaboración de una memoria colectiva sobre el propio conflicto y como una forma de sacar a la luz las virtudes narrativas de quienes no han sido oídos. Según destaca Watchel, la narración institucional —y por ende, dominante— ha eliminado a ciertas voces no privilegiadas dentro de la construcción social del relato colectivo (1999, p. 72). Villa reafirma la visión y el relato de las víctimas como una forma de construir una mirada “holística y compleja” del conflicto (2013, p. 42).

---

<sup>1</sup> La UARIV por Ley debe atender y reparar tanto en la dimensión individual como colectiva. La reparación, que debe ser integral y puede ser simbólica y/o administrativa, aborda cinco categorías: rehabilitación, indemnización, satisfacción, restitución (puede ser de tierras, fuentes de ingreso, empleo) y garantías de no repetición con el propósito dignificar las víctimas y recuperar la verdad a través de la memoria histórica.

<sup>2</sup> El Auto 092 de 2008 es una orden de seguimiento establecida por la Corte Constitucional, en la cual se identifican los impactos desproporcionados que viven las niñas y las mujeres en el conflicto armado y se emiten mandatos al Estado para su especial protección constitucional (Corporación Sisma Mujer, 2017). María Eugenia Cruz Alarcón, lideresa de la Regional Bogotá del Colectivo de Mujeres Víctimas Restableciendo Derechos, destaca que este Auto se convirtió en una “herramienta importantísima” para trabajar en la reparación de las mujeres víctimas, “y además un movimiento muy fuerte que se genera alrededor de ese auto”, ya que se materializó en una agenda propia de las mujeres y como una manera de articularse y empoderarse de sus propios derechos. Cruz explica cómo de seis regiones acabaron siendo en total 600 mujeres articuladas también con lideresas nacionales de otras organizaciones mixtas (Corporación Sisma Mujer, 2017).

Tal y como afirma Laura Langa, “narrar lo que pasó despierta preguntas” (2019, p. 584). Las víctimas hallan así una forma de saber qué y cómo sucedió el conflicto para ellas, las víctimas, que dejan de ser, así, un sujeto pasivo y se convierten en artífices de la propia historia del país. Es decir, las víctimas se empoderan como sujetos productores de narrativas que, a su vez, son productoras de memoria histórica (Bohórquez et al., 2017, p. 720). En la misma línea, Wachtel (1999) también resalta el papel de la oralidad narrativa como un mecanismo que permite el retorno del hablante al papel del sujeto activo al ser reivindicado como fuente, como creador de la historia de la memoria. Del mismo modo, Olaya afirma que:

La configuración del sujeto víctima, en su relación con el testimonio y la memoria, no solo proviene de políticas públicas, sino que ella tiene que ver, en la década de 1960 tanto en Europa como en América Latina, como lo expresa Huyssen (2001), con la búsqueda de historias alternativas resultado de procesos de descolonización y con la emergencia de nuevos movimientos sociales que indagaban otras formas de registrar el pasado que resistiera a una serie de relatos hegemónicos (Olaya, 2018, p. 6).

La narración puede utilizarse en el caso de las víctimas de conflictos armados como fuente de información, como ilustración para una situación descrita, como una estrategia para conocer un evento, y como instrumento para su propia denuncia (Nieto, 2010, p. 78). De esta manera, con su relato, las víctimas contrarrestan y deconstruyen la historia escrita desde la visión del victimario, ya que, como popularmente se expresa, “es la historia de los vencedores sobre los vencidos” (Bohórquez et al., 2017, p. 720).

Al mismo tiempo, a través de la narración es posible introducir un proceso argumental antes negado o reducido a lo testimonial en las víctimas. Es una oportunidad para construir referentes simbólicos, las imágenes, las metáforas y las representaciones colectivas (Wachtel, 1999, p. 78), ya que la narración posibilita a las comunidades reafirmarse aún después de grandes cambios. Describir, narrar y explicar permite identificar las mutaciones de la realidad social y comprender las causas de las transformaciones. Son, en definitiva, “un dispositivo para avanzar en la configuración del relato histórico a través de la cultura” (Nieto, 2010, p. 81). Las víctimas se convierten, a través del relato, en mediadoras de la construcción del pensamiento social y, de acuerdo con Agier (2008, p. 33), realizan una acción política a partir del acto o la intención de denominar, relatar y clasificar —es decir, establecer categorías—. Bohórquez, Rojas y Anctil recogen las reflexiones de Primo Levi, que dedicó su vida después de sobrevivir como prisionero en el campo de concentración a “narrar la otra verdad, la verdad desde los prisioneros, desde las víctimas y no desde los verdugos” (Bohórquez et al., 2017, p. 721). En su diálogo con el pensamiento de Levi, los autores concluyen que “el reto de la Víctima como Sobreviviente está en el *deber ser* y su transformación en sujeto-productor-de-narrativa que contribuye a la reconstrucción de la Memoria histórica” (2017, p. 725). Pero, igual que Levi, advierten que la víctima narra pero no por ello dice la verdad, pues “la memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz” (Levi, 2015, p. 485 en Bohórquez et al., 2017, p. 722).

### **2.2.1. Las historias de vida como herramienta de construcción de una memoria histórica polifónica e inclusiva**

Aranguren señala que, hasta los inicios del siglo XXI, con la entrada en vigencia de los escenarios de justicia transicional y la “Ley de Justicia y Paz” (CNMH, 2013), en Colombia no se introducen las nuevas perspectivas del relato como forma de identificación y de dignificación humana de las víctimas. Hasta entonces, el sufrimiento, las emociones, el sujeto, el cuerpo o las historias eran condensadas en datos estadísticos que imprimían una dimensión cuantitativa a la tragedia de la guerra, pero que obviaba la esencia misma de las víctimas. “El sujeto desaparece, es borrado, pero también escapa a esta representación; sus emociones, sus tácticas y sus estrategias, sus entregas y sus resistencias no circulan en la sistematización del sufrimiento... las narrativas al respecto han terminado por amplificar —particularmente en las denuncias— el lugar del hecho violento, por encima del sujeto” (Aranguren, 2017, p. 64).

Esta “preeminencia del hecho violento” que, además, propone la “ontologización de la violencia y de la guerra que define a las víctimas por su victimización” (Aranguren, 2017, p. 65), es una idea también trabajada por Butler (2010, p. 13) cuando se enfrenta en su libro a los “marcos de guerra”, que definen “los modos culturales de regular disposiciones afectivas y éticas a través de un encuadre de la violencia selectivo y diferencial”. Además, según recoge la crítica de Foucault sobre la designación de los contenidos históricos sometidos a los “saberes sujetos” (1992), las narraciones personales de las víctimas, por una parte, se niegan, sistematizan o enmascaran dentro de relatos históricos convencionales y terminan por ser incorporados a “coherencias funcionales” o “sistematizaciones formales” y, por otra, son asumidos como “no competentes o insuficientemente elaborados”, con lo cual terminan por ser igualmente excluidos.

Para Riera y Martín Beristain (1994) el silenciamiento de las víctimas, así como el poder que las excluye, marca y segrega, necesita transformarse y redefinirse como un reconocimiento hacia la funcionalidad del dolor y el horror en la represión y en las diferentes formas de violencia política. La exteriorización del dolor y del sufrimiento en espacios colectivos e identitarios de las mismas víctimas, que se apoyan entre ellas, ayuda también a la disminución del miedo hacia ese mismo “poder numinoso” (Villa, 2013, p. 53) ligado al dolor y al sufrimiento.

Según defiende Villa, el reconocimiento de la importancia del testimonio personal y del relato de vida como mediación es una forma de emergencia al escenario político de las víctimas silenciadas por un conflicto —como las mujeres y otros grupos sociales especialmente vulnerables—, a la vez que resulta una oportunidad de ser “liberadas de la colonización” de dispositivos y métodos de acercamientos académicos y epistemológicos tradicionalmente excluyentes (Villa, 2013, p. 38). Estos procesos de rememoración “no ocurren de manera aislada sino en las relaciones sociales. Son recuerdos personales inmersos en narrativas colectivas, que a menudo están reforzadas en rituales y conmemoraciones grupales” (Ricoeur, 1999 en Langa, 2018, p. 584). Paul Ricoeur también habla de la importancia de participar de la memoria colectiva y afirma que “aquí, el lema de las Luces: ¡sapere aude! [atrévete a saber], ¡sal de la minoría!, puede reescribirse: ¡atrévete a crear relato!, ¡a narrar por ti mismo!” (Ricoeur, 2008, p. 573 en Urbanczyk, 2019, p. 3).

En la misma línea, Villa califica la creación y la publicación de la memoria de las víctimas como una estrategia radical, un llamado ético para que la sociedad y sus instituciones se comprometan en el fin del ejercicio de la violencia (2013, p. 45) y es, al mismo tiempo, un intento por construir una categoría social para la comprensión de una actividad histórica reciente (Vecchioli, 2013, p. 6) de una sociedad concreta. Al mismo tiempo, para Nieto, la relevancia de las historias de vida radica en que a través de ellas “es posible identificar voces de víctimas que sólo serán reconocidas una vez su palabra sea recuperada y publicada” (2010, p. 79). Un ejemplo son los dos libros editados por la Alcaldía mayor de Bogotá, ‘Almas que escriben: Memoria y esperanza’ (Schmidt, 2018) y ‘Vidas en medio del conflicto’ (Schmidt, 2019), que recogen los testimonios tanto de víctimas como de excombatientes.

En este sentido, una de las mujeres víctimas-supervivientes entrevistada por la Ruta Pacífica de las Mujeres, explica que “la historia colombiana está construida a partir de los victimarios y de los dueños del poder. Hasta que Colombia no conozca la verdad o la otra cara de las situaciones, es decir, hasta que las víctimas no empiecen a contar sus historias, no podrá haber una historia nacional completa” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p.369). De hecho, todavía hay muchas violencias invisibilizadas, pues el impacto histórico del conflicto armado ha provocado que se normalicen muchas de las violencias que viven las mujeres en las comunidades colombianas (Mesa de Trabajo “Mujer y conflicto armado”, 2015, p. 7). El impacto de las violencias contra las mujeres derivan, entre muchos aspectos, de la lógica de la guerra, que tiene un lenguaje propio, así como unos principios, jerarquías y orden social particulares (Rodríguez y Moncaleano, 2019, pp. 46-47). Aun así, dentro de la historia colombiana y su construcción desde los victimarios, también se invisibiliza que muchas mujeres estuvieron en posiciones de poder. En este sentido, Rodríguez y Moncaleano defendían que “en no pocos casos ellas ejercieron el papel de victimarias en una guerra que no era la suya pero que no les dejaba opción para cumplir con su propio plan de vida” (2019, p. 47). No se puede entender el conflicto en Colombia, en su complejidad, si no se tiene en cuenta que existieron víctimas que también fueron victimarios y a la inversa, que no existe una única verdad.

La rememoración de los individuos puede ser entendida, también, como un punto de encuentro de las múltiples redes de solidaridad de las cuales hacen parte las propias víctimas (Wachtel, 1999, p. 77). Las historias de vida y sus narraciones constituyen así una forma emancipadora de construir subjetividades políticas y de reconstruir el tejido social (Villa, 2013, p. 37). Según recoge el informe *Memorias en tiempos de Guerra*, realizado por el Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), al reconstruir y representar las memorias dolientes “se movilizan sentidos, se ubican hitos espaciales y temporales y se le da un significado, un propósito y un futuro al acto y al trabajo de la memoria” (2009). Es un proceso que ayuda a la construcción de una memoria colectiva, como elaboración intersubjetiva, un instrumento que posibilita a los grupos tomar consciencia de su identidad a través de representaciones sociales configuradas a través del tiempo (Nieto, 2010, p. 81; Wachtel, 1999, p. 80) y una posibilidad de producir tanto un reconocimiento nacional e internacional de su condición o categoría de víctimas, como un consenso público relacionado con el pasado político y social reciente en un entorno compartido (Vecchioli, 2013, p. 9).

Vecchioli (2013, pp. 19 y 23) subraya al respecto que la construcción de legitimidad sobre la categorización e identificación de las propias víctimas supone una disputa social que muchas veces se vertebra a partir de la construcción y de la potencia narrativa —o una producción de verdades— de los sujetos interesados (Calveiro, 2012). Como actos políticos históricos, las víctimas, al narrar, pueden llegar a crear marcos de institución de sus propias acciones. Crean, a través de su narración, de su identificación, la realidad —o verdad— que nombran (Bourdieu, 2008). Luchan, en definitiva, en contra de negativas sociales o institucionales sobre las pretensiones de legitimidad de algunas víctimas o categorías de ellas que tienen que ver con puntos de vista distantes sobre el pasado reciente de los países que han sufrido una situación conflictiva (Vecchioli, 2013, p. 20).

### ***2.2.2. El relato transformador de las víctimas, constructor de un yo individual y un yo colectivo empoderado en la defensa de sus derechos***

El nuevo concepto de víctima, alejado del victimismo, permite a las personas que han sufrido el conflicto reconocerse y encontrarse. La víctima organizada y colectivizada, movilizada, logra generar un impacto visible en la sociedad. Se convierte en un actor político relevante (Villa, 2013). La búsqueda de reconstrucción como sujeto político de la víctima, en colectivo y bajo una identidad dignificada, como víctima, permite el ejercicio de la ciudadanía con plenos derechos, es decir “una lucha por los derechos que vaya más allá de la simple limosna y que implique una confrontación con un modelo de desarrollo implantado a sangre y fuego” (González et al., 2002).

Al mismo tiempo, la participación en grupos de víctimas conserva la pluralidad de experiencias de victimización y este actuar en colectivo se torna necesario para la acción política en el sentido propuesto por Arendt cuando afirma que: “la esfera política surge de actuar juntos, de compartir palabras y actos” (Arendt, 1998, p. 221 en Tabares, 2011, p. 29). De este modo, Arendt le da poder a la vida y a la narración en común, ya que es a partir de juntarse y organizarse con otros que la acción es más efectiva (Tabares, 2011, p. 29).

Además, el relato de las víctimas ayuda a la construcción y el empoderamiento de un yo individual y un yo colectivo al mismo tiempo, ya que esta narración incorpora descripciones de experiencias, sucesos e interpretaciones tanto subjetivas y particulares como comunitarias. Revela las interpretaciones subjetivas de los protagonistas que describen cómo construyen su propio mundo y cómo tejen su experiencia individual con la de los demás. Son testimonios políticos y también producciones estéticas (Nieto, 2010, p. 81).

Además, según recogen Lugo-Agudelo, Sánchez-Agudelo y Rojas-Granada basándose en Van Camp (2014), “las personas no solo quieren expresarse y ser escuchadas, sino que también buscan una comunicación que transforme a los participantes” (2018, p. 65). De esta manera, “a través de la interacción que permite el diálogo, los sobrevivientes pueden verificar haber sido comprendidos por sus antagónicos, constatan el nivel de afección que su historia tiene para los demás, transforman la idea inicial que han tenido sobre los otros, y en algún sentido contextualizan sus comportamientos” (Lugo-Agudelo et al., 2018, p. 65).



El cambio de concepción implica pasar de la búsqueda de la solidaridad con la víctima a la autoafirmación política, social y económica, como movimiento social (Giraldo-Luque, 2015). El marco social que se teje para escuchar las narraciones implica también una validación o legitimación de los testimonios de las víctimas. La legitimación social del relato genera una acción permanente de resistencia colectiva (Villa, 2013, p. 53) que es el primer paso para el posicionamiento de sus historias como memoria, como parte de la historia misma, en oposición a una versión oficial institucionalizada (Mendoza, 2007) y mediatizada.

La reconstrucción y explicación de su propio relato en un escenario colectivo permite a las víctimas encontrar espacios de escucha —efectiva (Aranguren, 2017, p. 66)— y participar de un proyecto colectivo de memoria. Al mismo tiempo, encuentran en la experiencia una forma de dejar de ser una simple cifra estadística, “una reducción del sujeto al dato sobre el daño o al registro de la tipología de hecho violento” (Aranguren, 2017, p. 64), para significar una historia o relato de vida, humanizada: “los sujetos y protagonistas son ellas y ellos” (Villa, 2013, p. 48). Las víctimas que inician un proceso de reconstrucción propia de su historia se reconocen a sí mismas como parte de la historia del conflicto, de la historia nacional.

Una de las claves del potencial transformador de las mujeres víctimas en supervivientes y defensoras de los derechos humanos se halla a través del relato de sus experiencias y en la identificación de sí mismas como resistentes a múltiples violencias e injusticias. Este autorreconocimiento, sobre todo en las mujeres, permite también la construcción de liderazgos sociales (Villa, 2013). La Ruta Pacífica de las Mujeres, explica los inicios del liderazgo femenino, que muchas veces ha emergido entre:

Las mujeres en situación de desplazamiento que, empujadas por la necesidad de la búsqueda de un nuevo lugar donde habitar, se involucraron en la creación y el desarrollo de asentamientos poblacionales de familias desplazadas. Durante estos procesos de construcción de nuevos barrios, ellas jugaron un importante papel en la consecución de unos mínimos servicios que les permitieran vivir en condiciones de humanidad. Así llegaron a ser líderes de sus comunidades apoyadas en la confianza que otras y otros depositaron en ellas (2013, p. 453).

Esta confianza, sumado a su modo de ser y a la manera como se relacionaban con el entorno, las empoderó para influir en esferas que debido a su rol de género se les consideraba ajenas (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 457). En este sentido, se demuestra que los conflictos armados representan la primera oportunidad de muchas mujeres de tener una participación activa social y política (Villegas, 2010, p. 26). El rol de lideresa social supone muchas veces un riesgo para las mujeres que lo ejercen, pues algunas han sufrido amenazas para frenar acciones de denuncia o controlar su trabajo en ciertas partes del territorio. Aun así, las lideresas persisten y muestran su implicación y compromiso con la reconstrucción de la vida colectiva (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 474).

Desde un punto de vista psicosocial, Wilches afirma que es necesario “considerar a las mujeres víctimas como potenciales defensoras de derechos, una vez reconozcan sus enormes capacidades de afrontamiento y puedan manejar los instrumentos que el derecho les otorga, como poder simbólico y como herramienta para exigir justicia” (2010, p. 16). La

construcción del relato convierte a las víctimas en actores y en sujetos colectivos autónomos que trabajan por la paz y por el pleno reconocimiento de sus derechos vulnerados. Según reflexiona Villa:

Puede afirmarse que las historias y relatos de vida referidas tienen en común, como hilo conductor, la resistencia (incluyendo al afrontamiento y la resiliencia), es decir, una lectura, una interpretación centrada en las capacidades, en la fuerza para asumir, en las salidas que se fueron encontrando, en las luchas cotidianas y en los sentidos encontrados aún en medio del horror... No le trajeron la "salvación" ni la fórmula desde afuera. Sino que permitieron que la gente reconociera en su potencial, en su historia y en sus marcos sociales y culturales medios y formas para seguir afrontando, para fortalecer el afrontamiento que habían realizado; valorando sus mediaciones, sus valores, sus historias (Villa, 2013, p. 54).

La psicóloga Lina Rondón (en Camargo, 2014), de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, apunta a la importancia de hacer ver la capacidad de resistencia de las mujeres. Desde la Unidad de Víctimas se ha procurado que las víctimas se den cuenta de la fortaleza interna que han tenido para sobrevivir a las adversidades vividas, clasificando su preservación como un acto heroico:

El acto heroico es todo: callarse, desplazarse, ir a la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, reclamarle al Estado, no permitir que les quiten la dignidad o que las maten. Eso casi nunca lo ven los psicólogos porque lo que les preguntan es qué le pasó, y con eso se fija que ellas solo son víctimas y dolientes. En la estrategia no solo vemos un hecho y un dolor sino una persona con muchas identidades: la víctima, la sobreviviente, la resistente, y la luchadora (Rondón en Camargo, 2014).

Muñoz Cobeñas (2010) abunda en la importancia del relato para "historizar y narrar la vivencia de la aflicción (...) [ya que] alienta a la socialización del dolor y del recuerdo, en una dimensión complementaria al registro que pueda darse del relato en los ámbitos jurídicos para hacer justicia. Recobra la dimensión más humana del relato, externaliza, transmite y transforma la experiencia y la construcción de la memoria y alienta una identidad legitimadora".

Esperanza Hernández (2003) señala que las voces de las víctimas pueden dotar de diversos significados al proceso de reconciliación. Además, plantea la necesidad de que la reconciliación y los procesos de negociación de conflictos armados deben consultar las voces de sus víctimas como requisito indispensable para la superación de la impunidad, una reparación integral y reconstrucción, el cierre del ciclo de la violencia y la edificación de las bases de una paz estable y duradera. Incluso plantea que son completamente necesarias las voces de las víctimas de la violencia puesto que desconocerlas impide cerrar ese ciclo de violencia. Hernández añade que la recuperación de la memoria histórica y la memoria de las víctimas, la justicia y la reparación integral de las víctimas son el camino a seguir para restablecer las relaciones rotas por el conflicto, lo que conlleva que la recuperación de la memoria histórica se visualice como un medio para alcanzar el estado de reconciliación. En este mismo sentido, la autora expone que el derecho de las víctimas de la violencia a la verdad ha sido considerado como fundamental para no repetir la historia de violencia y de violaciones a los derechos humanos; como antídoto contra la impunidad; como instrumento que posibilita la liberación de las víctimas de la violencia, en términos de elaboración de

duelos, reparación psicosocial y dignificación de sus seres queridos; como acción activa para devolver, en sociedades democráticas, la credibilidad en las instituciones y en el futuro, y como posibilidad de reconciliación (2003, p. 48).

### **2.3. Aproximación al concepto de memoria histórica**

La noción de *memoria* es un tema de discusión tanto para la academia, el sector público y la sociedad, en particular para las víctimas afectadas por conflictos armados o procesos dictatoriales. La profusión de conflictos internos e internacionales, así como su solución a partir de procesos de negociación y posteriores formas de reparación y reconciliación, han llevado a estudiar las causas y hechos violentos, a buscar mecanismos de justicia transicional y a crear Comisiones de la Verdad.

Desde algunas reflexiones de Jesús Martín-Barbero (2010 y 2015) puede considerarse que el auge y la necesidad de abordar la memoria se puede explicar a partir de tres aspectos. 1. La demanda de verdad, justicia y reparación en democracias post dictatoriales o democracias restringidas en procesos de “posconflicto” como Sudáfrica, Guatemala, Argentina, Chile. 2. La búsqueda de raíces y sentido de pertenencia en sociedades en las que imperan el desplazamiento y la migración. 3. La necesidad de anclaje temporal que sufren unas sociedades cuya temporalidad es sacudida brutalmente por una revolución comunicativa y cultural que disuelve las coordenadas espacio-territoriales de la vida cotidiana.

De acuerdo con lo anterior, en Colombia, los trabajos alrededor del conflicto y en torno a su comprensión se han desarrollado a partir de ejercicios de memoria que reúnen las voces de las víctimas, la visión institucional o estatal y, por supuesto, de movimientos y organizaciones sociales al igual que de investigadores adscritos a instituciones de educación superior. La mayoría de estos trabajos se han centrado en construir bases de datos sobre las víctimas del conflicto, como el informe Noche y Niebla del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP). También están los esfuerzos de organizaciones como la Ruta Pacífica de las Mujeres, la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos ASFADDES, el Proyecto de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio y, específicamente, desde el 2008, el proyecto Colombia Nunca Más del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), a partir de denuncias, ejercicios de construcción de memoria en espacios conmemorativos y procesos pedagógicos y de atención psicosocial.

Igualmente, el Estado colombiano en varias ocasiones ha emprendido la tarea de construir un relato nacional que dé cuenta de las causas, afectaciones y consecuencias de la violencia en el país. Así, en el año de 1987 durante el gobierno de Virgilio Barco se delegó a 10 académicos para indagar por la violencia que se vivía en ese momento. De esta manera se consolidó la Comisión de Estudios Sobre la Violencia, la cual dio origen al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) dentro de la Universidad Nacional y los llamados “violentólogos”. Producto de lo anterior se publicó el informe *Colombia: violencia y democracia*. Posteriormente en el 2005, en el marco de la Ley 975 de Justicia y Paz, y con la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), se creó la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación la cual buscaba garantizar a las víctimas

el esclarecimiento judicial y la realización de sus derechos, recomendar criterios para las reparaciones y presentar un informe público sobre las razones para el surgimiento y evolución de los grupos armados.

Para el 2011 con la Ley 1448 o Ley de Víctimas, se consolidó el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) que tiene como misión “Contribuir a la realización de la reparación integral y el derecho a la verdad del que son titulares las víctimas y la sociedad en su conjunto, así como al deber de memoria del Estado con ocasión de las violaciones ocurridas en el marco del conflicto armado colombiano, en un horizonte de construcción de paz, democratización y reconciliación” (Ortega , 2016, p. 230).

De este Centro han surgido alrededor de 60 informes sobre casos emblemáticos que contribuyen a la construcción de la “memoria histórica” y un informe general publicado en el 2013 titulado *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*.

Al inicio de los diálogos del acuerdo de paz, se consolidó la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (2015), que publicó 12 ensayos realizados por distintos académicos como contribución para el entendimiento del conflicto y en consonancia con el cumplimiento del punto cinco del Acuerdo Final sobre las víctimas, la creación de la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no Repetición. Este trasfondo ha sido preciso para profundizar las diferencias, visibilizar las disputas políticas alrededor de la comprensión de la propia historia y producir narrativas disonantes, distantes y espacios de apropiación de las agendas públicas y estatales. Aunque al mismo tiempo también ha permitido visibilizar la manifestación de interpretaciones unívocas por parte de sectores particulares, no siempre orientados hacia la construcción de paz.

En este sentido, la construcción de un solo relato sobre el conflicto está marcado por las tensiones que trae consigo unificar las múltiples narraciones e interpretaciones establecidas alrededor del conflicto armado, dado que los lugares de enunciación son tan diversos como las memorias mismas. Para Jaramillo, Parrado y Torres (2017) “la memoria se convirtió en un vector de imaginación articulador de práctica discursiva, acción social y disputa política” (p. 120), lo que deriva en una amplia comprensión de lo que ella es.

Es precisamente su amplitud, tanto conceptual como práctica, la que hace que su abordaje requiera comprender la dimensión subjetiva anclada fuertemente a los tiempos y espacios del conflicto armado, dado que esta “depende de quién y cómo se narra pues finalmente en la base se encuentra ese sujeto-productor-de-narrativa que, a su vez, también es un sujeto-productor-de-memoria. (...) tanto narrativa como memoria, se entretajan en la producción de lenguajes por parte de sujetos interrelacionados, de sujetos-sociales productores de multiplicidad de lenguajes” (Farfán et al., 2017, p. 720).

Esta variedad de sujetos productores de memoria es abordada por Jaramillo et al. (2017), quienes en un estudio sobre la construcción de las memorias en Colombia para el periodo de 2005-2016, encuentran que es posible dar cuenta de por lo menos seis agendas relacionadas: la estatal, la pública, la ciudadana, la mediática, la de la cooperación internacional y la investigativa-creativa (2017, p. 122). Cada una de ellas implica todo un

marco de intencionalidades que no siempre encuentran consenso en lo que es la memoria, sus alcances, objetivos y mecanismos de construcción.

**Cuadro 1. Agendas de Memoria en Colombia (Jaramillo et al., 2017)**

<b>Agenda Estatal</b>	Corresponde al orden gubernamental estatal, en donde marcos normativos como la Ley de Justicia y Paz de 2005 y la Ley de Víctimas de 2011, son ejes transversales de análisis y ponen de manifiesto la tensión entre la memoria como deber institucional y la memoria como derecho cívico.
<b>Agenda Pública</b>	Se trata de la reacción frente a algunas de las instituciones del orden estatal, instituciones académicas y otros colectivos. La memoria se presenta desde diversos escenarios: como dispositivo reconstructivo, medida reparadora, canal de movilización política, mediación pedagógica e, incluso, como eje para una “memoria institucional heroica”.
<b>Agenda Ciudadana</b>	Se compone de “diversos sujetos colectivos” donde se concentran amplias y diversas agendas respecto de la memoria. La memoria se enuncia a veces como dispositivo de emancipación para la defensa de la vida, el bienestar y el territorio; como reparadora, instrumento de resistencia, de lucha contra la impunidad; como posibilidad de nuevas ciudadanías; como eje para procesos de reparación y justicia; como recurso de soberanía territorial.
<b>Agenda Mediática</b>	Aparece como eje para transmitir la memoria y “socializarla”, lo que genera representaciones en muchas ocasiones estereotipadas y “esencialistas” de la memoria.
<b>Agenda Cooperación Internacional</b>	Encarnada en actores globales que aportan desde el mundo económico. Aquí la memoria se toma como eje estratégico de diversas dimensiones como los derechos humanos, el enfoque diferencial, el fortalecimiento institucional y comunitario, entre otros.
<b>Agenda Investigativa y Creativa</b>	Enfocada en abordar la memoria desde amplias dimensiones que salen de la normatividad teórica, epistemológica, metodológica y narrativa. En esta se encuentran investigadores y artistas.

Fuente: Elaboración propia con base en Jaramillo et al. (2017, pp. 122-130).

Contribuyendo en este debate, Traverso (2007) señala que la memoria se conjuga siempre en presente, pues define en el momento actual los recuerdos, los testigos que se escuchan y las fuentes que se consultan. Tiene que ver, también, con lo que se denomina como la “dimensión política de la memoria colectiva” (p. 18), que, de una u otra forma, afectará la manera en que se escribe la historia. En este contexto y en la relación entre memoria e historia, Traverso (2007) considera que la primera se ha emancipado de su dependencia exclusiva del texto, intentando incorporar en sus desarrollos otros saberes, otros lenguajes y formas de representación, junto a dinámicas propias (singulares). Y que, por su parte, la historia se ha democratizado incorporando una serie de “*polifonías*”, nuevas formas de hacer historia, especialmente, tras la “emergencia de las clases subalternas como sujeto político” (p. 26) con los desarrollos propios de la disciplina (la nueva historia, la Escuela de los Annales, el giro lingüístico, entre otros). En cualquier caso, tanto la historia como la memoria nacen de un mismo origen: “la elaboración del pasado” (p. 22).

El riesgo consiste en la instrumentalización de esa “elaboración”. Un ejemplo de ello es la parcialidad de la narración histórica que se denuncia desde la Ruta Pacífica de las Mujeres, que argumentan que está realizada desde una óptica masculina, mayoritariamente

occidental y de clase dominante. En este sentido, “la memoria de la verdad de mujeres reabre la pugna por la significación y la apropiación del discurso histórico como memoria colectiva. Al sacarla a la luz, se pone de manifiesto que una parte de la memoria no se había incorporado a la historia común” (2013, p. 33). Para David Rieff (2017), eso es precisamente lo que ha ocurrido en diversos contextos sociales e históricos bajo la premisa de que la *rememoración histórica colectiva*: “se sitúa entre la historia y la memoria, en un sentido que las instrumentaliza a ambas sin respetar mucho a ninguna” (p. 52). Además, agrega que “La apropiación de la historia por parte de la memoria es también la apropiación de la historia por parte de la política (...), hemos entrado en un mundo donde la función esencial de la memoria colectiva es la legitimación de un criterio particular y un programa político y social, y la deslegitimación de los opositores ideológicos” (2017, p. 83).

Para Traverso (2007), la emergencia de esta discusión ha permeado el mundo académico (y no siempre positivamente). De allí considera que “la obsesión memorialista de nuestros días es el producto del declive de la experiencia transmitida, en un mundo que ha perdido sus referentes, ha sido desfigurado por la violencia y atomizado por un sistema social que borra las tradiciones y fragmenta las existencias” (Traverso, 2007, p. 16). Precisamente, esa idea de “memoria transmitida”, tiene su génesis en la diferenciación que plantea Walter Benjamin (Jay, 2003) entre *Erfahrung* y *Erlebnis*, o entre experiencia transmitida y vivida. Para Benjamin se atraviesan tiempos de cambios profundos, donde la experiencia transmitida o narrada es truncada, especialmente por las secuelas traumáticas de la Primera Guerra Mundial, la modernización e industrialización de los centros urbanos y los nuevos tiempos, que hacen incomunicable una gran cantidad de sentimientos. Por ello, la *Erlebnis* tiene que ver con un recorrido personal, con una experiencia propia previa a la modernidad y más ligada a la vida, que precede, de alguna forma, a la reflexión intelectual. Por lo anterior, cuando el hecho es tan dramático que cuesta narrarlo con palabras, hay que hacer uso de otro tipo de lenguajes, otras formas de “dejar salir” aquello que se recuerda.

En una síntesis entre la experiencia transmitida y la vivida, la Ruta Pacífica de las Mujeres plantea el papel de la memoria como prevención. Esta memoria implica también “la transmisión a las nuevas generaciones de los aprendizajes que ha dejado toda esa experiencia de dolor y resistencia” (2013a, p. 449).

Actividades como tejer, pintar, escribir, producir música, bailar o actuar han permitido aflorar la memoria vinculada a la experiencia traumática vivida. Vargas y Díaz explican la transformación de forma simbólica de la acción de tejer, elemento presente en la cotidianidad de muchas mujeres, y que ha devenido tan importante como medio de expresión para muchas organizaciones de mujeres. Según las autoras recogen “el tejido representa las conexiones con el mundo, con las personas e igualmente, el destejer, desenredar y tejer de nuevo, simboliza el ciclo creativo de la vida, la muerte, la deconstrucción y reconstrucción de los significados. Para algunas comunidades el tejido plasma su historia, los caminos que recorren, sus territorios, en resumen, toda su cosmovisión” (Vargas y Díaz, 2018, p.397).

El valor del tejido también lo reconocen autoras como Parra y Gutiérrez, que explican que el acto de tejer puede tener importancia en la escritura de la autobiografía. En especial, se centran en las experiencias de las mujeres kankuamas desplazadas en la ciudad de

Riohacha. Las autoras destacan que, “en cada puntada, una exactamente igual a la otra, se tejen las cuatro dimensiones de la naturaleza de la mujer indígena: espiritualidad, educación, economía y política” (Parra y Gutiérrez, 2019, p. 134). El tejido, además, puede funcionar como *vehículo de la memoria*, pues se trata de objetos, expresiones o actuaciones que “antes de representar el pasado, lo incorporan performativamente” (Jelin, 2002, p. 37 en Sánchez-Blake, 2016, p. 304). Al elaborarlo, se despiertan sentidos, recuerdos, es un trabajo de la memoria que permite establecer “relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, y entre los dolores de las víctimas, los hechos y sus responsables” (Sánchez-Blake, 2016, p. 304). De este modo, elementos como el “tejido”, el “fogón”, la “escucha” o “el silencio” se transforman en prácticas políticas, que demuestran el rol activo de las mujeres y su capacidad de resistencia (Parra y Gutiérrez, 2019, p. 141).

Otra reflexión interesante sobre la naturaleza de la(s) memoria(s) es la que hace el filósofo Santiago Alba y que la autora Laura Langa recoge en su artículo “Todo proceso creativo no es más que una pregunta. ‘Nosotras, territorio que habla’: Madres ante la impunidad los crímenes de Estado en Colombia” (2019). Así, según Alba, existen tres tipos de memoria. La *documental*, casi puramente cronológica, que ayuda a llevar un registro de las fechas y permite la orientación temporal. La *colectiva*, que “tiene que ver con las respuestas sociales rutinarias, enraizadas en el cuerpo y en el discurso, a los embrollos de la vida en común” (Alba, 2016, pp. 19-23 en Langa, 2019, p. 577), una memoria que “materializamos socialmente y adecuadamente con nuestras conductas en ceremonias, instituciones o en la producción de souvenirs, bibliografía y audiovisuales” (Langa, 2019, p. 577). Y finalmente, la memoria *individual*, que guía el hacer y es “sedimentada en torno a las costumbres y a objetos” (Alba, 2016, p. 20 en Langa, 2019, p. 577), que, como explica Langa, “gira en torno a la relevancia de las cosas materiales que permanecen como mudos testigos elocuentemente en sus hogares” (2019, p. 577).

### **2.3.1. Memoria y olvido**

En el marco de la memoria, el recuerdo y el olvido, existen importantes elementos que resultan pertinentes poner sobre la mesa. Uno de ellos es la discusión que hace Todorov (2006) con relación al pasado que nunca se puede restituir de manera integral. Siempre será parcial. La recuperación del pasado es, entonces, un ejercicio de selección y jerarquización que determina qué se recuerda y qué se olvida. Pero además, estos hechos del pasado deben ser interpretados (una vez más, emerge un principio selectivo). Lo que diferencia a un historiador de un “fabulador” es la ocurrencia de los hechos y, en ese sentido, una idea de verdad que está en juego.

Por ello Todorov (2006) distingue entre “verdad de adecuación” (correspondencia exacta de lo ocurrido con lo que se recuerda) y la “verdad de develamiento” (captar el sentido de lo ocurrido). Pero más que contradicción entre estas concepciones, hay complementariedad. Afirma el autor que “la memoria no se opone absolutamente al olvido” (p. 3). La verdadera oposición es entre los términos *supresión* y *conservación*. La memoria es una mezcla, quizás amorfa, de los dos. Todorov (2006) considera que “lejos de oponerse, la memoria es olvido: olvido parcial u orientado, olvido indispensable” (p. 3).

Desde esta perspectiva, Todorov (2006) invita a reflexionar sobre un tema álgido y no exento de polémica: la relación existente entre la memoria y algunos juicios morales preestablecidos en el orden social. Esto es, cuestionar hasta dónde pueden existir ciertos beneficios que también se pueden obtener al victimizarse. Por ello se plantea que “la moral es desinteresada o no es moral” (p. 5). Cuando la discusión se sitúa en este punto, la relación entre el “agente y el paciente” puede expresarse en cuatro categorías: bienhechor o beneficiario del acto, malhechor o víctima. Ello lleva a dos grandes relatos: el relato heroico (que celebra el triunfo del “nosotros”) y el relato victimario (que destaca su sufrimiento) (p. 4). Cuando se lleva a un plano de grupo, puede presentarse cierta instrumentalización: cuando un “grupo ha sido víctima de una injusticia en el pasado, ese hecho le abre en el presente una línea de crédito inagotable” (p. 5). Todorov utiliza los ejemplos de los afroamericanos que cuestionan el holocausto judío al compararlo con el *propio* holocausto vivido en los Estados Unidos.

También se plantea, a propósito de los aniversarios de los bombardeos sobre Hiroshima y Nagasaki, cómo se expresa cada óptica del relato histórico: triunfador en el caso de los Estados Unidos, victimizante en el caso de los japoneses. Cada uno sin reconocer sus propios excesos, para afirmar que “cada cual elige el punto de vista que le conviene” (p. 6). La alternativa, si la hay, es abrazar la idea de *tragedia* (tener la capacidad de identificarse tanto con el héroe (victimario) como con la víctima, pues cualquier salida aceptada implica dolor y muerte). Para el autor, la memoria no es ni buena ni mala, hay que aprender a navegar entre la *sacralización* o el “aislamiento radical del recuerdo” (p. 7), donde el recuerdo se idealiza y no puede ser tocado y la *banalización* o “*asimilación abusiva del presente al pasado*” (p. 7) donde cada evento pierde su singularidad. En este sentido, Todorov (2006) considera que la única manera de avanzar en términos morales es reconocer e identificar el mal, pero en nosotros mismos.

Con esta línea interpretativa, se puede sostener que una de las razones que explican la importancia del pasado tiene que ver con la generación de reconocimiento y, en ese sentido, de identidad (lo que se es). Si se pierde la memoria se pierde la identidad (un buen ejemplo es el Alzheimer), aunque, precisamente, la idea de identidad deviene múltiple y dinámica. Ahora bien, que los ejercicios de memoria y reconstrucción del pasado contribuyan a erigir lo que se es o explicar el presente, no significa que sirvan para aprender del pasado de manera automática. Es importante tener muy claro que “uno no aprende nada de los errores de los otros” (p. 10), por lo que Todorov (2006) afirma que la memoria no nos va a salvar de cometer los mismos errores o excesos, y coloca el acento en la comprensión de la interpretación histórica al sostener que “El pasado histórico, al igual que el orden de la naturaleza, no tiene sentido en sí mismo, no secreta por sí solo ningún valor; sentido y valor le vienen de los sujetos humanos que los interrogan y los juzgan” (p. 12). Por lo anterior, resulta fundamental el carácter político de la memoria y la reivindicación necesaria de la misma en cuanto contribuye a la justicia, que sería en últimas un “buen uso” de la memoria que confronte la mentira, el abuso y el poder.

Ahora bien, en la relación entre memoria y olvido surge una voz inquietante en la lectura que realiza Rieff (2012 y 2017), pues plantea que, en algunas circunstancias históricas, el olvido es mejor que el recuerdo. Que este también puede servir para atizar el odio, la violencia y mantener latente la sed de venganza. En este sentido sostiene que “Al



apropiarse de la historia (...), la memoria colectiva lograba que la propia historia no pareciera sino un arsenal de armas necesarias para continuar las guerras o para mantener una paz endeble y fría” (Rieff, 2012, p. 14). En cualquier caso, el paso inexorable del tiempo invita a no sustraernos de la realidad que plantea que “tarde o temprano todo logro humano, al igual que todo ser humano, será olvidado” (Rieff, 2017, p. 19).

Por su parte, Jelin (2002) considera también que no se trata de elegir entre la memoria y el olvido, porque este también es una forma de memoria. Se trata, desde el punto de vista confrontacional, de diversos usos, intenciones, temporalidades y subjetividades (experiencias) de las memorias, que permiten vislumbrar un escenario altamente complejo: multiplicidad de tiempos y sentidos, actores, procesos, cambios históricos, entre otros. Por ello, en el escenario de construcción de lo colectivo, “el desafío es superar las repeticiones, superar los olvidos y los abusos políticos, tomar distancia y al mismo tiempo promover el debate y la reflexión activa sobre ese pasado y su sentido para el presente/futuro” (p. 16).

Según Teresa Valle, la memoria va más allá de la mera reconstrucción del recuerdo (Valle, 2006, p.11-18 en Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 32). De acuerdo con los testimonios de mujeres víctimas-supervivientes que recoge la Ruta Pacífica, la memoria trata de una reelaboración, una reconstrucción de las emociones pasadas, para explicarse a sí mismas, ubicarse en el presente y proyectarse hacia el futuro. Además, “rehacer la memoria colectiva con nuevas miradas no previstas es un proceso sanador que contribuye a la transformación de la sociedad poniendo las bases para la no repetición de hechos violentos” (2013, p. 33).

### **2.3.2 Memoria como espacio de debate y poder**

Otra temática de especial interés tiene que ver con la construcción de memoria y su relación con el poder estatal, la institucionalización o la construcción de unas “memorias dominantes” (Blair, 2011, p. 65). Un elemento que deja de lado las denominadas memorias subalternas o “subterráneas” en la medida que son invisibles, “construidas a pedazos, desperdigadas, invadidas de subjetividad como toda memoria” (Blair, 2011, p. 65), pero también porque el juego de palabras invita a emerger, sacarlas a la superficie, a visibilizar, etc.

En ese sentido, ciertos usos de la memoria entrarían en eso que Elsa Blair denomina *espacios de poder* (2011, p. 66) y, por lo tanto, se trataría de un elemento dinámico y en permanente disputa. Finalmente, la memoria recobra dos dimensiones: la pública y la política, especialmente en temas políticamente conflictivos (Jelin, 2002). En estas, se produce un conocimiento crítico a partir de los acontecimientos dolorosos que por su intensidad generan en el sujeto una capacidad de responder. En ese sentido, se debe tener en cuenta que el tiempo de las memorias no es lineal, no es cronológico o racional. Por tal razón los procesos históricos ligados a las memorias del pasado conflictivo tienen momentos de mayor visibilidad y momentos de latencia o de aparente olvido y silencio. Cuando nuevos actores o nuevas circunstancias se presentan en el escenario, el pasado es resignificado.

La memoria como acción política es una fuente crucial para la historia, ya que plantea preguntas abiertas para la investigación al estimular la agenda de la investigación histórica (Jelin, 2002). La importancia de esa “memoria histórica” en la construcción de la paz dentro del conflicto armado en Colombia, ha sido subrayada por Gonzalo Sánchez, cuando en una entrevista dijo que “el problema, es que no hay memoria sin memorias. En la sociedad y sobre todo en las sociedades de guerra, la memoria es esencialmente plural. Por eso, más que una definición de memoria preferiría hablar de la memoria como un escenario, como lugar de enunciación de diferencias (pasado), lugar de negociación (presente) y lugar de debate social sobre el futuro” (Sánchez en Rodríguez, 2008).

Es una tarea compleja conjugar las memorias sociales desde las víctimas como parte de la superación de guerras y situaciones de violencia generalizada, ya que la memoria en el ámbito personal se resume en un conjunto de experiencias o recuerdos significativos que define quiénes somos. Tal como lo explica Stern (1998), la memoria suelta o personal no está necesariamente dotada de un sentido mayor, de un significado social que se ubica en el corazón del imaginario colectivo. Las memorias sueltas se dotan de sentido social al producir memorias emblemáticas, es decir, al crear recuerdos colectivos. Esta relación se da por medio de coyunturas sobre los hechos históricos que surgen a partir de experiencias personales. La memoria y el olvido pueden llegar a convertirse en un proceso histórico, social y personal; sin embargo, la memoria emblemática cultural y política es influyente y hegemónica.

La memoria es el escenario político donde se fortalecen las posiciones del sujeto, le da condiciones a la víctima de igualdad y el horizonte colectivo se convierte en una memoria ejemplar. Es un elemento que permite utilizar lo que sucedió en el presente, para que por medio de las acciones de injusticia se pueda luchar contra las que se producen en la actualidad. Para Todorov (2006), la memoria como un proceso de la afirmación del sujeto, en cuanto a la construcción de su proyecto de vida, la construcción de su *identidad* y el reconocimiento en el pasado, genera una separación de lo individual de lo colectivo, lo que genera, en este caso, el surgimiento de la victimización.

La afirmación del sujeto en lo político es el reconocimiento de la víctima y de los victimarios y, en el campo político, se marca el horizonte colectivo de la memoria frente a la “justicia”, fortaleciendo las posiciones del sujeto. Al darle sentido a la nación, la memoria alude a lo colectivo separándolo de lo individual, donde se construye una *identidad*, un proyecto vital en común y el reconocimiento en el pasado. La memoria se convierte así en un mecanismo donde se reconstruye la identidad y se afirma el sujeto en un escenario político y democrático.

Según María Urbanczyk, no se trata de asumir la construcción de la memoria como un hecho culminado y estático. Urbanczyk apuesta por comprender el pasado desde la perspectiva propuesta por Vich y Zavala, según la cual “el pasado no es algo anterior al presente sino una dimensión interior de este” (2004, p. 18). Una visión dinámica y en proceso de la memoria, que Urbanczyk analiza a partir del estudio de la construcción de la memoria colectiva del conflicto armado en Colombia desde el video universitario, “posibilita acceder a la multiplicidad de las interpretaciones de las realidades vividas e imaginadas, y a

la vez permite una mejor comprensión de lo humano, social e identitario” (Urbanczyk, 2019, p. 2).

De esta manera se puede decir que construir memoria es un acto político y una práctica social tal y como reconoce el CNMH (2013, p. 24), lo cual implica que es un territorio en disputa entre fuerzas e interpretaciones disímiles, campos y lecturas de inclusión y exclusión, favorecimiento y perjuicio entre actores, señalamientos y justificaciones o autolegitimaciones. Tal y como advierte Olaya, en Colombia, “la discusión sobre las razones de la violencia no es unívoca, ni existe claridad acerca de la manera de contar nuestro pasado violento y mucho menos certezas acerca del tipo de tratamiento a dar a las víctimas en el escenario público” (2018, p. 7).

Para Felix Reátegui (2009, pp 24-25 en Sánchez-Blake, 2016, p. 305), “la memoria es un factor constituyente del espacio público que comunica lo social con lo político”. Además, el autor apunta la capacidad de la memoria de consolidar un poder, pero también de transformarlo o desestabilizarlo: “se convierte en un ingrediente importante de la malla simbólica en la que se sostienen nuestros ordenamientos sociales, ya sean oficiales o de individuos y colectividades” (Reátegui 2009, pp. 24-25 en Sánchez-Blake, 2016, p. 305).

Gonzalo Sánchez reconoce que “La memoria es un campo de lucha en el que se dirime qué versión del pasado debe prevalecer en función del futuro que se quiere construir” (Sánchez en Blair, 2011, p. 70). En su artículo, Blair recoge tres aspectos destacables que existen de la relación entre memoria y poder (en el sentido del ejercicio de la política) (2011, p. 70). Primero está la identidad de individuos y grupos. Para que en un grupo social perdure el sentido de solidaridad y pertenencia en el tiempo, es necesario rememorar algo propio del pasado, si se parte de que ni la identidad ni la memoria son objetos que se pueden manipular, pues como dice Gillis (1994) “las identidades y las memorias no son cosas sobre las que pensamos, sino cosas con las que pensamos. Como tales, no tienen existencia fuera de nuestra política, nuestras relaciones sociales y nuestras historias” (p.78). Es en esta relación entre memoria e identidad colectiva en donde se construyen marcos sociales para ubicar en ellos las memorias, ya sea que se fundamenten en acontecimientos, personas o lugares. El resultado de este complemento (memoria e identidad) es la constitución, institucionalización, reconocimiento y fortalecimiento de la sociedad.

En segundo lugar, se encuentra la misma dimensión social y colectiva de la memoria. En relación a este punto, tal y como recoge Urbanczyk, el sociólogo francés Maurice Halbwachs destaca la “construcción colectiva de la memoria, que se realiza a partir de la interacción y comunicación” (Urbanczyk, 2019, p. 3). Según Halbwachs, “cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva” (2005, p. 40 en Urbanczyk, 2019, p. 3), y, por tanto, existe una interdependencia entre las memorias individuales y colectivas, sin olvidar que “los recuerdos individuales están condicionados por las mediaciones y combinaciones de todas las pertenencias grupales” (2019, p. 3). Por la intersección de familia, clase social, raza, género, vecindad, comunidad religiosa, círculo educativo, equipo de trabajo, etc.

Finalmente, en tercer lugar, se encuentra la cuestión de la legitimidad de esas memorias: ¿quién narra y desde dónde? De aquí se destaca, de nuevo, el carácter contingente,

dinámico, emergente, conflictivo, selectivo de la memoria, las luchas siempre recurrentes por mayor visibilidad, por destacar ciertas lecturas, narrativas, por apropiarse de un espacio público. Evidentemente, ni victimarios ni víctimas “construyen la memoria con los mismos recursos y las mismas posibilidades de visibilidad” (Blair, 2006, p. 72). La cuestión es asimétrica y, por tanto, política.

En el contexto previo emergen con fuerza los elementos centrales de lo que se considera como “memoria histórica” y que, según Colmeiro, puede entenderse como “una conceptualización crítica de acontecimientos de signo histórico compartidos colectivamente y vivos en el horizonte referencial del grupo” (Colmeiro, 2005 en Urbanczyk, 2019, p. 3). De acuerdo con Reyes Mate (2012, pp. 40-42 en Urbanczyk, pp. 3-4), la memoria histórica tiene una naturaleza autoreflexiva que se transfiere a los *deberes de la memoria*, que, en palabras de Urbanczyk, “se refieren a la necesidad de repensar el pasado, la realidad, la ética, la estética, las relaciones entre política y violencia y, por ende, un urgente compromiso de repensarse colectivamente como humanidad” (Urbanczyk, 2019, pp. 3-4). Según Reyes Mate, esto se debe a que, después de la Segunda Guerra Mundial, la memoria histórica se convirtió en gestora de los conocimientos y puso el énfasis en el sufrimiento humano (Reyes, 2012, pp. 40-42 en Urbanczyk, 2019, pp. 3-4). Así, como recoge Urbanczyk, la memoria se autorreconfiguró y se situó a la voz de las víctimas en el centro de interés investigativo (2019, p. 3).

En la misma línea, la acepción de memoria histórica que recoge el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) también resalta el papel central de las voces de las víctimas. Según el CNMH se podría entender como *memoria histórica* “un espacio dinámico para hacer que las voces, el conocimiento y las interpretaciones de las víctimas ocupen un lugar central en las narrativas y las historias de los conflictos, de tal forma que se fortalezcan las organizaciones sociales y las comunidades” (CNMH, 2013, p. 14). Es, así, un espacio dinámico y multidimensional en el que se abordan memorias individuales y colectivas, diversas fuentes, testimonios y narrativas, para intentar cohesionar múltiples relatos que contribuyan a entender lo que ocurrió en el marco general del conflicto armado.

Tal y como recuerda Dixon Vladimir Olaya a partir de las reflexiones de Huysen:

Es imposible hablar hoy de memoria, de víctimas y de victimarios sin tener en cuenta la fuerte presencia de los medios de comunicación como vehículos que hacen circular narrativas entorno a nuestro pasado reciente y las cuales llevan incorporadas construcciones éticas, estéticas y políticas de los modos de percibir los hechos traumáticos que se encuentran ligados, además, a procesos de mercantilización y espectacularización de los fenómenos sociales (2018, p. 7).

En la misma línea, Castillejo (2009) señala que es importante construir desde la academia un conocimiento sobre el trauma a partir de las experiencias colectivas e individuales, sin caer en dos posibilidades: la industria de la extracción o la ironía del reconocimiento (p. 52). La primera tiene que ver con la relación que se entabla con los sujetos que hacen parte de las investigaciones que justamente buscan mostrar el dolor, pero que se convierten en simples ejercicios de escritura o de producción audiovisual que nada dejan a las comunidades o a las personas. La segunda está relacionada con la imposibilidad de reconocerse en el dolor del otro, e incluso, de llegar a negarlo por la forma de acercarse al

pasado. Otra de las razones para el distanciamiento del dolor puede ser el tamaño de la cifra del número de muertes. Tal y como Todorov escribió en 1993, “un muerto es una tristeza, pero un millón de muertos es una información” (Todorov, 1993 en Langa, 2019, p. 578). En referencia a la incapacidad de empatizar, Langa afirma que “la memoria *colectiva* [a la cual hacía referencia Alba] está dañada”, porque una gran cantidad de ceremonias y respuestas colectivas “han sido extinguidas o desterradas de nuestra cotidianidad para dar paso a la indiferencia y al egoísmo que mantiene el *status quo*” (Langa, 2019, p. 579). Así, la autora concluye que “lo que pasó es que dejamos de ver al otro como a uno mismo”, y las “víctimas ritualizadas del relato global del sufrimiento” del cual hablaba Van Alphen son ahora objetos. (Van Alphen, 1999 en Langa, 2019, p. 579).

### **2.3.3. La responsabilidad del periodismo en la creación de memoria**

Entre los muchos espacios donde se realiza la pugna por la hegemonía del discurso, destacan los medios de comunicación. En el conflicto armado de Colombia los medios de comunicación han contribuido a generar conocimiento alrededor de la guerra y de la paz:

Los medios, son generadores de conocimiento simple, pero detrás está la posibilidad de despertar opinión pública, que viene a ser un instrumento demasiado importante en el proceso de fortalecer la esperanza en la sociedad civil, esperanza en que los estados de paz son posibles y sostenibles en el tiempo, esperanza en que las víctimas –y excombatientes- pueden encontrarse en el mismo escenario de construcción de nuevos sueños y oportunidades (Rodríguez y Moncaleano, 2019, p. 47).

La narración de los medios de comunicación también es importante respecto a la configuración de la identidad y a la memoria histórica, ya que genera referentes de sentido común entre productores y audiencias. Según Rincón (2006, p. 103), los programas de televisión o las películas son creadores de memoria colectiva y, de acuerdo con Buxó y De Miguel, los medios de comunicación “funcionan como soportes culturales uniendo memoria, representación, ritual y narración” (Buxó y De Miguel, 1999, p. 17, en Rincón, 2006, p. 103).

Rincón vincula la comunicación al concepto de *culturas mediáticas* (Martín 2003, pp. 161-165 en Rincón, 2006, p.18), explicando que produce “redes de significados colectivos de carácter público” que convierten a los medios de comunicación en productores de sentido, en “*nuevos ejercicios de poder* cada vez más productivos, móviles y efímeros”. Además, para el autor colombiano, las *culturas mediáticas* tienen una función cohesionadora por la que incluye a las personas dentro de una misma comunidad de referentes colectivos (Rincón, 2006, p. 18). Las *culturas mediáticas*, por tanto, difunden “una sensación individual de placer, un procedimiento colectivo, que expresa una sensación de pertenecer a algo y de compartirlo con otros” (Abruzzese y Miconi, 2002, p. 164, en Rincón 2006, p. 18).

Se pone en relieve, entonces, la importancia de las narraciones periodísticas dentro de la sociedad. Constantemente, el periodismo busca nuevos modos de interpelar al espectador, nuevas formas de narrar, de conseguir verosimilitud (Rincón, 2006, pp. 111-112). A veces, la búsqueda implica la necesidad de romper las fronteras entre los géneros y explorar técnicas provenientes de otros ámbitos (Kapuscinski, 2000, en Rincón, 2006, p.112).

Leila Guerriero, por ejemplo, destaca la utilidad del *periodismo narrativo* en la descripción de la realidad. Se trata de una modalidad del periodismo que propone una perspectiva más completa de los hechos, llena de matices: “En un mundo que cada vez es más complejo, el

periodismo narrativo lo que puede ofrecer es una mirada no simplista, no reduccionista para intentar comprender diversas cosas: personas, hechos, fenómenos, situaciones, etc.” (Guerriero, 2018). En esta investigación, se contempla el *periodismo narrativo* como una herramienta adecuada para generar empatía hacia el dolor de las víctimas-supervivientes y acercar a los espectadores-lectores a sus luchas. Recoger sus narraciones, contextualizar cada caso y reflejar sus experiencias personales propias y colectivas, para evitar caer en el relato mediático que las homogeneiza. Se trata de usar los medios de comunicación como canal para visibilizar el empoderamiento de las mujeres. Para hacer que su mensaje no se pierda entre miles de cifras frías y trasladar las preguntas que la narración propulsa en las víctimas-supervivientes al lector/a o espectador/a (Langa, 2019, pp. 579-580).

A pesar del dolor en los relatos, el discurso de las mujeres víctimas-supervivientes no puede significarse solamente desde el trauma. Tal y como Vargas y Díaz resaltan, “esa configuración de las mujeres colombianas únicamente como víctimas es una contradicción. Efectivamente lo son, pero realizando una mirada retrospectiva, se observa que han sido ellas quienes han mantenido vivo el (des) tejido social colombiano durante el conflicto y quiénes han generado el mayor número de estrategias y alternativas para la construcción de la paz en medio del conflicto” (2018, p. 396). Rodríguez y Moncaleano consideran que tanto los medios de comunicación como la sociedad tienen la responsabilidad de visibilizar y divulgar las actuaciones que las mujeres hacen para construir la paz, así como también de contar “las múltiples manifestaciones de violencias de las que son víctimas y de las cuales nadie quiere hablar” (2019, p. 60).

Rincón admite también la invisibilización de las mujeres víctimas en los medios de comunicación, entre otros grupos, y recupera el antagonismo del *nosotros* y *el otro*: “La vitalidad política de la comunicación está en localizar la enunciación pública en *los otros* y desde *los otros*, los más marginados y excluidos del banquete de la comunicación pública: indígenas, mujeres, afros, nuevas sexualidades” (2013, p. 6). Rincón argumenta que “habitamos un problema de comunicación intercultural entre las lógicas de *los otros* [medios comunitarios] y las lógicas de *lo mismo* [medios masivos]” (2013, p. 6). Para el autor, se trata de un asunto de interculturalidad, donde tiene vital importancia las escuchas: “las escuchas del *mismo* por parte de las identidades *otras*, las escuchas de las narrativas del *otro* por parte de la *mismidad* mediática. Lo político es, entonces, más que convencer o persuadir o dominar o imponer... un asunto de *ganarse la escucha* para las narrativas de cada identidad *otra*, pero sin negar la existencia de que *el mismo* existe y actúa en el gusto y narrar colectivo de la sociedad” (Rincón, 2013, p. 6). Rincón propone a ir más allá de los binarismos para comprender las ambigüedades socioculturales de cada territorio y señala un espacio de interculturalidad, el *in-between*. Se trata de “sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento, en el acto de definir la idea misma de sociedad” (Bhabha, 2002, p. 18 en Rincón, 2013, p. 8). Precisamente es en el *in-between*, este espacio de “mezclas interculturales”, de tensión entre “poder/dominación y resistencia/lucha” donde se produce la acción comunicativa (Rincón, 2013, p. 8).

Entre los distintos formatos de la comunicación periodística, además del *periodismo narrativo*, también destaca el *periodismo audiovisual*: “los relatos audiovisuales poseen cualidades que los convierten en vehículos idóneos para la creación de recuerdos que sostienen memorias colectivas —nacionales, de clase, étnicas, de género— y la trasmisión

y conservación de interpretaciones de pasado que soportan las identidades sociales” (Aprea 2015, p. 14 en Arbeláez, 2018, p. 14). Constanza Mujica también refuerza la función del audiovisual como creador de memoria: “La imagen fotográfica y en movimiento, periodística, hollywoodense, documental o telenovelesca en el caso de América Latina, se constituye entonces como una de las principales tecnologías de la memoria, una de las arenas de tensión interpretativa y de asignación de significados del pasado más recurrentes” (Mujica, 2007, p. 1). Claudia Feld, a su vez, destaca la función del audiovisual para rememorar experiencias: “en determinados contextos políticos e históricos, la televisión puede favorecer los denominados procesos de ‘salida de olvido’ de un período conflictivo del pasado que se mantiene en silencio” (Feld, 2012, p. 155).

Urbanczyk sigue el mismo camino en su estudio de la construcción de la memoria colectiva del conflicto armado en Colombia a partir del video universitario. La autora destaca que los documentales de los estudiantes “indagan por la verdad (...) entretejiendo en sus narrativas los testimonios de sufrimiento, los ejemplos extraordinarios de resistencia, las luchas por nombrar los hechos según su verdadero nombre, con las propuestas (personales, colectivas, ciudadanas, estatales) de la construcción de un futuro pacífico” (Urbanczyk, 2019, p. 15). A nivel expresivo, la autora destaca que “la estética de detalle aumenta la sensación y el efecto de la presencia”, así como se destacan la relación de los y las protagonistas con el arte y la convivencia con la naturaleza, que se presentan con poderes curativos (2019, p. 15).

Laura Langa, respecto a los efectos del audiovisual, recoge el concepto de la “estética de lo grotesco” de Celia Guerrero (2017) para hablar sobre cómo el periodismo repitió y trivializó las imágenes de masacres como la de los “jóvenes de Soacha”<sup>3</sup>, y finalmente estas experiencias perdieron sentido y se convirtieron en producto de consumo para las y los telespectadores. Así, “su discurso por lo general se concentró en lo grotesco de las masacres. En las urgencias informativas. En los llantos y no en las denuncias. En el acontecimiento y no en lo que lo originó” (2019, p. 582). Las televisiones reprodujeron el dolor de las madres desgarradas en llantos, que también fueron portadas de periódicos, pero “en lugar de movilizar a la acción o despertar la solidaridad con las víctimas, el sufrimiento se fue transformando en otro bien de consumo” (2019, p. 582). Según Langa, que se basa en los estudios de Arthur y Joan Kleinman (1996), “la abundancia de estas u otras masacres produjo una mediatización del sufrimiento que reconfigura la experiencia del dolor como si se tratara de una secuencia de paisajes para los espectadores” (Langa, 2019, p.582).

En su análisis de las imágenes de las víctimas del conflicto armado en la revista *Semana*, Olaya (2018) reflexiona sobre la relevancia de los medios de comunicación en la pugna por

---

<sup>3</sup> Según recoge Langa, en septiembre de 2008 los cuerpos de los conocidos como “jóvenes de Soacha” aparecieron en cuatro fosas comunes en Ocaña, Norte de Santander, a más de 600 kilómetros de sus hogares. Los jóvenes fueron reclutados en el municipio de Soacha y Ciudad Bolívar, en Bogotá, y en las horas o días siguientes ejecutados extraoficialmente por militares, para luego ser presentados por el ejército como guerrilleros muertos en combate. Este caso desató el escándalo de lo que se conoció como “falsos positivos”, término que autores como Bohórquez Farfán y Rojas Ariza rechazan porque argumentan que esconden lo que realmente son: jóvenes civiles asesinados por los militares del Ejército Colombiano, y por ende, crímenes de Estado (Bohórquez Farfán y Rojas Ariza, 2017, p. 733).

los sentidos de la violencia, y afirma que estos han tenido y tienen un papel fundamental, pues “la forma en que se visibilizan las víctimas cobra una vital importancia en la manera en que en el escenario público no solo se recuerda un pasado violento, sino que se tejen narrativas acerca de los móviles de la violencia”. El impacto de dichas narrativas, según Olaya, va más allá del escenario cotidiano, ya que “trascienden en el modo en que se discute y aprueban prácticas políticas y culturales” (2018, p. 7). Además, la forma en que se tejen estas narrativas no puede ser nunca objetiva ni neutra, ya que tal y como destaca Olaya:

Los medios de comunicación, en tanto empresas, propiedad de grandes emporios económicos, nacionales e internacionales, relacionadas, en muchos de los casos con sectores del poder político, juegan sus intereses en la visibilización del pasado y de las víctimas, pues ello tiene consecuencias en los modos en que se legitiman o deslegitiman los grupos en el poder y de quienes por él pugnan, lo que coadyuva a la construcción de un régimen visual del conflicto (Olaya, 2018, p. 7).

Mouffe también hace referencia a la creación de identidad a partir del antagonismo con el relato del “otro/ellos” frente a un “nosotros” y los aportes que estos conceptos realizan a la construcción de una nación en posconflicto:

En el campo de las identidades colectivas, se trata siempre de la creación de un ‘nosotros’ que solo puede existir por la demarcación de un ‘ellos’. Esto por supuesto no significa que tal relación sea necesariamente amigo/enemigo, es decir una relación antagónica, esto es, que se pueda convertir en una relación amigo/enemigo. Esto es cuando se percibe al ‘ellos’ cuestionando la identidad del ‘nosotros’ y como amenaza a su existencia (Mouffe 2011, pp. 22-23 en Arbeláez, 2018, p. 117).

Así, si se lleva la construcción de identidades a partir de la diferencia al campo de la memoria, se distinguen los puntos de vista de víctimas y victimarios y también los de los miembros del estado y la sociedad civil (Arbeláez, 2018, p.117). Mouffe también añade la cuestión de la hegemonía, “porque en la posibilidad del antagonismo está el dominio que hay en todo orden; dicho en sus palabras ‘toda sociedad es el producto de una serie de prácticas que intentan establecer orden en un contexto de contingencia’ (Mouffe, 2011, p. 24 en Arbeláez, 2018, p. 118). Mouffe estudia la hegemonía a partir del planteamiento de Gramsci. Para él, la hegemonía se relaciona con la capacidad de guiar e implica una orientación política, intelectual y moral (Gramsci, 1981). Además, la hegemonía actúa como articulación, vinculando el campo de la historia al de las relaciones sociales (Giacaglia, 2002, p. 154). Según Giacaglia, “Queda clara aquí la importancia del aspecto cultural. Todo acto histórico es llevado a cabo por el ‘hombre colectivo’, lo cual supone el logro de una unidad ‘cultural-social’ a través de la cual una multiplicidad de voluntades dispersas, con objetivos heterogéneos, son unidas en torno a un fin sobre la base de una común concepción del mundo” (Giacaglia, 2002, p. 154).

Si se aplica esta reflexión a la narración de los medios de comunicación, se puede apreciar cómo estos homogeneizan los distintos relatos del conflicto armado, especialmente aquellos vinculados a las víctimas. Alrededor del tratamiento que se le dé a la narración de las víctimas, existen distintos riesgos. Didi-Huberman apunta, por ejemplo, al peligro de la subexposición por censura y/u olvido y la sobreexposición por la saturación y exceso de imágenes mediáticas (Didi-Huberman, 2014, p. 14 en Arbeláez, 2018, pp. 10-11). En el



primer caso, las víctimas permanecen invisibilizadas y además se omiten los motivos por los cuales estas comunidades quedaron ocultas. Arbeláez lo atribuye a “la censura criminal del Estado o incluso por el mercado mediático. En el segundo caso, se trata de una reproducción excesiva de imágenes mediáticas que pueda hacer perder la singularidad de las víctimas (Arbeláez, 2018, pp. 10-11). El autor también recupera la reflexión del investigador Carlos Arias, sobre los riesgos de la temporalidad en el audiovisual:

El peligro de un documental, o cualquier otro producto audiovisual que representa acontecimientos, es que crean la ilusión de que lo irrepresentable puede ser eliminado. En tanto ya ha sido aprehendido en imágenes, el espectador empieza a pensar en el acontecimiento como un evento pasado. Lo integra en una línea cronológica (sus huellas, si existe alguna, son incluidas en museos, y espacios especiales diseñados para mantener la memoria viva), e incluso lo iguala a otros eventos similares. A través del mismo lenguaje es posible representar una masacre en Mampuján en el año 2000, o una en Bojayá en 2002, o cualquier otra que ocurra de aquí en adelante. Pero también es posible, con ese mismo lenguaje, hablar de pobreza en las ciudades, de las víctimas de la trata de personas, de un escándalo político o incluso de la vida de un personaje de farándula. Hemos creado, y casi naturalizado, un lenguaje audiovisual estándar para narrar el acontecimiento en un formato al que cualquiera se adapta fácilmente (Arias, 2016, p. 162, en Arbeláez, 2018, p. 69).

Diversos autores han reflexionado sobre la posibilidad de representar el horror en imágenes. Javier Cossalter distingue dos posibles posturas, la de los que sostienen que sí se puede representar el terror y la violencia en imágenes, siempre y cuando sea de una manera crítica, y aquellos que consideran que no se puede representar lo irrepresentable (2013, p. 11). La perspectiva de Claudia Feld se incluiría dentro del primer grupo. Feld contempla la posibilidad de representación gráfica, pero señala tres dilemas que demuestran la complejidad de tratar el horror en imágenes: uno de orden *expresivo*, otro de orden *ético* y por último uno de orden *político*:

– Un primer dilema de orden expresivo, acerca del lenguaje adecuado para representar lo sucedido o, en otras palabras, los límites del lenguaje para representar lo que se concibe como ‘inimaginable’, ‘irrepresentable’, etc.

– Un segundo dilema de orden ético, acerca de cómo no profanar la memoria del acontecimiento, cómo no trivializarlo, cómo no prolongar el horror a través de su representación por medio de imágenes, entre otras cuestiones.

– Finalmente, un dilema de orden político, que se centra en las oportunidades y momentos políticos, y en las consecuencias políticas de determinadas representaciones que acceden al espacio público.

Algunos de estos dilemas de la representación de una experiencia límite entran en tensión con las lógicas dominantes de la comunicación televisiva, aquellas que se ponen en juego para que algo ingrese o no a la televisión” (Feld, 2012, p. 157).

En cambio, el pensamiento de Eduardo Grüner se acerca a la segunda corriente. El autor reflexiona sobre lo que se puede decir o no en el arte. Grüner resalta la paradoja de que no todo se puede representar, pero es necesario hacerlo. “Si hay un imperativo ético para la poesía y el arte [...] es la de no dejar de buscar esa representación... pero guardarse muy bien de encontrarla. Es la reivindicación simultánea del anhelo y la imposibilidad” (Grüner, 2001, p. 26 en Cossalter, 2013, p. 15).

Cossalter realiza una síntesis de estas posiciones y destaca la necesidad de ser conscientes del dilema para poder comunicar (Cossalter, 2013, p. 16), al tiempo que resalta la necesidad —casi periodística de narrar o de hallar un camino de objetividad— de buscar siempre la posibilidad de mostrar: "hay una diferencia fundamental entre creer que ya se ha mostrado y admitir que nunca se terminará de mostrar aunque, precisamente por eso (precisamente porque nunca se puede mostrar), es necesario seguir intentando" (Oubiña, 2011, p. 12 en Cossalter, 2013, p. 16).

## **2.4. La inclusión de la perspectiva de género en los Acuerdos de Paz, lucha histórica de las mujeres víctimas**

Innumerables autoras, informes y experiencias alrededor del mundo destacan la importancia de la inclusión de las mujeres cuando se trata de aspectos relacionados con la paz y la seguridad, más allá de ser una cuestión de justicia democrática e igualdad de participación y representación. Roma Bhattacharjea expresa que las mujeres han desempeñado un papel fundamental en los países que han sido afectados por los conflictos y que, por tanto, se debe dejar de pensar en ellas como víctimas desdichadas para verlas como agentes de cambio, que invierten en su familia y en su comunidad y que tienen el potencial necesario para construir sociedades más pacíficas y prósperas (Bhattacharjea, 2013 en Valero, 2017, p. 31). De hecho, según recoge Valero a partir de las reflexiones de Bhattacharjea, "se ha demostrado que cuando una mujer tiene empleo es mucho más propensa que el hombre a invertir sus ingresos en alimentos, educación y en salud para su familia, dando como resultado niños más saludables y mejor educados" (2017, p. 31-32).

### **2.4.1. La relación entre mujer y paz**

A pesar de haber estado históricamente excluidas de las conversaciones de paz formales, las mujeres han estado implicadas en la causa de la paz en todo el mundo, y tal y como recogen numerosas investigaciones y testimonios documentales y orales "las mujeres han sido cruciales a la hora de impulsar una solución negociada para muchos conflictos armados" (Villellas, 2010, p. 27). Villellas destaca los casos de las mujeres de Sierra Leona, Nepal, Sri Lanka, Serbia, Irlanda del Norte, Uganda, Somalia, Chipre y por supuesto, Colombia, entre otros muchos lugares donde las mujeres se han movilizado y han hecho aportaciones significativas en su trabajo desde las bases para transitar de la guerra a la paz en sus países, superando divisiones políticas, étnicas y/o religiosas (2010, p. 27). Aun así, "la paz sigue siendo considerada como competencia de las instancias políticas que la firman o la impulsan, pero no como un proceso en el que la vida de las mujeres se ve afectada según se constituyan las relaciones de género y según el grado de derechos y dignidad que consigan y/o se les otorgue a las mujeres" (Valero, 2017, p. 34).

Villellas, igual que otras autoras como Cockburn (2007) y Magallón (2006), destaca el hecho de que "pese a que el activismo por la paz ha reunido a su alrededor tanto a hombres como a mujeres, lo cierto es que el movimiento por la paz ha sido uno de los movimientos sociales más 'feminizados' y han sido muchas las mujeres que han tomado parte en él" (2010, p. 27). Rodríguez y Moncaleano señalan, asimismo, que las mujeres colombianas han demostrado su capacidad de resiliencia para proponer y defender escenarios de paz en Colombia, como un nodo vital para América Latina (2019, p. 46). Valero destaca también que "las prácticas

de mediación las ejercen más las mujeres que los hombres, y en todos los aspectos de la vida cotidiana” (2017, p. 273). Ahora bien, Bouta et al. alertan que “cuando este trabajo se da por supuesto, pasa desapercibido, se le quita su significación política y se vuelve invisible” (Bouta et al., 2006, p. 68 en Villellas, 2010, p. 28).

Para Villellas, el sesgo de género se produce porque “es comprensible que las mujeres que han sufrido de una manera similar el impacto de la violencia sean capaces de identificarse más fácilmente con el sufrimiento de otras víctimas, independientemente de cuál sea su comunidad, etnia, religión o afiliación política, pudiendo pasar estos elementos a ser secundarios” (2010, p. 29). Además, Villellas argumenta que a las mujeres les es más fácil empatizar con las mujeres “enemigas” porque también comparten con ellas la lucha contra el patriarcado y la discriminación (2010, p. 34) y, de esta manera, crean vínculos de sororidad entre ellas (De Oliveira y Brito, 2019, p. 77). Así, con sus acercamientos dialogados con “las otras” y la creación de espacios en los que se establecen puntos de partida comunes —pero se respetan las propias identidades y las diferencias— las mujeres deslegitiman el orden patriarcal que sostiene las divisiones sociales y que justifica la polarización como único posible escenario en estos conflictos (Villellas, 2010, p. 34). Las conexiones entre mujeres y paz han sido ampliamente tratadas por numerosos autores, y dentro de la academia feminista existen debates acerca de cuál es su naturaleza. Siguiendo la división de enfoques principales realizada por Villellas, hay tres corrientes analíticas que abordan la relación.

En primer lugar, está “el análisis que vincula a las mujeres con la paz desde un punto de vista esencialista” (Villellas, 2010, p. 21). Este acercamiento entiende a las mujeres como intrínsecamente pacíficas, en contraposición al carácter violento de los hombres. Dicha naturalización del posicionamiento de la mujer respecto a la guerra y la paz tiene el riesgo de retroalimentarse con los estereotipos de género que categorizan a las mujeres como víctimas, pasivas y emocionales. Además, según argumentan autoras como Elena De Oliveira junto y Livia Brito: “aunque una amplia literatura sostiene que la violencia constituye un aspecto de la masculinidad, la premisa contraria —según la cual las mujeres tendrían una naturaleza pacífica, asociada a la maternidad— no se verifica, una vez que hay mujeres que desempeñan funciones militares y consideran la vía armada una herramienta política” (2019, p. 77).

En segundo lugar, una serie de autores se han decantado por la idea de la maternidad para explicar por qué tantas mujeres se han involucrado en la causa de la paz. Esta relación establecida entre la implicación de la mujer a la causa por la paz y su rol de madre también estaría vinculada con “la socialización experimentada históricamente por las mujeres, que ha reforzado su rol como cuidadoras y criadoras” (Shiva, 1988, p. 42 en Villellas, 2010, p. 21). Trabajo materno que, tal y como afirma Sara Ruddick, es evidentemente contradictorio a la violencia (1989, p. 220 en Villellas, 2010, p. 21).

Finalmente, el tercer enfoque “enfatisa el hecho de que la capacidad de las mujeres para ser agentes en favor de la paz está conectada con su exclusión de la esfera pública (y de la guerra) y no se debe tanto a su naturaleza biológica o sus experiencias como madres o cuidadoras” (Coomaraswamy y Fonseka, 2004, p. 6; Magallón 2006, p. 208 en Villellas, 2010, p. 21). Este hecho, sumado a que “las mujeres prácticamente en ninguna parte son

llamadas a filas y forzadas a combatir en guerras que no aprueban” (Yuval-Davis, 1997, p. 112 en Villellas, 2010, p. 21), las hace ajenas al apoyo a la guerra. Además, según argumentan De Oliveira y Brito, basándose en el pensamiento de Carmen Magallón, “la desigualdad y la discriminación contra las mujeres constituyen un tipo de violencia estructural, por lo que la lucha contra estas formas de violencia debe considerarse una labor por la paz” (Magallón Portolés, 2006 en De Oliveira y Brito, 2019, p. 77). Cervera insiste en este punto y afirma que “conviene también apuntar que hablar de ‘mujeres’ es un genérico demasiado amplio, porque no es la naturaleza de las mujeres la que nos hace pacíficas y creadoras de paz, sino la conciencia feminista” (Cervera, 2015, p. 25). En la misma línea, Carter defiende que se puede trazar una relación entre las experiencias de activismo vinculado a la liberación femenina y las formas de movilización no violenta adoptadas por los movimientos pacifistas (Carter, 1992, p. 109 en Ibarra Melo, 2011, p. 253).

#### ***2.4.2 La importancia de la perspectiva de género en los procesos de paz***

Pese a la implicación histórica de las mujeres con la paz, su exclusión sistemática de las mesas de diálogo habla de la falta de voluntad y de esfuerzos para incluir a las mujeres en los procesos de paz formales (Villellas, 2010, p. 3). De hecho, en el 2015, los datos de participación de las mujeres en las mesas de negociación de paz eran de solo el 9%, según recoge Eugènia Riera del Instituto Catalán Internacional para la Paz (Riera, 2015, p. 29). Una cifra aún más sorprendente si se tiene en cuenta que ya en el año 2000 el Consejo de Seguridad de la ONU aprobaba la Resolución 1325 sobre Paz, Mujeres y Seguridad, que deslegitimaba los enfoques de paz no inclusivos y, por primera vez, reconocía “que las mujeres pueden ser algo más que víctimas de los conflictos armados”, según comenta la profesora de Relaciones Internacionales Irene Rodríguez Manzano (Rodríguez, 2015, p. 6). Rodríguez explica que la Resolución 1325:

No sólo se cimienta en los diferentes y desproporcionados efectos de los conflictos armados sobre las mujeres, sino también en el significativo papel —no siempre valorado— que éstas desempeñan en su prevención y solución, así como en la consolidación de la paz. Sobre la base de estos cimientos, su estructura conceptual gravita en torno a tres pilares fundamentales: ‘participación’, ‘prevención’ y ‘protección’, a menudo aludidos como ‘las tres pes’” (Rodríguez, 2015, p. 6).

Desde entonces, la Agenda de las Naciones Unidas sobre Mujeres, Paz y Seguridad ha adoptado otras 8 Resoluciones: 1820 (2008), 1888 (2009), 1889 (2009), 1960 (2010), 2106 (2013), 2242 (2015) y 2467 (2019). La 1820 fue la primera resolución del Consejo de Seguridad en la que se reconoce la violencia sexual como táctica de guerra, y las resoluciones 1888, 1960, 2106, y 2467 están orientadas a proporcionar un sistema de rendición de cuentas para acabar con la violencia sexual asociada a situaciones de conflicto —y su impunidad— y exigir que todas las partes en un conflicto pongan fin a todos los actos de violencia sexual. Por otra parte, las resoluciones 1889, 2122 y 2242 resaltan la necesidad de fortalecer la implementación y el seguimiento de la 1325, prestar más atención al liderazgo y la participación de las mujeres en la solución de conflictos e instar a los Estados Miembros de la ONU a que evalúen sus estrategias y su asignación de recursos para la implementación de la Agenda MPS (Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes e Igualdad, p.11). Aun así, Luz Piedad Caicedo, subdirectora de la Corporación Humanas - Centro de Derechos Humanos y Justicia de Género, explica que pese a salir de

una de las “estructuras duras” de la ONU —el Consejo de Seguridad—, es un documento débil porque “insta”. “Como dicen las abogadas, no es un instrumento que tenga dientes, y eso dificulta cómo exigir su cumplimiento” (Caicedo, 2020). Caicedo y otras mujeres activistas denuncian que “ni siquiera la ONU se la ha creído, ya que no cumple las cuotas mínimas de participación de mujeres”. De todas formas, Caicedo reconoce que al menos estos documentos les permiten “exigir unos mínimos”.

Tal y como recoge Pilar Estebáñez, “la mujer, en situaciones de conflicto armado o guerra, sufre, además de la desigualdad y discriminación por ser mujer, una carga añadida de violencia derivada de la situación de conflicto, menor acceso a la salud y a los recursos sanitarios, a los alimentos y a los recursos para procurar su supervivencia o la de sus hijos” (2012, p. 263). Además, según destacan De Oliveira y Brito —y decenas de reportes sobre derechos humanos—, las mujeres conforman “la mayoría de los desplazados en contextos de conflicto y las principales víctimas de la violencia sexual usada como táctica de guerra. Estas situaciones, entre muchas otras, denotan la existencia de una mayor disparidad de género en escenarios de conflictos armados” (2019, p. 76). Son muchos los conflictos armados en los que mujeres y niñas son sometidas a agresiones y violencia precisamente por su condición, y la violación ha sido utilizada como arma y agresión en el enfrentamiento entre contendientes en guerras como las de Sierra Leona, Ruanda, Liberia, Congo o ex-Yugoslavia, como parte de una estrategia deliberada para aterrorizar comunidades enteras (Estebáñez, 2012, p. 267).

Es por esto que tanto De Oliveira y Brito como Villellas recuerdan que, desde la perspectiva feminista, los procesos de paz llevados a cabo hasta el momento han sido insuficientes, porque “el final de los conflictos armados, para muchas mujeres, no ha significado automáticamente el fin de la violencia” (Villellas, 2010, p. 15). De 1.187 acuerdos de paz firmados entre 1990 y 2017, solo 19% hacen referencia a las mujeres, y solo un 5% se refieren a la violencia de género durante el conflicto, según datos del *Council on Foreign Relations* (2019). En este sentido, las Naciones Unidas señalan en el estudio “Poner fin a la violencia contra la mujer” que “la violencia contra la mujer no es el resultado de la falta de ética personal u ocasional, sino que está más bien profundamente arraigada en las relaciones estructurales de desigualdad entre el hombre y la mujer” (ONU, 2006). En efecto, Jenny Pearce indicaba que “la ausencia de guerra no significa necesariamente la ausencia de violencia en una sociedad y, ciertamente, no significa, el final del conflicto” (Pearce 2004, p. 252 en Villellas, 2010, p. 15).

Así, a través de centenares de ejemplos, es posible ver cómo, para conseguir la paz, las organizaciones de mujeres consideran necesario aplicar la perspectiva feminista a la percepción del conflicto armado, ya que, tal y como afirma Joshua Goldstein entre otros, “la guerra está entre las actividades humanas más marcadas por el género” (2001). Para De Oliveira y Brito, “reflexionar sobre la disparidad de género en los conflictos armados implica pensar sobre el lugar de la violencia en la masculinidad” (2019, p. 76). Violencia que, según los estudios de la masculinidad como el realizado por Hortensia Moreno, se conceptualiza como “un conjunto de actitudes y prácticas culturalmente entendidas como propias del hombre y adecuadas a él (...) y la identidad de género se vuelve una herramienta con la que las sociedades inducen los hombres a pelear” (Moreno, 2002, pp. 73-114 en De Oliveira y Brito, 2018, p. 76). En la misma línea, Patricia Lara recupera las reflexiones de Rave-Roberts y resalta que “las aproximaciones a los conflictos armados desde una mirada feminista y de economía política entienden las guerras como procesos no solo militares sino

también políticos y económicos, que abarcan espacios y tiempos que van más allá de la cronología y geografía de las disputas armadas, y que están profundamente incluidos —y a su vez influyen— en las relaciones de género” (Lara, s.f.).

Villellas va más allá y asegura que “los procesos de paz están tan marcados por el género como las guerras” (Villellas, 2010, p. 3). Procesos de paz que, según la misma autora, podrían ser calificados de “instituciones de masculinidad hegemónica” (2010, p.40), las cuales, en gran medida gobernadas por hombres “han producido y reproducido normas y prácticas asociadas con la masculinidad y la heterosexualidad” que, debido a dicha normatividad, hacen que “el modo de actuar dentro de ellas parezca natural e incuestionable” (Kronsell, 2005, p.281 en Villellas, 2010, p.40).

En la misma línea, María Villellas destaca que “el hecho de que la violencia haya sido uno de los pilares que han sostenido la estructura patriarcal a lo largo de la historia refuerza la necesidad de incorporar una perspectiva de género al proceso de paz” (2010, p. 9). Ibarra concreta que “la perspectiva de género contribuye a esclarecer la particularidad del activismo femenino y su conformación como un sujeto político, que rechaza la posición devaluada de las mujeres a quienes se trivializa y cosifica sexualmente” (Ibarra, 2011, p. 251). Según Ibarra, esta identidad de resistencia redefine las relaciones de género “al reconocer que la cultura (estereotipos, hábitos, normas y tradición) limita jurídica, política y económicamente a las mujeres” (2011, p. 251). Por este motivo, las organizaciones de mujeres víctimas/sobrevivientes por la paz defienden “un proceso de paz que permita crear nuevos discursos, cuestionar el patriarcado y aplicar una lógica y ética feminista en sus acuerdos” (Ibarra, 2011, p.263). La Resolución 1325, de hecho, tal y como explica Luz Piedad Caicedo, fue impulsada por los movimientos feministas (2020). Es por esto que, según De Oliveira y Brito, “entre las consecuencias políticas de la participación femenina en negociaciones de paz se destacan las perspectivas interseccionales de género, raza y clase sobre las opresiones” (2019, p. 74).

De Oliveira y Brito explican que “a nivel epistemológico, estas consecuencias incitan a la adopción de enfoques críticos feministas y subalternos” (2019, p. 74) y, en la misma línea, Villellas afirma que el feminismo ha realizado grandes aportaciones al desarrollo y ampliación de los estudios sobre la paz, hasta el punto de que el propio concepto de *paz* ha sido remodelado para incluir la variable del género (John, 2006, p. 139 en Villellas, 2010, p. 23). En un primer momento, el término de “Paz positiva” acuñado por Johan Galtung (1996), que extendía la noción de paz de una mera “ausencia de violencia directa” a una noción que incluyera la justicia social y la democracia, se olvidaba de las cuestiones de género, y por tanto quedaba incompleto, ya que una paz completa para toda la población no podía existir sin eliminar la violencia estructural basada en el género (Miron 2004, p. 29 en Villellas, 2010, p. 24). Por eso, según recuerda Villellas, Birgit Brock-Utne (1989) desarrolló la categoría de paz positiva de Galtung insistiendo en la necesidad de incluir la igualdad de género como requisito para la paz para que se convirtiera en una paz incluyente. Una definición expansiva de paz que recuerda a las palabras de la activista social guatemalteca, Premio Nobel de la Paz y embajadora de Buena Voluntad de la UNESCO Rigoberta Menchú, que en una visita que realizó en julio de 2014 a Otuzco, Perú, afirmó que “la paz no es solo la ausencia de guerra; mientras haya pobreza, racismo, discriminación y exclusión difícilmente podremos conseguir un mundo de paz” (La República, 2014). Del

mismo modo, la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing, creada en la Cuarta conferencia Mundial sobre la Mujer en el año 1995, recogía que “la paz está indisolublemente unida a la igualdad entre las mujeres y los hombres” (ONU, 1995, p. 59).

Las cifras también corroboran la importancia de la participación de las mujeres en los procesos de paz y la introducción de una perspectiva de género inclusiva para asegurar una paz estable y duradera. El organismo estadounidense especializado en política exterior *Council on Foreign Relations (CFR)* (2019) asegura que cuando las mujeres participan en los procesos de paz, hay 64% menos probabilidades de que los acuerdos fallen. Además, hay 35% más probabilidades de que esos acuerdos permanezcan en el tiempo por lo menos 15 años.

### **2.4.3. El caso colombiano**

Un ejemplo colombiano de la invisibilización histórica de las mujeres en los procesos de paz es el caso de la Red de Mujeres Excombatientes de la Insurgencia Constructoras de Paz. Diez años después de firmar los Acuerdos de Paz de 1990, decidieron contactar a 560 mujeres de diferentes grupos insurgentes que se habían desmovilizado en los años 90 para denunciar que fueron invisibilizadas en aquellos Acuerdos de Paz. También reactivaron la red durante las negociaciones de paz de La Habana para evitar que el aislamiento de las mujeres se repitiera en los Acuerdos de Paz con las FARC (Reyero, 2013). A pesar del contexto teórico y normativo sobre la inclusión de las mujeres en los procesos y conversaciones de paz, el inicio de las negociaciones entre el Gobierno colombiano y las FARC, en 2012, estuvo marcado por la ausencia de mujeres, lo que hizo que se presionara por su incorporación desde colectivos feministas (Fernández-Matos y González-Martínez, 2019).

Al comparar los datos generales y los desglosados por género del Registro Único de Víctimas de marzo y abril de 2020, se extrae que las mujeres constituyen el 51% de las víctimas de desplazamiento forzado, el 47% de las de homicidio y el 89,2% de las de violencia sexual (UARIV, marzo 2020; UARIV, abril 2020). Más allá de la cifra de afectadas, tal y como Fernández-Matos y González-Martínez defienden, la participación de las mujeres en el proceso de paz es fundamental “porque han sufrido un impacto diferenciado de la guerra en sus cuerpos, convertidos en territorio en el cual el conflicto armado se desarrolló” (2019, p. 128). En ese sentido, “no se puede esperar que las mujeres sean únicamente beneficiarias de la reparación, sino que se requiere su presencia y participación en todas las fases del proceso, para que las medidas que se diseñen e implementen tengan un enfoque de género que visualice sus necesidades y experiencias” (Fernández-Matos y González-Martínez, 2019, p. 128).

En este contexto, en el año 2012 se creó el espacio Mujeres por la paz, para que las mujeres tuvieran un papel central en las negociaciones para el fin del conflicto armado. Este movimiento lanzó el manifiesto “La paz sin mujeres ¡no va!”, que, tal y como recogen Vargas y Díaz, “hace un llamado a la comunidad internacional para que apoye las iniciativas de las mujeres y sus organizaciones para contribuir al reconocimiento como interlocutoras políticas indispensables en el proceso de diálogo y de construcción de la paz” (2018, p. 398). El llamado surtió efecto y en octubre de 2013, durante la Cumbre Nacional de Mujeres por la

Paz, se recogieron 240 aportes de mujeres víctimas del conflicto. Las exigencias del colectivo también llevaron a que en 2013 se nombraran dos mujeres plenipotenciarias en las mesas de diálogo de La Habana y, en 2014, se crease la Subcomisión de Género de la Mesa de Negociaciones, que buscó promover un enfoque especial en la comunidad LGBTQ+, que quedó contemplada en el texto del primer acuerdo (De Oliveira y Brito, 2019, p. 88). Cinco integrantes de cada delegación, tanto del Gobierno como de las FARC-EP, hicieron parte de la Subcomisión de Género. La subcomisión estuvo liderada por María Paulina Riveros, delegada del Gobierno Nacional, y por Victoria Sandino Palmera, delegada de las FARC-EP (Corporación Humanas et al., 2017, p. 4). Además, el 60% (es decir, 36) de las 60 víctimas que participaron de forma directa en la Mesa de Conversaciones de La Habana fueron mujeres (OACP, s.f., p. 6).

Según recoge el informe “Equidad de género y derechos de las mujeres en el Acuerdo Final de Paz”, elaborado conjuntamente por la Corporación Humanas, la Corporación Sisma Mujer y la Red Nacional de Mujeres, “en la construcción del enfoque de género en el Acuerdo, aportaron: 18 organizaciones de mujeres y LGBTI, 10 exguerrilleras de Sudáfrica, Irlanda del Norte, Guatemala, El Salvador, Indonesia, Uruguay y Colombia y 10 expertas nacionales en violencia sexual” (2017, p. 4). De la misma forma, tal y como destacan De Oliveira y Brito, “se realizaron varias manifestaciones en todo el país, bajo el eslogan ‘el cuerpo de las mujeres no es un botín de guerra’, a fin de contrarrestar la lógica de la apropiación del cuerpo de la mujer”, seguida en la violencia sexual durante el conflicto (De Oliveira y Brito, 2019, p. 82).

De este modo, las mujeres se han convertido en un eje transformador en el proceso de paz de Colombia —entendido como el proceso de construcción de paz desde los territorios, más allá de las mesas— al mismo tiempo que cambiaban su rol de víctimas. Una concepción de la mujer superviviente, pacifista y feminista como constructora de un nuevo concepto de paz y seguridad, ya que, tal y como afirma la activista del colectivo Dones x Dones Montse Cervera recogiendo el testimonio de Staša Zajović, “la seguridad, para las feministas, además de las exigencias de justicia y de derechos que reclamamos, pasa sobre todo por tejer solidaridad entre las redes de mujeres, ofreciendo una protección basada en la complicidad y la empatía” (Cervera, 2015, p. 27).

Este impulso de las mujeres como constructoras de paz ha hecho que la transversalización del enfoque de género en los acuerdos de paz haya sido “reconocida internacionalmente como un hito que puede contribuir a transformar, a partir de este, los procesos de paz venideros alrededor del mundo” (Vargas y Díaz, 2018), en la línea de lo que la Resolución 1325 de Naciones Unidas ya reclamaba a principios de siglo. Aun así, según recoge el estudio del *Council of Foreign Relations* (2019), las mujeres finalmente solo supusieron un 33% de los participantes de las mesas de paz de las negociaciones finales, ya que conformaron el 20% del equipo negociador del gobierno y el 40% del de las FARC.

Según Villellas, las mujeres que participan en las negociaciones se enfrentan a un doble desafío:

El primero es participar en unas estructuras previamente establecidas cuya organización responde a las necesidades, intereses y manera de actuar de los que iniciaron el proceso de



paz. El segundo es transformar estas estructuras de negociación, que con toda probabilidad fueron construidas a partir de esquemas patriarcales, que no tenían en cuenta lo difícil que resulta para muchas mujeres participar en las negociaciones (Villellas, 2010, p. 40).

Es decir, que primero han de ser capaces de llegar a formar parte de las mesas de paz, y después han de intentar reformular los temas que hay en el núcleo del proceso, la agenda de paz. Porque no solo se trata de que se incluyan mujeres en las mesas, sino de que también se incluya la perspectiva de género. En esta misma línea, Irene Rodríguez critica “el vínculo causal directo entre la representación descriptiva y la representación sustantiva” que la Resolución 1325 establece, ya que “una mayor presencia de mujeres en cualquier esfera de actividad les confiere mayor visibilidad y es importante en términos simbólicos, pero no garantiza que sus decisiones difieran sustancialmente de las de los hombres” (Rodríguez, 2015, p. 7).

A las dos dificultades que menciona Villellas se les ha de sumar el desafío que, según De Oliveira y Brito, ha supuesto la documentación de la historia de la participación de las mujeres en el conflicto armado y en la resistencia a este, y por eso es vital la toma de testimonios para que esas mujeres puedan contar su propia historia (2019, p. 80). Tal y como la Corporación Humanas y la Corporación de Investigación y Acción Social y Económica constataron en sus entrevistas a las mujeres que participaron en la mesa de negociación de La Habana, la mayoría reconoció que “el proceso de paz y el Acuerdo Final habrían sido diferentes sin su participación, pues sin ellas las discusiones sobre la igualdad de género, la importancia de la voz de las mujeres en la construcción de la paz y el tratamiento diferenciado de menores de edad seguramente no se hubiesen dado” (CIASE, 2017, p.43 en Fernández-Matos y González-Martínez, 2019, p.123). La inclusión de mujeres en los procesos de paz permitía imaginar nuevas agendas que introdujesen cuestiones en las mesas de paz que fueran más allá del cese de hostilidades. Del mismo modo, las investigadoras de la Universidad de Bucaramanga, Jakeline Vargas y Ángela Díaz , destacan que “el movimiento social de mujeres y las organizaciones LGBTI lograron visibilizar en la mesa de negociaciones en La Habana que, en muchos territorios, el repertorio de acciones violentas de los actores armados, se definía también a partir de la identidad de género y de la orientación sexual de las víctimas y, por tanto, los impactos sobre sus vidas eran diferenciados” (2018, p. 409).

Así, tal y como se recoge en el Acuerdo Final Para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera el enfoque de género se entiende como:

El reconocimiento de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y de las circunstancias especiales de cada uno, especialmente de las mujeres independientemente de su estado civil, ciclo vital y relación familiar y comunitaria, como sujeto de derechos y de especial protección constitucional. Implica en particular la necesidad de garantizar medidas afirmativas para promover esa igualdad, la participación activa de las mujeres y sus organizaciones en la construcción de la paz y el reconocimiento de la victimización de la mujer por causa del conflicto (Acuerdo Final Para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, 2016, p. 192).

Según recoge el informe “Equidad de género y derechos de las mujeres en el Acuerdo Final de Paz” (Corporación Humanas et al., 2017), los ocho ejes temáticos del enfoque de género en el Acuerdo son:

1. Acceso y formalización de la propiedad rural en igualdad de condiciones con los hombres.
2. Garantía de los derechos económicos, sociales y culturales de las mujeres y personas con orientación sexual e identidad de género diversa del sector rural.
3. Promoción de la participación de las mujeres en espacios de representación y toma de decisiones y resolución de conflictos y participación equilibrada de las mujeres en las instancias de decisión creadas en los acuerdos.
4. Medidas de prevención y protección que atiendan los riesgos específicos de las mujeres.
5. Acceso a la verdad, a la justicia, a la reparación y a las garantías de no repetición, evidenciando las formas diferenciales en que el conflicto afectó a las mujeres.
6. Reconocimiento público, no estigmatización y difusión de la labor realizada por mujeres como sujetas políticas.
7. Gestión institucional para el fortalecimiento de las organizaciones de mujeres para su participación política y social.
8. Sistemas de información desagregados [por género, etnia, entre otros] (Corporación Humanas et al., 2017, p. 6)

Precisamente, según Caicedo, “que se incluyera la perspectiva de género en los seis puntos de los Acuerdos de Paz fue lo que llevó también a que fuera rechazado en el referendo. Las iglesias y la derecha hicieron campaña en contra, hablaban de la trampa de Santos, e hicieron una dura campaña en contra de los acuerdos, argumentando que estos querían imponer una ‘ideología del género’” (Caicedo, 2020). Mara Viveros Vigoya, de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, coincide con Caicedo, y explica que “se ha creado un enemigo común, conocido como “ideología de género”, que corrompe a los niños y niñas y destruye los valores familiares, basándose en noticias falsas sobre la presunta distribución de manuales de educación sexual en los colegios”. Según argumentan Viveros Vigoya y Rodríguez Rondón, “se trata de una estrategia de desinformación que utiliza el pánico moral para deslegitimar los conocimientos sobre las relaciones de género y sexualidad y los derechos alcanzados por las luchas del movimiento feminista” (2017, pp. 118-127 en De Oliveira y Brito, 2019, pp. 86). Después de la derrota del Sí, los signatarios hicieron modificaciones en los acuerdos originales para incluir propuestas de los partidarios del “No”, entre las cuales las que afectaban a los temas relacionados con los derechos de las mujeres y las personas LGBTI: en el nuevo “Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera”, firmado el 12 de noviembre en La Habana, las menciones al enfoque de género se redujeron de 144 a 55 (Marcos, 2016).

Tal y como reflexionan Vargas y Díaz:

La polémica suscitada con la inclusión del enfoque de género durante el proceso de negociación y firma de los acuerdos entre el Gobierno colombiano y las FARC-EP visibiliza que entre los principales retos para la implementación de estos, se encuentra la transformación de imaginarios sociales en torno al género, a fin de conseguir que la sociedad colombiana en su conjunto entienda la importancia de integrar mandatos de equidad en la vida cotidiana del país, sentando con ello las bases para conseguir una paz sostenible (Vargas y Díaz , 2018, p. 408).

Pese a los recortes sufridos en el Acuerdo Final —en algunos casos, se sustituyó el término “género” por “mujeres”, y quedaron excluidas del texto del acuerdo diversas disposiciones sobre la comunidad LGBTQ+ (De Oliveira y Brito, 2019, pp. 86)—, el enfoque transversal de género no se borró del acuerdo original, y por este motivo Vargas y Díaz creen que “implementar el Acuerdo en las regiones desde una perspectiva de género permitirá avanzar en la disminución de las brechas de desigualdad e inequidad que gestaron y nutrieron el conflicto armado en Colombia” (Vargas y Díaz, 2018, p. 410).

## 2.5. La construcción de paz desde las organizaciones de mujeres

Las colombianas víctimas-supervivientes del conflicto armado, desde sus diferentes territorios e identidades diversas, trabajan desde hace décadas por la paz y por la preservación del tejido social. Como señala HUMANAS & CIASE (2016, p.5), desde mucho antes que el proceso de paz se iniciara, el movimiento social de mujeres con todas sus variedades y vertientes ya impulsaba, desde los territorios, la negociación política como el camino más adecuado para terminar las guerras patriarcales (Vargas y Díaz Pérez, 2018, p.398). Un ejemplo de ello es la Ruta Pacífica de las Mujeres, un movimiento feminista que surge públicamente en 1996, compuesto por mujeres representantes de 300 organizaciones y que lucha por visibilizar el impacto de la guerra en la vida y el cuerpo de las mujeres y por un cambio a favor de sus derechos (Ruta Pacífica de las Mujeres). Así, según recogen De Oliveira y Brito, “un informe de ONU Mujeres señala que cuarenta y dos organizaciones de mujeres estaban interviniendo en la construcción de paz en Colombia, pero de estas solamente nueve tuvieron la oportunidad de manifestarse en la mesa de negociaciones” (2019, p. 85). Una de ellas fue la Ruta Pacífica de las Mujeres<sup>4</sup>.

El término *mujeres* incluye diferentes construcciones identitarias, sometidas a distintas luchas de poder. Muchas veces, el término deviene un paradigma pues se entiende como una categoría genérica de análisis que ha limitado el debate de la violencia contra las mismas (Mesa de Trabajo “Mujer y conflicto armado”, 2015, p. 13). “La identidad de clase, interactuando con el género y la etnia/raza, configura, en el marco del conflicto armado, situaciones de extrema discriminación” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 49). Cuando se habla de mujeres, hay que tener en cuenta la multiplicidad de identidades existentes, como las mujeres indígenas o afrodescendientes y las estructuras de opresión y violencia a las que han sido sometidas por esa condición.

En ese sentido, la Ruta Pacífica apunta la necesidad de un enfoque interseccional que posibilite, “al examinar las múltiples identidades que habitan en las mujeres víctimas del conflicto armado, el descubrimiento de diversas discriminaciones presentes en los cuerpos femeninos. Precisamente, este enfoque reconoce que son los cuerpos, sobre todo los cuerpos de mujeres jóvenes, de mujeres campesinas, populares, negras e indígenas, los que operan como lugares de intersección y encuentro de identidades discriminadas, que caracterizan los fundamentos de la exclusión” (2013, p. 48).

---

<sup>4</sup> Las otras ocho fueron: Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional, Casa de la Mujer, Corporación Humanas, Corporación Mujer Sigue Mis Pasos, Dejusticia, Iniciativa de Mujeres por la Paz, Profamilia y Sisma Mujer (De Oliveira y Brito, 2019, p. 85).

El *XII Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia* también recoge la necesidad del enfoque diferencial de abordar la subordinación de las mujeres, sin olvidar la relación de las diferencias entre estructuras de opresión y relaciones de poder. El informe retoma la propuesta de Kimberlé Crenshaw, feminista negra que ha trabajado en el enfoque diferencial, proponiendo un modelo que tiene en cuenta el cruce entre patriarcado y racismo en la sociedad. Crenshaw afirma que “ambos están entrelazados y colaboran para definir a las mujeres negras como agentes subordinados en relación con los hombres negros, además de inferiores con respecto a las mujeres blancas” (2015, p.13).

Las discriminaciones identitarias también se visibilizan cuando se examina el impacto cultural. Por ejemplo, en la afectación de la relación de las comunidades indígenas con la naturaleza o bien con los espacios de espiritualidad y vida comunitaria (Ruta de las Mujeres, 2013a, p. 469). Este hecho supone una amenaza para la supervivencia de los pueblos indígenas. Sus territorios presentan una diversidad de recursos de la que se han aprovechado distintos actores armados. “En la medida en que la presencia de actores armados en los territorios indígenas trastorna la cotidianidad organizada de acuerdo con sus diversas cosmovisiones, se rompe un equilibrio entre personas, naturaleza y fuerzas espirituales que ha garantizado su supervivencia como pueblos. Los territorios indígenas se convierten así en espacio de presiones, temor e intimidación” (Mesa de Trabajo “Mujer y conflicto armado”, 2003, p. 40).

Otro ejemplo que recoge el tercer “Informe sobre violencia sociopolítica contra las mujeres, jóvenes y niñas en Colombia” son las diversas formas de violencia que viven las mujeres afrocolombianas por culpa del conflicto armado. En ellas se observa las múltiples discriminaciones producidas por la interacción entre clase, género y raza. Algunas violencias,

Están relacionadas con la irrupción violenta del mismo en sus prácticas culturales y en su cotidianidad. Otras están atravesadas por prácticas discriminatorias y racistas, de los actores armados y no armados. Y muchas de ellas dejan ver lo que supone el desarraigo y la pérdida de sus tradiciones culturales, al ser forzadas a vivir dentro de su territorio pero bajo el control de los actores armados, o bien fuera de su territorio por el desplazamiento, enfrentando al llegar a las ciudades una triple discriminación por ser mujeres, por ser afrocolombianas y por estar desplazadas (Mesa de Trabajo “Mujer y conflicto armado”, 2003, p. 23).

Asimismo, De Oliveira y Brito, basándose en el “Informe de derechos humanos de personas LGBT en Colombia 2013-2014” elaborado por Colombia Diversa, denuncian la invisibilidad de los delitos cometidos contra la población LGTBQ+, “puesto que este colectivo sufrió, por una parte, un genocidio en el marco de la dinámica del conflicto armado y, por otra, la violencia perpetrada por el estado” (De Oliveira y Brito, 2019, p. 83)

La condición de ser madre también es un elemento que ha comportado múltiples violencias hacia las mujeres. La responsabilidad por los hijos o hijas se tradujo en “sufrimiento para muchas mujeres que tuvieron que enfrentar situaciones de precariedad, de pobreza, de amenaza y de agresión debidas a hechos violentos” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 302). Además, la maternidad ha sido una razón para atacar a las mujeres y ejercer un

control social en el conflicto armado. Se ha utilizado a los hijos e hijas “como amenazas contra las mujeres, sus acciones o su liderazgo. El terror del impacto en los hijos e hijas ha sido utilizado como un mecanismo de control social” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 468).

La maternidad también se ha convertido en una herramienta de resistencia. Las mujeres resisten por sus hijos e hijas, para protegerlos y garantizarles un futuro mejor. Para Cockburn la maternidad “refleja un importante aspecto de la experiencia vivida de muchas mujeres, puede unificar a las mujeres, puede ser una fuente de autoridad y una herramienta poderosa para la resistencia” (Cockburn, 2007, p. 210 en Villellas, 2010, p. 21). Numerosos ejemplos en todo el mundo corroboran este poder aglutinador de la maternidad y de la lucha de las mujeres por mejorar las condiciones de sus familias e hijos en un futuro sin violencia: las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, la Asociación de Madres Naga en la India, las Madres por la Paz en la región filipina de Mindanao (Villellas, 2010, p. 21), o en Colombia, las Madres de Falsos Positivos de Soacha y Bogotá (MAFAPO) y la Asociación Caminos de la Esperanza - Madres de la Candelaria<sup>5</sup> en Medellín, Antioquia, un colectivo de mujeres que “ha hecho de la maternidad su bandera política” (Martínez, 2010, p. 1).

Aun así, Cockburn reconoce que este enfoque de maternidad ha sido criticado, principalmente, porque excluye a las mujeres que no son madres y que no desean serlo, y porque puede contribuir a reforzar los roles patriarcales y reducir la autonomía de las mujeres (Cockburn 2007, p. 209 en Villellas, 2010, p. 21). Los testimonios de las mujeres víctimas-supervivientes recogidos por la Ruta Pacífica de las Mujeres muestran cómo muchas madres se sienten responsables de acompañar y criar sus criaturas. “El patriarcado ha naturalizado esa responsabilidad al asociarla a la capacidad femenina de gestar y parir criaturas humanas, dando lugar a una división del trabajo entre mujeres y hombres que configura su sistema de géneros” (2013, p. 302).

De todas formas, el cuidado de las generaciones futuras que muchas veces implica la maternidad es una manera de construir la paz. La Ruta Pacífica destaca que “esta capacidad de muchas mujeres víctimas, de centrarse en su familia y retomar nuevos roles sociales y familiares constituye también un aporte para el país que debe ser reconocido” (2013, p. 440). Valero recoge en su tesis “Género y Paz: Relatos de Mujeres Víctimas de Violencias” la investigación de Sara Ruddick, quien vincula la práctica maternal a la construcción de una cultura de paz.

Esto no quiere decir que el trabajo maternal es y debe ser llevado por mujeres, puesto que también puede ser realizado por un hombre, aun cuando la mayoría de las personas piensen que debe ser la madre quien lo lleve a cabo. Se trata pues de desgenerizar el trabajo maternal. Es importante agregar que se debe hacer una distinción entre el cuidado y la práctica maternal, ya que esta última es una actividad delicada mientras que el cuidado es mucho más amplio, lo que equivale a realizar un tipo específico de cuidado (Valero, 2017, p. 249).

---

<sup>5</sup> La Asociación Caminos de la Esperanza - Madres de la Candelaria es una organización de mujeres que lucha por la recuperación de sus hijos desaparecidos forzosamente durante el conflicto, y que se han sentido abandonadas por las entidades estatales.

La resistencia de las mujeres no solo deriva de la maternidad, sino que se basa en distintos factores que las llevan a reconceptualizarse a sí mismas como sujetas de derechos. Algunos son el reconocimiento como iguales con el resto de mujeres, el apoyo mutuo, la organización, la búsqueda de apoyo para sus familias, etc. Estas formas de resistencia, a la vez, ponen en cuestión sus roles establecidos socialmente y contribuyen a que las mujeres se organicen, tomen protagonismo y cambien las relaciones de subordinación que la cultura patriarcal ha perpetuado (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 20-21).

Según los testimonios de las mujeres víctimas-supervivientes que recoge la Ruta Pacífica, las organizaciones de mujeres son y han sido un espacio de cuidados y empoderamiento para superar el dolor y enfrentar las consecuencias del conflicto armado. “El encuentro con otras mujeres se convierte en una forma vital de resistencia, especialmente en un contexto de violencia política permanente y frente a una sociedad que les exige sostener y resolver los efectos del conflicto en términos sociales y familiares. Por ello, la mayoría tiene claro que es en la acción colectiva con otras mujeres en donde está la opción para ‘salir adelante’” (2013, p. 419). Estos procesos de organización también contribuyen a generar una sororidad entre las mujeres que, al compartir relatos, se vuelven conscientes de las distintas discriminaciones que han sufrido, tanto aquellas vinculadas al conflicto armado, como aquellas relacionadas con su vida familiar. “Las mujeres sienten que la organización es la posibilidad de construir o reconstruir memoria individual y colectiva para comprender por qué el conflicto armado las ha afectado y cómo pueden ser constructoras de paz. Lo organizativo se vuelve un lugar de comprensión mínima donde se entablan nuevas relaciones con otras mujeres, y muchas se atreven a denunciar su caso” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 474).

Las mujeres construyen así “múltiples redes para dar forma al tejido social, que no son solamente las propuestas por vía institucional, porque al interior de la dinámica misma de las comunidades los sujetos deciden y adoptan formas de vivir que solo se concretan si están en un territorio” (Rodríguez y Moncaleano, 2019, p. 54). Ellas han generado espacios de diálogo, de intercambio generacional, espacios artísticos o culturales que unen a las personas y generan confianza entre ellas (Rodríguez y Moncaleano, 2019, p. 51).

Además de generar una red de apoyo emocional, las organizaciones de mujeres también contribuyen a mejorar las condiciones económicas de sus integrantes, ya sea mediante trabajos colectivos que contribuyen a reconstruir ciertas condiciones materiales o bien mediante formaciones en las que las mujeres adquieren nuevos conocimientos y se perciben de manera distinta, desvinculándose de los estereotipos de género que muchas veces las han condicionado (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 421-422). Valero Díaz también destaca la importancia de la autonomía económica conseguida mediante un trabajo, ya que “no solo contribuye a la igualdad de género y a la eliminación de su propia pobreza, sino también a potenciar al máximo sus capacidades, talentos y energía. Sin duda alguna cuando las mujeres están empoderadas, pueden exigir sus derechos, ejercer liderazgos, aprovechar oportunidades de educación y de empleo, y de esta manera pueden llegar a ser partícipes de su propio desarrollo (2017, p. 172)”. A través del planteamiento de alternativas de carácter productivo y/o empresarial, las mujeres demuestran que se puede generar un cambio en Colombia abordado desde “el trabajo y no desde la mendicidad o la ayuda humanitaria concebida como donaciones o subsidios, sin un planteamiento integral

orientado al apoyo en sus necesidades y el respeto a sus derechos (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 474.)”.

A pesar de la labor indispensable que las organizaciones de mujeres hacen para mejorar sus condiciones de vida en Colombia, ellas han sido foco de persecución durante muchos años, hecho que implica asesinatos tanto de sus miembros como de las personas que las rodeaban (Mesa de Trabajo “Mujer y conflicto armado”, 2003, p. 12). El tercer “Informe sobre violencia sociopolítica contra las mujeres, jóvenes y niñas en Colombia” recoge que “las organizaciones de la mujer, sobre todo campesinas, indígenas y afrocolombianas, y sus dirigentes, han sido objeto de intimidación sistemática y se han visto perseguidas por la labor que realizan en defensa de la mujer y en pro del mejoramiento de las condiciones de vida de sus comunidades” (Mesa de Trabajo, “Mujer y conflicto armado”, 2003, p. 12). La violencia del conflicto armado provoca que estas organizaciones de mujeres se conviertan en un objetivo militar. En el momento en que se desprecian y se destruyen sus organizaciones, el tejido social de los territorios se ve gravemente afectado. Ello se traduce en un daño colectivo y social que va más allá de la suma de los impactos individuales (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p.175).

La desprotección que sufren los líderes y las lideresas sociales que luchan por la paz y el territorio ha continuado hasta hoy. Según denuncia el informe del Instituto de Estudios por el Desarrollo y la Paz (Indepaz) *Todos los nombres, todos los rostros*, 702 líderes sociales y defensores y defensoras de la vida y del territorio fueron asesinados entre el 1 de enero de 2016 y el 20 de mayo de 2019 (Indepaz, 2019, p. 9). Además, según el informe de la Fundación Ideas para la Paz *Dinámicas de la confrontación armada y su impacto humanitario y ambiental. Tendencias en la pandemia*, 49 líderes sociales fueron asesinados en los primeros cuatro meses de 2020. Entre enero y abril de 2020 “las agresiones a líderes sociales aumentaron un 10%, y los homicidios un 53%” (FIP, 2020, p. 4). Por este motivo, tal y como resalta Calbet, es necesario “desplegar todas las medidas necesarias para la protección de las personas que están trabajando en la defensa de los derechos humanos en Colombia, y actuar de forma eficaz contra los grupos herederos del paramilitarismo” (2018, p. 73). Las organizaciones de mujeres hacen una labor de construcción de Paz que suple la falta de implicación del Estado, que es quien formalmente debería hacer ese trabajo. Ante la insuficiente respuesta de las instituciones a la situación que viven las mujeres, distintas organizaciones de mujeres y de derechos humanos se han encargado de realizar un acompañamiento jurídico y psicosocial en cuanto a las peticiones de verdad, justicia y reparación. Aun así, el alcance de estas organizaciones es limitado, en comparación con la magnitud de la impunidad (Mesa de Trabajo “Mujeres y conflicto armado”, 2009, pp. 38-39).

## **2.6. Reparación más allá de lo narrado: verdad, justicia y cumplimiento**

La función de la narración de la víctima, que con el relato de la injusticia vivida se empodera y se convierte en una superviviente activa que busca su reparación —y que, de esta manera, también se convierte en un ejemplo de lucha para otras— queda reflejada en el caso de las mujeres colombianas. Ahora bien, las voces críticas de la construcción del relato de las víctimas asumen dos posturas (Aranguren, 2017, p. 66) que cabe evitar en el desarrollo de los procesos de construcción de memorias colectivas de las víctimas. En primer lugar, la asunción de que se da una voz a quien no la tiene y que, por tanto, supone

la imposibilidad de hablar de la víctima, y condena al sujeto-víctima a una condición de subalternidad (Spivak, 2003). En segundo lugar, es necesario eliminar la relación directa que a veces se establece entre el acto de narrar o contar y la sanación o reparación del sufrimiento de las víctimas, cuando son procesos diferenciados: “el punto crítico de esta producción testimonial está en el hecho de que, tanto para los diseñadores de políticas (*policy makers*) como para una parte importante de la sociedad colombiana, la reparación se limita a la presentación pública del dolor de las víctimas, independientemente de la posibilidad de escucha de ese dolor” (Aranguren, 2017, p.66).

Así, según defiende Aranguren (2016), para sanar no basta con narrar, es necesario escuchar y reparar. En el mismo sentido, Das apunta que “nombrar la violencia no refleja únicamente luchas semánticas, refleja el punto en el que el cuerpo del lenguaje resulta indiferenciable del cuerpo del mundo y el acto de nombrar constituye una expresión performativa” (Das, 2003, p. 146 en Sánchez-Blake, 2016, p. 311). Elvira Sánchez-Blake apunta a la resignificación de las acciones, para una transformación hacia el futuro y una construcción de redes de solidaridad, como elemento esencial de la sanación (Sánchez-Blake, 2016, p. 311).

Teresita Gaviria, fundadora y actual directora de las Madres de la Candelaria, explica que estaban tan acostumbradas a ser ignoradas, que “lo que fue más duro para nosotras fue que alguien finalmente nos escuchara” (Colombia 2020, 2018). Esa escucha, aunque dolorosa, es la que repara. Victoria Lugo, Paula Vanessa Sánchez y Cristian Rojas argumentan que la escucha activa es fundamental en el proceso de reparación psicosocial de las víctimas, ya que “la restauración es una acción colectiva y dialógica, que involucra no solo a los sobrevivientes sino también a las comunidades” (2018, p. 55). La Ruta Pacífica de las Mujeres coincide con esta visión de la reparación, y en el segundo tomo de su informe *La Verdad de las Mujeres* recoge que “las víctimas necesitan que su experiencia sea reconocida y validada, que las víctimas sobrevivientes y las personas muertas y desaparecidas, así como las comunidades afectadas, sean reconocidas en su dignidad” (2013a, p. 483). En la misma línea, todas las entrevistas realizadas por Calbet también coinciden en la importancia de la “creación de redes de confianza a nivel local, que mantengan contactos con víctimas, organizaciones y funcionarios de la administración de atención a víctimas, espacios a los que las mujeres puedan acceder y tener un acompañamiento en su proceso de reparación y restitución de derechos” (Calbet, 2018, p. 71).

Además, el reconocimiento de las voces de las víctimas, como relato, debe ir acompañado de las medidas judiciales correspondientes para reparar a las que cuentan sus historias, un argumento apoyado por Vargas (2018, p. 6), quien indica que la fuente principal de la crisis en torno a las vulneraciones de derechos humanos a mujeres es el alto grado de impunidad, así como el nivel de riesgo que ellas padecen en el contexto del conflicto, donde sus derechos son vulnerados y muchas veces son victimizadas por la impunidad y demora de las investigaciones en los procesos judiciales. Si bien son los varones quienes “aportan un mayor número de víctimas directas a las estadísticas de victimización (...), son las mujeres quienes asumen los costos de emprender nuevas vidas como sobrevivientes” (Ibarra, 2011, p. 268). Según numerosos autores y organizaciones defensoras de derechos humanos, en Colombia se ha dado una inoperancia e ineficacia de los organismos del Estado encargados



de brindar atención en salud física y mental oportuna. Organismos que, además, no han apoyado con todas sus entidades públicas a la población víctima en la reconstrucción de condiciones para el goce pleno de sus derechos (Arévalo, 2010, p. 38-36).

Vale la pena aclarar que, tal y como recoge la Ruta Pacífica de las Mujeres, aunque se hable de reparar y restituir, en casos de violación, de asesinatos de familiares, de pérdida de tierra, “detrás de esos hechos impactantes y dolorosos, hay pérdidas irreparables, que tienen que ver con la vida construida en relación con un territorio, con unas costumbres y rituales, con unos afectos” (2013, p. 63). De hecho, según recogen los testimonios de *La Verdad de las Mujeres*,

Los conceptos y las medidas tradicionales en materia de reparación en el derecho internacional de los derechos humanos no son de fácil comprensión, y mucho menos de rápida apropiación por parte de las mujeres. Para algunas es un concepto incomprensible porque en su experiencia es imposible tratar de reparar lo irreparable (...) como los proyectos de vida truncados, la pérdida de personas queridas, la ruptura de vínculos, las experiencias de extremo dolor y sufrimiento que conllevaron un quebranto personal (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 369).

En el informe de la Ruta Pacífica se destaca que:

Lo irreparable es quizá uno de los componentes que ilustran con mayor claridad las percepciones de las mujeres sobre el derecho a la reparación. Es a la vez una conciencia de la profunda pérdida sufrida y las enormes consecuencias negativas en sus vidas, pero también una llamada de atención a la banalización del concepto de reparación o la minimización de las consecuencias de la violencia (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 379).

Pero, aunque a veces hay pérdidas irreparables, muchas mujeres apuntan a la visibilización de la participación política, la formación, el respaldo del Estado, el acceso al trabajo, la prevención de la violencia contra las mujeres o la garantía de derecho como medidas indispensables en cuanto a la reparación (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 428), el primer ingrediente de la cual es la dignidad. Por eso, las mujeres incluyen las medidas orientadas al ejercicio de sus derechos económicos y sociales como parte de ese derecho a la vida digna (2013a, p. 430). Calbet defiende asimismo que “las iniciativas de reparación deben ser de carácter integral, contemplando la situación y el contexto de la víctima, pues existen particularidades de afectación diferencial a las víctimas de violencia sexual que se suman a las particularidades contextuales de las propias víctimas” (2018, p. 69). Y, como “no todas las víctimas sufren los mismos actos, las mismas afectaciones, ni de la misma forma, ni tienen las mismas capacidades para afrontar la situación”, según el punto de vista de Calbet, “tendrán que ser las víctimas quienes expongan sus prioridades, para poder ofrecer unas medidas de reparación y rehabilitación adecuadas a sus expectativas de vida” (Calbet, 2018, p. 69).

Además, la necesidad de reparación debe verse reflejada en un cambio de la relación del Estado con las víctimas, pasando del estigma al reconocimiento. Según el informe *La Verdad de las Mujeres*, las mujeres entienden la reparación de manera estructural, “como un conjunto de medidas que les ofrezcan oportunidades para retejer sus vidas (...)”. Es una

forma de revertir los efectos y la propia invisibilidad de la violencia contra las mujeres, cuestionando los estereotipos de género y las condiciones de discriminación de las mujeres que genera la cultura patriarcal” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 21-22). Además, “en los testimonios de las mujeres se pone de manifiesto, más allá de las reparaciones para rehacer sus vidas, una conciencia de lo colectivo como marco en el que se debe incidir para eliminar la violencia estructural” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 429).

Una de las piezas clave en la restauración es conocer la verdad. “Para las mujeres buscar el porqué de lo que se hizo a sus familiares o a ellas mismas, les posibilita elaborar, encontrar un sentido a lo que ellas saben que es un sinsentido” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 395). De este modo, tal y como recoge la Ruta Pacífica, “conocer las razones de las desapariciones, asesinatos, reclutamiento, señalamientos y todas las formas de agresiones hacia ellas y sus familias, se vuelve un imperativo para las mujeres víctimas. Néstor Calbet, que elabora una serie de “recomendaciones ante la implementación del Acuerdo sobre víctimas en el departamento del Valle del Cauca, con la intención de que contribuyan al restablecimiento y la satisfacción de los derechos y las expectativas de las víctimas de violencia sexual” (2018, p. 72), también argumenta que “es fundamental el reconocimiento de los victimarios de todos los hechos de violencia sexual y su sometimiento a los procesos de justicia” (2018, p. 68). Tal y como recuerda Calbet, tanto las FARC como las fuerzas de seguridad del Estado se han comprometido en los Acuerdos de Paz a aportar toda la información a su alcance para esclarecer los casos de violencia sexual cometidos durante el conflicto armado y, por lo tanto, habrá que velar para que se haga efectivo dicho esclarecimiento de la verdad (2018, p. 68).

Esta responsabilidad del Estado recae en la mayoría de las mujeres sobrevivientes, quienes asumen un rol activo en la búsqueda de la verdad sobre los hechos acontecidos a sus familiares” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 509). Para posibilitar el esclarecimiento de la verdad sin poner en peligro a las supervivientes, “será fundamental garantizar la seguridad de las víctimas de violencia sexual y su entorno cercano, sobre todo a aquellas que decidan participar en los mecanismos del SIVJRNR<sup>6</sup>” (Calbet, 2018, p. 67). Para ello, Calbet defiende que “deberían también establecerse espacios específicos con privacidad y seguridad para la realización de audiencias de los casos de violencia sexual” (2018, p. 67). Asimismo, dicha búsqueda de la verdad está ligada de forma muy estrecha con la voluntad de hallar justicia, que “se ve a la vez como parte del trato digno a las víctimas y de la prevención de la violencia en el futuro” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 397). Aunque, “a pesar de la fuerte demanda de justicia en un contexto de impunidad, las mujeres tienen una dimensión diferente de la justicia punible, son más amplias que la mera legalidad, porque antes que exigir que los victimarios vayan a la cárcel, piden ante todo la verdad” (2013a, p. 475).

Respecto a la relación entre las víctimas-supervivientes de violencia sexual en el marco del conflicto armado y los procedimientos de denuncia y declaración ante la justicia, Calbet destaca el gran número de mujeres que deciden no denunciar por el gran número de casos que quedan impunes, así como por “la falta de seguridad y la estigmatización de las víctimas en el proceso” (2018, p. 68). De las que sí que deciden declarar para ser

---

<sup>6</sup> Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición, explicado a continuación.

registradas en la Unidad de Víctimas, “una mínima parte decide iniciar un proceso de denuncia en instancias judiciales”, ya que se requiere realizar una nueva declaración de los hechos acaecidos ante los entes de justicia, lo que supone una revictimización de las supervivientes y las lleva a no querer iniciar un proceso judicial (Calbet, 2018, p. 68). Por este motivo, Calbet defiende que “es necesario priorizar casos de violencia sexual para romper con la dinámica de la impunidad en esos delitos” (2018, p. 68).

*La Verdad de las Mujeres* recoge la discusión anterior y aclara que algunas víctimas señalan que ese reconocimiento y petición de perdón debe ser público. Esto se explica porque “la dimensión pública de esas medidas contribuye a dar un espacio social al dolor sufrido y un estatus de una realidad que las víctimas no han visto reconocida” y, además, también contribuye a que la sociedad conozca “lo que se hizo y quién lo hizo, como forma de memoria colectiva que contribuya a la prevención” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 401).

Las visiones y actitudes sobre el perdón, sin embargo, varían entre las víctimas. La Ruta Pacífica argumenta que esto se debe a que, “por una parte, el perdón ha sido históricamente impuesto a las víctimas como una carga moral sobre sus espaldas, en lugar de un cambio de actitud y acciones concretas de cambio de los perpetradores”, mientras que, por otra parte, “los discursos de perdón han sido utilizados para tejer la impunidad en América Latina” (2013a, p.402). Aun así, en los testimonios recogidos en *La Verdad de las Mujeres* también “se reivindica una posición no vengativa o respetuosa con los derechos humanos por parte de las víctimas y sus demandas de justicia, evitando su utilización política, y se plantea una postura flexible sobre la reconciliación” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 402). A su vez, Valerodestaca que “el perdón y la reconciliación han sido utilizados por las mujeres como instrumentos de gran poder que les han permitido deconstruir la violencia de género padecida, acercándose a una convivencia más armónica y en paz consigo mismas” (2017, p. 276).

El punto 5 del Acuerdo de Paz y todo el sistema de justicia transicional que se derivó de él recogió reivindicaciones hechas por las víctimas y organizaciones en defensa de derechos humanos. Así, según explica la Oficina para el Alto Comisionado para la Paz en Colombia, “en cumplimiento del compromiso de poner a las víctimas en el centro del Acuerdo y en respuesta a sus testimonios, propuestas y expectativas, se acordó crear el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SIVJNR)” (OACP, s.f., p. 6), que respondería a las características particulares de la victimización en cada territorio y cada población, teniendo en cuenta un enfoque diferencial y de género. Tres mecanismos, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV) —que debe entregar su informe en 2021— y la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas, nacían. De esta manera, la OACP aseguraba que el sistema de prevención, compuesto por los tres mecanismos judiciales y extrajudiciales, se pondrían en marcha de manera coordinada, “con el fin de lograr la mayor satisfacción posible de los derechos de las víctimas, rendir cuentas por lo ocurrido, garantizar la seguridad jurídica de quienes participen en él, y contribuir a alcanzar la convivencia, la reconciliación, la no repetición, y la transición del conflicto armado a la paz” (OACP, s.f., p. 8). Era la primera vez que un sistema de esta naturaleza se acordaba en una mesa de conversaciones de paz.

Pero, tal y como destacan Vargas y Díaz, “el presente acuerdo entraña uno de los mayores desafíos planteados en la historia de los acuerdos realizados en el país, especialmente en lo referente a la implementación, y dentro de esos desafíos la transversalización del enfoque de género” (Vargas y Díaz, 2018, p. 409). Amnistía Internacional es crítica con la inoperancia de la reparación de las víctimas incluida en los acuerdos, y en su informe sobre la situación de los derechos humanos en Colombia de los años 2017 y 2018 afirmaba que “las víctimas del conflicto armado exigían garantías de acceso a la justicia, así como garantías del derecho a la verdad, a la reparación y, en especial, a la no repetición de los abusos cometidos —como los desplazamientos forzados y la violencia sexual— para las comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas en peligro. Aún no se habían satisfecho esas demandas, y la viabilidad a largo plazo del acuerdo de paz se veía amenazada porque no se había llevado ante la justicia a quienes habían perpetrado crímenes de derecho internacional, incluidos crímenes de guerra, crímenes de lesa humanidad y abusos contra los derechos humanos” (Amnistía Internacional, 2018, p.35).

Según recoge el Instituto Kroc, el cronograma oficial de implementación se prevé para 15 años (2019, p. 1). Este mismo organismo de estudios internacionales por la paz ha analizado cuál es el grado de implementación de los 6 puntos dentro del Acuerdo Final<sup>7</sup>, y ha concluido que en febrero de 2019 más de dos tercios (el 69%) de los compromisos del Acuerdo Final estaban en progreso o se habían completado (Kroc Institute, 2019, p. 1), aunque el ritmo del proceso se ha ralentizado desde la toma de posesión del presidente Iván Duque en agosto de 2018. El porcentaje de cumplimiento parece alto, pero si se desglosan los datos, se observa que tan solo “un tercio de estos compromisos han alcanzado niveles avanzados de implementación, es decir, se han implementado completamente (23%) o se espera que se implementen completamente en el tiempo estipulado por el Acuerdo (12%). Treinta y cuatro por ciento (34%) de los compromisos están en un estado de implementación mínima —estos son compromisos que han iniciado su implementación, pero por su cronograma previsto o por el nivel de avance que tienen a la fecha no es posible saber si se podrán implementar completamente—, y un treinta y uno por ciento (31%) del total de compromisos no ha iniciado implementación” (Kroc Institute, 2019, p. 2). Respecto a los compromisos alcanzados en el acuerdo de víctimas, tanto la JEP, como la CEV y la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas están ya desplegándose en territorio, pero el Instituto Kroc destaca la necesidad de “proteger política y financieramente al Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición”, ya que “preocupa el recorte presupuestal de recursos a la JEP y a la CEV y la presión política que sufren estas instituciones”. El organismo internacional también advierte de que es necesario “fortalecer las garantías de las víctimas para que puedan participar en los procesos judiciales” (Kroc Institute, 2019, p. 10).

Según el Instituto Kroc, “es de suma relevancia acelerar el ritmo de implementación y asegurar que las principales medidas tengan concreción en las regiones, garantizando los enfoques transversales de derechos humanos, género, étnico, territorial, y se asegure la centralidad de las víctimas en la construcción de paz” (2019, p. 1). Néstor Calbet, en su informe “La violencia sexual en Colombia, Mujeres víctimas y constructoras de paz”,

---

<sup>7</sup> Los seis puntos del Acuerdo Final son: 1. Reforma Rural Integral, 2. Participación Política, 3. Fin del Conflicto, 4. Solución al Problema de las Drogas Ilícitas, 5. Acuerdo sobre las Víctimas del Conflicto y 6. Implementación, verificación y refrendación.

realizado para el Instituto de Derechos Humanos de Cataluña y con el apoyo del ICIP, argumenta también que “las particularidades regionales, y especialmente las dinámicas locales, determinarán en gran parte la eficacia de la implementación”, y por ello “las organizaciones de base pueden aportar mucho por su experiencia de trabajo en los territorios” (Calbet, 2018, p. 70). A pesar de las críticas y las dificultades de implementación, el informe también resalta positivamente que “estudios comparados de otros procesos de paz muestran que alcanzar los primeros dos años tras la firma del acuerdo sin retornar al conflicto armado, es un hito importante que augura buenas posibilidades de éxito” (Kroc Institute, 2019, p. 3).

En cuanto al enfoque de género, el mismo Instituto Kroc de Estudios Internacionales de Paz, junto con y el Componente de Acompañamiento Internacional del cual hacen parte Suecia, la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM) y ONU Mujeres, han realizado dos informes conjuntos en los que analizan la implementación del Acuerdo Final en materia de género, a nivel cualitativo y cuantitativo. El último de estos dos informes, con fecha de corte en agosto de 2019, en su análisis cuantitativo —que compara los niveles generales de implementación del Acuerdo con los niveles de implementación del enfoque de género— concluye que “aún persiste una brecha entre ambos, con mayor rezago en el inicio e implementación de las medidas para la igualdad de género”<sup>8</sup> (Kroc Institute, ONU Mujeres et al, 2019, p. 11). Por lo que respecta al análisis cuantitativo se “muestra que los mayores avances en los últimos meses se han presentado en el Punto 5 (Derechos de las Víctimas) mientras que, en otros puntos del Acuerdo (puntos 1, 2 y 4) se han evidenciado pocos avances” (Kroc Institute, ONU Mujeres et al, 2019, p. 11). Calbet destaca en su análisis que los principales obstáculos que se presentan para la plena satisfacción de los derechos y expectativas de las víctimas de violencia sexual son:

La escasa o deficiente organización de las víctimas (...), la enorme impunidad existente en referencia a los crímenes de violencia sexual (...), la estigmatización y el riesgo que corren las víctimas de violencia sexual en caso de declarar o denunciar los hechos, la continuidad de actores armados en el territorio, la necesidad de presupuestos que destinen suficientes recursos a la atención y reparación de las víctimas y la falta de capacitación del personal de atención a las víctimas (2019, p. 76).

Asimismo, en cuestiones de igualdad de género, Vargas y Díaz destacan que, a pesar de las medidas sobre equidad de género que ha implantado Colombia y las convenciones internacionales al respecto que ha ratificado, todavía no se evidencian mejoras sustanciales de la vida de las mujeres (2018, p. 409). Así, “se ha mejorado, por ejemplo, en el acceso a la educación o a la salud sexual y reproductiva, no obstante, las cifras de violencia en contra de las mujeres no dejan de aumentar, sigue habiendo desigualdad salarial, un insuficiente acceso al mercado laboral formal y una escasa corresponsabilidad al interior de los hogares” (Vargas y Díaz, 2018, p. 409). Además, De Oliveira y Brito recuerdan que “sin poner fin a la violencia estructural direccionada a los cuerpos racializados y a la comunidad LGBTQ+, no es posible alcanzar una paz duradera y sostenible” (2019, p. 88). Calbet, en la

---

<sup>8</sup> Según recoge el Instituto Kroc, “por un lado, hay un porcentaje más alto de compromisos con enfoque de género que no han sido comenzados. Con corte a agosto de 2019, el 42% no han sido iniciados a diferencia del 27% no iniciados en la implementación general, una diferencia del 15%. Por el otro, entre aquellas que han sido iniciadas, hay un número menor de compromisos con enfoque de género que han sido completados en comparación con la implementación general del Acuerdo” (Kroc institute, ONU Mujeres et al., 2019: 11).

misma línea, también resalta que, para asegurar la no repetición —uno de los derechos de las víctimas— “la construcción de la paz posacuerdos deberá prestar especial atención a los orígenes de la violencia, para abordar los factores que la hicieron posible, y transformar las causas de fondo” (Calbet, 2018, p. 70).

Rodríguez y Moncaleano, a su vez, contemplan la paz como la suma de acciones individuales y colectivas, que en el trascurso del tiempo contribuyen a transformar la sociedad (2019, p. 53). Todo ello genera un reto como sociedad:

Será necesario realizar transformaciones profundas en áreas fundamentales como la educación para la paz y la convivencia, que permita la disminución de los estereotipos y discriminaciones, la resignificación de los roles tradicionales de género, el respeto a la diversidad en todos los ámbitos, la promoción de la autonomía, empoderamiento y liderazgo de las mujeres, reeducar y sensibilizar a los hombres para el desarrollo de nuevas masculinidades más incluyentes y menos violentas (Vargas y Díaz, 2018, p. 410).

### **3. Presentación formal del proyecto**

El proyecto “Narrar el conflicto para construir la paz. Cuatro historias de empoderamiento de mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia” se trata de un proyecto de investigación aplicada, que pretende construir y difundir un relato polifónico sobre el empoderamiento de las mujeres que han sido víctimas del conflicto armado. La intención es fomentar la multiplicidad de voces y miradas sobre el conflicto, mostrar los ejemplos de resistencia, unidad social y construcción de paz de las mujeres y ejemplificar que existen distintas verdades sobre la propia historia colombiana. De este modo, se pluraliza el imaginario social sobre el conflicto en Colombia y se disminuyen tensiones entre los polos sociales enfrentados. También es una manera de propagar la capacidad de perdón de las víctimas y favorecer la reconciliación. La verdad del conflicto armado colombiano es múltiple y puede leerse desde la particular sensibilidad de las víctimas-supervivientes que articulan un relato conjunto e integral: el perdón y la reconciliación, sin olvidar la justicia, pero restando importancia al actor o a los actores que cometen o propician la situación de violencia (Hernández, 2003).

Este TFG se enmarca dentro del proyecto “Mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia: un modelo de perdón, empoderamiento y reconciliación nacional”, en el que colaboran diversos investigadores y entidades colombianas, además de haber obtenido financiamiento del Institut Català Internacional per la Pau (ICIP). El proyecto consiguió la beca para trabajos de investigación en el ámbito de la paz de la convocatoria del ICIP 2018-2019. Los objetivos del proyecto se asemejan a los del TFG, pero su rango es más amplio, pues recopila las historias de vida de 10 mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado colombiano. Este trabajo de investigación y la búsqueda de los perfiles de mujeres no habría sido posible sin la colaboración colombiana de la Universidad del Tolima y su Observatorio de Paz y los Derechos Humanos, y también de la Corporación Universitaria Nacional de Educación Superior (CUN). Ambas instituciones ya tenían experiencia en el ámbito de investigación, además también de haber trabajado en el terreno en el que se desarrolló la investigación. Uno de los resultados del proyecto será un web documental con los diez perfiles de las mujeres, simultáneamente en formato escrito y

audiovisual, además de un documental sobre sus historias de vida y un reportaje sobre las organizaciones y la construcción de paz fuera de los Acuerdos.

De las 10 historias de mujeres que se recogen en el proyecto “Mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia: un modelo de perdón, empoderamiento y reconciliación nacional”, este TFG presenta 4 de ellas. La selección se ha realizado procurando una diversidad de perfiles que pueda expresar la diversidad de voces que existen dentro del conflicto armado en Colombia. La voluntad del proyecto es dar protagonismo completo a las mujeres víctimas-supervivientes, incorporando así la perspectiva de género en el análisis y reconstrucción narrativa del conflicto colombiano (Ibarra, 2011) para dar a conocer las demostraciones cotidianas de procesos de reconciliación, perdón y búsqueda de justicia que ellas encarnan. Los relatos de las mujeres conforman instrumentos adecuados y ejemplos concretos de cómo una sociedad golpeada por la violencia puede promover la construcción de la paz y propiciar situaciones de reconciliación mediante vías no violentas o propiamente vengativas (Otero, 2006). En definitiva, el interés principal de la investigación es el de configurar un relato colectivo que sea capaz de cristalizar la idea de que las mujeres víctimas-supervivientes son piezas clave para reconstruir el tejido social colombiano.

Para realizar el proyecto, se solicitó al ICIP un presupuesto de 6.000€ (ver anexo 1). Este dinero se ha empleado sobre todo en financiar los desplazamientos del personal investigador a Colombia, así como en la compra o alquiler de material de rodaje, la contratación de becarias que apoyaran la investigación y la subcontratación de servicios de diseño y web para programar el webdoc.

El presente TFG ha sido planteado en una calendarización a 9 meses vista (ver anexo 2). Los cuatro primeros meses (de septiembre a diciembre de 2019) se han basado en recolectar documentación para la creación del marco teórico y realizar la selección de los cuatro casos de mujeres víctimas y supervivientes de la violencia en Colombia, ubicadas en el departamento del Tolima. A continuación, de diciembre a enero de 2020 se completan las tareas de preproducción de las piezas audiovisuales, basadas en la planificación de los guiones, en la documentación de las historias de las mujeres y los rodajes audiovisuales. Le sigue la producción, que incluyó un mes de preparación específica y dos semanas de rodaje *in situ* de las cuatro cápsulas de historias de vida seleccionadas, que en este caso se realizó entre febrero y marzo del 2020. La postproducción engloba los tres meses siguientes. Se plantea realizar el montaje audiovisual de las cápsulas y también la preparación de los perfiles que contextualizan las historias de vida. El último mes se dedica a la discusión de los resultados y la extracción de las conclusiones finales. Ya fuera de la calendarización específica de nuestro TFG, en el marco del proyecto del ICIP se prevé la distribución y difusión de los productos periodísticos elaborados.

Los productos periodísticos que presenta el TFG “Narrar el conflicto para construir la paz. Cuatro historias de empoderamiento de mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia”, se basan en las 4 historias de vida de Yuliana, Leonoricel, Luz Ángela y Heidi. Cada historia se ha materializado en distintos formatos periodísticos. A nivel textual, se presentan los perfiles de las mujeres en un formato de periodismo narrativo que busca reflejar la realidad de vida de las protagonistas, de tal manera que el lector o lectora

pueda empatizar con ellas. Estos perfiles cuentan con una versión corta, para el formato web y de consumo rápido, y otra más larga pensada para un consumo pausado, en lo que podría ser un capítulo de libro. Además, en el formato audiovisual, cada mujer presenta una cápsula audiovisual propia, donde se escenifica su rutina diaria y también un reportaje fotográfico que dialoga con el texto, para situarlas mejor en el entorno.

Para cada formato (texto, fotografía y vídeo) se han buscado referentes que o bien por la temática o por la estética del proyecto, funcionaran como fuentes de inspiración para los productos periodísticos a realizar (ver anexo 3). En el caso del texto, la intención de los perfiles es que estén redactados a partir de las bases del periodismo narrativo. Dos buenos referentes son la *Revista 5W* y los textos de la periodista Leila Guerriero. En el primer caso, destacamos el web documental “La Tierra Sin Ellas”, donde se recogen las historias póstumas de vida de distintas mujeres de Colombia, Guatemala y Paraguay que han luchado por su territorio. De Guerriero, destacamos la crónica “El rastro en los huesos”, premiado por la Fundación Gabo de Periodismo, sobre la identificación de los cuerpos de los asesinados en la dictadura militar en Argentina. En último término, también nos ha inspirado el webdocumental “Cuidar entre Terres” de *La Directa*, donde se recogen historias de vida de mujeres colombianas que realizan trabajos de cuidados tanto en Colombia como en Cataluña. A partir de los relatos, se han hecho diversos reportajes en forma de capítulos literarios.

A nivel fotográfico, destacamos el trabajo de Federico Ríos, que durante el conflicto ha retratado varias veces las FARC desde su interior. Una de sus exposiciones es “Los días póstumos de una guerra sin final”. Sobre la figura de la mujer latinoamericana, también nos inspira el reportaje en el *NYTimes* “Childbirth in Venezuela, Where Women’s Deaths Are a State Secret”, con fotografías de Meridith Kohut mostrando distintas escenas del proceso de dar a luz. Por último, este más centrado en Colombia, nos interesa el fotoreportaje “La vida en el ETCR El Oso” publicado por la Comisión de la Verdad, donde transmiten distintos matices de la vida diaria en el campamento, escenario que también fue uno de los lugares de rodaje visitados en el proyecto presentado.

Por último, en el ámbito audiovisual, tomamos como referentes el proyecto “Azúcar Amargo” del fotoperiodista Esteban Félix para la agencia AP. En él, Félix muestra las enfermedades que padecen los jornaleros de Nicaragua por las precarias condiciones laborales en que trabajan. También nos han interesado los diferentes documentales del Centro Nacional de Memoria Histórica en Colombia que, con un estilo sencillo y con una estética cuidada, explican distintas historias del territorio. Un claro ejemplo de ello es el documental “El tigre no es como lo pintan”, de Gonzalo Sánchez. Por último, queremos recoger la historia de Dulce, una niña colombiana que aprende a nadar. “Dulce” se trata de una pieza de Guille Isa y Angello Faccini, publicada por el *NYTimes*, que busca mostrar las realidades de vida diarias de las mujeres que lo protagonizan, guiadas por un objetivo: que la pequeña aprenda a nadar.

#### **4. Metodología aplicada en la investigación**

El objetivo general del proyecto “Narrar el conflicto para construir la paz. Cuatro historias de empoderamiento de mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en



Colombia” es mostrar la capacidad de resiliencia y construcción de paz de las mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado colombiano, a partir de la narración periodística de cuatro casos específicos que construyen un relato polifónico del conflicto. Las actividades de la investigación, centradas en el departamento del Tolima, Colombia, pretenden contribuir a que la misma sociedad sea capaz de reconocer, a través de las mujeres como símbolo de fortaleza y unidad social, una multiplicidad de voces y miradas sobre el conflicto armado colombiano como una forma de identificación y de comprensión de verdades sobre la propia historia nacional.

Los objetivos específicos del proyecto son cuatro. En primer lugar, identificar la pluralidad de perfiles de mujeres que se han visto afectadas por el conflicto armado. El segundo objetivo es mostrar que existen diversas verdades alrededor del conflicto dependiendo de la perspectiva víctima-victimario, y de esta manera generar una empatía que ayude a la reconciliación. En tercer lugar, resignificar la concepción de la mujer-víctima pasiva a superviviente activa visibilizando la aportación de su relato a la memoria histórica del conflicto. Y, en última instancia, reivindicar la importancia de la inclusión de las mujeres y de la perspectiva de género en la construcción de paz.

Para obtener los resultados enunciados, la metodología seguida para la elaboración del proyecto “Narrar el conflicto para construir la paz” es de tipo cualitativa y centrada en cuatro historias de vida. El proceso de investigación y realización del proyecto se divide en 8 fases interconectadas metodológicamente.

## **1. Recolección de bibliografía y elaboración del marco teórico**

La primera fase consiste en la recolección de bibliografía y de casos de estudio similares para la elaboración de un marco teórico propio. Así, el proyecto inicia con una etapa de exploración documental (Hernández-Sampieri et al., 2014) que tiene como objetivo rastrear e incorporar las principales investigaciones y experiencias que describan y resalten el papel de mujeres víctimas-supervivientes de conflictos armados en la construcción de la memoria histórica y la transición hacia la paz, con un énfasis en el caso colombiano.

El proceso de investigación bibliográfica se estructura alrededor de los conceptos básicos de “mujeres”, “víctimas/supervivientes”, “memoria”, “narración” y “paz” y sus relaciones entre ellos. Se aborda el relato de las víctimas como elemento empoderador y constructor de memoria histórica, la relación entre mujer y paz, la perspectiva de género en los acuerdos de paz, las organizaciones de mujeres como construcción de paz fuera de los acuerdos y la posibilidad de reparación que ellas contemplan. Las líneas de investigación seleccionadas permiten indagar en las violencias específicas que las mujeres sufren —y resisten— en situaciones de conflicto y, a partir de aquí, reconocer su capacidad de resiliencia y la importancia de su aporte, reconocimiento y actos de perdón y reconciliación en el tejido de la paz en Colombia. De este modo, profundizamos en cuál es la relación entre mujer y paz, así como por qué es importante aplicar una perspectiva de género en el análisis de conflictos y los procesos de paz. Además, la investigación alrededor de estos conceptos también nos permite reflexionar sobre cómo se construye la

memoria de un conflicto, qué voces se recogen y cuáles quedan fuera, y dónde queda la narración de las mujeres víctimas-supervivientes dentro de esta memoria histórica.

## **2. Selección de casos de mujeres víctimas-supervivientes en Colombia**

La base documental obtenida a partir de la revisión académica permite construir criterios de selección de casos de víctimas-supervivientes con enfoque de género y capacidad conciliadora. Así, en esta etapa de la investigación, seleccionamos cuatro mujeres víctimas y supervivientes de la violencia en Colombia, ubicadas en el departamento del Tolima, junto con el equipo del Observatorio de Paz y Derechos Humanos de la Universidad del Tolima. El objetivo es identificar relatos vivenciales que demuestren, desde diferentes roles sociales y procesos individuales, las múltiples miradas sobre la historia del conflicto y sobre su proceso personal como víctimas de múltiples actores y violencias (Nieto, 2009; Villa, 2013).

De esta manera, los cuatro perfiles seleccionados buscan incluir las voces de mujeres víctimas-supervivientes diversas. Por una parte, la historia de Luz Ángela Yate, gobernadora de la comunidad indígena de Chenche Balsillas (en Coyaima) que lucha por visibilizar y reparar los casos de mujeres de su resguardo violentadas sexualmente durante el conflicto, siendo ella una superviviente de tal tipo de violencia. Por otra parte, la narración de Yuliana Cepeda (pseudónimo), joven excombatiente de las Farc que participa de las actividades de construcción de paz que se dan en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) El Oso (Gaitania), donde vive con otros exguerrilleros y cría a su hija. También recogemos la voz de Leonoricel Villamil quien, después de haber perdido gran parte de su familia en diferentes episodios del conflicto, se desempeña en la actualidad como concejal del municipio cafetero de Planadas por el corregimiento de Gaitania y es la lideresa impulsora del Consejo de Mujeres por la Paz de Planadas. Finalmente, nos acercamos a la historia de vida de Heidi Johanna Rojas, víctima-superviviente de la violencia de los paramilitares que se vio forzada a desplazarse de su territorio y que actualmente es una campesina emprendedora en Mariquita, donde está en proceso de constituir una cooperativa de mujeres productoras de guacamole.

## **3. Investigación y preparación de los casos: exploración documental, entrevistas e ideación de formatos audiovisuales**

La tercera fase del proyecto se centra en la exploración documental específica de cada uno de los cuatro casos seleccionados. La información recolectada permite preparar las entrevistas en profundidad para el desarrollo de las historias de vida como herramienta metodológica principal dentro del escenario cualitativo elegido. En esta etapa también se preparan los guiones y relatos audiovisuales que se han utilizado para producir los relatos vivenciales de las mujeres. Así, se realiza un trabajo de preproducción que consiste en entablar contacto con las entrevistadas y, mediante las conversaciones previas con ellas, poder realizar una guionización de las entrevistas más rica. Crear vínculos respetuosos y de confianza con las entrevistadas es clave para poder lograr conversaciones naturales y provechosas en cámara.

Los formatos previstos para producir y difundir las historias de vida son clips audiovisuales de entre 10 y 15 minutos de duración. Cada clip está centrado en una historia de vida, pero tienen en conjunto, una estructura narrativa similar y unos conceptos clave comunes que los relaciona y contextualiza en el marco del proyecto general. La duración de los vídeos facilitará su difusión en medios de comunicación, así como en redes sociales y, por tanto, ampliará su capacidad de impacto.

#### **4. Producción y rodaje de las historias de vida de las mujeres víctimas-supervivientes del conflicto en Colombia**

Una vez especificado el formato y preparado el guion de las entrevistas, el proyecto entra en la fase de producción y rodaje *in situ* de las historias de vida seleccionadas. La ubicación del rodaje se ha adaptado al máximo a las necesidades de los testimonios y a la idoneidad comunicativa del entorno. Todas las entrevistas se han realizado en el Departamento de Tolima, Colombia, dado su carácter simbólico como lugar de inicio del conflicto armado colombiano (Alape, 2004). Las diferentes piezas audiovisuales se rodaron en el departamento del Tolima, y en concreto en las poblaciones de Mariquita, Gaitania (Planadas), El Oso (Planadas) y el resguardo de Chenche Balsillas (Coyaima), con una cámara cinematográfica y un equipo de sonido. A continuación, se detalla el lugar y la fecha de las diez entrevistas realizadas en el marco del proyecto del ICIP, puesto que más tarde aparecerán las referencias en la discusión de resultados:

Entrevista a Nancy Arias, Chaparral, 25 de febrero del 2020

Entrevista a Adonái Rincón, Rioblanco, 26 de febrero del 2020

Entrevista a Ángela Patricia Arias, Santiago Pérez, 27 de febrero del 2020

Entrevista a Leonorice Villamil, Gaitania, 28 de febrero del 2020

Entrevista a Yuliana Cepeda, El Oso, 28 de febrero del 2020

Entrevista a Luz Ángela Yate, Coyaima, 29 de febrero del 2020

Entrevista a Norby Pulido, Villarrica, 1 de marzo del 2020

Entrevista a Heidi Johanna Rojas, San Sebastián de Mariquita, 2 de marzo del 2020

Entrevista a Venus Quiroga, Ibagué, 4 de marzo del 2020

Entrevista a Flor Múnera, Ibagué, 4 de marzo del 2020

#### **5. Postproducción y montaje audiovisual**

La quinta fase del proyecto consiste en la postproducción y montaje audiovisual de las cuatro historias de vida. La estructura previamente guionizada de las historias de vida ha facilitado la edición posterior. Después de realizar el rodaje, se ha indexado todo el material y se han transcrito las entrevistas. También se ha decidido la orientación de cada una de las cápsulas y la utilización de planos de recurso. Entonces, se ha realizado una primera versión de las cápsulas que, después de un visionado crítico conjunto, se ha perfeccionado, aplicando las correcciones de color y sonido.

## **6. Reconstrucción de crónicas periodísticas y encaje de los contenidos producidos**

En paralelo a la producción audiovisual de las cápsulas, se han realizado reportajes periodísticos en formato perfil largo (de unas 10-15 páginas de extensión) y perfil corto (de unos 4 folios) que contextualicen las historias de vida. Estos reportajes, a caballo entre el periodismo narrativo y el de investigación documental, ofrecen una información complementaria sobre el relato audiovisual, de modo que el conjunto transmita el testimonio de manera más profunda. La estructuración de los perfiles, como complemento a las entrevistas que cuentan las historias de vida, facilita la difusión de las piezas audiovisuales, pues se adaptan a todas las plataformas de comunicación (redes sociales, medios de comunicación y también el mundo editorial).

## **7. Discusión de los resultados y extracción de las conclusiones**

En esta séptima fase, hemos analizado el cumplimiento de los objetivos propuestos. Hemos discutido los resultados, a partir de un diálogo entre marco teórico y las voces de las mujeres víctimas-supervivientes. Es decir, hemos comprobado qué relaciones se podían establecer entre las reflexiones teóricas encontradas y la realidad hallada en el trabajo de campo. Finalmente, hemos extraído las conclusiones finales del proyecto.

## **8. Distribución y difusión de las historias de vida de las mujeres víctimas-supervivientes del conflicto en Colombia**

En la última fase, posterior a la entrega de este TFG, se van a difundir las historias de vida producidas. En el marco del proyecto del Institut Català Internacional per la Pau (ICIP) "Mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia: un modelo de perdón y reconciliación nacional", está prevista la distribución del contenido en packs periodísticos (cápsulas audiovisuales y perfiles) preparadas, especialmente, para medios de comunicación en Colombia y Cataluña, así como en la página web creada de forma específica para la difusión del proyecto. La distribución del contenido audiovisual también se realizará en Congresos y Seminarios relacionados con el tema a nivel nacional e internacional, especialmente en Cataluña y Colombia, así como se presentará el documental (que no se incluye en este trabajo pero que forma parte del proyecto mayor del ICIP) en al menos tres Festivales audiovisuales.

## **5. Resultados de la investigación**

La investigación del proyecto "Narrar el conflicto para construir la paz. Cuatro historias de empoderamiento de mujeres víctimas-supervivientes del conflicto armado en Colombia" ha dado lugar a dos tipos de resultados. En primer lugar, las mujeres han narrado sus experiencias alrededor del conflicto armado, mostrando el empoderamiento a partir del cual construyen para la paz. En segundo lugar, el proyecto se ha concretado en distintos productos periodísticos, que funcionan como canal mediático para visibilizar el empoderamiento de las mujeres víctimas-supervivientes del conflicto.

## **5.1. Las narraciones de las mujeres víctimas-supervivientes**

Para evitar caer en prácticas periodísticas y de investigación social que realizan una suerte de “política extractivista de testimonios” (Castillejo, 2018 en Langa, 2019), en primer lugar, se quiere poner cara, ojos y contexto vital a cada una de las mujeres víctimas-supervivientes entrevistadas. Por eso, el primero de los apartados de la presentación y discusión de resultados se inicia con la presentación de quiénes son las mujeres narradoras. Seguidamente, se da paso a la discusión de las declaraciones recogidas en las entrevistas realizadas con las aportaciones académicas del marco teórico. Esta discusión se divide en tres grandes apartados.

El primero se articula alrededor del concepto de víctima. Aborda los diferentes hechos victimizantes sufridos por las mujeres, la multiplicidad de victimarios, la relación víctima-victimario, la capacidad de resiliencia de las víctimas-supervivientes y la importancia de la narración para construir una memoria histórica polifónica e inclusiva. El segundo bloque trata sobre la diversidad identitaria de las mujeres, el empoderamiento a través de las organizaciones que han creado y el rol de liderazgo que muchas de ellas asumen. El tercer apartado gira entorno a la paz. En él, se discute el significado que le dan las mujeres víctimas-supervivientes a la paz, las expectativas que tienen en relación a la actuación del Estado colombiano y los requisitos de verdad, perdón y reparación que ellas consideran necesarios para conseguir la paz.

### **5.1.1. Las mujeres narradoras**

**Leonoricel Villamil** es la única mujer miembro del Concejo de Planadas, el principal municipio cafetero del sur del Tolima, y dedica su acción política a luchar por la mejora de las condiciones de vida de las mujeres rurales. Leo, como se la conoce en toda la región, también es la impulsora de la organización Voces de Mujeres Rurales Urbanas por la Paz de Gaitania, el corregimiento de Planadas donde ha vivido toda su vida y donde se ubica la famosa vereda Marquetalia, el lugar simbólico donde se inicia la historia de las las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. A causa del conflicto armado ha perdido buena parte de su familia. Por eso insiste en la necesidad del cumplimiento de lo acordado en el proceso de paz con las FARC, a la vez que defiende a ultranza la importancia de la capacitación de las mujeres.

**Yuliana Cepeda** lucha junto a otros excombatientes para erradicar las desigualdades en el campo a través del diálogo. Le gusta formarse y vivir en comunidad. Desde niña creció rodeada por las FARC. Tiene una hija pequeña que cuida con ternura en el antiguo Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) El Oso, bautizado como “Marquetalia, Cuna de la Resistencia”, donde vive junto a otros exguerrilleros y sus familias. A los quince años Yuliana decidió ingresar a las FARC. Después de los Acuerdos de Paz entregó las armas, con la esperanza de conseguir una sociedad más justa por la vía pacífica. Ahora está muy decepcionada con la implicación del Estado en el proceso, reclama el cumplimiento de lo pactado y más inversión en el campo.

**Luz Ángela Yate** es la gobernadora del resguardo indígena de Chenche Balsillas, ubicado en el municipio de Coyaima, y también es la responsable de derechos humanos de la

Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima (ACIT). Luz Ángela también es madre de cuatro hijos, el mayor de los cuales irá a la universidad, según ella misma afirma orgullosa. Debido a su activismo en defensa del territorio y de los derechos de su comunidad Pijao, en estos momentos Luz está amenazada. Aun así, la lideresa indígena no se intimida. Uno de los objetivos principales de su mandato como gobernadora indígena es establecer espacios de escucha y sanación para poder abordar las violencias sufridas por las mujeres durante el conflicto armado, así como conseguir más proyectos productivos para su comunidad.

**Heidi Johanna Rojas** quiere romper los roles de género de la sociedad colombiana. Focaliza su acción en la vereda La Cabaña, del municipio de San Sebastián de Mariquita, donde vive con sus dos hijos, su pareja y su madre. Heidi se vio obligada a salir desplazada a Bogotá cuando un grupo de paramilitares se apoderó de la vereda y la vinculó con las FARC. Desde su regreso, ha focalizado sus esfuerzos en que las mujeres adultas de su comunidad puedan estudiar en la vereda y también en crear una asociación de mujeres para producir y comercializar el aguacate y su producto derivado, el guacamole. De este modo, busca conseguir una autonomía para ellas y también ser un modelo para sus hijos.

**Norby Pulido** se siente muy vinculada a Villarrica, lugar donde nació y donde ahora trabaja, desde la alcaldía, por la paz. Hija de líderes comunistas, tuvo que salir desplazada del pueblo por el conflicto armado. Se unió a las FARC por un tiempo, pero terminó desvinculándose de la organización al cabo de poco tiempo. Veinte años después, decidió volver a Villarrica para intentar reconstruir el tejido social de un territorio muy golpeado por la guerra. No se considera lideresa y trata con respeto e igualdad a todas las personas con quienes interactúa. Le da mucha importancia al hecho de organizarse entre la comunidad, pero admite que la gente todavía siente desconfianza.

**Nancy Arias** es representante de la Mesa Departamental de Víctimas del Tolima, tiene cuatro hijos ya crecidos y en sus ratos libres estudia psicología, recursos humanos e inglés. Se vio forzada a salir desplazada de Puerto Saldaña después de la toma guerrillera, y más adelante creó la Asociación de Desplazados del Sur del Tolima. La lideresa cuenta que ha sido victimizada por la guerrilla, los paramilitares y la fuerza pública, que fue quien más daño le hizo. Precisamente por este motivo, no se ve representada en los Acuerdos de Paz de La Habana, y tampoco se reconoce bajo la etiqueta de “víctima”, pero sí se considera una lideresa defensora de los derechos humanos.

**Adonái Rincón** es líder de la Mesa de Víctimas de Rioblanco, donde trabaja en la alcaldía. Llegó al municipio desde Chaparral, en 1994, para trabajar como agente de tránsito. Durante el día, dirigía el tránsito en una “zona roja” donde mandaba la guerrilla y el paramilitarismo, y durante la noche le tocaba hacer los levantamientos de todas las personas a las que asesinaban. Ha sido desplazada tres veces, dos veces por la guerrilla y una por los paramilitares, que la acusaron de ser la novia de un guerrillero. Hace cuatro años estuvo capturada por el Estado cuatro meses, acusada de pertenecer a la guerrilla: es uno de los rostros de los falsos positivos de Colombia. A raíz de todo lo que le ha pasado, lee mucho y se instruye en derechos humanos, no solamente para ella, sino para todas las personas a las que pueda ayudar.

**Ángela Patricia Arias** es una impulsora de proyectos comunitarios en el municipio de Ataco. Allí fue donde llegó desplazada durante la guerra, donde rehízo su vida y se vinculó a la pedagogía por la paz. Poco a poco, tejió una red de mujeres con las que empezó a crear proyectos productivos. Mediante el desarrollo de iniciativas de ganadería y piscicultura consiguen que las mujeres se empoderen y desarrollen su autonomía. Paralelamente trabaja para visibilizar a la mujer en los espacios públicos desde la cabecera municipal del pueblo.

**Flor Múnera** es una mujer comprometida con las luchas sindicales y los derechos humanos. Empezó vinculada a un sindicato de la salud, pero más tarde su ámbito de acción se extendió a la defensa de los derechos civiles y políticos de todas las personas a quienes el Estado se los ha limitado. Es consciente de la estigmatización que tienen los y las líderes sociales en Colombia. Tuvo que salir desplazada de Tolima por una orden de captura proveniente de organismos de seguridad del Estado y más tarde también tuvo que exiliarse por su implicación en las luchas campesinas. Hoy, desde Ibagué, la capital del Tolima, es la portavoz de la Fundación Comité de Solidaridad con los Presos Políticos (FCSPP).

**Venus Quiroga** se presenta como la coordinadora de la Corporación para la Defensa y Promoción de los Derechos Humanos Reiniciar Regional Tolima<sup>9</sup>, y como docente. Vive en Ibagué, y cuenta que su día a día es siempre enfocado a los derechos humanos, igual que la cotidianidad de su padre, su madre y su abuela. Por la defensa de los derechos humanos, sus familiares sufrieron desplazamiento forzado y persecución, y algunos de ellos fueron asesinados por la Chulavita, un grupo armado irregular activo entre 1948 y 1953 vinculado al gobierno conservador. Pese a sus largos e intensos años de vida, Venus afirma que aún no sabe qué es vivir en paz en Colombia. Para Quiroga, la paz empieza por la justicia social.

## **5.1.2. Las víctimas-supervivientes**

### **5.1.2.1. ¿Qué es ser víctima-superviviente del conflicto armado colombiano?**

Los testimonios recogidos en las entrevistas demuestran que las mujeres colombianas “han sufrido un impacto diferenciado de la guerra en sus cuerpos, convertidos en territorio en el cual el conflicto armado se desarrolló” (Fernández-Matos y González-Martínez, 2019, p. 128). Los principales hechos victimizantes que las entrevistadas han sufrido son el desplazamiento forzado, la violencia sexual como arma de guerra, el asesinato de familiares, las amenazas y extorsiones, el despojo de tierras y la aprehensión ilegal. Además, el trabajo de campo ha constatado la multiplicidad de victimarios, así como la intersección de factores victimizantes, como el género, la etnia o la clase. Luz Ángela Yate, gobernadora del resguardo indígena de Chenche Balsillas, relata de esta manera la entrada de la guerrilla y luego de los paramilitares a su comunidad, y de qué manera afectó a las mujeres indígenas:

---

<sup>9</sup> Reiniciar aparece en el departamento a partir del 2006 tras la identificación de uno de los primeros falsos positivos en el sur del Tolima, en Rioblanco.

Mi comunidad fue azotada del 2000 al 2005, hubo muchas mamitas que se tuvieron que ir. Acá, tuvimos la entrada primero de la guerrilla, luego la AUC [las Autodefensas Unidas de Colombia] ellos estuvieron acá con nosotros. Ellos violentaron muchas mujeres, nos violentaron, porque yo soy una víctima más de eso. Y por eso me siento fortalecida. En mí, el miedo que tenía ya se me fue, pero es algo que a uno le queda marcado como mujer (Entrevista a Luz Ángela Yate).

Nancy Arias, víctima-superviviente de desplazamiento forzado de Puerto Saldaña y líder de la Mesa Departamental de Víctimas del Tolima, también sobrevivió a una violación perpetrada por un actor armado:

El 26 de marzo fui a trabajar y vi unos tipos que tomaban y entraban y salían, pero una cosa así sin más. Ese día salí de trabajar a las dos de la mañana, era una noche muy oscura. Yo vivía por la esquina del club (...). Ese día estaba ya en la vuelta de la esquina del club y me cogieron dos tipos. Iban con armas largas, y de ahí me arrastraron a la puerta del club. Esos fueron momentos difíciles, estaba embarazada de mi hija de 5 meses. Abusaron de mí, cuando les daba el reflejo de la luz se notaba que eran puro corte militar (Entrevista a Nancy Arias).

Nancy cuenta que después de la agresión sexual llegó a casa como pudo y pasó tres días sin levantarse. Ya en abril la fue a ver el dueño del negocio donde Nancy trabajaba, preguntando qué le pasaba y que volviera, a lo que ella se negó. Ni dijo nada ni volvió. Quiso volver a Puerto Saldaña y fue a la casa paterna, pero se encontró que había señores armados habitando allí (Entrevista a Nancy Arias). Las situaciones recogidas en las entrevistas, entre muchas otras, denotan “la existencia de una mayor disparidad de género en escenarios de conflictos armados” (De Oliveira y Brito, 2019, p. 76). Tal y como Vargas y Díaz destacan, “en muchos territorios, el repertorio de acciones violentas de los actores armados se definía también a partir de la identidad de género y de la orientación sexual de las víctimas y, por tanto, los impactos sobre sus vidas eran diferenciados” (2018, p.409).

Pero la afectación de las mujeres va más allá de sus cuerpos. Leonoricel Villamil, concejal del municipio de Planadas y lideresa social de Gaitania, relata la destrucción social que ha supuesto el conflicto en su comunidad y más específicamente, en su familia:

Me he visto afectada tanto y de tal manera que... Una de ellas fue la terminación de mi familia, que constaba de 5 hermanos varones y mi persona. De ellos ya no queda ninguno (...). Me ha afectado porque formé un hogar, llegué acá de la edad de 2 años y desde ese entonces aquí me crié, me eduqué y formé mi hogar con Afranio Inciso con el cual tuve 3 hijos, de los cuales solo me quedan 2, porque desafortunadamente también el hijo me lo asesinaron en el 2015, el 27 de septiembre, a la edad de 28 años (Entrevista a Leonoricel Villamil).

Durante la entrevista, Flor Múnera, luchadora por los derechos de las víctimas de crímenes de Estado, hizo énfasis en los efectos del paramilitarismo:

Ustedes van un poquito allá al norte y se van a dar cuenta del dolor de la gente y de todo lo que la gente ha sufrido, sobre todo en el momento en que entró el paramilitarismo. Porque aquí la gente convivía, y hay que decirlo, convivía con la guerrilla. Ellos decían, ‘nosotros las normas de la guerrilla las respetamos, porque son buenas y porque el Estado no alcanza.



Pero llegaron los paramilitares a tumbar cabezas y la gente dijo ya con nosotros no es así (Entrevista a Flor Múnera).

Para Nancy, afectada por múltiples agentes del conflicto, lo peor fue ser victimizada por la fuerza pública:

Yo le pagué mucha vacuna a la guerrilla, pero nunca me hizo pasar lo que me hizo pasar la fuerza pública. En esa época, había un coronel de apellido Luma. Ese señor hizo tanto conmigo que hasta me tiró al sillón poniéndome un arma en la boca, diciéndome que me iba a matar. 'Si quiere grandes guerrilleros, váyase arriba a la montaña, no conmigo, que soy una mujer desarmada', le dije. Ese tipo me humilló las veces que fue necesario, cuantas veces le daba la gana sacarme de la casa venía y me sacaba, mandaba una gran cantidad de tipos a sacarme como la peor delincuente. Ese momento para mí fue mucho más difícil, porque se supone que la fuerza pública es para que apoye al ciudadano. Pero en el caso mío no, eran los que más me estaban atropellando (...) Me llegó un tipo del Ministerio del Interior, en una camioneta, en la que también venía el coronel. El coronel dijo entonces que no sabía que yo era víctima de desplazamiento. Me dijo que me iba a proteger y a mí en ese momento me daba temor... Pero, ¿de quién me iba a proteger? De los grupos armados ilegales... '¿Y quién me cuida de usted?', le dije yo (Entrevista a Nancy Arias).

En las conversaciones con las mujeres, también se ha comprobado que, según defiende el enfoque psicosocial, las consecuencias individuales —junto con las secuelas psicológicas que generan—, se entienden en un marco social (Rizzo, 2009, pp. 2-37). Leonoricel es consciente de su identidad colectiva como víctima-superviviente: "Nos hicieron mucho daño, no solo a mí sino a todas las mujeres de la región y del municipio de Planadas y más que todo de la vereda Marquetalia, que fue en la que nació las FARC (...) A nosotras nos tocó parir a los hijos en medio de la guerra" (Entrevista a Leonoricel Villamil). Tanto las experiencias personales de victimización de Leonoricel, como las de todas las otras mujeres, dialogan con una realidad social colectiva y común a las víctimas-supervivientes del conflicto armado. Se trata de una relación dialéctica entre individuo-sociedad, entre lo personal y lo social (Lugo-Agudelo et al., 2018, p. 68).

Asimismo, en el trabajo de campo también se ha constatado que las propias víctimas-supervivientes entienden de maneras diferentes qué es ser una víctima del conflicto armado, y no todas ellas se sienten cómodas con esta etiqueta. Así, durante su entrevista, Nancy Arias realizó esta reflexión: "Yo hay muchas cosas que no comparto con esa palabra víctima. A mí esa palabra no me gusta. A mí me vienen y me dicen '¡Ay! pobrecita...' Pero no, yo me muevo, tengo pies y manos para volver a hacer. Yo no me puedo dejar revictimizar (...). Hay que tratar de empezar a cambiar, la connotación de víctima no puede seguir. Si nos dan la oportunidad de hacer algo, utilicémoslo para avanzar (...). Este desplazamiento para mí y para mis hijos fue una oportunidad" (Entrevista a Nancy Arias).

A pesar de no compartir los matices del término 'víctima', la mayor parte de las entrevistadas se identifican como tales. Se entienden como víctimas, pero desde una reapropiación de su significado para formar parte de un conjunto. Para ellas, ser víctima significa formar parte de una identidad colectiva. Usan esta identidad como herramienta, para reivindicar sus derechos y los de su comunidad. En las entrevistas, las mujeres víctimas-supervivientes han reforzado la idea de que la victimización afecta a su comunidad,

a su familia, de que no son víctimas solamente desde lo individual. Adonái enumeró todos los motivos por los cuales tanto ella como su familia son víctimas:

Mis hijos y yo somos víctimas del conflicto. Mi familia como tal, porque yo tengo dos hermanos que los asesinaron los del Frente 21 de las FARC. A mi hermana la asesinaron en el Líbano. Por allá no opera el Frente 21, pero sí operan los Bolcheviques. Y a mi hermano lo asesinaron en Chaparral los del Frente 21. Nosotros somos víctimas. Víctimas de desplazamiento y víctimas de despojos, porque nos ha tocado dejar todo y salir para sobrevivir. Es terrible (Entrevista a Adonái Rincón).

Heidi también se desplazó para sobrevivir, y también se considera víctima. Con estas palabras narra las consecuencias de la llegada de los paramilitares a su comunidad, en el norte del Tolima, y explica las afectaciones personales que le supuso el desplazamiento forzado:

Yo salí desplazada en el 2005. Me hicieron ir por lo mismo que decían que nosotros teníamos que ver con la guerrilla. Para evitar malentendidos nos tocó salir (...). Sí me considero víctima, porque en ese entonces yo vivía bien acá. Como pobres, pero no nos hacía falta la comida o el techo. Y que llegue de la noche a la mañana un grupo de gente que te diga que te tienes que ir para evitarles inconvenientes y tienes hasta tal plazo y si no, te atienes a las consecuencias... (...). Eso me marcó, aparte de ver que lo citaban a una para una reunión y en la misma cogieron a un muchacho y delante de toda la comunidad lo ultimaron ahí, en la escuela. Yo decía, si eso pasó delante de la comunidad, qué le pueden hacer a uno (...). [Cuando se desplaza] uno deja de vivir muchas cosas, esos años en los que me fui no pude estar con mi mamá (Entrevista a Heidi Johanna Rojas).

Por otra parte, para Norby, ser víctima de un conflicto significa “ser perseguidos por un color político”. Aunque ella se desplazó de su territorio después de ingresar brevemente a las FARC y luego abandonarlas, no se considera víctima ella misma. En cambio, Norby cree que su familia y “otras personas que son más antiguas lo son” (Entrevista a Norby Pulido). Flor Múnera, por su parte, da la siguiente definición de víctima: “Los que trabajamos en derechos humanos llamamos víctimas a todas las personas que sufren un ataque por el Estado, sus agentes o por complicidad de ellos” (Entrevista a Flor Múnera). Venus Quiroga, perteneciente a una familia de defensores de derechos humanos, explica que en su caso “la afectación del conflicto armado es una cuestión familiar, todos somos víctimas del conflicto armado” (Entrevista a Venus Quiroga).

El diálogo con las entrevistadas ha demostrado que la imagen estereotipada y homogénea de las víctimas como sujetos pasivos y desvalidos no se ajusta con la realidad de las supervivientes colombianas. A las mujeres entrevistadas, reconocerse como víctimas les ha permitido entrar en contacto con otras mujeres, crear redes de soporte para superar el hecho victimizante sufrido y experimentar un proceso de empoderamiento colectivo por medio de un discurso común (Ibarra, 2011, pp. 253-254). De esta manera, han resignificado el concepto de víctima. Por ejemplo, Leonoricel Villamil, cuando perdió a su hijo en 2015, se dio cuenta en primera persona del dolor que la violencia causaba y decidió que las mujeres tenían que organizarse para poner fin a las muertes:

Cuando perdí a mi hijo dije ‘¿Qué está pasando?’ Sentí en carne propia lo que vivía la otra, entonces les hice un llamado, las recogí y les dije: ‘Bueno mujeres aquí nos toca

empoderarnos, participar, incidir, insistir y darnos a conocer para que nos visibilicen y sepan cuál es la vida y qué es lo que nos han tocado vivir'. De ahí ellas me acogieron, me escucharon y hemos participado en todo el proceso de paz de nuestro territorio (Entrevista a Leonoricel Villamil).

### **5.1.2.2. La relación entre víctima y victimario**

La interpretación hegemónica sobre los orígenes de la violencia en Colombia, que establece una distinción clara entre víctimas y victimarios, y que ha sido socializada por los medios de comunicación con sus relatos del conflicto armado, se cruza con las realidades particulares y las identidades múltiples de cada una de las mujeres-víctimas supervivientes entrevistadas. Así, dependiendo de sus entornos de socialización, su clase social, etnia, formación y experiencias vitales, las mujeres entienden de una manera o de otra las causas del conflicto armado, quién es la víctima y quién el victimario —en el caso de que crean que estos dos se pueden discernir de forma clara—. Cuando analiza la relación entre víctima y victimario, Venus Quiroga concluye que la causa victimizante final, que hace víctima a toda Colombia, es la desigualdad:

Víctima somos todos en Colombia, a excepción de la oligarquía, que ellos son los victimarios, pero también los victimarios son víctimas de su propio mecanismo. Obviamente que las represiones no son gratuitas. Aquí también se ha eliminado familias del poder. Pero no pasa nada, entre ellos continúa el dominio económico, político y todo lo que ustedes quieran de esa clase dominante. Víctimas somos todos porque estamos llevando ese peso enorme de la desigualdad (Entrevista a Venus Quiroga).

En la misma línea, Yuliana Cepeda, excombatiente de las FARC, se considera víctima:

Claro, yo me considero víctima, porque si tal vez el gobierno hubiera tenido otras prioridades, como tener en cuenta toda la gente y toda la población, yo pienso que tal vez de pronto la guerrilla ni hubiera existido. Porque la guerrilla existió por la desigualdad (...). Porque lo que pasó en el 64, todavía está. Fue porque querían una escuela y una vía, un camino, una carretera. Y en vez de ayudarlos les metieron armas y bombas y aviones... Y por eso surgió, fue como el principio de la organización (Entrevista a Yuliana Cepeda).

Del mismo modo, Venus opina que "muchas veces, el victimario se vuelve víctima también. Entonces, si el victimario viene y me plantea, pues obviamente se le violaron también sus derechos. Por eso la ley, que allá lo juzguen. Denunciar para que no se vuelva a repetir, que se repare" (Entrevista a Venus Quiroga). Según reflexionaba Arbeláez, si se lleva la construcción de identidades a partir de la diferencia al campo de la memoria, se distinguen los puntos de vista de víctimas y victimarios y también los de los miembros del Estado y la sociedad civil (Arbeláez, 2018, p.117). Ahora bien, como resultado de las entrevistas realizadas se deduce que la diferenciación antagónica de víctima-victimario no es tan clara como se suele contar. Aun así, algunas de las mujeres sí han identificado claramente esta separación. Para Flor Múnera, los victimarios no pueden ser víctimas: "Yo no puedo aceptar que hoy aquellos que quemaron la gente viva, que la estrangulaban, que la cortaron con la sierra, se consideren víctimas, hasta allá no llega mi capacidad como defensora de los derechos humanos (...). Son personas que hoy están arrepentidas sí, de pronto, no sé, pero para mí no son víctimas, fueron victimarios y seguirán siéndolo" (Entrevista a Flor Múnera).

Más allá de ser víctimas-supervivientes del conflicto armado, las mujeres entrevistadas también han denunciado sufrir las violencias y discriminaciones del patriarcado. Heidi, desde donde reside, en una vereda de San Sebastián de Mariquita, recuerda cómo los roles de género restringen sus oportunidades de vida: "Era muy duro. La opción de nosotras era tener marido. Una decía '¡Ay, no tengo marido, no me toca hacer nada!'" (Entrevista a Heidi Johanna Rojas). Por su parte, en el resguardo indígena de Chenche Balsillas, Luz Ángela explicaba que no todas las mujeres víctimas de violencia sexual contaban con el apoyo de sus parejas a la hora de denunciar y reclamar sus derechos: "Tenemos mujeres que cuentan con el apoyo de sus compañeros, pero también tenemos mujeres que no contamos con ese apoyo. Antes nos vulneran más de lo que ya el Estado nos vulnera" (Entrevista a Luz Ángela Yate).

Se observa que en el marco de un conflicto armado se establece una multiplicidad de relaciones víctima-victimario que afectan a las mujeres. ¿Cuál es la fuente de las violencias? ¿Quién las oprime? Para cada mujer, la respuesta a estas preguntas es distinta, pero siempre gira alrededor de los mismos actores. El Estado, los grupos armados y el machismo que implica la lógica patriarcal en la que se desarrolla la guerra (aunque también esté presente fuera del conflicto) (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013). A pesar de ello, las mujeres buscan superar las opresiones y luchar por su liberación y empoderamiento. Venus lo expresaba con estas palabras: "Yo creo que es una afectación por partida doble: una, cargar con el peso del machismo, otra, enfrentar la realidad de sacar adelante sus hijos... Son unas guerreras, eso téngalo por seguro. Es una cuestión hermosa que hay que reconocer dentro de tanta tragedia" (Entrevista a Venus Quiroga).

### **5.1.2.3. La capacidad de resiliencia de las mujeres víctimas-supervivientes**

La resiliencia de las mujeres es la esperanza de que un cambio es posible. Durante los años de conflicto armado, las víctimas-supervivientes han resistido, han mantenido familias, han sostenido pueblos, comunidades, tejidos sociales de todo tipo. El hecho de que todavía se mantengan firmes en su lucha ejemplifica el papel fundamental de reconstrucción que las mujeres supervivientes han desempeñado en los países afectados por conflictos. Por este motivo, como recoge Roma Bhattacharjea, se debe dejar de pensar en ellas como víctimas desdichadas para verlas como agentes de cambio, que invierten en su familia y en su comunidad y que tienen el potencial necesario para construir sociedades más pacíficas y prósperas (Bhattacharjea, 2013, en Valero, 2017, p. 31).

Durante la entrevista, Adonái Rincón explicó cómo tuvo que adoptar el rol de madre y de padre para sostener a su familia cuando se desplazó:

Los hombres... sí, dejan muchas cosas botadas, pero ellos solamente se dedican a trabajar y ver qué hacen. Pero no miran la familia, cómo la vamos a seguir recogiendo, que no se distancie. Nosotras, las mujeres, sostenemos ese hogar contra viento y marea, con muchas cosas que nos ha tocado hacer para que nuestros hijos puedan comer antes de acostarse. Los hombres no. Ellos tienen la imagen de... me voy a trabajar, y llego a la casa como si nada porque hay una mujer que está sosteniendo ese hogar. Las mujeres somos las columnas (Entrevista a Adonái Rincón).

Así, tal y como reflexionan Vargas y Díaz , las mujeres que se han visto afectadas por el conflicto armado no son solamente víctimas, sino que su identidad va mucho más allá, puesto que muchas ejercen un rol transformador en la sociedad (2018, p. 409). Las mujeres que han sido víctimas-supervivientes del conflicto en Colombia también son lideresas, madres, excombatientes, trabajadoras y constructoras de paz, entre muchos otros roles. Norby cuenta que su voluntad de mejorar las condiciones de vida de su comunidad viene de familia:

Siempre fue mi sueño, porque yo escuchaba a mis padres trabajar por la comunidad. Uno quiere siempre ser parte de unas personas líderes que quieran un cambio general. Que nos tengan en cuenta para muchas cosas, que no nos tengan tan abandonados en el tema de oportunidades agropecuarias (...). Nosotros siempre hemos estado abandonados y la idea es salir, sacar esto a flote y decir miren existimos, queremos un cambio. Ha sido duro, pero hemos tratado de seguir luchando (Entrevista a Norby Pulido).

Los relatos y proyectos de las mujeres recogidos tienen en común, como hilo conductor, la resistencia (Villa, 2013, p. 54). Además, corroboran que, tal y como Rodríguez y Moncaleano defienden, las mujeres colombianas han demostrado su capacidad de resiliencia para proponer y defender escenarios de paz en Colombia, como un nodo vital para América Latina (2019, p. 46). En esta cuestión, Nancy cree que es bueno que se conozcan los avances que las mujeres realizan desde el conflicto, la manera como han salido adelante con sus trabajos, con sus hijos y a pesar de la poca educación o conocimiento que han podido recibir (Entrevista a Nancy Arias). La Ruta Pacífica destaca en la misma línea que “esta capacidad de muchas mujeres víctimas, de centrarse en su familia y retomar nuevos roles sociales y familiares constituye también un aporte para el país que debe ser reconocido” (2013, p. 440).

### **5.1.2.3. Romper el silencio. La narración para pasar de ser víctima a superviviente**

Todas las entrevistadas coinciden en destacar que, pese al dolor de recordar y pese al miedo a las consecuencias de alzar la voz, es necesario narrar y romper el silencio. Para empalabrar los hechos vividos y organizarse, para luchar por su reparación y evitar su repetición. Según Adonái: “Nos quedamos calladas para sobrevivir; porque el miedo insuperable, entre otras cosas, hizo que nos calláramos. Pero ahora que tenemos la oportunidad de decir las cosas, pues las contamos (...). Cuando las cosas están mal hechas, hay que decirlas y no participar de ellas. Ni se participa ni se queda callado, porque si me quedo callada estoy participando con el silencio” (Entrevista a Adonái Rincón).

Una vez que las mujeres han decidido alzar la voz, ya no hay vuelta atrás. A pesar de que sus voces no siempre son escuchadas, las víctimas-supervivientes están dispuestas a narrar y a no dejar que lo que han vivido desaparezca en el olvido. Durante la entrevista, Heidi abundó en el sufrimiento que le suponía recordar y contar. Dolor que superaba para alcanzar un beneficio para la comunidad. En este caso, la conservación de la memoria:

Es muy duro uno acordarse, cierto, porque volverlo a narrar son como momenticos que a uno le tocan (...). Aunque es duro uno recordar todo lo que pasó, pienso que estas vivencias son lo que hace que la historia se cuente. Y no ha sido nada fácil, porque en realidad uno volverse a acordar de tener que agarrar su maleta, carretera abajo... (...). Uno ve que es muy

poco el que quiere hablar. Y mucha gente en vez de hablar quiere olvidar (...). La verdad me da miedo, yo le digo. Si usted me lo pregunta personalmente, yo lo único que le pido a Dios es que esto llegue a manos de quien pueda interesar, pero para el bien de la comunidad (Entrevista a Heidi Johanna Rojas).

Las víctimas-supervivientes entrevistadas apuestan así por socializar su dolor, y confían en la dimensión más humana del relato, que potencialmente genera empatía en las personas que reciben una narración (Muñoz, 2010). Se quiere, de esta manera, desobjetivizar a las víctimas y poner cara y ojos a las cifras. Pero para poder contar, las entrevistadas han resaltado la necesidad de la construcción de espacios de confianza y seguros, donde sus relatos obtengan una escucha activa de parte de otros actores de la comunidad. En el caso de Luz Ángela, la gobernadora indígena habla del miedo a contar y del sentimiento de desprotección, aún más grande entre las víctimas-supervivientes de violencia sexual, así como de la importancia que tiene para su comunidad indígena hablar, ser escuchados y creídos:

En mi censo hay muchos compañeros que están desplazados. Hay muchas compañeras que fueron víctimas de acceso carnal y hay ese miedo a contar. Siempre lo hemos tenido. Para nosotras es muy importante contarlas, pero también muy difícil. Porque al Estado no le interesa mucho lo que nosotras podamos decirle. Yo he estado en consejos de seguridad en los cuales he denunciado que llegaban panfletos para mí y ellos decían que no era verdad. También hemos estado buscando la forma de protección, pero entonces dicen que no nos creen. Nos dicen que nos van a hacer unas pautas para que denunciemos acá o allá, pero qué pasa, si yo voy y denuncio allá, tardo más en hacer esa denuncia que en que vengan a hacerme algo (Entrevista a Luz Ángela Yate).

Del mismo modo que defiende Villa, las mujeres entrevistadas han explicado cómo la exteriorización del dolor y del sufrimiento en espacios colectivos e identitarios de las mismas víctimas, que se apoyan entre ellas, ayuda también a la disminución del miedo hacia ese mismo "poder numinoso" (Villa, 2013, p. 53) ligado al dolor y al sufrimiento. La defensora de derechos humanos, Venus Quiroga, abordó esta función sanadora de la narración: "La memoria, o bien sea para que no se vuelva a repetir, o bien para hacer duelos. Esa es la historia que se tiene que recoger. Que se siente una persona víctima del conflicto y le cuente todo, está siendo sanación. Está sacando de lo más profundo de su ser todo eso que le está haciendo daño. Y vuelvo y repito, sin necesidad de llamársele perdón, es una forma de paz consigo mismo, de tranquilidad, de poder llegar a la tolerancia" (Entrevista a Venus Quiroga).

Las diferentes entrevistas realizadas han ejemplificado cómo, a pesar del miedo y los traumas vividos, muchas mujeres se atreven a contar. Norby describe así este acto de empoderamiento: "De repente, como una fortaleza. De que sí se puede, de que podemos, de que hubo mucho tiempo que estuvimos sometidos y que ahora pues tenemos voz y voto y podemos opinar y ayudar para que todo esto cambie" (Entrevista a Norby Pulido). Como reflexiona Villa, este autorreconocimiento de las violencias e injusticias sufridas a través del relato de sus experiencias, es una de las claves del potencial transformador de las mujeres víctimas en supervivientes defensoras de los derechos humanos (Villa, 2013). Luz Ángela es otro ejemplo de ello. Durante la entrevista, la gobernadora indígena explicó que en este momento está "luchando por formar y por hacer parte de una asociación de víctimas"

(Entrevista a Luz Ángela Yate). En este compartir palabras y actos, surgió la esfera política (Arendt, 1998, p. 221, en Tabares, 2011, p. 29).

#### **5.1.2.4. La importancia de la narración en la memoria histórica**

Tal y como recoge la Ruta Pacífica de las Mujeres, las consecuencias de la violencia en las mujeres son impactos que necesitan escucharse y exigen un reconocimiento, porque son parte de la historia colectiva, de una verdad social que quiere ser compartida (2013, p. 19). Gran parte de las mujeres entrevistadas así lo han expresado, sobre todo con el objetivo de garantizar la no repetición de la violencia y de asumir el papel de la memoria como prevención (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 449). Además, la lucha de las víctimas-supervivientes por visibilizar sus narrativas del conflicto armado corrobora el carácter dinámico y conflictivo de la construcción de la memoria histórica (Blair, 2006, p. 72)

Para Ángela Patricia Arias, “la lucha de los que no somos tan jóvenes es ir contando la historia a nuestros hijos para que no se pierda la historia” (Entrevista a Ángela Patricia Arias). En la misma línea, Venus Quiroga opina que estamos en un período de rescatar la memoria, porque para ella Colombia no la tiene: “Si tuviera realmente memoria, no estaría repitiendo la misma historia. Lo que nos toca es eso, reconstruir la memoria para no repetir la historia” (Entrevista a Venus Quiroga). Ella ha escrito sus vivencias para no olvidarlas, acto que le permite exteriorizar el dolor guardado dentro del cuerpo:

Yo creo que es una especie de escape, el escribir. Y eso lo digo porque a nosotros nos tocó aquí levantar la historia económica, política, cultural de la Unión Patriótica. Todo ese desastre tan bárbaro que fue el exterminio de la Unión Patriótica aquí en el Tolima. Y una manera de sacar eso a flote es ir escribiéndolo. Los casos más impactantes, más emblemáticos, yo los tengo escritos. Casualmente por eso, porque era un escape. Lo que llamamos nosotros, y le decimos a las víctimas, hacer el duelo (Entrevista a Venus Quiroga).

Adonái Rincón también insiste, como Venus y Ángela Patricia, en la necesidad de “contar la historia para que no se repita”. “Y si se repite —añade— que sepan a qué se están enfrentando. Hay muchos jóvenes que viven en Rioblanco y no conocen lo que pasó. Entonces les contamos cómo hay muchos que formaron parte del conflicto y se quieren hacer pasar como víctimas cuando fueron victimarios”. A su vez, la lideresa de Rioblanco remarca la importancia de que sean las mujeres las que cuenten el conflicto: “Contar las cosas a través de nosotras las mujeres, que lo hemos sentido más. Porque los hombres, obviamente también han sentido, pero por su machismo esconden muchas cosas” (Entrevista a Adonái Rincón).

Las mujeres entrevistadas también han destacado la necesidad de visibilizar la mujer en su diversidad de contextos e identidades dentro del conflicto. Yuliana hizo énfasis en que a pesar de que la historia muestra a la mujer como víctima, dentro de las organizaciones armadas existieron muchas mujeres valientes que lucharon y ejercieron la resistencia al gobierno (Entrevista a Yuliana Cepeda). Narrar cuáles han sido las luchas en las que las mujeres han participado a lo largo del conflicto también contribuye a modificar el imaginario social. De no ser así, se perpetuaría la creencia de que solamente son los hombres los que han generado cambios en la historia colombiana. Como un acto político histórico, al atreverse a narrar por ellas mismas (Ricoeur, 2008 en Urbanczyk, 2019, p. 3) e identificar

las realidades que han vivido, las víctimas supervivientes crean y legitiman las realidades que nombran (Bourdieu, 2008). Verdades que han sido repetidamente invisibilizadas por los discursos generalistas hegemónicos.

Para Luz Ángela, este es el momento de escuchar a los que no han sido escuchados: “llegó la hora de que la verdad sea contada desde nuestros propios abuelos y de nuestras propias abuelas porque ellas son las que saben” (Entrevista a Luz Ángela). En la misma línea, Norby Pulido explica que se dio cuenta “de la importancia de nuestra región y de llevar la historia a otro lado contada de una forma diferente a la que lo han hecho normalmente”. Según Norby: “La historia no ha sido verdaderamente contada. Por eso les decía a ustedes que las personas que conocen la verdadera historia ya se están acabando. Nosotros podemos hablar de historia, pero no puede ser la verdadera. Siempre vamos a omitir o vamos a aumentar algunas cosas. Por temor, y porque no nos han tenido en cuenta a los verdaderos historiadores. Estamos hablando de una guerra de hace más de 50 años. Y existe el temor por la persecución” (Entrevista a Norby Pulido).

Las mujeres víctimas-supervivientes son conscientes de que su relato forma parte de una polifonía vital esencial para construir una memoria colectiva sobre el conflicto (Nieto, 2010, p. 77). Asumen el reto de *deber ser* y se transforman en sujetos-productores-de-narrativa que participan en la reconstrucción de la memoria histórica (Bohórquez et al., 2017, p. 725). Cuando Ángela Patricia decide contar sus vivencias a su hija o Venus las pone por escrito para que se conviertan en fuente de memoria contribuyen a contrarrestar y deconstruir la historia escrita desde la visión del victimario. O como dicen Bohórquez, Rojas y Anctil (2017, p. 720), “la historia de los vencedores sobre los vencidos”. Las narraciones de las mujeres-víctimas supervivientes interpelan a los *deberes de la memoria*, que hacen referencia a la necesidad de repensar el pasado, la ética y las relaciones entre política y violencia (Urbanczyk, 2019, pp. 3-4).

Por otra parte, las entrevistadas también establecen un vínculo entre memoria histórica, justicia, paz y reparación. Para Flor Múnera, hace falta una memoria histórica bien construida, una memoria jurídica para la paz: "Aquí se cometieron crímenes de guerra, crímenes de humanidad, asesinatos y desapariciones que ofendieron a la humanidad. Pero si no se puede hacer eso, si no se puede reconocer y decir realmente que eso pasó, a la memoria histórica le va a faltar algo. Es decir, esta mesita con tres patas no va a estar bien derecha, siempre va a estar torcida, eso va a pasar con la memoria histórica" (Entrevista a Flor Múnera).

### **5.1.3. Las organizaciones de mujeres: diversidad, empoderamiento y liderazgo**

Durante las entrevistas realizadas, se han podido constatar distintos estigmas y violencias que recaen en las mujeres por sus múltiples identidades. Por ejemplo, por el hecho de ser indígena o mujer rural. La clase, el género y la raza configuran distintas discriminaciones en el marco del conflicto armado (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p.49). Luz Ángela Yate, gobernadora del resguardo indígena de Chenche Balsillas, explica que muchas mujeres indígenas de su comunidad fueron víctimas de violaciones sexuales (Entrevista a Luz Ángela Yate). A su vez, Heidi Johanna Rojas por ser campesina tiene menos oportunidades de autonomía que una mujer en la ciudad. Durante su entrevista, explica que las opciones



para una mujer eran jornalear por un sueldo inferior al de un hombre, cocinar para los trabajadores en las enramadas o tener marido y crear un hogar (Entrevista a Heidi Johanna Rojas).

### **5.1.3.1. Maternidad**

La condición de madres también ha comportado múltiples violencias a las mujeres entrevistadas (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 302). Además de sufrir el conflicto como individuos, también lo sufren por sus hijos. En palabras de Leonorice Villamil, que perdió diversos familiares durante la guerra: “La que sufre es una madre. Esa es la que vive un conflicto, la que vive una guerra y por toda la vida tiene una marca” (Entrevista a Leonorice Villamil).

A pesar de que ha sido un enfoque criticado por reforzar roles patriarcales, la maternidad puede actuar también como un elemento de resistencia (Cockburn, 2007, pp. 209-210 en Villellas, 2010, p. 21). Ser madre funciona como elemento cohesionador entre las mujeres del territorio colombiano. Aunque no se conozcan y presenten particularidades que las oprimen de distinto modo, la maternidad es uno de los puntos de confluencia entre todas las mujeres. El sentimiento de resistencia de Leo por sus hijos es el mismo que Heidi o Luz Ángela. Las madres víctimas-supervivientes han soportado mucho para sostener a su familia y para que sus hijos e hijas tengan un futuro mejor. Heidi explica que ellos son su motivación para luchar: “hay que seguir, esto lo hago por mis hijos para un mejor futuro, yo sé que puedo” (Entrevista a Heidi Johanna Rojas). Luz Ángela también resaltó la voluntad de cambio para las siguientes generaciones: “Hay que buscar la forma de que estos niños tengan y se les hagan valer sus derechos. Porque todos tenemos unos derechos y a veces son vulnerados” (Entrevista a Luz Ángela Yate).

En el caso de Yuliana, la maternidad le afecta de distinto modo. Trabaja en la construcción de paz para garantizarle un futuro mejor a su hija, como las otras madres. Pero al vivir en la selva, los desplazamientos de las combatientes eran constantes e impedían realizar la crianza a la que muchas veces se sienten vinculadas. El proceso de establecerse en un territorio tras la dejación de armas ha permitido a muchas exguerrilleras, entre ellas Yuliana, ser madres y crear una familia. Aun así, la excombatiente se lamenta de las malas condiciones del ETCR, que impiden que los niños puedan desarrollarse y formarse como les corresponde: “Las necesidades de algunas cosas que son primarias y que no tenemos dificulta algo la convivencia. Los niños no tienen un sitio específico para ellos, para recrearse, para hacer manualidades, no lo hay [...]. Así como me ven ahora con la niña, así me tengo que ir a trabajar, así me tengo que ir a estudiar, así me toca participar en reuniones, con ella en mis brazos o durmiendo en el coche” (Entrevista a Yuliana Cepeda).

El aporte de las madres no es solamente el cuidado de sus hijos, sino que mediante su trabajo se convierten en constructoras de paz (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 440). Educan a las criaturas y también dan ejemplo para un cambio de roles. En este sentido, Flor Múnera, recuerda que, gracias a su madre, ella se convirtió en líder: “Mi madre fue muy peleonera, toda la vida peleaba por tener la junta de acción comunal, para que la gente

defendiera sus derechos, para que el agua no fuera dañada, para que la tierra no fuera quemada (...). Fuimos 11 hermanos y todos teníamos alguna cosa que hacer, el que no era líder en el colegio, con los otros niños en las fincas cogía su liderazgo” (Entrevista a Flor Múnera).

### **5.1.3.2. Las organizaciones de mujeres: una fuente de liderazgo social**

Muchas mujeres han encontrado en las organizaciones una fuente de apoyo y mejor funcionamiento. Yuliana Cepeda, excombatiente en proceso de reincorporación vive en comunidad y junto con sus compañeras y compañeros busca organizarse para realizar proyectos productivos colectivos (Entrevista a Yuliana Cepeda). En el Tolima, pero también en todo el país, existen organizaciones de todo tipo que buscan recuperar el tejido social y construir la paz en los territorios. Pero el conflicto armado ha generado una gran desconfianza entre los miembros de una misma comunidad. Norby Pulido, trabajadora en la Alcaldía Municipal de Villarrica, destacó en la entrevista las dificultades de organizarse, puesto que todavía se siente temor por el pasado, por las mentiras o las persecuciones vividas (Entrevista a Norby Pulido). Leo también cuenta que en Gaitania aún hay gente que vive con miedo: “Hay gente que aún vive con temor, porque todavía siguen los señalamientos, todavía sigue el estigma de que aquí nació la guerra” (Entrevista a Leonoricel Villamil).

Aun así, todas las mujeres entrevistadas pertenecen a organizaciones de distinto tipo. Se destacan en especial las organizaciones únicamente de mujeres, pues suponen una red de apoyo emocional, de empoderamiento, de diálogo y de intercambio generacional (Rodríguez; Moncaleano, 2019, p. 51). Las entrevistas demuestran que las mujeres víctimas-supervivientes han superado la individualidad y que es en lo colectivo donde encuentran la lucha más efectiva para el cambio. Heidi apunta a la fortaleza que genera la unión de mujeres: “En estos momentos me doy cuenta de que la unión hace la fuerza. Y más siendo mujeres. Nosotras tenemos un impulso que el hombre no tiene. Somos más apasionadas en lo que hacemos” (Entrevista Heidi Johanna Rojas). Además, el rol empoderador de las organizaciones se extiende de manera exponencial a medida que se van añadiendo mujeres. Así, Ángela Patricia Arias, destacó en su entrevista que el objetivo “es tener mujeres empoderadas que puedan adoptar otro grupo de mujeres con las que puedan seguir haciendo un proceso”.

A su vez, las organizaciones de mujeres están formadas por víctimas-supervivientes del conflicto que son potenciales defensoras de derechos una vez reconocen sus enormes capacidades de afrontamiento y pueden manejar los instrumentos que el derecho les otorga (Wilches, 2010, p. 16). En comunión, y con la determinación de mejorar la vida de sus comunidades, las mujeres consiguen romper los roles de género que las encorsetan, empoderarse y conquistar poco a poco algunos lugares del espacio público, durante tanto tiempo monopolizado por los hombres:

Aquí, en esta sede, hubo gobernadores que físicamente me gritaron y es muy doloroso. Pero para mí eso no fue un obstáculo, porque me llené de fortaleza, para decir, que sí puedo hacerlo. Les voy a demostrar con hechos que esa mujer, o como la llaman, esa ‘vieja’, que

dicen que se la pasa sin oficio por allá, sí tiene algo que hacer: traer beneficios para la comunidad. Y lo he hecho bajo la organización a la que yo pertenezco y ahora también como gobernadora (Entrevista Luz Ángela Yate).

De las organizaciones de mujeres surgen muchas lideresas sociales. Son un núcleo de empoderamiento y toma de conciencia de los derechos en los cuales las víctimas se convierten en actores políticos relevantes (Villa, 2013). Mediante la sororidad que se vive al contar los relatos, las mujeres toman conciencia de cómo les ha afectado el conflicto y cómo pueden ser constructoras de paz (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p. 474). Así, la mujer rompe los roles de género que la constriñen y consigue visibilidad en el espacio público. Leonoricel Villamil creó una organización de víctimas en Gaitania después de acudir a un encuentro de mujeres nacional, donde vio la necesidad de articularse. De acuerdo con Leonoricel, “debemos dejar los miedos y reclamar los derechos que tenemos según la Constitución” (Entrevista a Leonoricel Villamil).

Para construir una sociedad pacífica es necesario proteger a las personas que defienden los derechos humanos en Colombia (Calbet, 2018, p. 73). Las lideresas sociales viven en constante amenaza por su voluntad de lucha por la paz. Informes como los del Instituto de Estudios por el Desarrollo y la Paz (INDEPAZ, 2019, p. 9) o los de la Fundación Ideas para la Paz (FIP, 2020, p. 4) demuestran las numerosas agresiones y homicidios a los que se enfrentan. Las mujeres líderes sociales son conscientes de los riesgos, pero su determinación por la paz las hace perseverar en su función. Heidi relata que “no va a ser fácil, porque cuando uno toca tan alto es cuando empieza a hacerse notar más y a temer por su vida. Pero aun así estoy dispuesta a luchar, porque yo sé que lo que yo haga va a ser un ejemplo para muchas mujeres y sobre todo para mi hija” (Entrevista a Heidi Johanna Rojas). En el caso de Luz Ángela Yate, la amenaza por ser lideresa social se junta con la amenaza a la organización indígena a la que pertenece (Entrevista a Luz Ángela Yate).

Además del peligro que comporta ser líder social, estas mujeres también están estigmatizadas. Adonái Rincón, describe estos prejuicios en su entrevista: “ser líder social es como un delito para el Estado. Nos ven como si fuéramos de extrema izquierda y no quisiéramos trabajar” (Entrevista a Adonái Rincón). Flor Múnera también destaca el peligro y la estigmatización que reciben las personas defensoras de los derechos sociales en Colombia, pero añade que se ha generado un despertar respecto a la necesidad de organizarse en el territorio (Entrevista a Flor Múnera).

Para Nancy Arias, ser líder es algo que no se decide momentáneamente. La lideresa pone en valor la trayectoria y la formación que ha habido detrás: “No somos líderes de papel, sino por una escuela que hemos tenido. Yo no soy líder de ahora que quise salir, vengo de un recorrido de mucho tiempo y tengo mucho material todavía que brindar. Como lideresa seguiré animando a muchas. Como mujeres podemos cambiar muchos pensamientos y muchas cosas negativas que hay todavía en la sociedad” (Entrevista a Nancy Arias). La mayoría de lideresas sociales entrevistadas destacan la importancia de la educación como herramienta de progreso. Para cambiar los roles de género en la sociedad, favorecer la paz y también para ellas como lideresas, para poder ejercer mejor su función. Así lo aseguraba Adonái durante su entrevista:

A raíz de todo lo que me ha pasado, leo y me instruyo mucho sobre los derechos humanos y aprovecho todas las capacitaciones que nos brindan. No aprendo solamente para mí, sino también para las personas a las que pueda ayudar. Acuden a que les ayude en ciertos temas y me gusta que la gente sepa cuáles son sus derechos. Que cuando una mujer sea maltratada tenga derecho a saber lo que tiene que hacer y cuál es la línea a seguir (Entrevista a Adoná Rincón).

Las lideresas destacan que la educación es esencial para un cambio, pero la transformación tiene que llegar a todo el territorio. Muchas veces, las organizaciones de mujeres llegan a partes donde el Estado no puede llegar. Influyen en las dinámicas comunitarias que solo se pueden concretar desde el mismo territorio (Rodríguez y Moncaleano, 2019, p. 54). Leonoricel resaltó en la entrevista que es fundamental llegar a las veredas. Es allí donde hace más falta formación, educación, charlas y capacitaciones de equidad de género y empoderamiento. Tanto para las mujeres como para sus familias (Entrevista a Leonoricel Villamil).

#### **5.1.4. Las mujeres como constructoras de paz**

##### **5.1.4.1. La paz para las mujeres víctimas-supervivientes**

Las víctimas-supervivientes entrevistadas tienen una idea de paz expansiva, que va más allá del cese de hostilidades bilateral y recoge la necesidad de la igualdad de género y la erradicación de la pobreza, en línea con el concepto de “paz positiva” que planteaba Galtung y que Birgit Brock-Utne desarrolló para hacerlo inclusivo (Villellas, 2010, p. 24). Así, Venus Quiroga afirmaba: “Yo hasta ahora, con los años que tengo, no sé qué es vivir en paz en Colombia, son períodos de calma, pero no hay realmente paz, porque la paz empieza si hay justicia social” (Entrevista a Venus Quiroga). En la misma línea, Ángela Patricia Arias considera que “aportarle a la paz no es solamente decir quiero paz y la apoyo, sino empezar trabajando en erradicar la pobreza”. Ángela Patricia explica que fue uno de los factores por los que se dio la violencia: “Muchos de nuestros jóvenes tomaron las armas por falta de oportunidades (...). Yo pienso que, si nosotros le apostamos al tema productivo, a la erradicación de la pobreza, es una manera muy importante de apoyar la paz” (Entrevista a Ángela Patricia Arias).

Otra característica común de la paz sobre la que las víctimas-supervivientes hablan es su carácter local: “La paz no es de un gobierno, es de la comunidad y de aquellos que hemos vivido y sentido en carne propia la violencia” (Entrevista a Ángela Patricia Arias). Al estar condicionada a dinámicas locales, la paz requiere de una construcción diferencial según las necesidades de la población local. Por eso, la existencia de organizaciones constructoras de paz desde los territorios y para los territorios es una condición indispensable para el éxito del proceso de paz. Organizaciones encabezadas por líderes y lideresas cercanas que generen confianza en la comunidad, y que se preocupen por el bienestar de sus vecinas y vecinos.

. Luz Ángela Yate, desde que volvió a su comunidad y asumió el rol de líder, anhela conseguir la paz para su territorio: “Que esa paz que nosotros necesitamos tanto llegue en algún momento y que podamos respirar tranquilamente, sin estar preocupados de que van a venir por nosotros o por nosotras. Más que nada la infancia, la adolescencia, nuestros

abuelos" (Entrevista a Luz Ángela Yate). La Corporación Humanas y la Corporación de Investigación y Acción Social y Económica constataron que precisamente esta perspectiva diferencial, centrada en el cuidado de los colectivos vulnerables, es la que las mujeres habían aportado con su participación en la mesa de negociación de La Habana (CIASE, 2017, p.43 en Fernández-Matos y González-Martínez, 2019, p.123).

A su vez, para la gobernadora indígena la paz también requiere de un sentimiento de comunidad y unión, así como de un compromiso con la mediación y la ayuda mutua:

La paz para mí será que vivamos todos en comunidad, en unión. Tener una unidad en la que nosotros y nosotras podamos contar con nuestras compañeras y compañeros en todo momento. Pero también ser escuchados, para que cuando nosotros tengamos algún tipo de problema violento, que vengan a mediar, a intermediar por nosotros, junto con las guardias y los compañeros mayores, que ellos son quienes tienen el conocimiento y la sabiduría (Entrevista a Luz Ángela Yate).

Gran parte de las entrevistadas coinciden en que la paz no viene sola, sino que requiere de un esfuerzo colectivo. Según Luz Ángela, "esa paz y esa unidad es posible cuando nosotros decimos: 'Ya basta, no más violencia'. Además, tiene que salir de nosotros mismos, de cada uno de nosotros, porque si yo genero violencia, tú generas violencia, todos generamos violencia, ¿qué estamos buscando? Que la paz no llegue" (Entrevista a Luz Ángela Yate). En la misma línea, para Yuliana, la paz es posible, pero hay que construirla entre todos: "Pienso que para que la paz se construya hay que poner mucho compromiso de todas las partes (tanto el campesino, como el concejal, como el gobernador, como el presidente, fuerzas militares, medios de comunicación...). De nada sirve que yo en mi territorio esté trabajando por la paz, cuando un medio de comunicación está diciendo otras cosas" (Entrevista a Yuliana Cepeda).

Ahora bien, no todas las entrevistadas son tan optimistas. Porque para conseguir la paz es necesario que se equilibren las desigualdades, hecho que implicaría la renuncia de privilegios por parte de ciertos grupos sociales. Privilegios de raza, clase o género. Por ejemplo, respecto a la propiedad de la tierra, a la autoridad política, o a los trabajos de cuidados en el seno de la familia. Aunque Adonái cree que Colombia puede tener paz, denuncia que la paz actual, que en teoría debe ser estable y duradera, "ya no es estable y ya está terminando" (Entrevista a Adonái Rincón). Norby Pulido es todavía más pesimista y, en estos momentos, cree que la paz en Colombia no es posible: "Si me dice un año atrás, sí. Pues porque todo estaba muy reciente y decíamos que si cumplían los acuerdos de paz, maravilloso. Pero ahora que se están volviendo a organizar las guerrillas ya una lo ve como imposible" (Entrevista a Norby Pulido).

Aun así, todas las entrevistadas siguen luchando por la paz. La paz para ellas, pero sobre todo para sus hijas e hijos.

En Colombia, los sectores que siempre hemos respaldado la paz hemos sido las víctimas, las que hemos vivido la violencia en carne propia. No queremos que nuestros hijos tengan que vivirlo, queremos que tengan oportunidades de estudiar, mejor futuro, ser personas de bien (...). Nosotras desde el grupo de mujeres seguiremos apoyando la paz, que sea una paz incluyente, que no se quede en las cátedras y capacitaciones (...). Falta mucho por hacer en

el territorio, pero seguiremos trabajando para que sea una realidad (Entrevista a Ángela Patricia Arias).

LeonoriceL también destaca cómo desde el territorio donde habita, en el corregimiento de Gaitania, las mujeres han demostrado su capacidad para construir paz, pese a los prejuicios machistas que las infravaloran:

Creen que las mujeres no somos capaces de administrar y manejar y se equivocan, porque las mujeres somos más conscientes y más organizadas y lo hemos demostrado. De hecho, lo hemos demostrado en el corregimiento, en el municipio de Planadas, donde hemos trabajado incansablemente en el proceso de paz al que nos vinculamos sin miedo. Ya los miedos los vivimos en la guerra (...). Que no vayamos a retroceder [en la paz] por nada en el mundo, aunque nos toque intermediar a nosotras. Estamos acá paradas, con la frente en alto, para que no vuelva a ocurrir (Entrevista a LeonoriceL Villamil).

Construir la paz siempre ha sido algo prioritario para las mujeres. Pero este trabajo ha quedado invisibilizado porque muchas veces se ha dado como algo implícito en sus comportamientos (Bouta et al., 2006, p. 68 en Villellas, 2010, p. 28). Las mujeres víctimas-supervivientes del conflicto son las personas más indicadas para realizar esta labor por su capacidad de empatía y mediación. Nancy así lo argumenta: “las mujeres no nos enfocamos tanto en el roce de estar agarradas por pequeñas cosas. Los hombres viven buscando en todo momento el enfrentamiento. Por el tema del machismo es como que no son capaces de bajar la cabeza y pedir perdón, reconocer que la cagaron. Mientras que las mujeres sí” (Entrevista a Nancy Arias). Tras haber sufrido el impacto de la violencia, las mujeres pueden comprender mejor a las otras víctimas. Además, por el hecho de ser mujer y compartir luchas contra el patriarcado y la discriminación, también son capaces de empatizar con las mujeres “enemigas” (Villellas, 2010, pp. 29 y 34).

#### **5.1.4.2. En defensa de la paz: exigir el cumplimiento**

En su búsqueda de una Colombia en paz, gran parte de las víctimas-supervivientes entrevistadas valoran positivamente los Acuerdos de Paz. Aun así, matizan algunos aspectos y, sobre todo, consideran indispensable que se trasladen del papel a la realidad. Durante la entrevista, LeonoriceL resaltó la importancia de los acuerdos para la gente del campo: “Estoy agradecida con ese gobierno de Santos que, en medio de las discordias, y que a muchos no les gustó, se puso los pantalones y tuvo ese acuerdo de paz, en el cual los que nos hemos visto beneficiados son los campesinos, los que vivimos la guerra. Porque el que está en la ciudad no sabe qué es una guerra, no sabe qué es un conflicto y qué es vivir en el campo” (Entrevista a LeonoriceL Villamil).

La Oficina del Alto Comisionado para la Paz afirma que las víctimas están en el centro del Acuerdo, según la Declaración de principios firmada por el Gobierno Nacional y las FARC en junio de 2014 (OACP, s.f, p. 4). También recoge que las víctimas participaron en las Mesas de Negociación a través de cuatro foros y la participación directa de 60 de ellas en La Habana (OACP, s.f, p. 6). A pesar de ello, algunas de las víctimas-supervivientes del Tolima no se sienten suficientemente representadas. Adonái denuncia, por ejemplo, que aunque uno de los puntos que se recogió dentro de los acuerdos en su primera instancia

era que las víctimas iban a tener un representante, no les dieron ese espacio de representación (Entrevista a Adonai Rincón).

A la vez, hay entrevistadas que denuncian que se ha dado un tratamiento diferenciado a las víctimas según quién haya sido su victimario. Las mujeres entrevistadas no hacen distinciones entre víctimas, ya que parten de la base de que se sufre del mismo modo si son afectadas por la violencia de la guerrilla, del paramilitarismo o de la Fuerza Pública, pero sienten que las instituciones que han de reparar a las víctimas no las consideran del mismo modo. Nancy Arias declara que "Como víctima de ellos [la fuerza pública], yo no me veo representada allí. Cuando se habla que el centro del acuerdo son las víctimas, no somos nosotros que fuimos víctimas de esos victimarios. En mi familia, como Nancy Arias, ese acuerdo no me cobija. Nunca hemos podido lograr un crédito, una beca" (Entrevista a Nancy Arias).

Por otra parte, Flor Múnera considera que es fundamental que se incluyera la perspectiva de género en los acuerdos de paz que firmaron las FARC con el Gobierno de Colombia: "Es muy importante lo que se firmó para las mujeres, y sobre todo tan importante es que la mujer fue motín de guerra, que fue totalmente llevada por todos los actores del conflicto armado para pagar muchas veces las consecuencias de lo que podían hacer los hombres" (Entrevista a Flor Múnera). Pese al reconocimiento de la fortaleza que les ha supuesto que los Acuerdos de la Habana hayan incluido en uno de sus principales puntos la equidad de género, Leonoricel opina que ellas, las mujeres víctimas-supervivientes, solo están representadas en parte:

En parte sí, porque hemos trabajado para que la paz continúe, y la inclusión de la equidad de género ha sido vital para nosotras salir a reclamar y mostrar que lo podemos hacer. Pero en parte no, porque nosotras también hemos sido afectadas por el gobierno nacional, y en eso uno no ve justicia, uno no ve nada. Por eso, nosotras hacemos parte y reclamamos el esclarecimiento la verdad, que tanto los Acuerdos como la JEP [la Jurisdicción Especial para la Paz] recogen. Si usted cuenta la verdad, está sanando. Y a eso es a lo que nosotros hacemos un llamado (Entrevista a Leonoricel Villamil).

Para Flor Múnera "los acuerdos son muy buenos, pero si el Estado no cumple con lo que está escrito pues nada (...). El problema es el cumplimiento y la voluntad que tenga el gobierno como tal de decir sí, las víctimas están aquí y les voy a dar lo que ellas realmente se merecen como víctimas" (Entrevista a Flor Múnera). Vargas y Díaz resaltan que precisamente el mayor de los retos del Acuerdo de Paz es su cumplimiento y alertan del "riesgo permanente de volver atrás en el proceso si se presenta un incumplimiento de lo pactado por las partes" (Vargas y Díaz , 2018: 409). En esta línea, Adonai Rincón denuncia la persistencia de la violencia debido a la falta de cumplimiento:

El conflicto armado ahora cambió de nombre. Los señores de las FARC hacen su dejación de armas, a ellos no les cumplen, entonces están retornando a las armas algunos. Cuando dejaron las armas, los paramilitares tampoco les cumplieron. Sigue el conflicto, pero ya con otro nombre. Las FARC ya no se van a llamar FARC, se dicen disidencias y hasta que el Estado no cumpla, siempre va a haber conflicto porque siempre va a haber alguien que no esté de acuerdo (Entrevista a Adonai Rincón).

Yuliana Cepeda es muy crítica con el proceso de implementación de lo acordado en La Habana, y denuncia que los acuerdos sobre reincorporación de excombatientes se están incumpliendo: “Eso no es una reincorporación como la que se firmó. No estamos pidiendo todas las ayudas y que seamos la niña de los ojos, no. Solamente cumplan. Cumplan porque yo pienso que mal o bien nosotros nos ganamos ese acuerdo” (Entrevista a Yuliana Cepeda). La excombatiente también critica la manera como se están llevando a cabo las capacitaciones enmarcadas en los procesos de reincorporación, ya que aunque forman, no dan los recursos para luego llevar a cabo los proyectos productivos: “Pero yo digo, si vienen unas capacitaciones de cómo criar a un marrano, pues démosle el marrano. Para que ellos aprendan, pero no, eso no es así lamentablemente” (Entrevista a Yuliana Cepeda).

A su vez, Yuliana denuncia las pobres condiciones de vida del ETCR donde viven, que dificultan la convivencia en el campamento: “Después de que se hizo la dejación de armas, nosotros pedimos agua y no nos mandan nada. Es muy grande la negligencia que hay con la construcción en el campamento. Por ejemplo, allá abajo hay unos módulos que no están contruidos. Hay gente que está viviendo encerrada en estopa. Yo pienso que eso fue un error muy grande de nuestros dirigentes, apresurarse en lanzarse en la política cuando no estaban las condiciones creadas” (Entrevista a Yuliana Cepeda).

Tanto Yuliana, como Flor y Leo denuncian la falta de voluntad del gobierno para revertir la pobreza en las zonas rurales e implementar lo acordado en el proceso de paz. “Hay una frase muy bonita que dice: ‘el campo es nuestro motor’. Pero en el campo no invierten. Entonces, pues ahí estamos. Al gobierno le falta voluntad, de que verdaderamente esto cambie. Todo está en mano de ellos” (Entrevista a Yuliana Cepeda). Norby Pulido coincide con Yuliana, y declara que “en la mesa de diálogos de Cuba siempre hay muchos puntos a favor de los campesinos, pero no han sido cumplidos” (Entrevista a Norby Pulido). Por su parte, Leonoricel también exige al gobierno que cumpla, “porque si usted no tiene salud, si usted no tiene educación, una buena productividad, no tiene comercio, no tiene una buena vivienda... pues no va a haber nunca paz en la vida” (Entrevista a Leonoricel Villamil). En febrero de 2019, tan solo un tercio de los compromisos incluidos en el Acuerdo habían alcanzado niveles avanzados de implementación, mientras que el 34% de los compromisos estaban en un estado de implementación mínima y un 31% no había iniciado implementación (Kroc Institute, 2019, p. 2).

Flor, a su vez, es pesimista. Cree que “va a seguir lo mismo, porque el Estado no tiene voluntad, no quiere repartir la torta bien repartida, quieren seguir siendo el grupo que siempre ha estado favoreciendo a las multinacionales que vienen a acabar con nuestra tierra, que es lo más duro” (Entrevista a Flor Múnera). Múnera reconoce la importancia de los acuerdos, pero también es consciente de que “no se acaba la guerra con eso”, y alerta sobre los conflictos que las políticas extractivistas traerán a los territorios: “La lucha por el extractivismo va a ser una lucha muy constante, porque hacer extractivismo en Colombia va acabar con un país que es agrícola, que no es industrializado (...). Porque el agua es la vida, y si para extraer el oro tenemos que acabar con el agua, pues ahí tenemos que seguir con la lucha” (Entrevista a Flor Múnera).



### 5.1.4.3. Perdón, verdad, reparación y no repetición

Las mujeres toman un rol activo de construcción de paz a través de su relato, pero durante las entrevistas se ha visto que con ello no es suficiente. De acuerdo con Vargas (2018, p. 6), el reconocimiento de las voces de las víctimas debe ir acompañado de las medidas judiciales correspondientes para reparar a las que cuentan sus historias. En este sentido, hay que evitar la relación directa que se establece entre el acto de narrar o contar y la sanación o reparación del sufrimiento de las víctimas (Aranguren, 2017, p. 66). Las mujeres narran, pero sus voces deben ser escuchadas y dignificadas (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013a, p.483). Según Yuliana:

La víctima estuvo acá y los autores escucharon. Es muy duro uno sentarse en una mesa y que haya una mamá de un muerto. Uno piensa que, aunque llore y se arrodille a esa persona, no va a quedar satisfecha. Porque en lo que nos han dicho, en lo que tiene que ver con la búsqueda de desaparecidos y la Comisión de la Verdad, es que la gente quiere saber la verdad. Por qué lo mataron, cómo lo mataron y quién lo mandó matar. Uno dice ¿para qué? La gente, la madre, los familiares sienten algo de satisfacción de saber qué pasó y por qué lo hicieron. Esos son los espacios de reconciliación que se hacen dentro del ETCR con las comunidades (Entrevista a Yuliana Cepeda).

Para considerar un estadio de paz las víctimas-supervivientes reclaman justicia, verdad, perdón, reconciliación y no repetición. Para Flor, “Se necesitan varias cosas. Primero el perdón, pero muchas veces el perdón viene sin poder olvidar. Entonces, también hace falta la verdad. Si conociéramos quiénes han hecho los crímenes, el país estaría más sanado” (Entrevista a Flor Múnera). Aun así, tal y como apunta Flor, con el perdón no es suficiente para reparar, es tan solo un principio. Porque hay pérdidas irreparables que tienen que ver con proyectos de vida o con la pérdida de seres queridos (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 63).

Las mujeres víctimas-supervivientes apuntan a pensar más allá del perdón, ya que perdonar completamente se vincula al olvido y este no siempre es posible. Se trata de buscar una reconciliación que permita superar el dolor para seguir adelante y avanzar en la construcción de la paz. Tener espacios de diálogo y de compartir relatos (Entrevista a Yuliana). Las mujeres entrevistadas también abogan por dejar atrás los resentimientos, tratar de reconciliarse, y hacer un llamado a que no se haga más daño, puesto que, aunque se consiga el perdón, este no lleva al olvido (Entrevista a Leonoricel). En su entrevista, Venus así lo argumentó:

Yo creo que ya hemos perdonado y seguimos perdonando. ¿Qué más se puede hacer? ¿Me van a devolver a mi papá? ¿Me va a devolver mis bienes? Si yo sigo con ese rencor me estoy haciendo yo el daño (...). Hemos perdonado, por algo estamos aquí, por algo llamamos a la reconciliación, a la unión, por algo queremos vivir en paz. La reconciliación es perdonar al otro sin la necesidad de que te digan ‘perdóneme’, que es lo que están haciendo los paracos [paramilitares]. Pido perdón y sigo obturando el gatillo (Entrevista a Venus Quiroga).

Un elemento que las mujeres entrevistadas consideran indispensable para la reconciliación es saber la verdad. La verdad permite dar sentido a lo vivido. En su entrevista, Nancy reflexionaba: “tengo que saber la verdad. Si yo viví todo esto, ¿por qué lo viví? ¿Qué es lo

que tiene tanto Puerto Saldaña y por qué lo quieren? (Entrevista Nancy Arias). De la misma forma, Leo lamenta que las víctimas de Gaitania no conocieran realmente las razones del conflicto: "Aquí tildaron, aquí juzgaron. Aquí señalaron, pero ellos nunca supieron cuál era verdaderamente el conflicto" (Entrevista a Leonoricel Villamil). Por eso, la lideresa le reprocha al Estado la falta de implicación en esta búsqueda y destaca la necesidad de hacer parte del esclarecimiento de la verdad, ya que sostiene que "cuando uno cuenta la verdad, está sanando" (Entrevista a Leonoricel Villamil).

Luz Ángela, por su parte, hizo énfasis en que no es cierto que las heridas sanen, sino que la tristeza desaparece cuando se sabe la verdad de lo sucedido. Además, también destacó la necesidad de la verdad para prevenir futuras amenazas, puesto que la gente de su comunidad es consciente de que hay personas que quieren asesinarlos (Entrevista a Luz Ángela Yate). Pero, aunque averiguar esta verdad e indagar en lo sucedido sea una responsabilidad del Estado, muchas mujeres la asumen tomando un rol activo en la búsqueda sobre lo acontecido a sus seres queridos (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 509).

En la realización del proyecto, se ha constatado que no existe una verdad única sobre el conflicto armado de Colombia. Cada mujer tiene unas vivencias únicas que la hacen identificar a unas víctimas y a unos victimarios concretos. Entre ellas, Heidi se vio obligada a desplazarse por culpa de los paramilitares, Leo vivió en un territorio dominado por las FARC y Yuliana se sintió atacada por el Estado. Pero la suma de los relatos, de las verdades de cada mujer contadas por ellas mismas, contribuye a la creación de una verdad colectiva, de una explicación del conflicto. Es el propio concepto de memorias sueltas de Stern (1998) que se dotan de sentido social al producir recuerdos colectivos.

Cuando las mujeres víctimas-supervivientes hablan de reparación, hacen énfasis en una reparación integral, que permita una vida digna y que incluya medidas orientadas al ejercicio de sus derechos económicos y sociales (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013). Heidi, durante su entrevista, resaltó la necesidad de estabilidad para poder avanzar y desarrollarse en el territorio (Entrevista a Heidi Johanna Rojas). Además, la reparación deberá atender las particularidades de cada víctima (Calbet, 2018, p. 69). Es una intención retomada por Venus:

Se necesita una reparación integral, que quiere decir una reparación económica, de restitución de su nombre (...). Económicamente, se debe reparar a las víctimas. Otra forma de reparación sería que esa memoria fuera tenida en cuenta en los centros de enseñanza, en los colegios, en las universidades. para q se sepa qué fue lo que pasó y esa juventud no vuelva a pasar por lo mismo (Entrevista a Venus Quiroga).

Para las lideresas sociales, la reparación también incluye la no repetición. Flor así lo especificó durante la entrevista: "Yo no necesito que me digan que me van a dar una casa y que con eso ya quedé reparada. La reparación es integral y en ella está incluida la verdad, la justicia y esas garantías de no volver a repetir" (Entrevista a Flor Múnera). Leonoricel también destacó la importancia de la no repetición: "Mirar, mirar y seguir adelante. Que estas mujeres continúen, que este proceso de paz siga porque nosotros no queremos volver a repetir. No queremos volver a vivir una guerra injustamente" (Entrevista a Leonoricel Villamil).

Desde la OACP se creó el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición con la voluntad de evitar la repetición del conflicto. Pero para que el conflicto no se repita, las mujeres apuntan que es fundamental erradicar las causas que lo originaron: “Las causas sociales que han iniciado esta guerra siguen existiendo, el derecho a la tierra, el derecho a tener una vida digna, el derecho a poder estudiar todo el mundo, etc. (...) Son todas las causas que tiene un país como para que nunca pueda tener paz” (Entrevista a Flor Múnera).

## **5.2. Las narraciones como productos periodísticos**

La mayoría de las mujeres entrevistadas son conscientes del poder de los medios de comunicación en las redes significados colectivos (Rincón, 2006, p. 18). Además, mediante sus productos periodísticos, los medios funcionan como nexo de unión entre la memoria, la representación y la narración (Buxó y De Miguel, 1999, p. 17, en Rincón, 2006, p. 103). Yuliana, en este sentido, argumentó en su entrevista el poder de los medios y cómo habían fomentado los prejuicios alrededor de las FARC.

Del mismo modo que se creó una buena información, también se creó mala información. Por lo menos RCN y Caracol, que eran grandes medios de comunicación, para nosotros son los más desinformativos que puede haber en el país. Pues eran los más vistos y nunca hablaban bien de nosotros, siempre hablaban mal. Entonces, nos toca hacer un trabajo muy despacio, de ir a las bases y mostrar propuestas. Lograr que la gente que cree eso de nosotros voltee la página y mire realmente quiénes fuimos (Entrevista a Yuliana Cepeda).

En la realización de los productos periodísticos ha habido un esfuerzo para no fomentar prejuicios ni antagonismos víctima-victimario. Se ha hecho un acercamiento a las mujeres víctimas-supervivientes desde el respeto, para aproximarse a sus territorios con la voluntad de conocer y comprender sus rutinas diarias. Con esta finalidad, se entablaron distintas conversaciones previas al rodaje. Mediante llamadas y mensajes, se ha tejido una relación de confianza entre las mujeres y los miembros del equipo que ha permitido un trato personal desde el cuidado periodista-entrevistada. El objetivo es humanizar las víctimas, hablar sobre sus realidades y escuchar lo que quieren contar. Si han decidido abrirse y narrar sus experiencias dolorosas, se ha procurado tratar sus relatos de la manera más cercana y menos sensacionalista posible, de modo que la persona lectora/espectadora pueda reconocerse en él (Castillejo, 2009). Además, la forma como se visibilizan las víctimas en el escenario público es de vital importancia para tejer las narrativas sobre la violencia (Olaya, 2018, p. 7). Por este motivo, tanto el texto como la imagen comparten un estilo austero, pero sincero, que construye a la mujer como víctima-superviviente a partir de su empoderamiento y desde sus experiencias traumáticas.

Las mujeres víctimas-supervivientes también han destacado la lucha por la hegemonía discursiva en la sociedad, de la cual los medios son partícipes. A partir del concepto gramsciano de hegemonía, se puede apreciar la importancia de los medios en la homogeneización de los relatos sobre el conflicto. En el caso de la memoria, los medios son el instrumento principal de una lucha por establecer qué versión del pasado debe prevalecer (Sánchez en Blair, 2011, p.70). Aun así, es una pugna asimétrica, puesto que no todos los actores tienen ni los recursos ni la visibilidad necesaria para influir en la construcción de la

memoria (Blair, 2006, p. 72). Los medios de comunicación tienen la posibilidad de equilibrar las desigualdades y ser un espacio de confluencia para conseguir un cambio estructural. Venus así lo explicó durante la entrevista: “Hay una hegemonía que no hemos podido cambiar nunca. Los presidentes y ministros han utilizado siempre la norma de darles a sangre y fuego. Si el pueblo no reacciona y ve la necesidad de un cambio estructural de este sistema que durante tanto tiempo nos ha dominado, nada mejorará” (Entrevista a Venus Quiroga).

Los productos periodísticos generados tienen la voluntad de contribuir a que los medios sean un espacio *in-between*, como el que defendía Rincón. Un punto de encuentro, de interculturalidad donde se produzcan acciones comunicativas y tengan lugar las tensiones de poder, dominación, resistencia y lucha (Rincón, 2013, p. 8). En palabras de Luz Ángela durante la entrevista, se trata de “dar a conocer la historia de nuestra lucha, en la cual nosotras las mujeres buscamos fortalecer a nuestros hijos y a nuestra comunidad en general” (Entrevista Luz Ángela Yate). En esta línea, se ha buscado que los productos periodísticos sean un canal, una forma de escucha, un modo de presentar discursos sobre el conflicto producidos por quienes aún no han sido escuchadas.

Además de visibilizar discursos marginados, también se pretende que los medios de comunicación fortalezcan la esperanza por la paz (Rodríguez y Moncaleano, 2019, p. 47), contribuyendo a encuentros de narraciones que siempre se han presentado como antagónicas, como la de las víctimas y los excombatientes. Después de entrevistar a Leonoricel y a Yuliana, que a priori se podrían posicionar como relatos opuestos, se aprecia que sus posiciones respecto a la paz no están distanciadas, puesto que comparten muchas dinámicas para construirla en un mismo territorio, en su caso, Gaitania.

Los productos periodísticos realizados han procurado no construir identidades a partir de la diferencia (Arbeláez, 2018, p. 117). Se ha buscado huir de los antagonismos de “nosotros” y “el otro”, para centrarse en las fuentes de empoderamiento y la construcción de paz. Yuliana es un claro ejemplo de ello puesto que, como excombatiente, los discursos hegemónicos la han presentado como “otra”, como victimaria. De acuerdo a su propio relato: “Hay gente que no nos conoce. No sabe quiénes somos, no sabe ni nuestra ideología ni nuestra política y nos odia, porque por Caracol dijeron que éramos terroristas. Sencillamente así. Entonces, nosotros necesitamos de esos espacios donde la gente nos dé la oportunidad de hablar, de que dialoguemos sobre nuestras diferencias y logremos subsanar las cosas” (Entrevista a Yuliana Cepeda).

Durante el proceso de realización del proyecto, también han surgido muchas dudas. Dudas sobre el rol del periodista, sobre cómo recoger las narraciones de las mujeres víctimas-supervivientes sin que se produzca una apropiación de sus relatos, ni una revictimización en el uso que los medios hagan de ellos. Dudas también sobre cómo componer las narraciones, tanto a nivel escrito como a nivel audiovisual. Con las dudas propias del ejercicio de responsabilidad periodística se han abordado los dilemas expresivos, éticos y políticos que planteaba Feld respecto a la creación de mensajes (Feld, 2012, p. 157). Muchas de las mujeres entrevistadas, rompían su silencio esperando que su narración tuviera una utilidad mayor, para construir la paz y esta acción se convierte también en una responsabilidad para el periodista. En palabras de Heidi: “Si contando lo que me pasó llega

a más personas y se dan cuenta de lo que nos ha tocado vivir como mujeres, con gusto lo volvería a hacer. También que se sepan nuestros anhelos de salir adelante, que no solamente nos vamos a quedar ahí, sino que podemos mucho más” (Entrevista a Heidi Johanna Rojas).

### ***5.2.1. Los perfiles de las mujeres víctimas-supervivientes***

El segundo resultado del proyecto ha sido la materialización de las narraciones de las mujeres víctimas-supervivientes en distintos productos periodísticos. En total, se han realizado cuatro perfiles escritos en versión corta y en versión larga (ver anexos 4, 5, 6, 7) y cuatro cápsulas audiovisuales (ver anexo 8). Los perfiles cortos están pensados para que funcionen de manera complementaria con las cápsulas audiovisuales de cada mujer. A continuación, se añade la versión corta de los textos, para poder ejemplificar de qué manera se han concretado las narraciones de las mujeres entrevistadas.

Leonorice Villamil Toro

**“Si usted no tiene salud, educación, una buena productividad, una vivienda... pues no va a haber nunca paz en la vida”**

*Resiliencia, organización y acción por la paz con perspectiva de género entre los cafetales del sur del Tolima, Colombia*



Leonorice Villamil Toro en la casa de su padre, quien también fue un líder social de Gaitania, Planadas / Elena Bulet

Los arbustos de café mezclados con los plátanos perfilan el color rojizo de las carreteras, planas solo de vez en cuando. Al girar la ladera, por encima del camino, un cartel estampado con numerosos logos institucionales da la bienvenida a **“Planadas, Municipio de Paz”**. A su lado, diversos plafones publicitan la calidad de los cafés especiales de Planadas, ganadores de la **Taza de la Excelencia** en varias ocasiones. Anuncios que resumen toda una declaración de intenciones de una localidad con más de 50 años de conflicto en su historia, y que está cansada de que únicamente se la conozca como “la cuna de las FARC”.

Una de las mujeres supervivientes y resistentes a la violencia de décadas es **Leonorice Villamil Toro**. En 2020 desarrolla su tercer período como concejal en Planadas por el Partido Verde, en representación del corregimiento de Gaitania, uno de los dos corregimientos rurales del municipio del sur del departamento del Tolima, a unos 1.500 metros de altitud. Leo, como se le conoce en toda la región, ejerce de 2ª vicepresidenta del Concejo, siendo ella la única mujer entre los trece miembros de la asamblea municipal. En 2015, después de asistir a un encuentro de **Mujeres por la Paz** en Bogotá, vio claro lo que tenía que hacer. "Me tomé el atrevimiento de vincularme, participar y representar a la mujer planaduna. Empecé a ir a las veredas a decirles cómo debíamos comenzar a articularnos, mostrar que sentimos un dolor pero que ya debemos dejar los miedos y hemos de reclamar los derechos que tenemos según la Constitución", declara Leo al recordar sus primeros pasos en la organización de mujeres.

Además de dedicarse a la función pública y al trabajo por la comunidad, Leo también se hace cargo de la finca y los **cafetales familiares**. Mientras recorre la finca paterna, repasa su dura **historia familiar**, ligada al devenir del conflicto. "Me he visto afectada tanto y de tal manera que... una de ellas fue la terminación de mi familia, que constaba de cinco hermanos varones y mi persona. De ellos ya no queda ninguno". Después de tomar aire, Leonorice reflexiona: "Cuando a una le tocan es cuando siente y sabe el valor de las demás mamitas".

## **Parir en medio de la guerra**

La campesina llegó a Gaitania con tres años y desde ese entonces allí se crio, se educó y tuvo tres hijos, de los cuales solo le quedan dos. "El hijo me lo asesinaron el 27 de septiembre de 2015, a la edad de 28 años, junto con mi hermano y otro campesino". Mientras clava la mirada en las montañas lejanas que los cafetales pintan al estilo puntillista, Leo habla del "**temor** de la gente a venir" durante años y años, y recuerda "cuando los helicópteros pasaban por encima de nuestras cabezas mientras el Ejército se desplazaba por tierra, y uno no sabía a quién ponerle cuidado; estábamos en medio de las balas, pero se seguía recolectando café".

Según rememora la campesina: "A nosotras nos tocó parir a los hijos en medio de la guerra. Con lo que vivimos acá en la región —porque nosotros vivimos **tomas guerrilleras**— nos ha tocado salvar vidas, intermediar por personas, enterrar gente que quizás su familia nunca supo qué pasó... Asimilamos eso, y con mucha prudencia y cautela **hemos aprendido a vivir en esta región** donde nos hicieron mucho daño. A mí, y a las demás mujeres de Planadas, y más que todo, en la vereda **Marquetalia**, que fue en la que nacieron las FARC".

Según recoge la historiografía fariana, los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, nacidas en 1964, fueron "48 campesinos que habitaban en la región de Marquetalia, una **colonia agrícola** fundada por ellos mismos, 10 años atrás, a principios de los cincuenta". Leonorice narra que entre los desplazados de esas primeras guerras de la Violencia en Colombia estaba Pedro Antonio Marín, que se hizo llamar **Manuel Marulanda Vélez**. De él, Leo recuerda que se presentó como ingeniero y que fue el que trazó la vía hacia el municipio de Neiva: "ese señor ya tenía también unas ideologías buenas, tampoco era todo malo".

Como las otras zonas de colonización de mediados del siglo XX ubicadas en Planadas, “las colonias agrícolas fundadas por el campesinado desterrado de sus zonas de origen pasaron a ser consideradas Repúblicas Independientes a las que había que aniquilar”, según recoge la página web de la organización guerrillera. El relato de las FARC continúa: “el Ejército Colombiano, bajo la orientación de la misión militar yanqui” lanzó la **Operación Soberanía** u Operación Marquetalia, con la que combatió el comando guerrillero que dirigía el propio **Marulanda**, alias “**Tirofijo**”, quien después sería Comandante en Jefe de las FARC. El también fundador de las FARC, **Jacobo Arenas**, explica en el libro *Diario de la resistencia de Marquetalia* que “es de esta agresión contra las colonias de Marquetalia, el Pato, Riochiquito y El Guayabero que nacen las FARC como respuesta armada”. En el **Programa Agrario de los Guerrilleros**, proclamado el 20 de julio de 1964, los campesinos revolucionarios justificaban su lucha explicando que se alzaron en armas porque en Colombia estaban cerradas las “vías de la lucha política legal, pacífica y democrática”.

## Más allá del mito fundacional

La historia aún sigue viva en la memoria de los y las habitantes de las veredas y casas de Planadas. “Aquí hay gente todavía que vivió y vio la Operación Marquetalia — remarca Leo—, y hay gente que combatió obligatoriamente contra la guerrilla, porque en ese entonces prestaban su servicio militar y todavía están acá”. Pero esta historia narrada desde la distancia y la falta de empatía se han convertido para muchos en una marca que desean olvidar. “Aún hoy día todavía sigue el **estigma** de que aquí nació la guerra... Y eso es lo que nosotros estamos tratando de borrar”, dice Leo, a la vez que su mano derecha hace un gesto de borrar una pizarra.

Pese al mito fundacional, el conflicto en los montes del sur del Tolima venía de antes. De hecho, cuando hablan del conflicto armado en el Tolima, los expertos del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y de las instituciones académicas locales hablan de “una estructura endógena de largo aliento” y unos “orígenes asociados al período de La Violencia (1946-1958)”. En ese entonces, el conflicto armado era entre **liberales y conservadores**. Según la terminología local, Gaitania se clasificaría como un “municipio rojo”, aludiendo a su composición mayoritariamente liberal, en términos del bipartidismo tradicional.

“Aquí tildaron, aquí **juzgaron**. Aquí señalaron, pero ellos nunca supieron cuál era verdaderamente el conflicto, y nadie sabe por qué nació verdaderamente la guerra”, prosigue Leo, que corrobora que “no fue solamente la guerrilla”. La represión de las fuerzas militares, los **falsos positivos** y los montajes contra campesinos para ganar unas recompensas por haber capturado a unos supuestos guerrilleros atemorizaron la población civil del mismo modo, tal y como recoge el Colectivo de Abogados “José Alvear Restrepo” (CAJAR), entre otras organizaciones defensoras de derechos humanos. “Nos tocó vivir una etapa muy dura porque tanto el gobierno como las **Fuerzas Militares** también causaron mucho daño”.

## Planadunas organizadas por la reconciliación y la paz

Pese a toda la violencia sufrida, Leo no duda que “hay que seguir, hay que dejar esos resentimientos, esos dolores, y hay que tratar de reconciliar. Ese es el ejemplo que tenemos que dar nosotras como mujeres, que somos las que **generamos vida**, que



somos las que procreamos, las que parimos hijos. Ninguna madre quiere perder a un hijo ni quiere seguir trayendo hijos a este mundo para una guerra”, recuerda la concejal. Precisamente, fue en septiembre de 2015, después de la muerte de su hijo, cuando Leonoricel dio el paso de **organizarse** y luchar por los derechos de sus vecinas, especialmente por las mujeres víctimas del conflicto.

En el primer encuentro que organizaron participaron **más de 500 mujeres**, e hicieron una videoconferencia con **Victoria Sandino**, directora de la Subcomisión de Género de los diálogos de Paz de La Habana (Cuba), y durante la cual todas las mujeres de las veredas presentaron una propuesta. Así nació el **Consejo de Mujeres por la Paz** de Planadas, y según reporta Leo, hoy en día hay otras ocho asociaciones de mujeres en el municipio. Durante los últimos 5 años, las mujeres de Planadas han interactuado también con las mujeres del **Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR)** de El Oso, la zona veredal para el proceso de desmovilización de la guerrilla de las FARC ubicada dentro de la jurisdicción de Planadas.

Sobre las mujeres de la zona veredal, Leo destaca que “ellas hoy en día tienen sus hijos, quieren que estudien, que se formen, y no quieren que vuelvan a la guerra”, eso, para ella, es todo un triunfo de la paz. Por otra parte, Leo reconoce que, tal y como las excombatientes denuncian, el gobierno les está incumpliendo. “Por eso nosotras tenemos que aprendernos bien **los cinco puntos**, los puntos recogidos en los Acuerdos de Paz para uno poder hacer un reclamo”. Esos puntos a los que la concejal hace referencia son la implementación de una política de desarrollo agrario integral, la mejora de la participación política, el fin del conflicto con el cese de hostilidades bilateral, la solución al problema de las drogas ilícitas y la reparación de las víctimas, más un sexto punto referente a los mecanismos de implementación, verificación y refrendación de los acuerdos.

## **En busca de una verdad reparadora y una vida digna**

Pese al reconocimiento de la fortaleza que les ha supuesto que los Acuerdos de La Habana hayan incluido en uno de sus principales puntos la **equidad de género**, Leonoricel opina que ellas, las mujeres víctimas supervivientes, sólo están representadas en parte. “En parte sí, porque hemos trabajado para que la paz continúe, y la inclusión de la equidad de género ha sido vital para nosotras salir a reclamar y mostrar que lo podemos hacer. Pero en parte no, porque nosotros también hemos sido afectados por el **gobierno nacional**, y en eso uno no ve justicia, uno no ve nada. Por eso nosotros hacemos parte y reclamamos el **esclarecimiento la verdad**, que tanto los Acuerdos como la JEP [la Jurisdicción Especial para la Paz] recogen. Si usted cuenta la verdad, está sanando. Y a eso es a lo que nosotros hacemos un llamado”.

A su vez, la lideresa denuncia que hay gente que aún vive con temor, porque “todavía siguen los **señalamientos**”, que “la gente no sabe por qué fue víctima de la guerra” y que “todavía después de este Acuerdo de Paz, hay muchas **irregularidades**”. No fue hasta mediados de febrero de 2020, casi cuatro años después de la firma de los acuerdos, que la **Comisión de la Verdad** instaló la primera Mesa Técnica de No Repetición, como recogen los documentos publicados por la propia alcaldía de Planadas.

De igual forma, la concejala llama la atención sobre el acoso a los líderes sociales, una situación que también se siente en Planadas. “Hay mucha incertidumbre, no sabemos lo que está pasando”, explica Leo, que habla de la amenaza de los llamados “**grupos posdesmovilización**”: “hablan de disidencia, de grupos que no sabemos quiénes son, de dónde son, cómo son... Con la guerrilla se sabía quién era el guerrillero, pero uno ahoritica no sabe quién es quién”. “**158 armados con fusiles** en Ataco-Planadas. ¿Y eso es delincuencia común?” Ironiza Leo mientras conversa con las vecinas. “El último que mataron fue dentro, aquí en el pueblo, en plena calle, y las mujeres no nos estamos escapando de la muerte, **lo asesinan por callarlo o callarla a uno**”, lamenta la lideresa.

## **El camino hacia la paz: la superación de la pobreza**

En su acción política, Leonoricel denuncia especialmente las condiciones de empobrecimiento en las que viven muchas de las **campesinas** de Gaitania. Por eso, Leo reclama que las mujeres “que se levantan a las 3 o 4 de la mañana y son las últimas que se acuestan, pero no tienen remuneración ni una vivienda digna”, sean reconocidas, recompensadas y visibilizadas, “porque en el campo y en el hogar lo fundamental es la mujer”. En la misma línea, Leo exige “**que el gobierno cumpla y haga realidad los proyectos productivos y todo lo recogido en el acuerdo de paz**”. Tal y como la lideresa remarca, “si usted no tiene salud, no tiene educación, una buena productividad, comercio, una buena vivienda... pues no va a haber nunca paz en la vida”. Pero si hay una necesidad que Leo destaca por encima de las demás es la de **fortalecer la educación** y ampliar la oferta formativa, para que los niños y niñas del municipio tengan la oportunidad de acceder a carreras universitarias.

Pese a su fortaleza externa, Leonoricel reconoce que no es fácil ser lideresa, y no es fácil ser una concejal entre doce hombres. “**El machismo todavía sigue reinando en Colombia** y en todo el mundo, y creen que las mujeres no somos capaces de administrar y manejar. Pero se equivocan, porque las mujeres somos más conscientes y más organizadas, y lo hemos demostrado”. Por eso, Leo está convencida de que las charlas y capacitaciones de equidad de género y empoderamiento a las mujeres y a las familias son fundamentales. “Esto es lo que más reclaman las mujeres. Que lleguemos a las veredas, a lo más profundo del campo”. La concejal tiene clara cuál es su perspectiva de futuro en cuanto a la organización de las mujeres en Planadas: “Las quiero ver bien, viviendo bien, educadas y empoderadas como mujeres”.

## Yuliana Cepeda

**“Si el gobierno hubiera tenido en cuenta a toda la población, la guerrilla no hubiera existido”**



Yuliana en el ETCR El Oso. / Elena Bulet

Yuliana está un poco molesta. “Yo soy una de las que tiene una carpeta así de grande”, arguye mientras señala el grueso de su carpeta con las manos. Está repleta de diplomas y certificados obtenidos en los cursos que se han hecho en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) “Marquetalia Cuna de la Resistencia”. Hace tres años que Yuliana vive allí con su familia. Habitar en el ETCR es complicado. Formarse en el ETCR, también: “Se dan unas capacitaciones, pero la gente guarda su papel y lo archiva, porque no van a servir de nada. Si se enseña a criar a un marrano, pues que nos den el marrano. La gente del campo necesita teoría y práctica inmediatamente”.

Yuliana Cepeda (pseudónimo) es una exguerrillera de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en proceso de reincorporación. Tras los Acuerdos de Paz de La Habana, en 2016, entregó las armas. Los miembros de las FARC se disponían a iniciar el proceso de reinserción en la sociedad y a fundar su partido político.

La firma de los acuerdos supuso la constitución de veinte Zonas Veredales de Transición y Normalización (ZVTN) repartidas por el territorio colombiano, que más tarde se convertirían en los ETCR. En la actualidad, los 24 ETCR existentes se han incorporado a los centros poblados o forman parte de extensiones de corregimientos y veredas y acogen a 3.296 hombres y mujeres de la antigua guerrilla, según las cifras presentadas por la *Revista Semana* en su artículo “Las Farc llegó para quedarse”.

En el espacio territorial “Marquetalia Cuna de la Resistencia” (oficialmente ETCR El Oso), viven aproximadamente 160 personas, 70 de las cuales forman parte del proceso de reincorporación. El campamento es reducido y está todavía en construcción. La naturaleza de su entorno es exuberante. Grandes cerros verdes enmarcan las casas amarillas del campamento. La parte inferior de las viviendas está pintada de tonos pastel: los hay azules, rosas, naranjas, rojos y verdes. La vivez de los colores aporta pizcas de alegría al ambiente pesado de las callejuelas del ETCR. La convivencia no es fácil. En cada casa viven tres o cuatro familias que comparten un solo baño y una sola ducha. Muchas también tienen que comer en la misma pieza donde duermen. “Nos trasladaron desde el Valle del Cauca. Ha sido muy complicado vivir, porque estamos todos muy condicionados. Tampoco teníamos las mejores formas de subsistir dentro de la selva, pero al menos existían espacios privados”, explica la exguerrillera del Frente 21.



La entrada del ETCR Marquetalia Cuna de la Resistencia. / Elena Bulet

### **“Todos los guerrilleros y guerrilleras fuimos arrastrados a ingresar”**

Yuliana ingresó a las FARC cuando tenía quince años. “Ingresé en un pueblito que se llama Bilbao, en el sur del Tolima. Esta parte de la región siempre ha sido catalogada como zona roja”, señala. Yuliana es muy expresiva. Se muerde el labio según las preguntas que escucha y sus rasgos se endulzan cuando recuerda experiencias: “La mayoría de hombres y mujeres que ingresamos es porque nacimos y nos formamos en medio de las FARC. Entonces uno se llenaba de inquietudes: ¿Cómo será una mujer en la guerrilla? ¿Qué hará un hombre en la guerrilla? ¿Cómo duermen? ¿Cuáles son sus actividades? Yo me hacía esos interrogantes y no encontraba respuesta”.

En cierto modo, los integrantes de las FARC le despertaban admiración. “Uno los miraba y decía: ¡Tan chévere que viven ellos!”, recuerda Yuliana, que los observaba en el cafetal, en los ríos o en los caños de su pueblo. Sentía que tenían una cultura diferente. “Su modo de vestir de camuflaje, las mujeres con las orejas llenas de aretes, los muchachos con chaquiras que les colgaban de los hombros...”. Yuliana decidió ingresar y la aceptaron. Aunque no solamente la apariencia fue lo que la condujo a las FARC. En el campo, los jóvenes se encuentran con ciertos condicionantes que favorecen su ingreso. La falta de referentes y la pobreza de sus familias, les llevan a encontrar en las FARC una manera de luchar por el cambio. “Yo pienso que, de cierta manera, todos los guerrilleros y guerrilleras fuimos como arrastrados a ingresar. Debido a la falta de oportunidades”, reflexiona Yuliana, que participó durante 10 años en la lucha armada.



Yuliana en la carretera que une las distintas partes del ETCR. / Elena Bulet

Las FARC surgieron en 1964, convirtiéndose en una de las organizaciones guerrilleras más grandes y antiguas de América Latina. “Éramos una ley ilegal, como nos decían a nosotros. Pero éramos ley”, comenta Yuliana con una sonrisa. “Eso es lo que más le molestaba al gobierno y a las instituciones de la región. Si la policía llamaba a una reunión, pues muy rarito el que iba. Pero si nosotros convocábamos, bien sea por lo que sea, la gente estaba ahí”, describe. Las FARC actuaban como autoridad local del territorio donde estaban, promoviendo el manejo, el orden y la buena relación entre comunidades.

“Si estábamos en Gaitania nosotros hacíamos lo que hace hoy en día la policía. Y a nosotros nunca nos ponían problema. De cierta manera, nos habíamos ganado el respeto de la gente”, declara la excombatiente.

Por su forma de hablar, se la ve orgullosa de lo que relata. Recuerda lo compartido con sus compañeros, cuando se trasladaban entre montañas de pueblo a pueblo. También las formaciones que recibió dentro de las FARC. Pero dentro de la selva la vida no era fácil. Se desplazaban constantemente y el miedo era un sentimiento recurrente: “¿Cómo no le va a dar miedo si uno estaba preparado para que en cualquier momento lo intentaran matar?”. A pesar de ello, Yuliana se apoyaba en sus compañeros y compañeras, pues todos pasaban por la misma situación.

### **La mujer dentro de las FARC**

“A diario la historia ha querido mostrar a la mujer como víctima, la mujer que dejó a su hijo para irse a alguna organización armada, o la mujer que desplazaron, violaron o asesinaron... Pero éramos unas heroínas. Dentro de las organizaciones que en su momento se alzaron y fueron como esa piedrita en el zapato del Gobierno, hubo mujeres valientes, muy echadas para delante, que lo dieron todo y pelearon”, relata Yuliana. Según la excombatiente, los reglamentos de las FARC eran drásticos y se obligaba a “respetar la integridad física y moral de todos los guerrilleros y guerrilleras y miembros de la población civil. Que un hombre pegara o tratara de hacer cosas no debidas a una mujer dentro de la organización, eso era peor que un delito. Mejor dicho, como dice el campesino, era mejor tocarle las huevas a un muleto que ir a tocar a una mujer”. La exguerrillera también remarca que esa misma doctrina se imponía a la población civil.



Mujeres excombatientes o familiares de tales que viven en el ETCR. / Elena Bulet

Sin embargo, organizaciones como SISMA, ONU mujeres y la Ruta Pacífica, afirman que la violencia de género en el conflicto armado no excluye a las FARC de responsabilidades. Además, esta violencia también ocurrió dentro de la misma organización. Lo demuestran revelaciones como las que Elda Neyis Mosquera García, alias Karina, ex comandante del Frente 47 de las FARC, hizo a la Fiscalía acogiéndose a la Ley de Justicia y Paz. Karina aceptó su participación “en 218 crímenes, algunos de ellos contra mujeres, al tiempo que ha detallado políticas de la guerrilla que incluyen el aborto y la planificación forzada”, según el portal Verdad abierta en el artículo “No es cierto que las Farc son un abortadero todo el tiempo”.

En el mismo texto del portal informativo se incluyen algunas puntualizaciones de Victoria Sandino, exguerrillera de las FARC que trabajó para incluir la perspectiva de género en los Acuerdos de Paz: “No digo que no se presenten cosas hacia la población, es posible que se hayan presentado cosas porque en todos los grupos sociales y humanos hay ese tipo de fenómenos, nuestro comportamiento no es homogéneo, pero para eso hay las reglas internas”. En relación con la violencia de género dentro de las FARC, Sandino matiza que seguramente “hay expresiones machistas” pero que a las FARC se las cuestiona como si fueran ajenas a la sociedad colombiana, lo que en realidad no es cierto.

### **“La paz es posible, pero hay que construirla”**

Yuliana está sentada junto a uno de los muchos murales que decoran el ETCR. En él se ven dos campesinos con rasgos indígenas y la piel del color de la tierra. A la izquierda, un hombre sostiene una mazorca, a la derecha, una mujer anciana usa su bastón mágico, símbolo de sabiduría, de experiencia, para guiar a su comunidad. Mientras Yuliana conversa, su hija Laura revolotea alrededor de la silla. Tiene apenas dos años. Juega con las piedras y, de tanto en tanto, reclama un poco de la atención: “¿Qué quieres amor?”, le responde Yuliana con ternura. En el antebrazo, Yuliana luce un tatuaje con el nombre de su hija unido de principio a fin por una línea que dibuja un infinito. Laura pide agua. Su madre va a buscar una botella, le da delicadamente de beber a su hija y tras tomar un par de sorbos ella también, prosigue su discurso.



La excombatiente explica cómo era la vida en la guerrilla. / Elena Bulet

“Pienso que la paz es posible, pero la paz hay que construirla. Hay que poner mucho compromiso de todas las partes. Tanto el campesino, como el concejal, como las fuerzas militares, los medios de comunicación...”, afirma. Según la excombatiente, las FARC esperan oportunidades y espacios de participación política, donde puedan hablar y dialogar con sus opositores y mostrar su pensamiento. “Hay gente que no nos conoce y nos odia, porque los medios de comunicación dijeron que nosotros éramos terroristas. Sencillamente así”, dice con contundencia Yuliana. “De nada sirve que yo en mi territorio esté trabajando por la paz, cuando un medio de comunicación está diciendo que, en el sur de Tolima, todos los combatientes se fueron para la disidencia [grupos residuales de las FARC que han continuado con la lucha armada]”.



El ETCR Marquetalia Cuna de la Resistencia esta lleno de murales con mensajes políticos, de coraje y de paz. / Helena Rodríguez

No hay una única perspectiva bajo la cual analizar el conflicto armado que ha vivido Colombia. Victimarios y víctimas se intercambian papeles según el testigo que narra la historia. “Yo me considero víctima, porque si tal vez el gobierno hubiera tenido otras prioridades, como tener en cuenta toda la población, tal vez la guerrilla no hubiera existido. La guerrilla existió por la desigualdad. Lo que pasó en el 64 todavía persiste: la gente quería una escuela y una vía, un camino, una carretera. Y en vez de ayudarlos les metieron armas y bombas y aviones. Y por eso surgió, fue como el principio de la organización. El gobierno tiene todas las herramientas para que no solamente cambie la forma de vivir de nosotros como excombatientes, sino también la de la comunidad”, concluye Yuliana.



La excombatiente regresa a su casa y lo primero que hace es preguntar por su hija: “Nené, ¿con quién quedó la niña?”. Su cobertizo está repleto de ropa azul, rosa y blanca que cuelga de todos los hilos y estructuras existentes. Mientras habla, el rostro de Yuliana se esconde por momentos entre las cortinas tricolores. “Pero saben qué, hay un historiador que dice que nadie nace aprendido, que todos los días aprendemos. Aquí los saberes han sido muy importantes para ir relacionándonos, logrando nuevas oportunidades y conociendo nuevos terrenos. Yo pienso que alrededor de la comunidad también se pueden lograr muchas cosas”, concluye Yuliana con un destello de esperanza en los ojos. Luego va a sentarse con sus compañeras con quienes ultima los detalles de la reunión que tienen en unas horas.

| Elena Bulet



Los habitantes del ETCR buscan una manera pacífica de reinserirse en la sociedad y construir la paz. / Elena Bulet

Luz Ángela Yate

## “Para no tener tristeza, necesitamos saber la verdad”

*Defensa del territorio, sanación de las víctimas y construcción de paz desde los resguardos indígenas de Coyaima, Tolima*

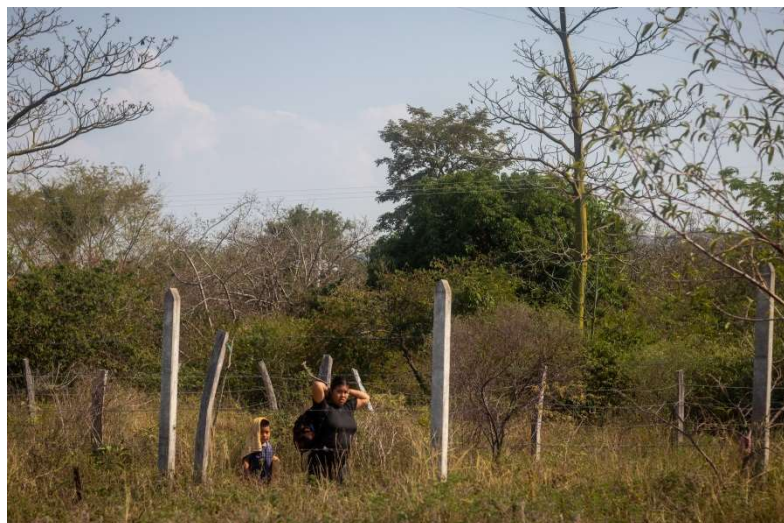
“Mi nombre es **Luz Ángela Yate**, soy la gobernadora del resguardo de Chenche Balsillas, y esta es mi comunidad”.



Luz Ángela en la sede de la comunidad indígena de Chenche Balsillas / Elena Bulet

Es la primera vez que habla delante de una cámara, pero ya tiene experiencia en defenderse con la palabra. Desde que se convirtió en la **gobernadora** de su comunidad, Luz Ángela se ha reunido con el Gobernador del Tolima, Carlos Guillermo Ospina y con la Agencia Nacional de Tierras, así como con otras muchas instituciones en su lucha por la mejora de las viviendas de su resguardo, ubicado en el municipio de Coyaima. “Si tenemos que pararnos en la minga para que nos vuelvan a poner el WiFi, pues lo hacemos”, anuncia la gobernadora.

En el patio trasero de la sede de la gobernación del resguardo Pijao de Chenche Balsillas, Luz empieza a contar la historia de su comunidad —y su historia— con el conflicto armado. Un espacio abierto al aire libre, con una hamaca deshilachada balanceándose ligeramente con el viento. “Mi comunidad fue azotada del 2000 al 2005. Entonces, hubo muchas mamitas que se tuvieron que ir. Acá tuvimos primero la entrada de la **guerrilla** y luego vinieron las **Autodefensas Unidas de Colombia**, los paramilitares”, recuerda Luz. Según recoge el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), “en la década del noventa, las **FARC** aumentaron su presencia y acciones de control, a través de los Frentes 21, 17, 25 y el Joselo Lozada; junto con las columnas móviles Jacobo Prías Alape y la Daniel Aldana. Además, por su parte, el grupo paramilitar del **Bloque Tolima** intensificó el conflicto en la zona a raíz de su expansión en esos territorios desde el año 2001”.



Vivientas y habitantes del resguardo indígena de Chenche Balsillas, en el municipio de Coyaima. / Elena Bulet

Disputas territoriales, intereses económicos y conflicto político se entrecruzan en este plano árido mantenido con vida gracias a los ríos. Según recoge el informe elaborado por el CNMH *De los grupos precursores al Bloque Tolima (AUC)*, las tres bases que los paramilitares instalaron en la zona fueron situadas, intencionalmente, sobre el macroproyecto de riego del Triángulo del Tolima, que “ha llevado como resultado desde finales de 1999 un **avance intensificado del paramilitarismo**, (...) dejando un crecido número de víctimas”. En la zona indígena, el **Bloque Tolima** mantuvo control territorial desde su incursión en 2001 hasta su desmovilización en 2005.

## La guerra en los cuerpos territorializados

“Ellos [los paramilitares] violentaron muchas mujeres, **nos violentaron**, porque yo soy una víctima más de eso”, explica Luz, que cierra sus ojos y posa su mano sobre el pecho. “Y por eso me siento fortalecida... En mí, como mujer, el miedo que tenía ya... ya se me fue, aunque es algo por lo que una queda marcada como

mujer. Quiero buscar la forma de hablar con las mamitas que tuvieron ese tipo de problemas, impulsar que ya no tenemos que tener miedo por eso que nos sucedió, sino que hay que comentarlo”.

Además, las mujeres sufren otras violencias sobre sus cuerpos vulnerados: **silencios**, vergüenzas, señalamientos, culpas, justificaciones. Según cuenta la líder indígena “Siempre hemos tenido ese miedo a contar. Miedo a, entre nosotras mismas, contar la agresión”. Además, durante mucho tiempo, la **naturalización** de la violencia sexual fue tan fuerte que llegó a impedir verla como un delito, según relatan numerosos informes sobre derechos humanos. Pero Luz no se quiere callar. “En este momento yo estoy luchando por hacer parte de una **asociación de víctimas**, estoy en ese proceso”.

La relación **cuerpo-mujer-territorio** es clave para comprender los efectos del conflicto armado en la mujer víctima-sobreviviente. Según recoge el mismo CNMH en el libro *Expropiar el cuerpo. Seis historias sobre violencia sexual en el conflicto armado* (2018), al cuerpo de la mujer se le ha otorgado un significado de “**botín**”, lo que implica que las lógicas de poder en los territorios físicos se trasladan a concebirla como un cuerpo-territorio objeto de **conquista** y usurpación. La propia Corte Constitucional de Colombia, en su Auto 092 de 2008, indicó que todos los grupos armados ilegales enfrentados, “y en algunos casos aislados, agentes individuales de la Fuerza Pública” han hecho uso de la violencia sexual, la explotación y el abuso como estrategia de guerra.



Luz Ángela en su casa donde vive con tres de sus cuatro hijos / Elena Bulet

## El rostro de la victimización diferencial

Sentada al cobijo de la sombra, la gobernadora indígena deja espacio para que respiren las ideas que explica. “Como comunidad indígena nos ha afectado mucho el conflicto armado, porque aquí en mi censo hay muchos compañeros que están **desplazados**”.



Luz explica que muchas mujeres víctimas-supervivientes de violencia sexual no se atreven a contar lo que les ha sucedido / Elena Bulet

Según recogen los informes de esclarecimiento de la verdad, una de las mayores afectaciones que ha sufrido el Pueblo Pijao tiene que ver con el desplazamiento forzado. “A raíz del accionar de distintos actores armados, entre los años 2003 y 2008, se registraron **92.409 casos de desplazamiento** en municipios del Tolima donde habita parte de la población pijao, lo que equivale al 26% en relación con el total de desplazamientos del departamento”, según los datos del CNMH. Este hecho se reconoce a nivel nacional como uno de los procesos de desplazamiento indígena de **mayor impacto. Huir del territorio** fue una de las únicas maneras a través de las cuales las familias indígenas podían evitar el reclutamiento forzado, la desaparición, los homicidios selectivos y la apropiación de tierras. Acciones llevadas a cabo por los paramilitares bajo la denominada “limpieza social” dirigida contra los indígenas supuestamente colaboradores de la guerrilla, según recogen diferentes sentencias judiciales citadas por la investigación del CNMH<sup>1</sup>.

Los efectos de la violencia diferencial ejercida sobre las comunidades indígenas del sur del Tolima fueron tan grandes que, en su visita a Coyaima y Natagaima en el 2012, la Defensoría del Pueblo alertaba que estaban “**amenazando su existencia como pueblo indígena**”. Entre otros motivos, debido a “la eliminación sistemática de los **líderes y mayores** de cada una de las comunidades”. Luz tiene conciencia plena del problema y sabe lo importante que son las **abuelas** en su comunidad: “Nuestras abuelas han sido las que nos han protegido y nos

<sup>1</sup> Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá, Sala de Justicia y Paz, 2014, mayo 19, sentencia de Jhon Fredy Rubio Sierra y otros, página 169.

protegeron en las guerras que hubo anteriormente”. Tiene la determinación de defenderlas, porque considera que ellas son clave para hablar del pasado, de las madres que han marchado, desplazadas, y para saber la **verdad**. La voluntad de **proteger** a las vulnerables y de esclarecer el pasado llevaron a Luz a implicarse en la vida social y política de su comunidad.

## **Defender la comunidad: mingas por el territorio, la vida y la paz**

Para Luz, ser líder significa “**defender** la comunidad”. La gobernadora se apresura a especificar: “Ser líder es buscar mejorar la **calidad de vida** de la comunidad en pleno, gestionarles **proyectos** y salir y buscar formas y entidades, porque yo sé que hay muchas oenegés que impulsan las comunidades”.

La joven gobernadora quiere lograr que **el Estado los escuche**. Que sus niños tengan una mejor educación, porque ella se quedó “estancada”. Hoy su hijo mayor cumple 18 años. “Irás a la universidad”, dice orgullosa Luz Ángela. La casita donde vive junto a dos de sus cuatro hijos se ubica al lado de la escuela de la comunidad, la **Institución Educativa Chenche Balsillas**, que acoge cerca de 500 estudiantes que caminan durante horas para llegar al colegio. Cuando llegan, en medio del calor sofocante propio de la zona, los niños y las niñas se enfrentan al principal problema del resguardo: la ausencia de agua. “Antes no teníamos que **perforar por el agua**, pero ahora sí, hasta 15 metros de profundidad”, lamenta la gobernadora, que se pregunta: “Si con la minería envenenan el agua del río, ¿de qué forma nos benefician a nosotros estos proyectos? Nada. Con eso nos engañan”. Luz se refiere a los megaproyectos mineros, petroleros e hidroeléctricos que ponen en peligro los ecosistemas locales. Como comunidad, se han pronunciado en contra del proyecto de minería de Ataco. “Si hay que salir a protestar, se saldrá”, afirma con la potencia calmada que la caracteriza.

En un contexto de pugna por la articulación del territorio y de la paz, los indígenas del sur del Tolima han salido reiteradamente a marchar juntos en mingas durante los últimos años de “posconflicto”. *Minga* es la palabra de origen quechua que utilizan los pueblos originarios para referirse a las marchas y los paros de protesta, y que inicialmente designaba una forma de trabajo comunitario. En el departamento del Tolima, alrededor de **mil indígenas** Pijaos y Nasa hicieron parte de la minga de finales de marzo de 2019, convocada en ocho departamentos para “exigir que se cumplan los acuerdos que por más de 30 años han sido incumplidos por el Gobierno”. Un mes más tarde, las protestas continuaban, y Claudio Poloche, representante de la Federación Regional Indígena del Tolima (FICAT), declaraba el 26 de abril de 2019 a *Econoticias* que estaban “**en Minga Permanente por el Derecho al Territorio, a la Vida, y a la Paz**”.



La presa de Zanja Honda forma parte del proyecto de riego Triangulo del Tolima, que Luz Ángela en la sede de la comunidad indígena de Chenche Balsillas / Elena Bulet

Luz se lamenta hoy de haber dado por finalizadas las protestas y denuncia que las comunidades indígenas siguen en peligro. De hecho, unos meses después del fin de las mingas, a mediados de agosto de 2019, el portavoz de la ACIT, Edwin Conde, denunciaba que en unos panfletos que empezaron a circular se declaraba “**como objetivo militar a todos los gobernadores y gobernadoras** por participar en la minga”.

### **El peligro de ser la cabeza visible**

Luz Ángela sabe que el rol que ejerce no está libre de riesgos. En 2002, uno de los líderes asesinados fue uno de sus compañeros perteneciente a la ACIT y de su propia comunidad. El Bloque Tolima buscaba quebrantar los procesos de organización social y política de los pueblos indígenas y la organización social más afectada por la violencia de los paramilitares fue la **ACIT**. Según recoge la Defensoría del Pueblo, “ACIT reportó ante la dirección de Derechos Humanos del Ministerio del Interior el asesinato de por lo menos **150 indígenas** en el periodo 2001 - 2003 y el desplazamiento de cerca de **800 familias** pertenecientes a esta asociación”.

Tal y como destaca el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, “estas cifras reflejan la dimensión de la violencia ejercida contra esta organización indígena que podría catalogarse como **exterminio** o **etnocidio**; además, hecho agravado si tenemos en cuenta que la ACIT guarda relación con el ataque sistemático que se registró nacionalmente contra el PCC [Partido Comunista Colombiano] y la UP [Unión Patriótica]”.



Sede de la Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima en Coyaima. / Helena Rodríguez y Elena Bulet

La persecución a los rostros del cambio se ha dado a lo largo y ancho de todo el territorio colombiano. “Cuando uno es líder, a quién primero miran, es a la cabeza visible. Entonces ahí es cuando uno dice que, a veces, **asumir el liderazgo es muy duro, pero a la vez fortalecedor**, porque uno siente que las cosas que uno hace llegan a un **fin**”, un fin que Luz marca con determinación al dar un golpe seco con su mano.

Según la organización Somos Defensores, entre 2002 y 2017 en Colombia fueron asesinados **664 líderes sociales**, y el peligro continúa hoy en día. Desde la firma del Acuerdo de Paz, el 24 de noviembre de 2016, 442 personas que defendían derechos humanos o lideraban procesos comunitarios han sido asesinados, según las cifras publicadas por Somos Defensores en marzo de 2020. Los datos más recientes, publicados por el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz) a mediados de mayo, más de cien han sido asesinados en 2020. Sin variar su tono de voz calmado, Luz denuncia que están amenazados: “Estamos amenazados como organización, pero en la comunidad tenemos **nuestros guardias** y aquí me siento segura y protegida porque ellos están alrededor mío”.





Luz Ángela, gobernadora de la comunidad de Chenche Balsillas, junto con Darío Fernando Botache, presidente de la ACIT / Elena Bulet

La gobernadora explica que “cuando sucede algo, como una persecución”, como comunidad lo han sabido llevar, “porque irlo a contar allá es venirse en contra de nosotros mismos”. Al ser un resguardo indígena, disponen de una **jurisdicción especial** y tienen su propia autoridad. “Autoridad que en este momento está **en cabeza mía**, en mi asamblea”, explica Luz, al tiempo que confiesa que no le ha sido fácil tomar el **liderazgo**: “a nosotras como mujeres nos tildan de que no podemos llegar a realizar nuestras metas”.

“A mí me gusta liderar. Para mí, como mujer, ser líder me hace feliz, me siento orgullosa, y tengo mi familia que me está ayudando. Pero **hay mucho machismo**”, dice, sin pelos en la lengua, la gobernadora. “Aquí, en esta sede, hubo gobernadores que, **físicamente, me gritaron**. Eso es muy doloroso, pero para mí eso no fue un obstáculo, porque antes me llené de fortaleza, para decir ‘**sí puedo hacerlo**’, y les voy a demostrar con hechos que esta ‘**vieja**’, de la que dicen, ‘esa mujer se la pasa sin oficio por allá, no tiene más que hacer...’ Sí, sí tiene algo que hacer, **traer beneficios para la comunidad**. Y lo he hecho bajo la organización a la que yo pertenezco y a la que pertenecemos, y ahora como gobernadora, mucho más”.

La historia de empoderamiento de Luz Ángela, la joven gobernadora indígena, comienza con el proyecto **Mamitas en Acción**. Entonces, se dio cuenta de que “la mujer puede ser protagonista para el cambio y para el ejercicio del liderazgo”. Al organizarse después de las violaciones de derechos humanos que sufrió, Luz logró acceder a espacios sociales y a roles nuevos con alta responsabilidad. Su propio liderazgo le ayudó incluso a cumplir su sueño de viajar en avión y de dar a conocer su comunidad. “Para mí era muy importante estar en la comunidad — explica Luz— pero más importante fue el poder **estrecharle la mano al presidente** y decirle: ‘Vea, en mi comunidad... Quiero que vaya a mi comunidad, que se dé cuenta de cuál es la problemática que tenemos...’ Y él dijo: ‘Sí, sí’, pero nunca vino...”.

### “Para nosotros es muy importante contar”

Al tiempo que querer mejorar las condiciones de vida de su comunidad, Luz cuenta que se hizo líder para **“ayudar a que la verdad se sepa”**, ya que considera que contar lo que pasó es una necesidad indispensable para reparar a las víctimas. Narrar, según recogen diferentes académicos y académicas, se convierte en un acto de resistencia frente al olvido y en una manera de construir memoria colectiva.

“Para nosotros es muy importante contar —explica Luz— porque, aunque a veces decimos que las heridas sanan, no es verdad, se mantienen ahí con nosotros. **Para no tener tristeza, necesitamos saber la verdad**, la verdad contada de nosotros mismos”. De esta forma, poco a poco se subvierte la historia escrita desde la visión del victimario, aunque el pasado nunca se pueda restituir de manera perfecta. “Necesitamos **saber quiénes y por qué** —prosigue Luz—. Yo creo que **llegó la hora de que la verdad sea contada desde nuestros propios abuelos y abuelas** porque ellos son los que saben, y con ellos vivimos la



Luz Ángela en la sede de la Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima de Coyaima. / Elena Bulet

violencia y ellos fueron quienes nos protegieron en algún momento. Sí, para la paz necesitamos que se sepa la verdad".

La lideresa ha buscado la forma para reparar a las víctimas mediante **espacios de sanación** y escucha activa, y cree que no se dan suficientes recursos para sanar ese dolor que siente que aún persiste en sus mentes. "Ahorita asumí el rol de líder, de buscar la forma de que esa paz que tanto nosotros necesitamos llegue en algún momento, en el que podamos **respirar tranquilamente** sin estar preocupados de que van a venir por nosotros o por nosotras. Más que nada **la infancia, la adolescencia, nuestros abuelos**".

Una tranquilidad, una paz que para Luz "será que vivamos todos **en comunidad**, en unión. Tener una unidad en la que nosotros y nosotras podamos contar con nuestras **compañeras** y compañeros en todo momento. **Pero también ser escuchados** para que cuando nosotros tengamos algún tipo de problema violento que vengan a mediar, a intermediar por nosotros". Luz Ángela destaca que la reconciliación, la unidad y la vida en paz "tiene que salir de nosotros mismos, de cada uno de nosotros". Con la tranquilidad que la caracteriza, Luz recuerda el momento en que su agresor se acercó a pedirle perdón:

"Esa persona llegó a mí y me dijo: 'yo necesito hablar con usted', entonces yo le dije, 'no hay problema'. Él me preguntó: '¿usted se acuerda de mí?', y yo le contesté que no me acordaba de él. Y él dijo, 'pero yo sí me acuerdo de usted, y yo hice algo terrible, y yo **necesito que me perdone...**' Uno lo duda mucho, pero dice, sucedió, pero que no vuelva a suceder, está perdonado, y todo debería ser así en el entorno, **buscar esa forma de perdón**. De perdonarnos entre nosotros mismos. Porque de pronto en algún momento uno comete un error, y también necesita que lo perdonen". | Helena Rodríguez

## Heidi Johanna Rojas

**“Estoy dispuesta a luchar, porque sé que lo que yo haga va a ser un ejemplo para muchas mujeres”**



Heidi sentada en la terraza de su madre, la señora María. / Elena Bulet

Lo primero que hace Heidi Johanna Rojas al levantarse es sintonizar la radio. “Esto se lo debo a mis padres”, explica mientras prepara el primer tinto de la mañana. Al sonido de la música se le suman los cacareos de los pollos de la familia, que revolotean alrededor de la casa en búsqueda de las sobras de la cena de ayer. Las manos de Heidi presentan las durezas de quien ha trabajado mucho la tierra, pero aun así trazan movimientos gráciles mientras preparan el tinto y el caldo matutino, casi de manera inconsciente. Es temprano, huele a café y en radio Mariquita suena cumbia colombiana.

Heidi vive con su familia en una finca de la vereda La Cabaña, en el municipio de San Sebastián de Mariquita, al norte del departamento de Tolima. La familia compró el terreno en 1992, tiempos en los que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) dominaban el territorio. Antes tenían una tienda en Bogotá, pero su padre se cansó de las duras condiciones en las que vivían en la ciudad y quiso apostar por el negocio de una finca en el campo. “Por aquel entonces, se molía mucha

caña aquí. Esto es zona panelera”, recuerda Heidi. Para llegar a La Cabaña hay que subir en Jeep por un camino agreste durante más de una hora. Algunos vecinos dicen que la carretera consta como asfaltada en los planos municipales, pero que los recursos destinados a arreglarla fueron desviados por políticos y administradores corruptos. A pesar del traqueteo el trayecto no se hace pesado, unas cortinas inmensas de texturas de cientos de verdes amenizan el trayecto. La economía de la vereda se basa en la agricultura, sobre todo en el cultivo de caña para producir panela. Heidi se conoce el proceso de memoria, pues desde niña se vio obligada a trabajar en él. Su padre murió cuando ella tenía 14 años.



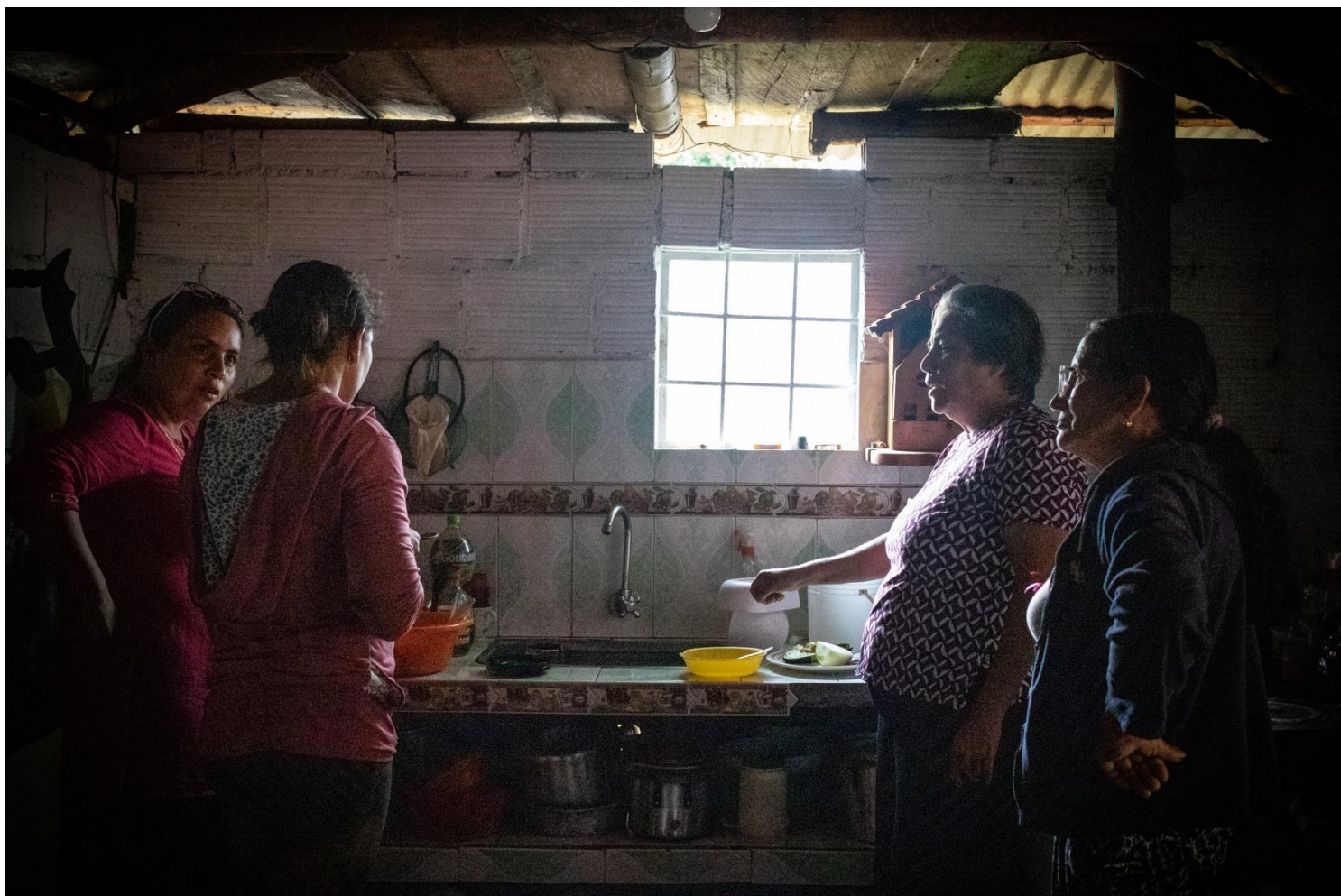
Heidi y su madre trabajan juntas en el campo. / Elena Bulet

“El campo es muy bonito por su tranquilidad. Pero, así como se vive de tranquilo, así es de tranquila la economía”, ironiza Heidi. Tanto ella como su madre, la señora María, llevan décadas jornaleando para poder comer. “Siempre he trabajado en lo que sea. Yo empecé empacando panela en la enramada. Luego cortaba caña, la metía en el trapiche, hacíamos contratos...”. Por ser mujeres, su salario es más bajo que el de los hombres. Muchas veces, la única opción que tienen para tener una estabilidad económica es la de encontrar marido y crear un hogar. Así lo hizo Heidi, aunque eso no le ha hecho desistir de luchar por un cambio: “Yo quisiera ver muchas mujeres de acá trabajando. Tener una economía mejor. Que no tuvieran que irse. Algún día vamos a poder ir a trabajar y volver a la casa con un sueldo”. El tono de voz de Heidi es suave y a veces monótono, por lo que no siempre es fácil interpretar sus emociones. Pero su mirada transmite la intensidad de lo que cuenta.

## El Aguacatal. Una fuente de empoderamiento colectivo

- ¿Puedo moverle estos platos? —le dice doña Georgina a la señora María—.
- ¡Sí claro, haga lo que tenga que hacer!
- ¿Qué peso tenía el aguacate? —pregunta Natalia—. Dependiendo del peso del aguacate irán los otros ingredientes.
- Hay que aprender a lavarlo —indica doña Georgina, que confiesa haber estudiado para ser chef. Luego se vino al campo y lo dejó, pero todavía conserva la destreza y la autoridad para dirigir una cocina—.

La cocina de la señora María está repleta de actividad. Producir guacamole es una tarea que requiere de varias acciones precisas y no todas las asistentes conocen la receta. Solo las que la inventaron e iniciaron la constitución de la asociación de mujeres la conocen. Esta tarde también deben discutir los estatutos de su organización. Heidi hace días trabaja en los documentos. "Yo era una de las que pensaba que no era necesario que las mujeres se organizaran. Pensaba que podía hacer sola las cosas, porque en las asociaciones surgen más conflictos... Pero en estos momentos me doy cuenta de que sí, de que la unión hace la fuerza. Y más siendo mujeres. Nosotras tenemos un impulso que el hombre no tiene, somos más apasionadas en lo que hacemos. Le metemos el alma", declara.



Las mujeres de la asociación preparan el guacamole. / Elena Bulet

Con ganas de propiciar un cambio, Heidi describe su nueva iniciativa: “Si hoy tenemos un kilo de aguacate, por caro nos lo pagan a 1500 pesos (0,34 euros) siendo de primera calidad. Si es de segunda a la mitad y si es de tercera, a la mitad de la mitad. Es mejor ya ni llevarlos, porque toca pagar el precio del transporte hasta el pueblo y a veces allí le tiran a uno la fruta”. Heidi Johanna no dejó un instante de hacer números y de pensar cómo podía comercializar el aguacate de la finca de su madre. “Es por eso que siete mujeres de la vereda hemos optado por tratar de procesar aguacate. Queremos transformarlo en distintas variedades de guacamole”, explica. Sus ojos almendra brillan de emoción. Hace un año que las siete mujeres se unieron y aunque ya tienen la receta y han participado en distintos eventos para dar a conocer su producto, todavía se encuentran en vías de constituirse como asociación. “Vamos lentas, porque todo cuesta. Pero es algo que se nos metió en la cabeza y pues vamos a ver si logramos sacarlo. Esperemos que con esto logremos apoyar los hogares y a nosotras mismas para un mejor futuro”, afirma Heidi.



El Aguacatal tiene una variedad picante. / Elena Bulet

Cuando las mujeres se reúnen generan su propio espacio de empoderamiento. Comparten sus respectivas realidades y entre todas se ayudan para salir adelante. Distintas generaciones de mujeres llenan la cocina de la finca de la señora María, todas unidas por un mismo propósito: El Aguacatal. Así se llama el guacamole que producen.

La luz blanca que se filtra por uno de los pocos ventanales de la habitación enmarca cada movimiento de las cocineras. Aunque durante la sesión solo elaboran cinco bolsas de guacamole, el objetivo del encuentro es enseñar a las mujeres interesadas cómo se prepara y también discutir los documentos formales de la asociación. Heidi actúa de moderadora y conduce la reunión para tratar todos los aspectos urgentes. Explica que la idea es formar una empresa entre ellas, pero que va a ser complicado conseguir los recursos. También hace énfasis en que en la asociación solo haya mujeres.

- En el hogar, quiera o no quiera, uno siempre va a tener que comentar con la pareja. Pero en las decisiones que se tomen en la asociación, no se va a tener en cuenta ni la voz ni el voto del hombre —manifiesta Heidi con firmeza—.

- Yo trabajo y entro mis recursos a mi casa. Lo de la asociación lo hago como independiente. Yo digo blanco, porque es blanco. Ya tomé la decisión y se la comunico a mi pareja —afirma Natalia, la hija de Georgina—.

- Yo no apporto recursos a la casa, pero no soy de pedir permiso. Yo me mando sola —explica Mónica, la cuñada de Heidi—.

- Yo en mi casa tampoco apporto, porque lo poquito que consigo es para mí. Pero en mi hogar la cosa es distinta. Yo estoy interesada y en la asociación mi compañero no va a tener ni voz ni voto. Pero tengo que hablar con él y ver si está de acuerdo. No puedo tomar esta decisión sola —argumenta Jéssica, una de las mujeres nuevas.



Las mujeres de la asociación marcan las variedades de guacamole y discuten los documentos formales. / Elena Bulet

Natalia bromea al explicar cómo hace las cosas en su casa y la manera como resuelven los conflictos con la pareja. Todas ríen, el carácter beligerante de Natalia combina bien con su sentido del humor. “Necesitamos mujeres berracas que se quieran unir”, las anima ella. Ser ‘berraca’ es una expresión del lenguaje popular colombiano que se usa para decir que una persona es muy luchadora. Que tras las dificultades que ha tenido en la vida es “una persona echada para adelante”, define Heidi.



## Memorias que no son fáciles de narrar

Heidi es una de esas mujeres berracas. Ha luchado mucho para mejorar la vida de las mujeres en la vereda. También tiene dos hijos, y ser un ejemplo para ellos es el principal impulso para buscar el cambio. Ella misma impulsó la idea de que otras personas adultas de la vereda tuvieran la posibilidad de estudiar el bachillerato los fines de semana y así evitar que se perpetúen los mismos roles sociales que ella vivió. Por eso los sábados Heidi regresa al colegio de su infancia. Su hijo la lleva en la motocicleta, uno de los transportes más comunes de La Cabaña.

Pero no siempre es fácil volver a la escuela. Pasearse por el patio le trae recuerdos de cuando ella era más joven. Memorias que no siempre son fáciles de volver a narrar. En el 2000 llegaron los paramilitares a la vereda. Se trataba del Frente Omar Isaza, perteneciente a las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM). Tal y como explica el portal *Verdad abierta*, una de las formas de coerción de los paramilitares era obligar a las comunidades a acudir a reuniones, donde buscaban infundirles temor hasta tal punto de que los pobladores se percibieran como futuras víctimas y optaran por tenerles lealtad.



Heidi en el colegio de su infancia. / Elena Bulet

“Estábamos todos acá reunidos cuando llegó la camioneta. El muchacho venía bastante aporreado de antes. Era un chico de por acá de la vereda. No sabíamos si era o no cierto, pero la madrastra decía que había tratado de abusar de ella. Los paramilitares se consideraban los encargados del orden, aunque en esta vereda no se les tenía mucho miedo o respeto. Ese día arrastraron al chico, lo llevaron hasta la entrada y le dieron un disparo en la cabeza delante de toda la comunidad”, explica Heidi con tristeza. A continuación, señala una parte del suelo un poco agrietada: “El piso está ya muy gastado, pero durante mucho tiempo se podía ver la marca del disparo”.

Años después de que los paramilitares del Frente Ramón Isaza llegaran a la vereda, acusaron a Heidi: “Yo salí desplazada en el 2005. Me hicieron ir de mi casa porque decían que teníamos que ver con la guerrilla”, narra Heidi. Desde hacía unos años Heidi vivía con su pareja y los padres de él. A medida que avanza en su historia, su suave tono de voz se entrecorta. Heidi se fue para Bogotá con su hijo Tomás y allí se encontró con su pareja, a quien habían desplazado antes. “Mi estadía en Bogotá fue dura. Me tocaba trabajar y dejar al niño con personas que me lo cuidaran, pero que en realidad me lo maltrataban. Entonces también me separé del papá del niño”. Durante el tiempo que estuvieron juntos, Heidi explica que su pareja la maltrataba y que esta realidad ocurre en muchos hogares de la vereda, pero que es muy duro imponerse, porque dependen económicamente del hombre y además sienten una gran responsabilidad por el futuro de sus hijos.



El pavimento de entrada del colegio de la comunidad, donde los paramilitares asesinaron a un chico. / Elena Bulet

## Superar el miedo para contar la historia

Heidi pasea con su madre hasta una loma, desde donde se pueden contemplar otras veredas. Durante el camino, ambas identifican las enfermedades de las plantas. Se paran a examinar el cacao, las ramas de los árboles... Hace ese sol que lo baña todo en oro y el cielo está despejado. El campo donde llegan es idílico. Los ojos no consiguen abarcar todo el paisaje que ofrece el lugar.



Heidi y su madre pasean hasta una loma desde donde se divisan otras veredas. / Elena Bulet

“Acá era”, dice Heidi a los segundos de llegar. Contempla unos unos instantes el paisaje y recuerda: “Acá era donde enterraban a los muertos. Como se trata de un punto tan alto, tenían una vista panorámica de todos los movimientos a su alrededor. También disponían de acceso a la carretera. Aquí estuvo la Fiscalía sacando los cuerpos que había enterrados”. El terreno ha cambiado mucho desde que lo frecuentaban los paramilitares. Antes era más boscoso y había plantación. En uno de sus extremos los paramilitares tenían un tanque con gasolina con el que recargaban los carros.

- Cuando se hicieron los levantamientos, uno no sabía de qué vereda eran esas personas. Pero es mejor no preguntar, por la seguridad de uno y de la misma comunidad —afirma Heidi de manera prudente—.

- Dios nos guarde de volver a pasar por esa rutina —suspira doña María—.

Heidi recuerda perfectamente el miedo que sufrió al agarrar su maleta para partir carretera abajo. Aun así, decide contarlo: “Pienso que estas vivencias son las que hacen que la historia se cuente”. Heidi lo narra con la voluntad de que pueda llegar a más personas y se den cuenta de lo que pasó, del sacrificio que les ha tocado vivir a las mujeres y de su empeño por salir adelante: “Que no solamente nos vamos a quedar ahí, sino que podemos mucho más”. A pesar de los peligros de ser líder social en Colombia, Heidi está dispuesta a luchar por un cambio para las mujeres.

Heidi y su madre bajan de la loma, mientras observan las terneras que rondan el campo. Lo que antes el sol teñía de dorado ahora comienza a arder. "Si le va a servir a alguien contar lo que me pasó, con gusto lo volvería a hacer porque, aunque fue duro, sé que son cosas de las que aprendí mucho y si no las hubiera vivido... No seré la más madura, pero no tendría la madurez que tengo ahorita y la firmeza para salir adelante".  
| Elena Bulet



Heidi examinando el cacao de la finca de la señora María. / Elena Bulet

## 6. Conclusiones

La **guerra** en Colombia ha generado **impactos** diferenciados para cada víctima-superviviente. Las mujeres entrevistadas han vivido desplazamientos forzados, violencia sexual, asesinatos de familiares, amenazas y extorsiones, despojos de tierras o bien aprehensiones ilegales. Sus vivencias traumáticas han tenido consecuencias distintas en cada una de ellas. Las violencias han provocado un dolor y una afectación tanto individual como familiar. Pero también han generado un daño colectivo, que se puede comprender a nivel social, puesto que afectan a toda la población. El conflicto armado ha roto el tejido social del país, un tejido indispensable que las mujeres víctimas-supervivientes luchan por recuperar. En este sentido, perciben que la sociedad se muestra desconfiada. Se han roto demasiadas relaciones y es complicado pedir implicación en proyectos si no existe confianza en la comunidad más próxima. Ante esta realidad, las mujeres buscan pasar página, **superar el dolor** para fomentar el empoderamiento de las víctimas y la (re)construcción social. Para conseguirlo, su discurso es de vital importancia.

Cada una de las mujeres víctimas-supervivientes presenta un **relato distinto**. No hay una definición exacta de qué es ser víctima. Del mismo modo que no hay una única verdad del conflicto. Aunque desde el imaginario social a las víctimas se las asocia a la pasividad, las lideresas usan esta cualidad como herramienta colectiva desde donde reafirmarse y reivindicar sus derechos. También se da una diversidad de relaciones víctima-victimario que supera la oposición dualista para ejemplificar que no existe una única perspectiva bajo la que interpretar el conflicto. Una persona puede ser víctima y victimario a la vez, por ejemplo. También no todas las personas identifican a los mismos actores sociales como victimarios o víctimas. El conflicto supera lo antagónico, pero para que se genere esta verdad polifónica es necesario que los medios contrarresten la interpretación hegemónica que han reproducido.

Además, no basta con concebir que existen múltiples relatos. También hay que entender que existe una **diversidad** dentro de las **mujeres víctimas-supervivientes**. Durante el conflicto, ellas se han visto discriminadas por cuestiones de raza, género o clase que han aumentado las violencias recibidas. Es el caso de las mujeres rurales o de aquellas que viven en comunidades indígenas. Aunque todas, por el hecho de ser mujer, han sufrido las violencias del patriarcado, que muchas veces la sociedad no identifica como elementos contra los que luchar. Así, las víctimas-supervivientes se ven sometidas a dinámicas estructurales opresoras, a la vez que buscan construir la paz. Muchas veces, las múltiples identidades de las mujeres se ven reducidas a un solo término, el de víctima. Pero ellas también son madres, son trabajadoras, son lideresas, son excombatientes y son constructoras de paz.

Para romper el enfoque reduccionista y contribuir a cambiar el discurso hegemónico sobre la historia colombiana, la **narración** de las mujeres es esencial. Cuando las víctimas relatan sus experiencias traumáticas, resignifican su realidad, pasando de ser **víctima pasiva a superviviente activa**. Por un lado, como lo manifestaron las mujeres entrevistadas, narrar tiene un efecto sanador. Permite exteriorizar el dolor y empatizar con las otras mujeres mediante compartir discursos. Además, la narración también contribuye a construir una

memoria histórica plural, que no esté contada desde la perspectiva de los victimarios y a visibilizar el aporte de las mujeres a lo largo del conflicto.

La **capacidad de resiliencia** de las mujeres ha sido invisibilizada por los discursos hegemónicos. Durante la guerra han resistido y ahora siguen luchando. Han sostenido comunidades enteras y han trabajado para mantener el tejido social en sus comunidades. Todas ellas son lideresas en proyectos de construcción cultural, económica, política o social. Su aporte a la **construcción de paz** también es indispensable. Además, han garantizado el cuidado a las futuras generaciones. A pesar de que muchas madres sienten la crianza como responsabilidad debido a los roles de género existentes, se puede constatar que las mujeres víctimas-supervivientes resisten y luchan también por sus hijos e hijas. En ellos y en sus familias —muchas veces destruidas por la propia violencia armada y estructural— han encontrado una fuente de fortaleza y quieren ser vistas como ejemplos, como modelos de vida para las futuras generaciones. Las mujeres defienden el vivir sin miedo. Aunque ha sido un sentimiento recurrente durante los últimos años, invitan a superarlo y construir un nuevo marco de relaciones sin él.

Otra fuente de resistencia han sido las **organizaciones de mujeres**. Se trata de un espacio de escucha y de empoderamiento para las víctimas, que se atreven a compartir, narrar y reivindicar sus derechos a partir de la resistencia colectiva. Las organizaciones también son una fuente de **liderazgo social**, hecho que las convierte en actores políticos relevantes. Así, el empoderamiento de unas cuantas mujeres tiene repercusiones en el resto. Se capacitan y se atreven a dar el paso de participar activamente en la esfera política. De este modo, empiezan a incorporar a la agenda pública las necesidades y los intereses de la mitad de la población que durante tanto tiempo ha sido invisible.

Las mujeres víctimas-supervivientes buscan una **paz inclusiva**. Se necesita un cambio de estructura, una construcción diferenciada según las necesidades de cada territorio. No se trata solo de poner fin a la violencia. Las víctimas-supervivientes exigen justicia, verdad, perdón, reconciliación y no repetición. Solo con ello se sentirán reparadas. Para que la guerra no se repita, es indispensable erradicar la desigualdad en el país. Todas las mujeres identifican este elemento como el principal hecho propiciador de la violencia. Sobre todo en el mundo rural, ninguna de las condiciones por las que el conflicto surgió ha cambiado. Sigue la exclusión, la pobreza, el abandono, el olvido... Fue la suma de estos factores la que desembocó en la violencia. Ahora, las lideresas exigen el cumplimiento de los acuerdos para superar esas condiciones. Si los Acuerdos de Paz no se cumplen, la guerra volverá. La paz en Colombia requiere de un esfuerzo colectivo, y hay que construirla entre todos los actores sociales.

La creación de una **subcomisión de género** en las mesas de negociaciones y la posterior inclusión de la perspectiva de género en los Acuerdos de Paz de La Habana fue un importante paso adelante en la construcción de una paz inclusiva, impulsado desde las organizaciones feministas de base. Se trata de las mismas organizaciones de mujeres locales que, en el posacuerdo, reclaman el cumplimiento de lo pactado y trabajan para revertir las condiciones materiales de pobreza en las que viven gran parte de las mujeres del campo, a la vez que impulsan la participación de la mujer en la esfera social y política de

sus comunidades. Para construir una sociedad igualitaria y en paz que también sea para las mujeres, en la que sus necesidades se vean atendidas.

Un actor esencial en el cambio social son los **medios de comunicación**. Gracias a su capacidad de influencia en la opinión pública y en la construcción de memoria histórica, tienen la posibilidad de equilibrar las desigualdades. Los medios de comunicación son los espacios donde tienen lugar, en la sociedad de la comunicación, las tensiones por la hegemonía discursiva en la sociedad. Por lo tanto, es imprescindible potenciar la capacidad de escucha, de generar diálogo, de visibilizar relatos alejados de la lógica dominante en los medios de comunicación, para contribuir a pluralizar la memoria nacional sobre el conflicto armado en Colombia. Para ello, la profesión periodística cumple un papel fundamental. Como se ha demostrado, si se produce un acercamiento desde el respeto, desde el reconocimiento vital, las personas narran de manera sincera. Los productos periodísticos realizados en el proyecto de investigación intentan recoger, contextualizar y difundir los relatos de las mujeres víctimas-supervivientes. Son una herramienta para visibilizar su mensaje, su liderazgo y su proyecto de construcción de paz desde sus territorios.

## 7. Referencias

Acuerdo Final Para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera (2016). JEP.  
[https://www.jep.gov.co/Marco%20Normativo/Normativa\\_v2/01%20ACUERDOS/N01.pdf](https://www.jep.gov.co/Marco%20Normativo/Normativa_v2/01%20ACUERDOS/N01.pdf)

Agier, Michel. (2008). *Managing the Undesirables*. Polity Press.

Alape, Arturo. (2004). *Las vidas de Pedro Antonio Marín - Manuel Marulanda Vélez - Tirofijo*. Bogotá: Editorial Planeta.

Aranguren, Juan Pablo. (2016). *Cuerpos al límite: tortura, subjetividad y memoria en Colombia (1978-1982)*. Ediciones Uniandes.

Aranguren, Juan Pablo. (2017). Efectividad del daño y desdibujamiento del sujeto: Aproximaciones a las narrativas sobre el sufrimiento en el conflicto armado colombiano. *Revista de Estudios Sociales*, 60, 62-71.

Arbeláez, Óscar David. (2018). *La representación documental de iniciativas y procesos de memoria histórica en Colombia*. (Trabajo de Fin de Maestría. Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá).  
<https://expeditiorepositorio.utadeo.edu.co/bitstream/handle/20.500.12010/5790/Arbela%CC%81ez%2C%20-LA%20REPRESENTACIO%CC%81N%20DOCUMENTAL%20DE%20INICIATIVAS%20Y%20PROCESOS%20DE%20MEMORIA%20HISTO%CC%81RICA%20EN%20COLOMBIA-Tesis-MEEHA-Primera%20Versio%CC%81n%20Repositorio.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Aya Smitmans, María Teresa. (2018). El Proceso de Paz en Colombia: dos pasos adelante, un paso atrás, 49(187), 163-179.

Blair, Elsa. (2011). Memoria y Poder: (des)estatalizar las memorias y (des)centrar el poder del estado. *Universitas Humanística*, 72, 63-87.

Bohórquez, Ledis; Rojas, Yuber Hernando y Anctil, Priscyll. (2017). De víctimas a sobrevivientes: el reto de la reconstrucción de memoria histórica en Colombia. *Revista Cambios y Permanencias*, 8(2), 717-735.

Bourdieu, Pierre. (2008). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Akal.

Butler, Judith. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós.

Caicedo, Luz Piedad. (2020). "Feminismo, Paz y Seguridad: ¿Una Agenda Pendiente?", Conferencia ofrecida en el Institut Català Internacional per la Pau el 31 de enero de 2020.

Calbet, Néstor. (2018). *La violencia sexual en Colombia, mujeres y víctimas constructoras de paz*. Institut de Drets Humans de Catalunya. <https://www.idhc.org/es/investigacion/publicaciones/otras-publicaciones/la-violencia-sexual-en-colombia-mujeres-victimas-y-constructoras-de-paz.php>

Calveiro, Pilar. (2012). La memoria en tanto espejo ético y político. En: Huffschmid y Durán. *Topografías conflictivas. Memorias, espacios y ciudades en disputa*. Trilce. 21-30.

Camargo, Silvia. (2014). Los Terapeutas de la guerra. *Semana*. <https://especiales.semana.com/especiales/conflicto-salud-mental/los-terapeutas-de-la-guerra.html>

Caracol. (15-08-2017). "No se puede hablar aún de posconflicto sino de posacuerdo": Comité Internacional de la Cruz Roja. <https://noticias.caracol.com/colombia/no-se-puede-hablar-aun-de-posconflicto-sino-de-posacuerdo-comite-internacional-de-la-cruz-roja>

Castillejo, Alejandro. (2009). *Los archivos del dolor*. Editorial de la Universidad de los Andes.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. CNMH y University of British Columbia.

Cervera, Montse. (2015). Para una paz que sea la nuestra. *Por la Paz*. Mujeres, Paz y Seguridad: 15 años de la Resolución 1325. Núm. 25 - Noviembre 2015. 24-27. Institut Català Internacional per la Pau. <http://www.icip-perlapau.cat/numero25/pdf-esp/Per-la-Pau-n25-ESP.pdf>

Céspedes-Báez, Lina María. (2010). La violencia sexual en contra de las mujeres como estrategia de despojo de tierras en el conflicto armado colombiano. *Estudios Socio-Jurídicos*, 12(2), 273-304. <https://revistas.urosario.edu.co/index.php/sociojuridicos/article/view/1372>

Colombia 2020. (17 de marzo de 2018). *¿Cómo nació la asociación de madres de La Candelaria?* [Archivo de vídeo]. <https://www.youtube.com/watch?v=JCoP29cB0To&t=4s>



Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. (2015). Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia. Indepaz.

<http://www.indepaz.oarg.co/wp-content/uploads/2015/02/Version-final-informes-CHCV.pdf>

Corporación Caribe Afirmativo. (2017). *Guía sobre la implementación del Acuerdo de paz en Colombia*. Corporación Caribe Afirmativo - Friedrich-Ebert-Stiftung

Corporación Humanas, Corporación Sisma Mujer y Red Nacional de Mujeres. (2017). Equidad de género y derechos de las mujeres en el Acuerdo Final de Paz.

[https://www.humanas.org.co/alfa/dat\\_particular/ar/ar\\_7354\\_q\\_Equidad-Genero-Mujeres-Acuerdo-final-1-1.pdf](https://www.humanas.org.co/alfa/dat_particular/ar/ar_7354_q_Equidad-Genero-Mujeres-Acuerdo-final-1-1.pdf)

Corporación Sisma Mujer. (2017). *Nuestra Historia Colectivo de mujeres víctimas restableciendo derechos*. [Archivo de vídeo].

<https://www.youtube.com/watch?v=110hY8LEwcU>

Cossalter, Javier. (2013). Dilemas de representación en la imagen fílmica: la construcción de la memoria en tres cortometrajes pertenecientes al proyecto “25 miradas–200 minutos”. *Imagofagia: revista de la Asociación Argentina de Estudios de Cine y Audiovisual*, 8.

Council on Foreign Relations. (2019). *Women’s participation in peace processes*.

<https://www.cfr.org/interactive/womens-participation-in-peace-processes>

De Oliveira, Elena y Brito, Livia. (2019). Mujeres, paz y seguridad internacional: el Acuerdo de La Habana para la paz en Colombia, *Relaciones Internacionales*, nº 41, 73 - 90.

<https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2019.41.004>

El Espectador. (2018b). “Seguridad y paz, con ellas y para ellas: Kristian Herbolzheimer”, *El Espectador*, 9 de febrero de 2018. <https://colombia2020.elespectador.com/pais/seguridad-y-paz-con-ellas-y-para-ellas-kristian-herbolzheimer>

Estebáñez, Pilar. (2012). La mujer en conflictos armados y guerras. Cuadernos de estrategia. 263-302. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4056219/1.pdf>

Giacaglia, Mirta. (2002). HEGEMONÍA. CONCEPTO CLAVE PARA PENSAR LA POLÍTICA. *Tópicos. Revista de Filosofía de Santa Fe (Rep. Argentina)*, 10, 151-159.

<https://www.redalyc.org/pdf/288/28801009.pdf>

González, María Fernanda. (2017). La «posverdad» en el plebiscito por la paz en Colombia, *Nueva Sociedad*, 269, 114-126.

Grupo de Memoria Histórica de la CNRR; Martínez Guzmán, Catalina. (coord.). (2009). *Memorias en tiempos de Guerra*.

Guerriero, Leila. (2018). “Disecionando el nuevo periodismo, por Leila Guerriero”. Casa América. [Archivo de vídeo]. <https://www.youtube.com/watch?v=71xTbyxA8vQ>

Feld, Claudia. (2012). ¿Cómo estudiar la relación entre TV y memoria social? *Anos 90 - Revista do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal do Rio Grande do Sul*, 9 (36), 149-172.

Fernández-Matos, Dhayana Carolina y González-Martínez, María Nohemí. (2019). La paz sin las mujeres ¡No va! El proceso de paz colombiano desde la perspectiva de género. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 121, 113-133.

Foucault, Michel. (1992). *Genealogía del racismo: de la guerra de las razas al racismo de Estado*. La Piqueta.

Fundación Ideas para la Paz. (2020). *Dinámicas de la confrontación armada y su impacto humanitario y ambiental. Tendencias en la pandemia*. [http://ideaspaz.org/media/website/FIP\\_SFC\\_DINAMICAS.pdf](http://ideaspaz.org/media/website/FIP_SFC_DINAMICAS.pdf)

Gillis, John. (1994). *Commemorations: The politics of National Identity*. Princeton University Press

Giraldo-Luque, Santiago. (2015). *Mes enllà de Twitter. De l'expressió indignada a l'acció política*. Eumo.

González, Fernán; Bolívar, Ingrid y Vásquez, Teófilo. (2002). *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. CINEP.

Gramsci, Antonio. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. Ediciones Era

Hernández, Esperanza. (2003). Los significados de la reconciliación desde las voces de las víctimas. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 31, 39-58.

Hernández-Sampieri, Roberto; Fernández-Collado, Carlos; Baptista-Lucio, Pilar. (2014). *Metodología de la investigación*. México: McGrawHill.

Ibarra, María Eugenia. (2011). Mujeres, verdad, justicia y reparación en Colombia. *Universitas humanística*, 72, 247-273. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3922300>

Indepaz. (2019). *Todos los nombres, todos los rostros: informe de derechos humanos sobre la situación de líderes/as y defensores de derechos humanos en los territorios*. <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2019/05/SEPARATA-DE-ACTUALIZACION-mayo-Informe-Todas-las-vozes-todos-los-rostros.-23-mayo-de-2019-ok.pdf>

Indepaz. (Actualizado permanentemente desde el 1 de enero de 2020). Registro de líderes sociales y defensores de derechos humanos asesinados en 2020. <http://www.indepaz.org.co/paz-al-liderazgo-social/>

Jaramillo, Parrado y Torres. (2017). Los trabajos de y con la(s) memoria(s) en Colombia 2005 – 2016. *Las Ciencias Sociales en sus desplazamientos. Nuevas epistemes y nuevos desafíos*. Clacso. 119 -147.

[http://biblioteca.clacso.edu.ar/lacso/se/20171030020245/Las ciencias sociales en sus de splazamientos.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/lacso/se/20171030020245/Las_ciencias_sociales_en_sus_de_splazamientos.pdf)

Jay, Martin. (2003). La crisis de la experiencia en la era postsubjetiva. En: la crisis de la experiencia en la era postsubjetiva. Ediciones Universidad Diego Portales.

Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI.

Kroc Institute. (2019). Actualización Informe 3 del Instituto Kroc Hacia una paz de calidad en Colombia.

[https://kroc.nd.edu/assets/315919/190408\\_actualizacio\\_n\\_informe\\_3\\_instituto\\_kroc\\_feb19.pdf](https://kroc.nd.edu/assets/315919/190408_actualizacio_n_informe_3_instituto_kroc_feb19.pdf)

Kroc Institute, ONU Mujeres, FDIM y Suecia. (2019). Informe especial del Instituto Kroc y el acompañamiento internacional, ONU Mujeres, FDIM y Suecia, al seguimiento del enfoque de género en la implementación del Acuerdo de Paz.

[https://kroc.nd.edu/assets/345128/120519\\_informe\\_genero\\_digital.pdf](https://kroc.nd.edu/assets/345128/120519_informe_genero_digital.pdf)

Langa, Laura. (Junio 2019). Todo proceso creativo no es más que una pregunta. 'Nosotras. Territorio que habla': madres ante la impunidad y los crímenes de Estado en Colombia. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 13, 575-592.

Lara, Patricia (s.f.) Las mujeres, armas de guerra en los conflictos. *Fundación Mujeres por África*. Recuperado el 13 de junio de 2020 de [https://mujeresporafrica.es/mxa\\_estudia/las-mujeres-armas-de-guerra-en-los-conflictos/#\\_ftnref6](https://mujeresporafrica.es/mxa_estudia/las-mujeres-armas-de-guerra-en-los-conflictos/#_ftnref6)

*La República* (2014). "Premio Nobel de la Paz Rigoberta Menchú conversó con jóvenes en Otuzco". <https://larepublica.pe/politica/809424-premio-nobel-de-la-paz-rigoberta-menchu-converso-con-jovenes-en-otuzco/>

Lugo, Victoria; Sánchez, Paula Vanessa y Rojas, Cristian. (2018). La restauración con sobrevivientes del conflicto armado en Colombia: una propuesta de acción psicosocial. *Revista Eleuthera*, 19, 55-73.

Marcos, Ana. (24-11-2016). Las modificaciones del nuevo acuerdo de paz en Colombia, *El País*. [https://elpais.com/internacional/2016/11/23/colombia/1479937276\\_654100.html](https://elpais.com/internacional/2016/11/23/colombia/1479937276_654100.html)

Martín-Barbero, Jesús. (2010). Mutaciones culturales y estéticas de la política. *Revista de Estudios Sociales*, 35.

Martin-Barbero, Jesús. (2015) Estéticas de comunicación y políticas de la memoria, *Calle14*, 11(16), 14-31.

Martin Beristain, Carlos y Riera, Francesc. (1994). *Afirmación y resistencia. La comunidad como apoyo*. Virus.

Medina Gallego, Carlos. (2008). *FARC-EP. Notas para una historia política 1958-2008*. Editorial Kimpres Ltda.

Martínez, Juliana. (2010). Las Madres de la Candelaria-Línea Fundadora, *Anuario de Hojas de Warmi*, 15.

Mendoza, Jorge. (2007). Sucinto recorrido por el olvido social. *Revista Polis*, 3(2), 129-159.

Mesa de Trabajo "Mujer y conflicto armado". (2003). Informe sobre violencia sociopolítica contra las mujeres, jóvenes y niñas en Colombia. Tercer Informe - 2002. <http://bdigital.unal.edu.co/49912/1/informesobreviolencia.pdf>

Mesa de Trabajo "Mujer y conflicto armado". (2009). IX Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia. [https://www.coljuristas.org/documentos/libros\\_e\\_informes/ix\\_informe\\_mesa\\_mujer\\_y\\_conflicto.pdf](https://www.coljuristas.org/documentos/libros_e_informes/ix_informe_mesa_mujer_y_conflicto.pdf)

Mesa de Trabajo "Mujer y conflicto armado". (2015). XII Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia. Violencia sexual en el marco del conflicto armado: una mirada diferencial - 2014.

<http://www.clam.org.br/uploads/archivo/XII%20Informe%20Mesa%20Mujer%20y%20Conflicto%20Armado.pdf>

Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes e Igualdad. (2019). La Agenda MPS: Por una agenda eficaz y sostenida. <https://www.dsn.gob.es/sites/dsn/files/MUJERES%2C%20PAZ%20Y%20SEGURIDAD%20%28WEB%29.pdf>

Mintrabajo. Grupo Interno de Trabajo para la Reparación Integral a las Víctimas del Conflicto Armado. (2017). *Orientaciones para la transversalización del Enfoque Psicosocial en los Programas de Rutas Integrales de Empleo y Autoempleo Rural y Urbano para Víctimas del Conflicto Armado (PRIEV)*. Mintrabajo.

[https://www.mintrabajo.gov.co/documents/20147/819856/Orientaciones\\_Psicosocial\\_GITRI\\_V\\_2017\\_V5.pdf](https://www.mintrabajo.gov.co/documents/20147/819856/Orientaciones_Psicosocial_GITRI_V_2017_V5.pdf)

Misión de Verificación de la ONU en Colombia. (09-05-2020). Comunicado de prensa de la Misión de Verificación de la ONU en Colombia.

<https://colombia.unmissions.org/comunicado-de-prensa-de-la-misi%C3%B3n-de-verificaci%C3%B3n-de-la-onu-en-colombia-0>

Mujica, Constanza. (2007). La memoria cultural en el juego de la telenovela: pastiche, parodia, metáfora y metonimia. Pontificia Universidad Católica de Chile. [http://www.accionaudiovisual.uc.cl/prontus\\_fcom/site/artic/20070416/asocfile/20070416090408/05\\_constanza\\_mujica.pdf](http://www.accionaudiovisual.uc.cl/prontus_fcom/site/artic/20070416/asocfile/20070416090408/05_constanza_mujica.pdf)

Muñoz, Leticia. (2010). El valor del relato, en la socialización de la aflicción y la resistencia. VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina.

En

Memoria

Académica.

[http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.5044/ev.5044.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5044/ev.5044.pdf)

Nieto, Patricia. (2010). Relatos autobiográficos de víctimas del conflicto armado: una propuesta teórico-metodológica, *Revista de Estudios Sociales*, 36, 76-85.

Oficina del Alto Comisionado para la Paz. (2016). "Los mitos y la realidad del proceso de paz en La Habana". Consejería de los Derechos Humanos. Presidencia de la República. Consultado el 05 de noviembre de 2018. <http://www.derechoshumanos.gov.co/Prensa/2016/Paginas/Prueba-videos-paz.aspx>

Oficina del Alto Comisionado para la Paz. (s.f.). Proceso de Paz. Acuerdo sobre las Víctimas del Conflicto. <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Politica%20de%20Victimas/proceso-paz-colombia-cartilla-acuerdo-victimas.pdf>

Olaya, Dixon Vladimir. (2020). Las imágenes de las víctimas del conflicto armado en la revista *Semana*: políticas, significados culturales y visibilización. *Palabra Clave*, 23(1), <https://doi.org/10.5294/pacla.2020.23.1.6>

ONU. (1995). Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer. Declaración y Plataforma de Acción de Beijing. <https://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/pdf/BDPfA%20S.pdf>

ONU. (2006). *Poner Fin a la Violencia de la Mujer. De las palabras a los hechos*. <https://www.unwomen.org/-/media/headquarters/media/publications/un/en/spanishstudy.pdf?la=en&vs=956>

Oquendo, Catalina. (15-12-2019). La paz en Colombia, rezagada para las mujeres. *El País*. [https://elpais.com/internacional/2019/12/10/actualidad/1575994845\\_411283.html](https://elpais.com/internacional/2019/12/10/actualidad/1575994845_411283.html)

Oquendo, Catalina. (03-03-2020). El uribismo pide expulsar a la oficina de derechos humanos de la ONU de Colombia. *El País*. <https://elpais.com/america/internacional/2020-03-02/el-uribismo-pide-expulsar-a-la-oficina-de-derechos-humanos-de-la-onu-de-colombia.html>

Ortega, Piedad. (2016). *Bitácora para la Cátedra de la Paz. Formación de maestros y educadores para una Colombia en paz*. Universidad Pedagógica Nacional.

Parra, Yolanda y Gutiérrez, Saray. (2019). Mujeres Tejiendo Paz. Experiencias Pedagógicas desde la Etnoeducación en Colombia. *Revista nuestraAmérica*, 7 (14), 126-144.

Pizarro, Eduardo. (2018). Colombia: un tsunami político, *Nueva Sociedad*, 276, 13-23.

Reyero, María. (2013, noviembre 22). "Nosotras hablamos de sembrar paz, no de firmarla", en *Diagonal*. <https://www.diagonalperiodico.net/global/20859-nosotras-hablamos-sembrar-paz-no-firmarla.html>

Rieff, David. (2012). *Contra la memoria*. Editorial Random House Mondadori – Debate.

Rieff, David. (2017). *Elogio del olvido*. Penguin Random House – Debate.

Riera, Eugènia. (2015). Entrevista a Luz Méndez, feminista y constructora de paz. *Por la Paz*. Mujeres, Paz y Seguridad: 15 años de la Resolución 1325. 25. 27-30. Institut Català Internacional per la Pau.

Rincón, Omar. (2013). Las narrativas *colabor-activistas*: las identidades como innovación mediática en *dixit: comunicación, profesión, conocimiento*, 19, 4-15.

Rincón, Omar. (2006). *Narrativas mediáticas o cómo se cuenta la sociedad del entretenimiento*. Gedisa.

Rizzo, Alvis. (2009). Aproximación teórica a la intervención psicosocial, *Revista Electrónica de Psicología Social «Poiésis»*, 17.

Rodríguez, Ángela María; Moncaleano, Arturo. (2019). De la guerra a la paz: Mujeres tejiendo la Paz. Escenarios de intervención: Colombia-Perú. *Comunifé: Revista de Comunicación Social*, 17 (17), 45-60.

Rodríguez, Irene. (2015). La agenda de Mujeres, Paz y Seguridad: reflexiones críticas. *Por la Paz*. Mujeres, Paz y Seguridad: 15 años de la Resolución 1325. 25. 6-10. Institut Català Internacional per la Pau.

Rodríguez, Nicolás. (2008). Ignorar la violencia no es resolverla. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/impreso/judicial/articuloimpreso-ignorar-violencia-no-resolverla>

Ruta Pacífica de las Mujeres; Gallego Zapata, Marina (Coord.). (2013). La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia. Tomo I. Bogotá: Ruta Pacífica de las Mujeres - Institut Català Internacional per la Pau.

[https://www.aecid.es/Centro-Documentacion/Documentos/Publicaciones%20coeditadas%20por%20AECID/La%20verdad%20de%20la%20mujeres%20\(Tomo%201\).pdf](https://www.aecid.es/Centro-Documentacion/Documentos/Publicaciones%20coeditadas%20por%20AECID/La%20verdad%20de%20la%20mujeres%20(Tomo%201).pdf)

Ruta Pacífica de las Mujeres; Gallego Zapata, Marina (Coord.). (2013a). La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia. Tomo II. Bogotá: Ruta Pacífica de las Mujeres - Institut Català Internacional per la Pau.

[https://www.aecid.es/Centro-Documentacion/Documentos/Publicaciones%20coeditadas%20por%20AECID/La%20verdad%20de%20la%20mujeres%20\(Tomo%202\).pdf](https://www.aecid.es/Centro-Documentacion/Documentos/Publicaciones%20coeditadas%20por%20AECID/La%20verdad%20de%20la%20mujeres%20(Tomo%202).pdf)

Ruta Pacífica de las Mujeres. (s.f.). ¿Quiénes Somos?. Recuperado el 24 de mayo de 2020 de <https://rutapacifica.org.co/wp/quienes-somos/>

Sánchez-Blake, Elvira. (2016). La ruta pacífica de las mujeres: repertorios simbólicos en la búsqueda de paz y reconciliación en Colombia. *Revista Colombiana de Educación*, 71, 301-319.

Schmidt, Mariana (coord.). (2018). *Almas que escriben: Memoria y esperanza*. Alcaldía Mayor de Bogotá. <http://victimasbogota.gov.co/sites/default/files/documentos/LIBRO%20ALMAS%20QUE%20ESCRIBEN.pdf>

Schmidt, Mariana (coord.). (2019). *Almas que escriben: Vidas en medio del conflicto armado*. Alcaldía Mayor de Bogotá. <http://victimasbogota.gov.co/sites/default/files/libro-almas-que-escriben-19-marzo.pdf>

*Semana*. (12-11-2016). “Los 10 cambios fundamentales que trae el nuevo acuerdo”. <https://www.semana.com/nacion/articulo/cambios-fundamentales-del-acuerdo-de-paz-con-el-no/505313>

*Semana*. (29-02-2020). “Querían borrar por completo mi informe”: relator de la ONU sobre el Gobierno. <https://www.semana.com/nacion/articulo/michel-forst-relator-de-la-onu-habla-del-desaire-del-gobierno-colombiano/654179>

Spivak, Gayatri. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 301-364.

Stern, Steve J. (1988). “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”, En: Jelin, Elisabeth (Comp.). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas ‘in-felices’*, Siglo XXI, 11-33.

Tabares, Catalina María. (2011, enero-junio). Reflexiones en torno al devenir sujeto político de las víctimas del conflicto armado. *Estudios Políticos*, 38, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 13-37.

Traverso, Enzo. (2007). *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales.

Todorov, Tzvetan. (2006). *Los dilemas de la memoria*. Universidad de Guadalajara, México.

UARIV. (marzo 2020). “En Colombia, 4.4 millones de mujeres han sido afectadas por el conflicto”. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/enfoques-diferenciales/en-colombia-44-millones-de-mujeres-han-sido-afectadas-por-el-conflicto/56087>

UARIV. Planes de acción para mujeres. Mujeres víctimas y violencia sexual. Recuperado el 11 de junio de 2020. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/planes-de-accion-para-mujeres/9027>

UARIV (Última actualización: abril 2020). Registro único de Víctimas. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>

Valero, Brenda María. (2017). Género y paz. Relatos de Mujeres Víctimas de Violencias. <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/53584/29106187.pdf?sequence=4&isAllowed=y>

Vargas, Jakelin; Díaz, Ángela. (2018). Enfoque de Género en el acuerdo de paz entre el Gobierno Colombiano y las FARC-EP: transiciones necesarias para su implementación. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, año 20, 39, 389-414. [https://institucional.us.es/revistas/Araucaria/39\\_2018/4.%20Vargas.pdf](https://institucional.us.es/revistas/Araucaria/39_2018/4.%20Vargas.pdf)

Vecchioli, Virginia. (2013). Las Víctimas del Terrorismo de Estado y la gestión del pasado reciente en la Argentina. *Papeles del CEIC, International Journal on Collective Identity Research*, 2013/1.

Verdad Abierta. (18-01-2019). Se reanuda formalmente la guerra contra el Eln. <https://verdadabierta.com/se-reanuda-formalmente-la-guerra-contra-el-eln/>

Villa, Juan David. (2013). Memoria, historias de vida y papel de la escucha en la transformación subjetiva de víctimas / sobrevivientes del conflicto armado colombiano. *El ágora USB*, 14(1), 37-60.

Villellas, María. (2010). *La participación de las mujeres en los procesos de paz. Las otras mesas*. ICIP Working Papers. Institut Català Internacional per la Pau

Urbanczyk, María. (2019). La construcción de la memoria colectiva del conicto armado en Colombia desde el video universitario (2005-2014). *Signo y pensamiento*. 38(75). <https://doi.org/10.11144/Javeriana.syp38-75.cmcc>

Wachtel, Nathan. (1999). Memoria e historia. *Revista Colombiana de Antropología*, 35, 70-91.

Wilches, Ivonne. (2010). Lo que hemos aprendido sobre la atención a mujeres víctimas de violencia sexual en el conflicto armado colombiano. *Revista de Estudios Sociales*, 36, 86-94.



## 7. Anexos

### ANEXO 1. Presupuesto solicitado al ICIP

<b>Concepto de gasto</b>	<b>Importe solicitado</b>
<b>Incorporación de personal de soporte a la investigación</b>	
Contratación de personas en calidad de becarias que den soporte a la investigación	3.200,00€
<b>Adquisición de material fungible</b>	
Material necesario para la documentación y el rodaje	400,00€
<b>Desplazamientos para hacer el trabajo de campo y asistencia a congresos vinculados a la investigación (máximo del 30%)</b>	
Financiamiento parcial de desplazamientos de los investigadores para hacer trabajo de campo	1.800,00€
<b>Subcontratación de servicios o actividades (máximo del 40%)</b>	
Subcontratación de servicios de diseño gráfico	400,00€
Subcontratación de servicios de gestión de la página web	200,00€
<b>*TOTAL SOLICITADO A LA R-ICIP =</b>	<b>6.000,00€</b>

## ANEXO 2. Cronología del proyecto de investigación

Mes	Fase del proyecto	Actividades
De septiembre a noviembre 2019	1. Recolección de bibliografía y elaboración del marco teórico	Búsqueda y recolección de documentación.
		Preparación del marco teórico sobre los casos y los conceptos trabajados en la documentación.
De noviembre a diciembre 2019	2. Selección de casos de mujeres víctimas-supervivientes en Colombia	Identificación y selección de cuatro casos de mujeres víctimas y supervivientes de la violencia en Colombia, ubicadas en el departamento del Tolima.
De diciembre 2019 a enero 2020	3. Investigación y preparación de los casos: exploración documental, entrevistas e ideación de formatos audiovisuales	Exploración documental específica de cada uno de los cuatro casos seleccionados.
		Creación de guiones audiovisuales.
		Creación de guiones de producción.
		Planeación estructural y narrativa del contenido audiovisual.
De febrero a marzo 2020	4. Producción y rodaje de las historias de vida de las mujeres víctimas-supervivientes del conflicto en Colombia	Producción y rodaje <i>in situ</i> de las cuatro cápsulas de historias de vida seleccionadas.
De marzo a mayo 2020	5. Postproducción y montaje audiovisual	Postproducción y montaje audiovisual de las cuatro historias de vida.
	6. Reconstrucción de crónicas periodísticas y encaje de los contenidos producidos	Preparación de los perfiles periodísticos (largos y cortos) que contextualizan las historias de vida.
De mayo a junio 2020	7. Discusión de los resultados y extracción de las conclusiones	Discusión entre las reflexiones teóricas encontradas y recopiladas en el marco teórico y las aportaciones de las mujeres víctimas-supervivientes recogidas en el trabajo de campo. Redacción de las conclusiones finales del proyecto.

De junio a septiembre 2020 (fuera del TFG, en el marco del proyecto del ICIP)	8. Distribución y difusión de las historias de vida de las mujeres víctimas-supervivientes del conflicto en Colombia	Distribución del contenido en <i>packs</i> periodísticos (cápsulas audiovisuales y crónicas/reportajes) preparadas, principalmente, para medios de comunicación en Colombia y Cataluña.
		Distribución del contenido audiovisual (cápsulas audiovisuales y documental) en la página web creada de forma específica para la difusión del proyecto.
		Distribución del contenido audiovisual (cápsulas audiovisuales y documental) en Congresos y Seminarios relacionados con el tema a nivel nacional e internacional, especialmente en Cataluña y Colombia.
		Distribución y presentación del contenido audiovisual (documental) en al menos tres Festivales audiovisuales.

### **ANEXO 3. Referentes audiovisuales**

#### **TEXTO:**

Camprubí, B.; Celma, A.; Rigol, M. (redacción); Gebellí, N.; Marcos, E. (vídeo); Giralt, M. (fotografía); Olivan, È. (corrección); Pagonabarraga, G. (diseño web); Camprodon M. (programación); *La Directa*, CooperAcció (producción) (2019). “Cuidar entre terres”, *La Directa*. Recuperado de: <https://cuidarentreterres.directa.cat/capitol3.html>

Guerriero, Leila (2008). “El rastro de los huesos”. *Gatopardo*. Recuperado de: [http://premio.fnpi.org/pdf/Rastro\\_huesos.pdf](http://premio.fnpi.org/pdf/Rastro_huesos.pdf)

Truax, E.; Arias, M.; Rodríguez F., E. (redacción); Maysun, Surinyach, Anna; Tosco, Pablo, (video y foto); Andino, German (Ilustración y animaciones); Zudaire, Quim (Proyecto web y maquetación); Cuartero, Miquel; Boira.studio (diseño); Izcuze, Maribel; Surinyach, Anna (coordinación), (2018). “La Tierra Sin Ellas”, publicado en *Revista 5W*. Recuperado de <https://labs.revista5w.com/tierrasinellas/>

#### **FOTOGRAFÍA:**

Comisión de la Verdad (2019). “La vida en el ETCR El Oso”. Recuperado de <https://comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/la-vida-en-el-etcr-el-oso>

Kohut, Meridith (fotografía); Turkewitz, Julie y Herrera, Isayen (texto) (10 abril 2020) “Childbirth in Venezuela, Where Women’s Deaths Are a State Secret”. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2020/04/10/world/americas/venezuela-pregnancy-birth-death.html#click=https://t.co/vcZzoQVAzI>

Ríos, Federico (2020). “Los días póstumos de una guerra sin final”. En la Galería Bandy Bandy. Recuperado de <https://www.bacanika.com/seccion-arte/los-dias-postumos-de-una-guerra-sin-final.html>

#### **VÍDEO:**

Félix, E. (fotografía); Mora, A. (storytelling, edición); Balilty, D. (música) (2013). “Azúcar amargo”, *Associated Press*, Recuperado de <https://vimeo.com/57969434>

Isa, G.; Faccini, A.(2018). “Dulce”. *NYTimes*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/video/opinion/100000006086663/dulce.html?playlistId=video/op-docs>

Sánchez, G. (2019), “El Tigre no es como lo pintan”. *Centro Nacional de Memoria Histórica*. Recuperado de <http://centrodememoriahistorica.gov.co/documentales/#>

## ANEXO 4. Leonoricel Villamil

### Berracas. Capítulo I

#### LEONORICEL VILLAMIL TORO, LA LEONA DE GAITANIA

*Resiliencia, organización y acción por la paz con perspectiva de género entre los cafetales del sur del Tolima*

Los arbustos de café mezclados con los plátanos perfilan el color rojizo de las carreteras, aplanadas solo de vez en cuando. Al girar la ladera, por encima del camino, un cartel estampado con numerosos logos institucionales da la bienvenida a “**Planadas, Municipio de Paz**”. A su lado, diversos plafones publicitan la calidad de los cafés especiales de Planadas, ganadores de la **Taza de la Excelencia** en varias ocasiones. Anuncios que resumen toda una declaración de intenciones de una localidad con más de 50 años de conflicto en su historia, y que está cansada de que únicamente se la conozca como “la cuna de las FARC”.

El municipio cafetero está ubicado en la cordillera Central, a unos 1.500 metros de altitud, y dista unos 230 kilómetros de Ibagué, la capital del departamento tolimense. Precisamente los planadunos cierran por el sur el Tolima, en frontera con los departamentos del Cauca y del Huila. La situación geográfica del municipio no es baladí: la zona suroccidental del Tolima es un corredor estratégico que articula la región Oriental del país con la cuenca del Pacífico. Un **territorio estratégico** que, en tiempos de guerra, es sinónimo de territorio de conflicto.

Añadido a su interés operacional, la ausencia del Estado junto con la pobreza y la **falta de oportunidades** supusieron y suponen una alfombra roja para una mayor presencia de grupos armados y estructuras de poder alternativas a las estatales. Según relatan los lugareños y recogen informes de diferentes organismos defensores de derechos humanos, como el reporte *Una paz estable, duradera y sensible a niños, niñas y adolescentes*, elaborado por la OIM, “la subregión Sur del Tolima debía atender a un sistema de regulación de las relaciones sociales impuesto por las **FARC**, similar al implantado en el Caquetá”. En las laderas cubiertas de cafetales, plátanos y cabañas, la amnesia obligada y el silencio preventivo fueron durante décadas estrategias de supervivencia.

Una de las mujeres supervivientes y resistentes a la violencia es **Leonoricel Villamil Toro**. En 2020 desarrolla su tercer período como concejal en Planadas por el Partido Verde, en representación del corregimiento de Gaitania, uno de los dos corregimientos rurales del municipio. Leo, como se le conoce en toda la región, ejerce de 2ª vicepresidenta del Concejo, siendo ella la única mujer en una asamblea compuesta íntegramente por otros doce varones. En el año 2015, después de asistir a un encuentro de **Mujeres por la Paz** en Bogotá y darse cuenta de que las demás participantes estaban organizadas con sus vecinas y podían hablar en nombre de su comunidad, vio claro lo que tenía que hacer. “Me tomé el atrevimiento de vincularme, participar y representar a la mujer planaduna. Empecé a ir a las veredas a decirles cómo debíamos comenzar a articularnos, mostrar que sentimos

un dolor pero que ya debemos dejar los miedos y hemos de reclamar los derechos que tenemos según la constitución", declara Leo al recordar sus primeros pasos en la organización de mujeres.

Además de dedicarse a la función pública y al trabajo por la comunidad, Leo también se hace cargo de la finca y los **cafetales familiares**: "En este plano tenemos árboles frutales, tenemos maíz y tenemos este cafecito que estamos empezando a levantar, abonándolo cada dos meses como debe ser para que tenga buenos frutos". Enfundada en sus botas de flores —impermeables y a prueba de campo—, y caminando entre las matas de café, Leo recorre la finca paterna a la vez que repasa su dura **historia familiar**, ligada al devenir del conflicto.

"Nos ha afectado muchísimo el conflicto, y no solo por lo que me ha ocurrido a mí. Cuando a una le tocan es cuando siente y sabe el valor de las demás mamitas". Después de tomar aire, Leonoricel continúa: "Me he visto afectada tanto, tanto y de tal manera que... una de ellas fue la terminación de mi familia, que constaba de cinco hermanos varones y mi persona. De ellos ya no queda ninguno".

### **Parir en medio de la guerra**

Con dolor y determinación en los ojos, la campesina continua su relato: "Llegué acá de la edad de tres años y desde ese entonces aquí me formé, me crié y me eduqué. Formé mi hogar con Afranio Inciso, con el cual tuve tres hijos, de los cuales solo me quedan dos. Desafortunadamente también el hijo me lo asesinaron en el 2015, el 27 de septiembre, a la edad de 28 años, junto con mi hermano y otro campesino". Pese a lo trágico de sus palabras, la concejal y lideresa social de **Gaitania** no muestra sombras de desánimo. Prosigue con su relato, la historia de su querida tierra en medio del conflicto armado colombiano.

"A nosotras nos tocó parir a los hijos en medio de la guerra. Con lo que vivimos acá en la región —porque nosotros vivimos **tomas guerrilleras**—, nos ha tocado salvar vidas, intermediar por personas, enterrar gente que quizás su familia nunca supo qué pasó... Pues asimilamos eso y con mucha prudencia y cautela **hemos aprendido a vivir en esta región** donde nos hicieron mucho daño. A mí, y a las demás mujeres de Planadas, y más que todo, en la vereda **Marquetalia**, que fue en la que nacieron las FARC".

Según recoge la historiografía fariana, los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, nacidas en 1964, fueron "48 campesinos que habitaban en la región de Marquetalia, una **colonia agrícola** fundada por ellos mismos, 10 años atrás, a principios de los cincuenta". Leonoricel narra que en 1948 llegaron 45 familias desplazadas a la histórica vereda. Entre los desplazados de esas primeras guerras de la Violencia en Colombia estaba Pedro Antonio Marín, que años después se hizo llamar **Manuel Marulanda Vélez**, igual que el líder sindical antioqueño asesinado por el Estado colombiano en 1953. De él, Leo recuerda que se presentó como ingeniero y que fue el que trazó la vía hacia el municipio de Neiva: "ese señor ya tenía también unas ideologías buenas, tampoco era todo malo".

Como las otras zonas de colonización de mediados del siglo XX ubicadas en Planadas, “las colonias agrícolas fundadas por el campesinado desterrado de sus zonas de origen pasaron a ser consideradas Repúblicas Independientes a las que había que aniquilar”, según recoge la página web de la organización guerrillera. El relato de las FARC continúa: “el Ejército Colombiano, bajo la orientación de la misión militar yanqui” lanzó la **Operación Soberanía** u Operación Marquetalia, con la que combatió el comando guerrillero que dirigía el propio **Marulanda**, alias “**Tirolfijo**”, quien después sería Comandante Jefe de las FARC.

El también fundador de las FARC, **Jacobo Arenas**, explica en el libro *Diario de la resistencia de Marquetalia* que “es de esta agresión contra las colonias de Marquetalia, el Pato, Riochiquito y El Guayabero que nacen las FARC como respuesta armada”, fundadas oficialmente en mayo de 1966. En el **Programa Agrario de los Guerrilleros**, proclamado el 20 de julio de 1964, los campesinos revolucionarios justificaban su lucha explicando que se alzaron en armas porque en Colombia estaban cerradas las “vías de la lucha política legal, pacífica y democrática”.

### **Más allá del mito fundacional**

La historia aún sigue viva en la memoria de los y las habitantes de las veredas y casas de Planadas. “Aquí hay gente todavía que vivió y vio la Operación Marquetalia —remarca Leo—, y hay gente que combatió obligatoriamente contra la guerrilla, porque en ese entonces prestaban su servicio militar y todavía están acá”. Pero esta historia narrada desde la distancia y la falta de empatía se han convertido para muchos en una marca que desean olvidar. “Aún hoy día todavía sigue el **estigma** de que aquí nació la guerra... Y eso es lo que nosotros estamos tratando de borrar”, dice Leo, a la vez que su mano derecha hace un gesto de borrar una pizarra.

Pese al mito fundacional de las FARC, el conflicto en los montes del sur del Tolima venía de antes. De hecho, cuando hablan del conflicto armado en el Tolima, los expertos del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y de las instituciones académicas locales, como la Universidad del Tolima o la Universidad de Ibagué, hablan de “una estructura endógena de largo aliento” y unos “orígenes asociados al período de La Violencia (1946-1958)”. En ese periodo, el conflicto armado era entre **liberales y conservadores**. En la terminología local, Gaitania se clasificaría como un “municipio rojo”, aludiendo a su composición mayoritariamente liberal, en términos del bipartidismo tradicional.

Una composición liberal que no era de extrañar teniendo en cuenta los orígenes de la localidad. La semilla de lo que sería Gaitania la plantó en 1920 el entonces Gobernador del Tolima, Luis V. González, quien estableció una **colonia penal y agrícola** en la región denominada **Sur de Atá**. Hasta allí eran enviados quienes cometían delitos de contrabando de licores y tabaco, junto con presos políticos miembros del Partido Liberal, en la última década de la “hegemonía conservadora” (1900 – 1930), según se recoge en el apartado de historia de la web oficial del municipio de Planadas.

“Fue primero Gaitania que Planadas, porque la colonia penitenciaria era en el Sur de Atá. Allá era donde pagaban cárcel todos los presos”, recuerda Leo, que destaca que en 2020 el corregimiento celebra sus 100 años de historia. Un siglo cargado de acontecimientos que, pese a tener lugar en esta pequeña población rural, tendrían repercusiones en toda

Colombia. Desaparecida la colonia penal, mediante ordenanza 72 de 1931, fue creada la inspección departamental de policía, en aquel incipiente caserío. Al año siguiente, en 1932, el misionero jesuita español Fermín Larrazábal aconsejó a un grupo de expedicionarios asentar un caserío en las riberas del río Atá, donde se ubica hoy en día la cabecera municipal de Planadas.

Al cabo de tres años, en 1935, se nombra a Planadas como cabecera de la inspección departamental de policía de Sur de Atá, colonia que trece años más tarde su propia población rebautizaría como “Gaitania”, en honor al líder liberal **Jorge Eliécer Gaitán**, asesinado el 9 de abril de 1948. Su asesinato levantó revueltas populares en todo el país, y la de la capital colombiana fue conocida como ‘el Bogotazo’. Eran los inicios de más de una década de enfrentamientos entre liberales y conservadores, conocida en Colombia como el período de la Violencia. Tal y como recoge el historiador Eduardo Pizarro Leongómez en su libro *Las FARC (1949-1966): De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha* (1991), el impacto del asesinato de Gaitán tuvo un amplio eco en todo el departamento del Tolima. De inmediato se conformaron juntas revolucionarias en varios municipios, incluida su capital, Ibagué. El Ejército reprimió estos levantamientos y, al mismo tiempo, grupos de conservadores, llamados “bandas de pájaros”, también tomaron las armas y se enfrentaron a los liberales.

Paralelamente, la familia de Marulanda (liberal) se escondió en las montañas del norte del Valle del Cauca, y junto con otros exiliados, formaron un grupo de unos 30 hombres y se trasladaron al sur del Tolima, donde ya existían núcleos de autodefensa liberal medianamente organizados. Según escribe Pizarro Leongómez, de 1950 a 1953 fueron constituyéndose guerrillas comunistas en Chaparral, Rioblanco, Ataco y Ortega, con el comando central en El Davis (Rioblanco). Marulanda fue a parar a estas guerrillas, y después se trasladó a la zona de Gaitania y Planadas, controlada por el núcleo de resistencia liberal de Gerardo Loaiza. A pesar de la existencia de comandos conjuntos de liberales y comunistas, lentamente se fueron separando. Tal y como recoge Rafael Pardo Rueda en *La historia de las guerras* (2004), ya a principios de los 50 los liberales, conocidos como ‘los limpios’, desconfiaban de los comunistas, llamados ‘comunes’. Las distintas normas de los destacamentos y, sobre todo, el sentido de la guerra los diferenciaba: los limpios querían combatir al conservatismo para ser ellos el poder dominante, los comunes buscaban la revolución social. En el momento en que el movimiento insurgente comunista estaba en su mayor auge, especialmente en los Llanos Orientales de Colombia, el general Gustavo Rojas Pinilla dio un golpe de estado (13 de junio de 1953) y puso fin al impulso guerrillero al proponer una amnistía para los guerrilleros liberales.

‘Marulanda’ y Fermín Charry, conocido como ‘Jacobo Prías Álape’ o ‘Charro Negro’ —que había sido comandante de las autodefensas comunistas organizadas en Marquetalia junto con ‘Marulanda’—, no se acogieron a la amnistía y se refugiaron en el nevado del Huila. Durante dos años se dedicaron a establecer núcleos comunistas por la región limítrofe entre Huila y Cauca. Hacia finales de los años 50, en Marquetalia, con asistencia de un miembro del comité central del Partido Comunista, “se determinó por mayoría absoluta la desmovilización del cuerpo armado en los tres departamentos y su rápida conversión en grupos de autodefensa conformados por los campesinos y por los excombatientes que decidieran trabajar en paz, colonizando la selva”, según las palabras de Jaime Guaracas —



uno de los fundadores de las FARC— que recoge Pardo Rueda. Hasta el propio ‘Marulanda’ se reinsertó a la vida civil. Pero en el año 1960, ‘Charro Negro’ fue asesinado en Gaitania por hombres enviados por Jesús María Oviedo, alias ‘General Mariachi’, jefe de las también desmovilizadas guerrillas liberales. La guerra comenzaba de nuevo.

En las décadas que siguieron, la violencia entre grupos paramilitares, guerrilla y fuerza pública continuó. Tal y como recoge el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en su informe de 2017 “De los grupos precursores al Bloque Tolima (AUC)”, los grupos de autodefensa civiles del Tolima se organizaron en diferentes grupos **paramilitares**: Los Limpios, el Rojo Atá, Convivir y finalmente el Bloque Tolima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Grupos paramilitares que tuvieron vínculos con miembros de instituciones estatales y actores económicos, según documenta el CNMH. Además, también se dieron dinámicas de conflictos y rencores entre clanes familiares en la disputa por el territorio. Posteriormente, a finales de los noventa, el conflicto se recrudeció, con el añadido de la pugna entre guerrilla y paramilitares por el control de las **explotaciones de amapola** y sus derivados, según el informe “Dinámicas del conflicto armado en Tolima y su impacto humanitario”, realizado en 2013 por USAID, OIM y FIP.

### **Sobrevivir a las violencias**

Lejos de los hechos fundacionales y aún más distantes de la pugna política colombiana centralizada en las principales ciudades, los habitantes de Planadas **sobrevivieron** durante décadas a la violencia cotidiana y al control de la vida del municipio por parte de la guerrilla, así como a las actuaciones de los grupos paramilitares y las operaciones militares y estrategias contrainsurgentes de los diferentes gobiernos nacionales. Mientras clava la mirada en las montañas lejanas que los cafetales pintan al estilo puntillista, Leo habla del “**temor** de la gente a venir” durante años y años, y recuerda “cuando los helicópteros pasaban por encima de nuestras cabezas y el Ejército por tierra, y uno no sabía a quién ponerle cuidado; estábamos en medio de las balas, pero se seguía recolectando café”.

Según rememora la campesina: "Aquí caminaban los guerrilleros, y ellos eran los que tenían el mando y daban las órdenes. Yo no era porque quisiera, era porque tenía que cumplir. O era la vida, o era hacerlo. Y pues, ¿quién no quiere vivir?". Leo cuenta que, durante el dominio territorial de las FARC, se levantaba a las 7 de la mañana. Si no escuchaba un tiro, salía tranquila. Pero si lo escuchaba, se preguntaba a quién habían matado esta vez, y con dolor y temor, salía a escuchar las malas noticias, porque casi siempre era gente que conocía. “Este río que baja aquí, **el río Atá**, es testigo de muchos muertos”, lamenta Leo. De hecho, aún no se han recuperado todos los cuerpos, un punto decisivo en la reparación a las víctimas del conflicto recogido en los Acuerdos de Paz de 2016.

“Hubo muchas incoherencias, porque también le quitaron la vida injustamente a gente que no debió pagar. Dañaron y destruyeron hogares, hubo muchos **desplazamientos** y eso provocó descomposición social, descomposición de familias”, recuerda Leo, citando precisamente el principal hecho victimizante que el conflicto armado colombiano ha provocado: el desplazamiento forzoso. Con datos con fecha de corte del 30 de abril de 2020, la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (UARIV) cifra en 6.058 las víctimas de desplazamiento forzado que, de acuerdo con la última ubicación

conocida, residen en Planadas. La cifra muestra que el 90% del total de víctimas registradas (6.682) en el municipio son víctimas de desplazamiento forzado, y que representan alrededor del 20% del total de la población de Planadas, que se estima alrededor de los 30.000 habitantes.

Según los informes de la OIM, precisamente entre 2000 y 2012 se reportaron un total de 201.479 víctimas de desplazamiento forzado en Tolima, siendo el sexto departamento con mayor número de desplazados en Colombia. Secuestros, homicidios, extorsiones, amenazas de muerte, reclutamientos forzados y abandono de tierras alargan la lista de las afectaciones del conflicto que han tenido que resistir los y las habitantes de Planadas.

“Aquí tildaron, aquí **juzgaron**. Aquí señalaron, pero ellos nunca supieron cuál era verdaderamente el conflicto, y nadie sabe por qué nació verdaderamente la guerra”, prosigue Leo, que corrobora que “no fue solamente la guerrilla”. La represión de las fuerzas militares, los **falsos positivos** y los montajes contra campesinos para ganar unas recompensas por haber capturado a unos supuestos guerrilleros atemorizaron también a la población civil, tal y como recoge el Colectivo de Abogados “José Alvear Restrepo” (CAJAR), entre otras organizaciones defensoras de derechos humanos. “Nos tocó vivir una etapa muy dura porque tanto el gobierno como las **Fuerzas Militares** causaron también mucho daño”.

Por este motivo, Leo celebra que hoy el alcalde de Planadas, **Jhon Jairo Hueje**, (Partido Alianza Social Independiente “ASI”) sea alguien que “vivió su propio estigma, su propio dolor: a él lo cautivaron, a él lo acusaron de algo que nunca hizo, y pagó una **prisión injustamente**, y así como le pasó a él le ha pasado a muchísima gente acá en Gaitania, que se la han llevado y le han privado de la libertad”.

### **Planadunas organizadas por la reconciliación y la vida**

Pese a toda la violencia sufrida, Leo no duda que “hay que seguir, hay que dejar esos resentimientos, esos dolores, y hay que tratar de reconciliar. Ese es el ejemplo que tenemos que dar nosotras como mujeres, que somos las que **generamos vida**, que somos las que procreamos, las que parimos hijos. Ninguna madre quiere perder a un hijo ni quiere seguir trayendo hijos a este mundo para una guerra”, recuerda la concejal. Precisamente, fue en septiembre de 2015, después de la muerte de su hijo, cuando Leonorcel dio el paso de **organizarse** y luchar por los derechos de sus vecinas y vecinos, especialmente por las mujeres víctimas del conflicto.

“Cuando perdí a mi hijo, dije: ‘¿Qué está pasando? Ya no más’. Sentí en carne propia lo que vivía la otra mujer, la otra mamá... Y entonces hice un llamado, las recogí y les dije: ‘Bueno mujeres, aquí **nos toca empoderarnos**, participar, incidir, insistir y darnos a conocer para que nos visibilicen y sepan cuál es la vida y qué es lo que nos ha tocado vivir”.

“De ahí, —continúa Leo— ellas me acogieron y me escucharon, y hemos participado en todo el proceso de paz de nuestro territorio, al que nos vinculamos sin miedo, porque los miedos ya los vivimos en la guerra”. En el primer encuentro que organizaron participaron **más de 500 mujeres**, e hicieron una videoconferencia con **Victoria Sandino**, directora de

la Subcomisión de Género de los diálogos de Paz de La Habana (Cuba), y durante la cual todas las mujeres de las veredas presentaron una propuesta. De esta forma es como nació el **Consejo de Mujeres por la Paz** de Planadas, y según reporta Leo, actualmente hay otras ocho asociaciones de mujeres, dentro de las que destaca la Asociación de Mujeres Víctimas Cafeteras. “Todas sus integrantes tienen su **Registro Único de Víctimas**, porque en el municipio de Planadas todos somos víctimas. Lo que hemos vivido aquí nadie lo sabe, sólo nosotros que hemos estado acá”, afirma la lideresa.

Es por este motivo que Leo está “muy agradecida con el gobierno de **Juan Manuel Santos** que, en medio de las discordias, y pese que a muchos no les gustó, se puso los pantalones y tuvo ese Acuerdo de Paz en el cual los que nos hemos visto beneficiados somos los **campesinos**, los que vivimos la guerra. El que está en la ciudad no sabe qué es una guerra, no sabe qué es un conflicto y qué es vivir en el campo”. Como paradoja, dentro de lo que García Márquez describía como Macondo, al referirse a casi cualquier pueblo en Colombia, en el plebiscito de octubre de 2016, los planadunos votaron “No” a los Acuerdos de Paz. Mauricio Buildes, periodista y profesor de EAFIT, señalaba que, como en muchas partes de Colombia, en Planadas “la gente no sabe con certeza en qué consisten los acuerdos logrados en La Habana”. El plebiscito volvía a enfrentar a dos bandos: “las discusiones giraban alrededor de Santos versus Uribe y no de la posibilidad real de ponerle punto final a las FARC como organización armada”, señalaba el también premio nacional de periodismo Simón Bolívar, en un artículo publicado en el portal *Pacifista*.

José Funor Dussan García, alcalde del municipio entre 2016 y 2019, denunció días antes de la votación que grupos armados ilegales pertenecientes a las **Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)** realizaron llamadas a los líderes comunales y habitantes de las zonas veredales para advertirles que dejaran de apoyar los Acuerdos de Paz, al tiempo que amenazaban a la población para evitar que saliera a votar en el plebiscito, según recogía el periódico *El Olfato*.

### **Construir paz de mujer a mujer**

En Gaitania el trabajo por la paz sigue siendo hoy igual de necesario. Planadas es uno de los cuatro “**municipios PDET**” del sur del Tolima, junto con Rioblanco, Ataco y Chaparral. Es decir, una de las localidades donde se implementan Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial, y se priorizan estrategias y programas para superar el conflicto armado. Durante los últimos 5 años, las mujeres de Planadas han interactuado con las mujeres del **Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR)** de El Oso, la zona veredal para el proceso de desmovilización de la guerrilla de las FARC ubicada dentro de la jurisdicción de Planadas. Según cuenta Leo, ella trabajó con las mujeres que habitan en el campamento de excombatientes “para que conformaran su propia asociación y pudieran participar e integrarse en todos los proyectos que llegan a la región”.

Sobre las mujeres de la zona veredal, Leo destaca que ve cómo ellas “hoy en día tienen sus hijos, quieren que estudien, que se formen, y no quieren que vuelvan a la guerra”, y eso para ella es todo un triunfo de la paz. Por otra parte, afirma que las excombatientes también dicen que el gobierno les está incumpliendo, y delante de las evidencias que las respaldan, Leo no puede más que responder que es verdad y denunciar con ellas el **incumplimiento**

de lo acordado. “Por eso nosotras tenemos que aprendernos bien los cinco puntos, los puntos recogidos en los Acuerdos de Paz para uno poder hacer un reclamo”. Esos puntos a los que la concejal hace referencia son la implementación de una política de desarrollo agrario integral, la mejora de la participación política, el fin del conflicto con el cese de hostilidades bilateral, la solución al problema de las drogas ilícitas y la reparación de las víctimas, más un sexto punto referente a los mecanismos de implementación, verificación y refrendación de los acuerdos.

En Planadas, igual que en muchos otros municipios rurales de Colombia, las mujeres participaron y participan desde las bases, desde los hogares, los barrios, los resguardos indígenas y las organizaciones sociales en la construcción de **paz territorial**. Leo explica que en su municipio las mujeres hicieron parte de unas mesas de trabajo que llevaron a la firma de lo que llamaron el “**Tercer Acuerdo**”: “se llamó así porque el primer acuerdo fue el que hizo el resguardo indígena con las FARC, en julio de 1996. El segundo fue el que hizo el gobierno con las FARC y el tercero es donde nos articulamos la población, los cafeteros, los excombatientes, el resguardo indígena Paez y los comerciantes como tal para nosotros incidir”. La marca “Tercer Acuerdo” fue establecida junto con la **Universidad de Ibagué**, y las mujeres diseñaron su logo. “Si miran los colores, las montañas... es lo que está alrededor de nosotros. Fue un trabajo muy bonito”, recuerda Leo, junto al verde de los alargados maizales.

A su vez, las mujeres organizadas de Planadas hacen parte de **Voces de Mujeres** a nivel nacional. “De hecho —comenta Leo— la semana pasada tuve una reunión vía *Skype* con **Juntanza**, de Bogotá. Representé a las mujeres de **Voces de Mujeres** a nivel nacional de nueve departamentos e hicimos una agenda de trabajo donde estamos mirando cómo vamos a participar y seguir trabajando en los diálogos de paz, tanto con el **ELN** como con todas las personas que se presten a dialogar”. Sobre todo, hay una cosa que Leo y sus compañeras quieren evitar a toda costa: “Que no vayamos a retroceder [en la paz] por nada en el mundo, aunque nos toque intermediar a nosotras. Estamos acá paradas, con la frente en alto, para que no vuelva a ocurrir”.

### **En busca de la verdad reparadora**

Pese al reconocimiento de la fortaleza que les ha supuesto que los Acuerdos de la Habana hayan incluido en uno de sus principales puntos la **equidad de género**, Leonoricel opina que ellas, las mujeres víctimas supervivientes, sólo están representadas en parte.

“En parte sí, porque hemos trabajado para que la paz continúe, y la inclusión de la equidad de género ha sido vital para nosotras salir a reclamar y mostrar que lo podemos hacer. Pero en parte no, porque nosotros también hemos sido afectados por el **gobierno nacional**, y en eso uno no ve justicia, uno no ve nada. Por eso, nosotros hacemos parte y reclamamos el **esclarecimiento la verdad**, que tanto los Acuerdos como la JEP [la Jurisdicción Especial para la Paz] recogen. Si usted cuenta la verdad, está sanando. Y a eso es a lo que nosotros hacemos un llamado. Queremos hablar y decir la verdad, pero también queremos tener **una respuesta a la verdad**”, insiste Leo, que entrecierra los ojos de forma incisiva mientras sus manos refuerzan su gesto.

A su vez, la lideresa denuncia que hay gente que aún vive con temor, porque “todavía siguen los **señalamientos**”, que “la gente no sabe por qué fue víctima de la guerra” y que

“todavía después de este Acuerdo de Paz, hay muchas **irregularidades**”. La realidad da peso a sus palabras. No fue hasta mediados de febrero de 2020, casi cuatro años después de la firma de los acuerdos, que la **Comisión de la Verdad** instaló la primera Mesa Técnica de No Repetición, como recogen los documentos publicados por la propia alcaldía de Planadas.

### **Una vida digna, requisito indispensable para la paz**

Dentro de la finca de Leo, los retratos familiares, las vírgenes, los diplomas académicos y las estampitas religiosas comparten pared con un armario de madera brillante a rebosar de bandejas plateadas, vasijas pulidas y copas listas para el aguardiente. “La casa sigue estando igual que la dejó mi papá”, explica Leo, mientras se recoge el pelo. Sin buscarlo, una vez está sentada en un sillón y la cámara también está instalada, el tono de Leonoricel se vuelve más institucional, más político, más formal. Un tono que, de cierta manera, a Leo le resulta bien familiar pues su padre, **Tirso Antonio Villamil**, también fue un destacado líder social que participó en las Juntas de Acción Comunal y, según recuerda orgullosa su hija, “trabajó mucho por la educación, la salud y las vías”.

En estas tierras alejadas de las capitales, de las infraestructuras y de los focos, uno de los clamores que más se escuchaba en los tiempos de Antonio Villamil y que aún resuena con fuerza es el de **ser visibles** para el gobierno y que el gobierno cumpla lo que les promete. Porque Leo lucha por la vida y por la paz, pero no por cualquier vida ni por cualquier paz. Por una **vida digna**, que valga la pena vivir, y una paz reparadora. Con su palabra determinada y su mirada desafiante, sin temor a incomodar a nadie, Leo exige: “**Que el gobierno cumpla**, que esos proyectos productivos y todo lo que está recogido en el acuerdo de paz se haga realidad, para que la gente pueda medio subsistir, porque **con hambre, nadie está contento**. Si usted no tiene salud, no tiene educación, una buena productividad, comercio, una buena vivienda... pues no va a haber nunca paz en la vida”.

Tal y como denuncian los y las líderes de los diferentes corregimientos de Planadas, como **Willington Gutiérrez**, vicepresidente de la Junta de Acción Comunal del corregimiento de Bilbao, aún hay un considerable número de los habitantes de las veredas que no cuentan con electrificación. En 2014, sólo el 41% de la población tenía acceso a los servicios públicos domiciliarios de acueducto —al agua corriente—, el 33% al alcantarillado y el 70% acceso a electricidad, según los datos del Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC).

A su vez, el pobre acceso a la **salud** también es una de las carencias acuciantes del municipio. En algunas veredas, el puesto de salud más cercano está a 7 horas en coche. Además, el municipio presenta amenazas por deslizamientos y frecuentemente los habitantes de la zona se quedan aislados debido a las malas condiciones de las carreteras. Pero si hay una necesidad que Leo destaca por encima de las demás es la de **fortalecer la educación** y ampliar la oferta formativa, para que los niños y niñas del municipio puedan acabar sus estudios de bachillerato y tengan la oportunidad de acceder a carreras universitarias. Cuando trabaja por la paz, más que en las propias mujeres y hombres víctimas y supervivientes del conflicto, Leo piensa en los **jóvenes**, en el futuro: “A nosotros ya nos tocó perder, pero no queremos que ellos lo vuelvan a repetir, porque ellos tienen una perspectiva totalmente diferente de la guerra. Queremos que estos nuevos niños que están viniendo al mundo **puedan correr tranquilos**, sin miedo de minas queiebrapatatas, sin miedo

de una explosión de un cilindro, ni de unos disparos ni nada de eso. Sino que crezcan sanos con una **diversidad** de la naturaleza, en una paz que nos lleve al encuentro, al diálogo".

De hecho, según los datos del DANE, el departamento del Tolima tiene una **pirámide poblacional** ancha de base, bien nutrida de niños, niñas y jóvenes que miran hacia el mañana, y Planadas especialmente, con más del 40% de la población entre los 0 y los 14 años, tal y como lo señala el IGAC. Por eso, y por su alma de madre que sabe que no va a poder recuperar a su hijo, Leo repite con contundencia que quiere "que las mamitas puedan disfrutar de sus hijos".

### **Una entre doce**

Cuando conversa de manera informal con los y las vecinas sobre la situación del municipio, centenares de cifras de los diferentes contratos y licitaciones en trámite salen en torrente desde la mente de Leo hasta su boca. Si está contenta, hablando no hay quien la pare. En la finca cafetera de su padre, colgado en una de las paredes interiores de un establo, una pancarta horizontal con el nombre y el rostro de Leo recuerda su campaña de las últimas municipales para el Concejo de Planadas (2020-2023), por las listas del Partido Verde.

En su acción política, Leonoricel denuncia especialmente las condiciones de empobrecimiento en las que viven muchas de las **campesinas** de Gaitania: "Si ustedes se van aquí hacia arriba, y miran dentro de las casas, aún hay mujeres maltratadas, que son reprimidas, ermitañas —por decir así— porque no salen al pueblo. Mujeres deterioradas de pie a cabeza. Sin dentadura, mal vestidas, mal comidas, no tienen una cocinita apta para hacer sus cosas, no tienen un baño, ni una habitación..."

Por eso, Leo reclama que las mujeres "que se levantan a las 3 o 4 de la mañana y son las últimas que se acuestan, pero no tienen remuneración ni una vivienda digna, ni tampoco una unidad sanitaria ni tienen ese reconocimiento", sean reconocidas, recompensadas y visibilizadas, "porque en el campo y en el hogar lo fundamental es la mujer".

Pese a su fortaleza externa, Leonoricel reconoce que no es fácil ser lideresa, y no es fácil ser una concejal entre doce varones. "Cuando una mujer toma el empoderamiento, se siente capaz de liderar, saca su potencial y sale a flote, pues obvio que a nadie le va a gustar, porque **el machismo todavía sigue reinando en Colombia** y en todo el mundo, y creen que las mujeres no somos capaces de administrar y manejar. Pero se equivocan, porque las mujeres somos más conscientes y más organizadas, y lo hemos demostrado." Con una sonrisa pícara en los labios y un destello inteligente en las pupilas, Leo sentencia: "Un hombre sin mujer no vale nada".

### **El rugir del café**

Además de ser lideresa social, Leo es también **el alma de "la Leona"**, la marca cafetera que impulsó su difunto hijo y que hoy en día gestiona su hija, **Laura Sayleth Enciso Villamil**, quien sigue las directrices de la agricultura ecológica para producir café. La familia de Leo cultiva grano de alta calidad, lo recolecta, lo despulpa —o, como ella dice, hace el "beneficio"—, lo lava, lo seca, almacena el grano y después lo comercializa directamente hacia el consumidor final, en un Planadas que se ha convertido en uno de los principales

municipios productores de café especial del Tolima. El departamento es el tercer productor de café a nivel nacional, y uno de los territorios que conforman el “**nuevo eje cafetero**” de Colombia, junto con el Huila y el Cauca, líderes en la elaboración de café especial en el país.

Leonoricelli, igual que la mayoría de sus vecinos y vecinas, saca pecho por tal desarrollo: “Hoy en día este es un territorio de paz, del cual nosotros nos sentimos muy **orgullosos**. Le decimos el mejor vivero del mundo, y hacemos el mejor café del mundo”. En las calles de su núcleo urbano, compuesto mayoritariamente por casas y algún apartamento, se perciben **aires de pujanza** mezclados con el ajeteo del comercio y el aroma del café. Riqueza que proviene de los campos del municipio, pero que, tal y como denuncia la Leo concejal, no necesariamente llega a los campesinos que los cultivan.

Según los datos del Comité de Cafeteros del Tolima, más de 60.000 familias se dedican al cultivo del café en el departamento, y para miles de familias en Planadas este es su principal sustento. Un café planaduno 100% arábigo que tiene un **perfil de taza** que “se caracteriza por su cuerpo cremoso y acidez cítrica brillante, con notas de naranja, albaricoque y avellanas, así como un *post-gusto* dulce y duradero”, tal como se puede leer en los empaques del café de la zona. Sabor cítrico que recuerda a los albaricoques y naranjos que se erigen entre las matas de café del patio de la finca paterna de Leo, quien destaca el trabajo y el talento de otras compañeras cafeteras.

“Aquí en Gaitania la ganadora de la ‘Taza de la Excelencia’ en el 2006 fue una mujer, **Edith Enciso**, en medio del conflicto. No pudo visibilizar su café ni lo pudo mostrar, porque aquí tocaba que estar escondidas y al territorio no podía entrar cualquiera. Las personas tenían horarios que cumplían con temor”, recuerda Leo. Pero no fue la única vez que Planadas se alzó con dicho galardón: en 2015 otra **mujer de Gaitania, Astrid Medina Pereira**, fue la ganadora de la **Taza de la Excelencia**, certamen organizado cada año por la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia (Fedecafé) y la organización internacional The Alliance for Coffee Excellence. “Mi hijo, con el café La Leona, ganó el octavo lugar en la Copa de la Taza de la Excelencia también en 2015. Fue el cafetero más joven de Colombia en lograrlo”. Ese mismo año fue asesinado.

## Una paz incierta

Pese al floreciente “**grano de la esperanza**”, la paz en Planadas no está libre de riesgos. “Hay mucha incertidumbre, no sabemos lo que está pasando”, explica Leo, que habla de la amenaza de los llamados “**grupos posdesmovilización**”: “hablan de disidencia, de grupos que no sabemos quiénes son, de dónde son, cómo son... Con la guerrilla se sabía quién era el guerrillero, pero uno ahoritica no sabe quién es quién”.

“**158 armados con fusiles** en Ataco-Planadas. ¿Y eso es delincuencia común?” Ironiza la concejal mientras conversa con vecinas. “El último que mataron, fue dentro, aquí en el pueblo, en plena calle, y las mujeres no nos estamos escapando de la muerte, **lo asesinan por callarlo o callarla a uno**”, lamenta Leo.

“Temores tenemos —continúa la lideresa— porque aquí controlaba la guerrilla, pero hoy en día tenemos fuerza pública, y tenemos harta”. Planadas también aloja una gran base militar

del Ejército, en medio del casco urbano. A diario, los campesinos y campesinas se cruzan con los **soldados** en las cafeterías y bares. “Y no sabemos cómo es el control de estas Fuerzas Militares, ya que no sabemos ya ni a qué atenernos. Porque hasta miedo tenemos: usted sabe que en el huerto de papá puede haber una **papa podrida**, y eso puede pasar en el gobierno”, reflexiona Leonoricel.

Por ese motivo, la concejal cree que es primordial que se apliquen realmente los acuerdos de paz y el esclarecimiento de la verdad. Reclama capacitaciones para poder llevar a cabo los proyectos de desarrollo planteados para el pueblo y recoge el llamado de las mujeres a “que el gobierno cumpla”.

Para lograr esa paz para las mujeres que tanto ansía, Leo resume en una palabra qué es lo ellas más necesitan: **educación**. “La educación es fundamental, charlas y capacitaciones de equidad de género y empoderamiento, pero no solamente a la mujer, sino a las familias. Esto es lo que más reclaman las mujeres. Que lleguemos a las veredas, a las zonas más alejadas”.

La Leona tiene clara cuál es su perspectiva de futuro en cuanto a la organización de las mujeres en Planadas: “Las quiero ver bien, viviendo bien, educadas y empoderadas como mujeres”.

## **ANEXO 5. Yuliana Cepeda**

### **Berracas. Capítulo II**

## **Yuliana Cepeda**

### **“Si el gobierno hubiera tenido en cuenta a toda la población, la guerrilla no hubiera existido”**

Yuliana está un poco molesta. “Yo soy una de las que tiene una carpeta así de grande”, arguye mientras señala el grueso de su carpeta con las manos. Está repleta de diplomas y certificados obtenidos en los cursos que se han hecho en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) “Marquetalia Cuna de la Resistencia”. Hace tres años que Yuliana vive allí con su familia. Habitar en el ETCR es complicado. Formarse en el ETCR, también: “Se dan unas capacitaciones, pero la gente guarda su papel y lo archiva, porque no van a servir de nada. Si se enseña a criar a un marrano, pues que nos den el marrano. La gente del campo necesita teoría y práctica inmediatamente”.

Yuliana Cepeda (pseudónimo) es una exguerrillera de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en proceso de reincorporación. Tras los Acuerdos de Paz de La Habana, en 2016, entregó las armas. Los miembros de las FARC se disponían a iniciar el proceso de reinserción en la sociedad y a fundar su partido político. La firma de los acuerdos supuso la constitución de veinte Zonas Veredales de Transición y Normalización



(ZVTN) repartidas por el territorio colombiano, que más tarde se convertirían en los ETCR. En la actualidad, los 24 ETCR existentes se han incorporado a los centros poblados o forman parte de extensiones de corregimientos y veredas y acogen a 3.296 hombres y mujeres de la antigua guerrilla, según las cifras presentadas por la *Revista Semana* en su artículo “Las Farc llegó para quedarse”.

En el espacio territorial “Marquetalia Cuna de la Resistencia” (oficialmente ETCR El Oso), viven aproximadamente 160 personas, 70 de las cuales forman parte del proceso de reincorporación. El campamento es reducido y está todavía en construcción. La naturaleza de su entorno es exuberante. Grandes cerros verdes enmarcan las casas amarillas del campamento. La parte inferior de las viviendas está pintada de tonos pastel: los hay azules, rosas, naranjas, rojos y verdes. La vivez de los colores aporta pizcas de alegría al ambiente pesado de las callejuelas del ETCR. La convivencia no es fácil. En cada casa viven tres o cuatro familias que comparten un solo baño y una sola ducha. Muchas también tienen que comer en la misma pieza donde duermen. “Nos trasladaron desde el Valle del Cauca. Ha sido muy complicado vivir, porque estamos todos muy condicionados. Tampoco teníamos las mejores formas de subsistir dentro de la selva, pero al menos existían espacios privados”, explica la exguerrillera del Frente 21.

### **“Todos los guerrilleros y guerrilleras fuimos arrastrados a ingresar”**

Yuliana ingresó a las FARC cuando tenía quince años. “Ingresé en un pueblito que se llama Bilbao, en el sur del Tolima. Esta parte de la región siempre ha sido catalogada como zona roja”, señala. Yuliana es muy expresiva. Se muerde el labio según las preguntas que escucha y sus rasgos se endulzan cuando recuerda experiencias: “La mayoría de hombres y mujeres que ingresamos es porque nacimos y nos formamos en medio de las FARC. Entonces uno se llenaba de inquietudes: ¿Cómo será una mujer en la guerrilla? ¿Qué hará un hombre en la guerrilla? ¿Cómo duermen? ¿Cuáles son sus actividades? Yo me hacía esos interrogantes y no encontraba respuesta”.

En cierto modo, los integrantes de las FARC le despertaban admiración. “Uno los miraba y decía: ¡Tan chévere que viven ellos!”, recuerda Yuliana, que los observaba en el cafetal, en los ríos o en los caños de su pueblo. Sentía que tenían una cultura diferente. “Su modo de vestir de camuflaje, las mujeres con las orejas llenas de aretes, los muchachos con chaquiras que les colgaban de los hombros...”. Yuliana decidió ingresar y la aceptaron. Aunque no solamente la apariencia fue lo que la condujo a las FARC. En el campo, los jóvenes se encuentran con ciertos condicionantes que favorecen su ingreso. La falta de referentes y la pobreza de sus familias, les llevan a encontrar en las FARC una manera de luchar por el cambio. “Yo pienso que, de cierta manera, todos los guerrilleros y guerrilleras fuimos como arrastrados a ingresar. Debido a la falta de oportunidades”, reflexiona Yuliana, que participó durante 10 años en la lucha armada.

Para ingresar en las FARC la persona tiene que cumplir ciertos requisitos, aunque eso no fue obstáculo para Yuliana: “cuando usted está como una mula, le pueden poner mil obstáculos que así no sepa cómo, usted los salta”. Una vez es aceptada, la persona dispone de un tiempo para pensar si verdaderamente quiere partir. “Yo ingresé y me fui. Empecé mi vida de guerrillera, aprendiendo la rutina diaria que teníamos dentro de la organización, preparándome y conociendo mucho territorio, porque nosotros nos íbamos

moviendo. Si anocheábamos en un espacio, no amanecíamos allí y si amanecíamos pues no anocheábamos”, describe Yuliana. Por su forma de hablar, se la ve orgullosa de lo que relata. Además, Yuliana tiende a reiterar elementos en la frase para enfatizarlos y a doblar siempre los sujetos al masculino y al femenino. Su discurso también se teje con diversas frases del campo que le brotan de manera fluida en los distintos temas de conversación.

Las FARC nacieron como ejército guerrillero organizado en 1964 tras el ataque militar realizado contra los campesinos organizados en Marquetalia (corregimiento de Gaitania, en el municipio de Planadas, Tolima) y otros territorios del sur del Tolima. Las FARC fueron formadas por campesinos de diferentes orígenes y orientaciones políticas que se habían organizado previamente en autodefensas, como respuesta a la violencia bipartidista de finales de la década del cuarenta y los años 50, y de los fracasados procesos de amnistía promovidos por el dictador Gustavo Rojas Pinilla (1953-1958). De acuerdo con el artículo “La ‘operación Marquetalia’ en 1964” publicado por el portal *Señal Memoria*, “en un contexto de guerra fría y de miedo al comunismo, el Estado interpretó la organización campesina en torno a propiedades colectivas como una amenaza al monopolio de la fuerza y como una alineación con el comunismo”, así que decidió su exterminación enviando 16.000 efectivos de las fuerzas armadas, según cifra *El Espectador* en el artículo “Operación Marquetalia, 53 años de un mito fundacional”. Pero la Operación Marquetalia no logró terminar con las organizaciones campesinas, que se reagruparon en guerrillas móviles bajo la dirección de Pedro Antonio Marín, alias Manuel Marulanda Vélez, uno de los fundadores y líderes de las FARC.

“Éramos una ley ilegal, como nos decían a nosotros. Pero éramos ley”, comenta Yuliana con una sonrisa. “Eso es lo que más le molestaba al gobierno y a las instituciones de la región. Si la policía llamaba a una reunión, pues muy raro el que va. Pero si nosotros convocábamos, fuera por lo que fuera, la gente estaba ahí”, describe. Las FARC actuaban como autoridad local del territorio donde estaban y promovían el orden y la buena relación entre comunidades, explica Yuliana. “Si estábamos en Gaitania y había guerrilla, nosotros hacíamos lo que hace hoy en día la policía. Entrábamos en los establecimientos públicos y el que estaba armado con una peinilla o con una navaja, todo eso iba para afuera. Y a nosotros nunca nos ponían problema. De cierta manera, nos habíamos ganado el respeto de la gente”, declara la excombatiente.

Yuliana está sentada junto a uno de los muchos murales que decoran el ETCR. En él se ven dos campesinos con rasgos indígenas y la piel del color de la tierra. A la izquierda, un hombre sostiene una mazorca, a la derecha, una mujer anciana usa su bastón mágico, símbolo de sabiduría, de experiencia, para guiar a su comunidad. Mientras Yuliana conversa, su hija Laura revolotea alrededor de la silla. Tiene apenas dos años. Juega con las piedras y, de tanto en tanto, reclama un poco de la atención: “¿Qué quieres amor?”, le responde Yuliana con ternura. En el antebrazo, Yuliana luce un tatuaje con el nombre de su hija unido de principio a fin por una línea que dibuja un infinito. Laura pide agua. Su madre va a buscar una botella, le da delicadamente de beber a su hija y tras tomar un par de sorbos ella también, prosigue su discurso.

“Pues para mí que estuve allá, que compartí, que viví, que sufrí... Es una historia, un momento muy agradable. Distinguí personas que si no hubiera ingresado no las hubiera

podido conocer. Las experiencias que vivimos allá, nunca más se vivirán del mismo modo. También la formación que teníamos en su momento, la ideología y la política es algo que le motivaba a uno. Nosotros no ganábamos un sueldo, estábamos a conciencia”, describe Yuliana. La exguerrillera siempre llevaba su fusil, razón por la cual entiende que “una no puede estar obligada en la organización, pues tiene su arma”. Siente que aprendió mucho en las FARC: “se hacían cursos de enfermería o de política”, cuenta. También se enseñaban distintos valores, como a hablar sin miedo apropiándose de lo que uno sabe o bien a respetar a toda clase de persona. “La formación de nosotros siempre fue enfocada a la pelea por el bienestar de todas las comunidades, sobre todo las más desfavorecidas y olvidadas por el Estado”, añade la exguerrillera.

Yuliana subraya que estar en la selva también lleva al límite a las personas: “A veces, sufríamos más de lo que estábamos bien. Pero teníamos claro que dimos la palabra y que debíamos enfrentar la situación”. Aun así, el miedo era un sentimiento recurrente: “¿Cómo no le va a dar miedo si uno estaba preparado para que en cualquier momento lo intentaran matar?”. La sensación de incertidumbre se apoderaba de las combatientes “en un bombardeo o cuando capturaban a una guerrillera o guerrillero y no se sabía lo que iba a pasar. Muchas veces había muertos y nos tocaba cargar con ellos. Pero eran etapas a las que uno se iba acostumbrando y sacaba el valor, la adrenalina del momento para reaccionar rápidamente”. Para superar el miedo, “la manera es saberlo controlar. Nosotros teníamos unos reglamentos, las guardias, la disciplina... Y eso era como nuestro escudo. Si uno los cumplía, vivía bien”, explica la exguerrillera. Además, durante la guerra Yuliana se sentía en consonancia con sus compañeros, pues todos estaban en la misma situación.

### **El antes y el ahora. La vida después de las armas**

El ETCR El Oso se encuentra cerca de la selva de Marquetalia, el mismo lugar donde surgieron las FARC. Por eso los habitantes de El Oso rebautizaron el espacio como ETCR “Marquetalia Cuna de la Resistencia”. Para llegar a la vereda que da origen al grupo guerrillero hay que cruzar el río Atá y adentrarse en las montañas de la Cordillera Central. “Uno camina rodeado de cultivos de café y de frijol hasta el Vallecito, una pequeña colina donde está el rancho que habitó Manuel Marulanda, también conocido como Tirofijo. La casa albergó campesinos liberales con ideas comunistas, que posteriormente vendrían a ser los máximos dirigentes de la guerrilla de las FARC [...]. Las FARC llegaron a tener más de 20.000 hombres en sus filas. 7 bloques, 64 frentes, presencia en 24 de los 32 departamentos de Colombia y presencia a través de campamentos en Venezuela, Ecuador, Panamá y Brasil”, según la información de *Radio Nacional* en la crónica “Marquetalia, el paraíso que vio nacer una guerrilla”. Yuliana está orgullosa de haber pertenecido a la organización: “Muchos dicen que éramos malos y que no teníamos futuro, pero las FARC arraigaron en todo Colombia”.

Laura vuelve a reclamar la atención de su madre. Esta vez quiere mamar. Yuliana la recuesta en su regazo y le da pecho. Es una estampa dulce. Laura es uno de los motivos principales por los que la exguerrillera lucha a diario. “Tenemos nuestra familia y tenemos nuestros hijos, que antes no podíamos tener por las circunstancias”, señala Yuliana. Durante el conflicto armado, muchas guerrilleras daban a luz hijos que no podrían cuidar y debían dejarlos con otros familiares para seguir en el frente. Desde que se firmaron los

Acuerdos de Paz, han nacido muchos niños y niñas fruto de la nueva estabilidad de los exguerrilleros. En el espacio territorial Marquetalia Cuna de la Resistencia viven 50 de ellos. Yuliana denuncia que tampoco se han tenido en cuenta las necesidades de los más pequeños, pues no cuentan con un espacio específico para ellos: “Ni siquiera un columpio para que se distraigan, un espacio para recrearse, para hacer manualidades. Así como me ven ahorita con la niña, así me tengo que ir a trabajar, así me tengo que ir a estudiar, así me toca participar en reuniones, con ella así o durmiendo en el coche”.

En el ETCR, Yuliana ha adquirido nuevos roles distintos a los que tenía en la selva. “Ahora, estamos encargadas de una casa, de un niño, de atender reuniones... Pero bueno, también es una oportunidad de conocer grandes personas, hacer contratos, canalizar en cierta manera recursos...”, sopesa la exguerrillera. Yuliana asegura que en las FARC siempre se han respetado a las mujeres y que en la guerrilla vivían en condiciones de igualdad en relación a los hombres. “El hombre hacía de comer y la mujer también. La mujer iba al combate, el hombre también iba al combate. La mujer iba a remolcar, el hombre también iba a remolcar. Las tareas eran iguales”, explica.

“Éramos unas heroínas. A diario la historia ha querido mostrar a la mujer como víctima, la mujer que dejó a su hijo para irse a alguna organización armada, o la mujer que desplazaron, violaron o asesinaron... Pero dentro de organizaciones que en su momento se alzaron y fueron como esa piedrita en el zapato del gobierno, hubieron mujeres valientes, muy echadas p’alante, que lo dieron todo y pelearon”, relata Yuliana. Del mismo modo, también reconoce la importancia de las mujeres que pertenecen a asociaciones y que tienen un rol de liderazgo social. “Nosotras estábamos en el monte, estábamos armadas. De cierta manera teníamos un respaldo muy grande, estábamos en la organización. Pero también hay muchas mujeres que hoy en día pertenecen a asociaciones, son profesoras, presidentas de juntas... Eso hace que la mujer juegue un papel importante, termine más arriba y se vaya empoderando con todo lo que tiene que ver con un nuevo y un mejor vivir”, observa Yuliana.

Según Yuliana, los reglamentos de las FARC eran drásticos y se obligaba a “respetar la integridad física y moral de todos los guerrilleros y guerrilleras y miembros de la población civil. Que un hombre pegara o tratara de hacer cosas no debidas a una mujer dentro de la organización, eso era peor que un delito. Mejor dicho, como dice el campesino, era mejor tocarle las huevas a un muleto que ir a tocar a una mujer”, describe Yuliana. La exguerrillera también explica cómo esas mismas doctrinas las imponían a la población civil. “Por ejemplo, en muchas experiencias que viví de hombres que pegaban a las mujeres, se les sacaba a la calle, todo el día a recoger basura y se le daba la vuelta a todo el pueblo con una cartelera atrás: ‘Me tienen por pegar a mi mujer’. Se hacía algo público para que la gente se diera cuenta de lo que estaba pasando. Y eso en cierta manera aquietaba a la gente. Para un ladrón, lo cogían y se hacía una reunión con la comunidad. Entonces se le decía: se va, se muere o cambia. Porque así eran las cosas. Así hablábamos nosotros, era la verdad”, relata la excombatiente.

Organizaciones como SISMA, ONU mujeres y la Ruta Pacífica afirman, sin embargo, que la violencia de género en el conflicto armado no excluye a las FARC de responsabilidades. Además, esta violencia también ocurrió dentro de la misma organización. Lo demuestran

revelaciones como las que Elda Neyis Mosquera García, alias Karina, ex comandante del Frente 47 de las FARC, hizo a la Fiscalía acogiéndose a la Ley de Justicia y Paz. Karina aceptó su participación “en 218 crímenes, algunos de ellos contra mujeres, al tiempo que ha detallado políticas de la guerrilla que incluyen el aborto y la planificación forzada”, según el portal *Verdad abierta* en el artículo “No es cierto que las Farc son un abortadero todo el tiempo”.

En el mismo texto del portal informativo se incluyen algunas puntualizaciones de Victoria Sandino, exguerrillera de las FARC que trabajó para incluir la perspectiva de género en los Acuerdos de Paz: “No digo que no se presenten cosas hacia la población, es posible que se hayan presentado cosas porque en todos los grupos sociales y humanos hay ese tipo de fenómenos, nuestro comportamiento no es homogéneo, pero para eso hay las reglas internas”. En relación con la violencia de género dentro de las FARC, Sandino matiza que seguramente “hay expresiones machistas” pero que a las FARC se las cuestiona como si fueran ajenas a la sociedad colombiana, lo que en realidad no es cierto. En este sentido, las Naciones Unidas, señalan en el estudio “Poner fin a la violencia contra la mujer” que “la violencia contra la mujer no es el resultado de la falta de ética personal u ocasional, sino que está más bien profundamente arraigada en las relaciones estructurales de desigualdad entre el hombre y la mujer”.

### **Marquetalia Cuna de la Resistencia, un espacio de trabajo en comunidad**

La entrada del ETCR Marquetalia Cuna de la Resistencia está custodiada por dos militares. Yuliana explica que padecen problemas de seguridad, porque vienen desde fuera a atacar a los excombatientes. Desde la firma del Acuerdo Final de Paz se han asesinado 198 personas en proceso de reincorporación, según datos que la Misión de Verificación de la ONU en Colombia emitió en un comunicado el 9 de mayo de 2020.

Algunas de las palabras de Yuliana son engullidas por el ruido de los Jeeps que circulan por la carretera. La excombatiente se encuentra cerca de la entrada del campamento, al lado de la carretera que ella y sus compañeros han limpiado esta mañana como parte de los trabajos comunitarios que hacen cada viernes. “Normalmente no hay tanto tránsito. Pero el sábado y el domingo suben unos carros donde escasamente se ve el parabrisas del conductor. Están así de gente mire”, responde mientras hace un gesto de abundancia con la mano. Entre los dos palos que enmarcan la modesta entrada al campamento se extiende una tela blanca un poco resquebrajada. En cierto modo, actúa como insignia de paz, un nexo entre el pasado y el presente. Un antes y un después en el conflicto armado.

La hija de Yuliana se ha dormido en sus brazos. Ella la acuesta suavemente en el cochecito y se dispone a hacer un paseo por el ETCR. “Aquí los viernes es el día de trabajo colectivo. Por la mañana, se abona, se limpia y se coge el café de las plantas que tenemos. También se limpia conjuntamente la carretera. Las mujeres hacemos aseo en los sitios donde se hacen reuniones o eventos. Por ejemplo, el restaurante, el economato, donde se guarda la remesa que nos llega, y tenemos también el matadero, que es donde se sacrifica la res”, describe. Uno de los primeros cobertizos que se divisan desde la entrada es el restaurante. Tiene los bordes rojos y el logo de las FARC estampado en la pared. Las mesas de billar tapadas y las colillas que llenan los ceniceros improvisados con botellas de plástico

desvelan que el espacio también funciona como sitio de reunión y ocio. Ahora está desierto, pero durante la noche se debe llenar de vida. Antes de continuar, Yuliana se detiene en su casa para pedirle a alguien que cuide de Laura. Los caminos irregulares del campamento hacen imposible caminar más de doscientos metros con el cochecito.

Unos sacos de tierra apoyados contra un muro indican que el campamento todavía no está terminado. Yuliana protesta porque siente que el gobierno no hace todo lo que está a su alcance para mejorar la situación de las comunidades campesinas: “Hay una frase muy bonita que dice: ‘el campo es nuestro motor’. Pero en el campo no invierten. Entonces, pues ahí estamos. Al gobierno le falta voluntad de que verdaderamente esto cambie. Todo está en sus manos”. La excombatiente destaca la necesidad de que les concedan proyectos colectivos para poder tener una economía solidaria. Pero por el momento, solo les llegan proyectos individuales. “Por ejemplo si tu proyecto lo vas a invertir en ganado, te dan 8 vacas. Pero si me van a dar 8 vacas, yo necesito donde meterlas, cómo tecnificarlas en cierto modo. O bien, las ayudas que le llegan al campesino son de 10 gallinas, cuando tal y como está el precio de la cubeta, es más caro lo que invierten criando la gallina que lo que van a obtener de la venta de sus huevos. Eso no es una reincorporación como la que se firmó. No estamos pidiendo todas las ayudas y que seamos la niña de sus ojos, no. Solamente que cumplan”, sentencia Yuliana.

Entre las casas del ETCR también se aprecian algunos espacios comunes, señalados con un cartel en la entrada: el puesto de administración, el área de salud, el aula... Este último llama especialmente la atención. Su entrada está coronada por un colorido mural con una guitarra, cuya madera se funde con el tronco de un árbol y de cuyo centro crecen unas hojas de plátano. Como fondo, las montañas verdes de la Cordillera Central en un día resplandeciente. En primer plano, las manos de los niños y niñas que habitan el ETCR. Este espacio funciona como el colegio de Marquetalia Cuna de la Resistencia. Es una construcción austera que cuenta con una sola pared hecha de madera. El resto del espacio queda limitado por una sutil barandilla.

El aula habla por sí sola. Repartidos por el espacio hay varios carteles que incitan a apagar los móviles y también algunos lemas para promocionar el estudio: “Las mentiras ofenden a los inteligentes, a los ignorantes les da esperanza”, o bien: “La mente es el mejor activo. Inviértele”. En ambas esquinas de la pared hay una pequeña biblioteca y en el centro una tela pintada a mano. Se trata de un mapa del municipio de Planadas, donde se encuentra el ETCR. La silueta está repleta de la realidad de los pequeños del campamento: familias, pájaros, naturaleza, música, montañas, animales del ganado... En la tela también hay escritas tres palabras: “Reconciliación, Amor, Paz”. En la pizarra del aula permanecen los apuntes de la última clase que se dio: “La problemática de la vivienda: el presente ensayo habla sobre la problemática del acceso a la vivienda digna en Gaitania”. Ese día los alumnos también se llevaron como deberes hacer un escrito sobre la economía campesina. “Aquí también se estudia”, recalca Yuliana. “Tenemos un programa donde colaboran el Consejo Noruego para Refugiados, la Universidad Nacional Abierta y a Distancia y la Fundación Colombiana de Excombatientes y Promotores de Paz, que son los que nos están dando el estudio en cierta manera. Ya va completar dos años y algunos nos hemos graduado estando acá”.

Al salir de la escuela, en uno de los cobertizos que da a la calle principal, se divisa un cartel de "Felicidades". El ambiente es festivo, suena música y madres y padres se acumulan alrededor de la casa del cumpleaños. Parece que se celebra una fiesta. "Morir matando es la ley, así comienza el corrido. Así lo dijo Miguel, cuando iba a ser detenido. Prefiero, morir matando, antes que me hagas cautivo...", proclaman desde el altavoz Los Tigres del Norte con su canción "Morir Matando". El tema narra la historia de Miguel, que dispara a un teniente y termina desaparecido. Yuliana cruza la fiesta para dirigirse a la parte baja del campamento, donde los excombatientes tienen un proyecto piscícola. La sigue un perro de pelaje claro llamado Mateo, que busca que le lancen palos o piedras para correr tras ellas.

En medio de un terreno arenoso, cinco estanques cubiertos con una capa de plástico amarillo emiten ruidos de agua en constante movimiento. Las tilapias rojas son una de las grandes apuestas productivas de la población excombatiente del ETCR El Oso. Muchos de los participantes del proyecto reciben un mensaje de WhatsApp en la noche: "Los peces están sin novedad". Yuliana explica que se informan por los celulares sobre las últimas noticias: "Hacemos guardia a los pescados, porque el oxigenador tiene que estar funcionando todo el rato. A veces, también reportamos bajas de pescados". Según el diario *El Cronista* en su artículo "Mujeres excombatientes de las Farc impulsan proyecto piscícola en Tolima", "El proyecto consiste en producir 17.000 unidades de tilapia para comercializar como consumo doméstico (...) se espera una producción de 1.200 a 1.500 unidades que serán comercializadas a partir del mes de abril [de 2020] en mercados locales". El proyecto cuenta con el apoyo del Ayuntamiento de Madrid (España), el ministerio de Agricultura, la Fundación Futuro y Desarrollo Comunitario (FUDESCO), la Red Nacional de Agencias de Desarrollo Local en Colombia, la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN) y la Alcaldía Municipal de Planadas. El Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) fue el encargado de dar las capacitaciones a la población excombatiente para mejorar la producción y la calidad de las tilapias.

Al lado de los estanques se encuentra un humilde campo de fútbol. El desgaste del suelo es resultado de los muchos partidos que se han jugado en ese espacio. Dos pequeñas porterías blancas y dos más grandes marrones situadas en perpendicular completan el terreno de juego. "Esa es la cancha que tenemos nosotros. Ahí jugamos a micro, a mí me gusta harto. Cada sábado hacemos deporte con las comunidades en la escuela que hay más arriba del ETCR. Hombres, mujeres, todos ahí jugando", apunta Yuliana. La exguerrillera sigue su ruta, ya de regreso a la entrada del campamento. Cuando se cruza con alguien conocido, lo saluda amigablemente.

Las pisadas de Yuliana quedan amortiguadas por el roce de las hojas de plátanos que decoran la carretera. Un poco más lejos, Yuliana señala unas plantas de café. "Todo este café nosotros lo sembramos", explica. Las tilapias no son el único proyecto productivo de los habitantes de Marquetalia Cuna de la Resistencia. También han desarrollado una marca colectiva de café con miembros del cabildo indígena Nasa Wes'x y familias caficultoras de la región: el Tercer Acuerdo. En julio de 1996, los indígenas nasa y las FARC firmaban entre ellos el primer acuerdo de paz. El segundo acuerdo fue el de la terminación del conflicto, firmado con el Gobierno. La nueva marca de café simboliza un "Tercer Acuerdo" que recupera el tejido social entre indígenas, comunidades campesinas y excombatientes.

Distintas asociaciones aportan café para la fabricación de la marca y desde el ETCR se empaca y se vende.

Tras el fin del conflicto, las FARC han estrechado lazos con las comunidades de Gaitania. “Yo pienso que tanto incumplimiento que ha habido por parte del gobierno, nos ha llevado a que nosotros vayamos construyendo alternativas. La integración con las comunidades también ha crecido, pues tenemos las mismas necesidades de estudio, de seguridad, de salud, la sensación de olvido...”, matiza Yuliana. La excombatiente hace balance de cómo se ejecutan las medidas de los acuerdos: “Creo que por el afán de participar en la política se cometió un error muy grande en hacer la dejación de armas en una sola etapa. Eso hizo que hoy no estén cumpliendo el acuerdo”. Yuliana siente que las FARC han perdido autoridad: “Cuando estábamos aquí armados, a nosotros nos cumplían. Pedíamos agua y nos llegaba agua. Ahora, pedimos agua y no nos mandan nada”, se lamenta la madre de Laura con un deje de tristeza en los ojos.

Los excombatientes pusieron confianza en sus superiores para finalizar la lucha: “éramos una organización subordinada y decíamos que tras 52 años de la organización en armas había que dejar hacer a nuestros jefes. Pero fuimos muy ingenuos porque depositamos un grado de confianza en personas que no lo saben valorar”, concluye Yuliana. La excombatiente duda sobre el camino que ha seguido la organización desde sus inicios. “La verdad, el camarada Manuel Marulanda Vélez, el fundador de las FARC, tenía unas ideas claras. Pero cuando un camarada falta, inmediatamente viene un reemplazo. Y muchas veces el reemplazo no sigue con el mismo alineamiento. Yo pienso que, si el camarada Manuel hubiese estado vivo, o el camarada Alfonso, o el camarada Jorge Briceño, nosotros no estaríamos acá. De pronto sí hubiera habido unas conversaciones y un diálogo. Pero no serían así como las estamos viviendo”, reflexiona la excombatiente.

A pesar de todo, “también son oportunidades que a uno le da la vida y que hay que saber aprovechar”. Tras los acuerdos, la respuesta que generan en las comunidades con las que conviven es distinta. Antes “la gente se mantenía tensionada. Había esa zozobra, no porque llegó la guerrilla sino porque en algún momento se venía un combate. Muchas veces la misma gente de la comunidad informaba al ejército por plata. El gobierno tomaba la necesidad del campesino y la utilizaba como método de guerra contra nosotros. En las FARC lo entendíamos, pero también manejábamos nuestra seguridad”, describe Yuliana. Ahora, por el contrario, han recibido agradecimientos de estar en la vereda. “Nos dicen que gracias a que nosotros estamos acá viven una tranquilidad. Que no están pensando que un helicóptero va a rafaguear, que va a haber un tiroteo mientras recogen el café, un falso positivo, un muerto... Eso hace que nos sintamos aceptados dentro de las comunidades”, expresa la exguerrillera.

### **“La paz es posible, pero hay que construirla”**

“Allí está el caserío y la parte de Campohermoso...”, señala Yuliana mientras sube la por la carretera. “La verdad es que por la montaña usted se trasladaba fácilmente de un pueblo a otro pueblo. De Herrera a Bilbao, de Bilbao a Planadas y de Planadas a veredas, a Chaparral... Todo eso a pie, por la montaña y los páramos. Ahora amanecemos y anohecemos y miramos lo mismo, pero al menos no nos hemos quedado quietos”, sonrío



la excombatiente. De regreso a la parte principal del ETCR, la fiesta todavía sigue. Al observar con más detenimiento, en algunas paredes aparecen murales antes desapercibidos. “Por nuestros muertos ni un minuto de silencio, toda una vida de combate”, se lee en un muro junto al nombre de muchos excombatientes fallecidos. En otra pared hay una frase de Alfonso Cano, dirigente de las FARC tras la muerte de Marulanda: “Como revolucionarios y luchadores de la causa popular estamos obligados a buscar las vías menos dolorosas para alcanzar el poder”.

Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, las guerrillas son responsables de 36.682 ataques contra la vida y la integridad física durante el conflicto armado. Se trata del 17% del total de este tipo de violencia. Los paramilitares son responsables del 43% de estos ataques y los agentes del estado del 4,5%. “Se dice que se perdona, pero no se olvida”, afirma Yuliana. “Muchas veces se perdieron vidas y si a uno le mataron un familiar, ¿decir que lo perdona y que cuando lo ve no se acuerda de ello, no es una mentira?”, reflexiona la excombatiente. El ETCR El Oso ha funcionado como espacio de reconciliación entre las FARC y las comunidades. Por ejemplo, acogió la primera Mesa Técnica para la No Repetición, donde víctimas y victimarios se encontraron en un mismo lugar. “Es muy duro sentarse en una mesa y que haya la madre de un muerto. Uno piensa que, aunque lllore y se arrodille ante esa persona, esta no va a quedar satisfecha. Una forma no tan extrema que tiene que ver con el perdón es la reconciliación. Por lo que nos han dicho, en lo relacionado con la búsqueda de desaparecidos y la Comisión de la Verdad, la gente quiere saber qué pasó: ¿Por qué lo mataron? ¿Cómo? ¿Quién lo mandó matar? Cuando se comparten historias se llega a un diálogo y se produce un acercamiento”, analiza Yuliana, que pone énfasis en la importancia de la narración como herramienta para la construcción de paz.

“Pienso que la paz es posible, pero la paz hay que construirla. Hay que poner mucho compromiso de todas las partes. Tanto el campesino, como el concejal, como las fuerzas militares, los medios de comunicación...”, afirma. Según la excombatiente, las FARC esperan oportunidades y espacios de participación política, donde puedan hablar y dialogar con sus opositores y mostrar su pensamiento. “Hay gente que no nos conoce y nos odia, porque los medios de comunicación dijeron que nosotros éramos terroristas. Sencillamente así”, dice con contundencia Yuliana. “De nada sirve que yo en mi territorio esté trabajando por la paz, cuando un medio de comunicación está diciendo que, en el sur de Tolima, todos los combatientes se fueron para la disidencia [grupos residuales de las FARC que han continuado con la lucha armada]”.

No hay una única perspectiva bajo la cual analizar el conflicto armado que ha vivido Colombia. Victimarios y víctimas se intercambian papeles según el testigo que narra la historia. “Yo me considero víctima, porque si tal vez el gobierno hubiera tenido otras prioridades, como tener en cuenta toda la población, tal vez la guerrilla no hubiera existido. La guerrilla existió por la desigualdad. Lo que pasó en el 64 todavía persiste: la gente quería una escuela y una vía, un camino, una carretera. Y en vez de ayudarlos les metieron armas y bombas y aviones. Y por eso surgió, fue como el principio de la organización. El gobierno tiene todas las herramientas para que no solamente cambie la forma de vivir de nosotros como excombatientes, sino también la de la comunidad”, concluye Yuliana.

La excombatiente regresa a su casa y lo primero que hace es preguntar por su hija: “Nené, ¿con quién quedó la niña?”. Su cobertizo está repleto de ropa azul, rosa y blanca que cuelga de todos los hilos y estructuras existentes. Mientras habla, el rostro de Yuliana se esconde por momentos entre las cortinas tricolores. “Pero saben qué, hay un historiador que dice que nadie nace aprendido, que todos los días aprendemos. Aquí los saberes han sido muy importantes para ir relacionándonos, logrando nuevas oportunidades y conociendo nuevos terrenos. Yo pienso que alrededor de la comunidad también se pueden lograr muchas cosas”, concluye Yuliana con un destello de esperanza en los ojos. Luego va a sentarse con sus compañeras con quienes ultima los detalles de la reunión que tienen en unas horas.

## **ANEXO 6. Luz Ángela Yate**

### **Berracas. Capítulo VI**

#### **Luz Ángela Yate:**

**“Llegó la hora que la verdad sea contada por nuestros propios abuelos y abuelas”**

*Defensa del territorio, sanación de las víctimas y construcción de paz desde los resguardos indígenas de Coyaima, Tolima*

“Mi nombre es **Luz Ángela Yate**, soy la gobernadora del resguardo de Chenche Balsillas, y esta es mi comunidad”.

Hace escasos minutos que Luz se ha retocado el rímel de las pestañas y se ha arreglado su trenza morena sobre el hombro derecho preparándose para la entrevista. Es la primera vez que habla delante de una cámara, pero ya tiene experiencia en defenderse con la palabra. Desde que se convirtió en la **gobernadora** de su comunidad, Luz Ángela se ha reunido con el Gobernador del Tolima, Carlos Guillermo Ospina y con la Agencia Nacional de Tierras, así como con otras muchas instituciones en su lucha por la mejora de las viviendas de su resguardo, para conseguir el saneamiento básico de servicios públicos y la instalación de gas. “Si tenemos que pararnos en la minga para que nos vuelvan a poner el WiFi, pues lo hacemos”, anuncia la gobernadora.

La conexión pública a Internet solo funcionó un mes en la comunidad indígena que lidera Luz Ángela y, desde entonces, a los habitantes de **Chenche Balsillas** les toca ir a Coyaima —el municipio donde se inscribe su resguardo— para conectarse a la red. A una media hora en coche del resguardo, cruzando llanuras de pastos, cañones amarillentos y chabolas esporádicas, se encuentra el centro urbano del pueblo.

**Coyaima** forma parte de la cuenca baja del río Saldaña, sobre el flanco derecho de la cordillera central, al sur del departamento del Tolima. Lo rodean las localidades de Chaparral, Ataco, Natagaima, Prado, Purificación, Saldaña y Ortega. En la plaza principal coyaimuna, la **mirada penetrante de un indígena** saluda al visitante y toma el protagonismo del mural que señala el centro del municipio. Según el Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE), en junio de 2015 en Tolima había 80

resguardos. 75 de ellos estaban localizados en Coyaima, Natagaima y Ortega, con casi el 90% de la población indígena del departamento. En uno de los extremos de la misma plaza principal, la iglesia roja y blanca de San Roque, de puro estilo colonial, se erige como recuerdo presente de los efectos de la cristianización española. En la esquina perpendicular al templo, un supermercado D1 hace competencia al mercadeo local. Al cruzar la calle, las colas en el puesto de venta de lotería dan la vuelta a la esquina.

El rostro de un indígena también ocupa el centro de la bandera del municipio que, de acuerdo con el sitio web oficial de Coyaima, está habitado por un **84%** de población descendiente del **Pueblo Pijao**, quienes históricamente han mantenido una lucha continua por la recuperación de su tierra y de su cultura. Según recoge la Defensoría del Pueblo, la lucha por su territorio y su identidad representa también “el principal factor de vulneración de sus derechos humanos e infracciones al Derecho Internacional Humanitario en el sur del departamento”. Los últimos sesenta años, en el marco del conflicto armado colombiano, no han sido una excepción pese a que los Pijao ya lleven siglos de resistencias a diferentes violencias.

Siglos atrás, la tribu de los coyaimas tenía su asentamiento en esta región cálida y aurífera y conformaban uno de los núcleos de la nación Pijao. En los convulsos tiempos de la **conquista española**, la corona envió al militar Juan de Borja y Armendia para declarar la guerra a los Pijaos que, en el siglo XVI, vivían en ambas riberas del río Magdalena desde el bajo Saldaña, según recoge la historiografía local. La historia se volvió aún más cruel cuando el conquistador, al darse cuenta de las rivalidades existentes entre los pueblos indígenas Coyaimas y **Pijaos**, utilizó a los primeros como aliados a su favor.

“Perdimos nuestra lengua. Estamos intentando recuperarla con los abuelos, pero ya está perdida”, lamenta Luz. De hecho, hay antropólogos que plantean que los indígenas pijaos que existen actualmente son una reconstrucción, porque fueron todos asesinados. Según recoge el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), “del pueblo pijao existen varias hipótesis sobre sus orígenes. Sin embargo, son pocos los estudios arqueológicos realizados para sustentar los análisis antropológicos sobre los orígenes y migraciones que determinaron el proceso de poblamiento de estas comunidades del sur del Tolima”. Debido a la sombra de duda que los acecha, los Pijao ponen mucho esmero en **reconstruir su memoria** y enseñan a estudiantes e investigadores que vienen de las capitales cuáles son sus sitios sagrados, su historia y sus costumbres. Pero en sus escenificaciones protocolarias **la mujer suele estar relegada a un segundo plano**. Los hombres están delante, en línea y erguidos. Mientras, Luz, la gobernadora del resguardo, la líder, la luchadora, se encuentra en un extremo del pabellón, apartada de la institucionalidad y del saludo oficial. El ambiente en la ceremonia y los parlamentos de bienvenida son solemnes y defensivos, cargados de lo que se entiende como “masculinidad”. En el aire cálido pegado de tierra amarilla resuena durante varios minutos el grito de los guerreros: “¡guarda siempre y si es posible hasta la muerte!”.

En el recorrido por su territorio, los Pijao suelen llevar a los forasteros a visitar la **Cueva del Mono**, denominada así por el efecto óptico que provocan sus tres salidas al exterior, dispuestas de tal manera que recuerdan a la faz de un simio. Enfrente de una de sus entradas, los rituales del “taita” impregnan el aire con el olor a tabaco que fuma y exhala. La Cueva es un lugar sagrado para el pueblo Pijao. Según cuentan, muchos de ellos se

refugiaron en ella durante las **masacres cometidas por los españoles** y, pese a que muchos murieron enterrados allí dentro, los indígenas afirman que alguno logró sobrevivir. Por este motivo, la Cueva del Mono es considerada uno de los lugares de rescate del pueblo pijao.

Después de la colonización española y la guerra fratricida entre Coyaimas y Pijaos que él mismo propició, Juan de Borja y Armendia fundó en 1608 el poblado indígena de **nuestra señora del Carmen de Coyaima**, pero no lo constituyó en el lugar que ocupa hoy en día. El caserío fue trasladado a su ubicación actual en el margen del **río Saldaña** el primero de agosto de 1778. Desde entonces, “la población tuvo su época de desarrollo hasta el 10 de septiembre de 1857, en que fue totalmente destruida por un **voraz incendio**”, tal y como recoge la información histórica de la página oficial de Coyaima. Seis años más tarde, cuando el pueblo se recompuso un poco del desastre, la Asamblea Legislativa del Tolima elevó Coyaima a categoría de municipio, el 21 de febrero de 1863.

Pero si hubo un momento en la historia del municipio que puso Coyaima en el mapa fue el 1 de mayo de 1931. Centenares de indígenas y campesinos dirigidos por **Ismael Diógenes Contreras** ocuparon el casco urbano del pueblo y declararon un **soviet** en el municipio después de años de luchas agrícolas, según recoge el historiador Pierre Gilhodes, autor de numerosas obras sobre la cuestión agraria en Colombia.

### **Indígenas organizados en la lucha por la tierra**

En una de las calles colindantes a la plaza principal de Coyaima se encuentra la sede de la **Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima**, ACIT, de la cual tanto Luz Ángela como el resguardo de Chenche Balcillas hacen parte. “Llevo aproximadamente 10 años trabajando con ellos, a nivel interno. Pero ahorita llevo 2 años que empecé a mostrar mi **fuerza**, porque se trata de seguir luchando”. Cuando Luz dice *fuerza*, lo hace con robustez y serenidad. Un equilibrio que se resume en el silencio posterior a la firmeza de su voz, transformada ahora en la sonrisa bondadosa de su boca y sus profundos ojos indígenas. “En este momento soy la encargada de **derechos humanos** y estoy muy orgullosa, porque he ido a muchos departamentos. He sido delegada para contar lo que nos sucede en cada comunidad”.

Por dentro, la sede de la ACIT está decorada con murales del suelo al techo realizados por los mismos miembros de la organización. Las pintadas de la oficina representan **el paso del día**. Al entrar, la pared que queda atrás es el anochecer, a la izquierda está la noche y justo enfrente se encuentra el amanecer. Toda la pared restante es el día. La alegoría del amanecer incluye un gran dibujo de un grupo de campesinos y campesinas indígenas en marcha, enarbolando banderas. Debajo de la composición que representa los campesinos en lucha, una pizarra blanca sin borrar desvela algunos de los temas tratados en la última reunión de la Asociación: la Ley 21/1991, la Ley 89/1890, cuestiones de **gobierno propio** y objeción cultural, pero también, barrer y ordenar la oficina.

La ACIT fue fundada en 1993, impulsada por el **Partido Comunista** y la Unión Patriótica. Como organización indígena ha reivindicado activamente una repartición justa de la tierra y la **recuperación de sus territorios ancestrales**. “Los persiguieron mucho debido a sus tierras y a su pensamiento”, según explica **José Luis Ruiz**, investigador de la Universidad

del Tolima, experto en el conflicto armado en la región y ex coordinador del programa de alertas tempranas de la Defensoría del Pueblo - regional Tolima. “Ellos hacen parte de una herencia histórica indígena del cacique **Eutiquio Timoté**, natural de Coyaima, que fue el primer candidato indígena a la Presidencia de la República en 1934”, explica Ruiz. A día de hoy, la ACIT representa a 24.000 habitantes de 27 cabildos indígenas, según las cifras proporcionadas por su presidente, Darío Fernando Botache.

El **cabildo** es la organización política de las comunidades indígenas, mientras que el **resguardo** es la materialización legal de su territorio. Según recoge la Constitución política de Colombia en sus artículos 63 y 329, los resguardos son “terrenos de propiedad colectiva, inalienables, imprescriptibles e inembargables”.

En la región, las figuras de organización político-administrativa se encuentran agrupadas en la ACIT y en otras tres asociaciones de cabildos indígenas: el Consejo Regional Indígena del Tolima (CRIT), que concentra 19 cabildos, y la Federación de Cabildos Indígenas del Tolima (FICAT), que une a otros 11, según datos del Plan de Ordenación Territorial de Coyaima (PBOT) del año 2000 —el último realizado—. Además, también existe la Asociación de Resguardos Indígenas del Tolima (ARIT), aunque no se encuentra reflejada en el antiguo plan de ordenación. Pese a que el municipio cuenta en total con 55 comunidades indígenas organizadas, sólo 21 son resguardos legalmente constituidos. Sacando pecho, Darío Fernando Botache afirma: “Cuando nos reunimos todas las organizaciones hacemos sentir el Estado”.

### **El espejismo de Zanja Honda**

Una vez Luz Ángela toma de la oficina uno de los **sombreros de palma** que ellas mismas producen, echa la llave a la sede de la organización y emprende rumbo al resguardo de Chenche Balcillas, ubicado “allá donde está la laguna”, y que recibe su nombre del río Chenche. De camino, Luz comenta por teléfono con un compañero de la comunidad que por la mañana ha tenido que actuar con la **guardia indígena** y la policía porque había un señor con un fusil enfadado por desacuerdos territoriales.

Luz explica que aquella laguna, que parece un oasis en medio del calor aplastante, es la presa **Zanja Honda**, un pantano artificial que crearon al juntar quebradas afluentes de ríos como el Saldaña y el Chenche con el propósito de “controlar inundaciones y lograr la regulación de caudales para el riego, dentro del proyecto denominado **Triángulo del Tolima**”, según recoge el PBOT. En sus inicios, el proyecto se auguraba muy beneficioso para toda la comunidad, tanto a nivel agropecuario como hasta a nivel turístico, o al menos así lo promocionaban las autoridades. Hoy, sin terminar y sin funcionamiento oficial, es utilizado principalmente para regar cultivos de arroz. Los habitantes de los resguardos colindantes también lo utilizan para pescar, bañarse y lavar la ropa. “**Esta presa pertenece a nuestro territorio, pero la quieren privatizar**”, denuncia Luz, que se pregunta si tendrán que comprarle el agua a la multinacional para el ganado y para bañarse.

Según rememora la gobernadora, se eligió construir la Zanja Honda en los años ochenta, cuando se hizo la consulta previa del Triángulo Sur del Tolima. Después, en 1993 se constituyeron los cabildos con la organización, y posteriormente “vinieron unos japoneses para negociar la zona del embalse”. Luz dice japoneses, pero según explicaba en diciembre de 2004 el entonces ministro de Agricultura, Carlos Gustavo Cano, el gobierno colombiano

dialogó con el gobierno **chino** para conseguir un crédito que financiase el 65% del valor de la obra, calculada en 340 mil millones de pesos, tal y como recogía el diario *El Tiempo*.

En 2016 el Ministro de Agricultura bajo el gobierno de Juan Manuel Santos, Aurelio Iragorri, comparó esta obra con el **Triángulo de las Bermudas**, pues “los recursos que se destinan para avanzar se desaparecen”, tal y como recogía el periódico tolimense *El Nuevo Día*. En una audiencia pública de la Contraloría General de la Nación y la Procuraduría General de la República en noviembre de 2017, el alcalde de Coyaima, Oswaldo Alape, cuestionó los **elevados costes y las contrataciones** firmadas en los últimos años por el Consorcio Obras Triángulo y la Contraloría identificó **más de 10 delitos penales** y fiscales e incidentes disciplinarios en relación al contrato de limpieza de la presa.

En 2020, el proyecto de riego aún está inconcluso, y de acuerdo a la hoja de ruta del Consejo Nacional de Política Económica y Social (CONPES), la meta de finalización es el 2025. Por eso, tanto la Contraloría y la Procuraduría, así como resguardos indígenas como el de **Chenche Amayarco**, han pedido en diversas ocasiones a la **Agencia de Desarrollo Rural** respuestas concretas sobre el Triángulo del Tolima, debido a que puede generar desventajas a las comunidades indígenas. Según recoge *El Nuevo Día*, aún existen indígenas dueños de predios a los que el Gobierno nacional no les ha terminado de pagar la **tierra expropiada**. De acuerdo con el mismo diario, a finales de 2017 el alcalde de **Natagaima**, Jesús Alberto Manios, estaba “revisando la posibilidad de interponer una denuncia ante la **Comisión Interamericana de Derechos Humanos**, debido a que existiría un detrimento que perjudica directamente a la población indígena”.

“Es una problemática que nosotros tenemos actualmente —explica Luz—, porque en un principio teníamos la visión que el embalse nos iba a garantizar una calidad de vida estable para las familias, pero **los acuerdos nunca se cumplieron**, nunca se socializaron, no se dieron como debe de ser. Es una lucha que viene de muchos años atrás y como líder, este año, la quiero retomar”.

Tras bordear el polémico espejo de agua se llega a la reserva que Luz gobierna, una comunidad de 270 núcleos familiares y unas 1.500 personas. La mayoría de ellas viven en casas de barro, equipadas con mesitas y sillas de plástico en el cobertizo de caña que las preside. Mañana es día de mercado y al atravesar el resguardo es fácil toparse con furgonetas cargadas de plátano **cachaco**. Precisamente, una de las principales ocupaciones de los habitantes de Chenche Balcillas es cultivar la hoja del cachaco, que se utiliza para envolver el tamal, plato típico del Tolima. Los coyaimunos son los que surten Bogotá de cachaco: según recoge la página web oficial de Coyaima, semanalmente salen del municipio unas **300 toneladas** de la hoja de plátano hacia la capital colombiana. En el territorio indígena hay también varias chicherías, que están a reventar. Es este el lugar donde nació la “**Chicha Tolimense**”, una bebida tradicional fermentada, producida a base de maíz, y durante siglos perseguida y estigmatizada. Las comunidades indígenas producen chicha en su territorio y después la venden en el municipio, así como cultivan algodón, arroz y azúcar y crían ganado, mayoritariamente cerdos y ovejas.

Luz explica que frecuentemente sus paisanos empiezan a tomar chicha a las 2 de la tarde y no paran hasta la madrugada, bailando todo tipo de músicas populares. Es una leyenda

tolimense que los Pijao “toman y bailan que da miedo”. Riendo, Luz recuerda aquella única vez que se emborrachó. Lo pasó mal, pero lo recuerda con una sonrisa. En las orillas de las carreteras de tierra se ven muchas bolsas de basura y otros desperdicios arrojados directamente sobre un terreno muy seco. Luz cuenta que pidió al alcalde Alape que hicieran recolecta de basura de casa en casa, “pero no resultó”.

El trayecto termina en la sede de la gobernación del resguardo, ubicada en una casa de paredes hechas de cemento y ladrillos a medio pintar. El edificio donde se hacen las reuniones es, de hecho, el hogar de una familia. En uno de sus muros se ven garabatos hechos por los niños, entre los cuales se puede distinguir algún ojo. Probablemente, alguno de esos trazos esté hecho por la niña pequeña que una joven de 16 años sostiene entre sus brazos. La joven mamá estudió hasta octavo —tercero de la ESO— y afirma que le gustaría seguir estudiando, pero no puede por su hija. Tiene la esperanza de retomarla más adelante, pero “será difícil, porque el papá no se hace responsable”.

### La guerra en los cuerpos territorio

En el patio trasero de la sede de la gobernación del resguardo, Luz empieza a contar la historia de su comunidad —y su historia— con el conflicto armado. Un espacio abierto al aire libre, con una hamaca deshilachada balanceándose ligeramente con el viento.

“Mi comunidad fue azotada del 2000 al 2005. Entonces, hubo muchas mamitas que se tuvieron que ir. Acá tuvimos primero la entrada de la **guerrilla** y luego vinieron las **Autodefensas Unidas de Colombia**, los paramilitares”, recuerda Luz. Según recoge el CNMH, “en la década del noventa, las **FARC** aumentaron su presencia y acciones de control, a través de los Frentes 21, 17, 25 y el Joselo Lozada; junto con las columnas móviles Jacobo Prías Alape y la Daniel Aldana. Además, por su parte, el **Bloque Tolima** intensificó el conflicto en la zona a raíz de su expansión en esos territorios desde el año 2001”.

Disputas territoriales, intereses económicos y conflicto político se entrecruzan en este plano árido mantenido con vida gracias a los ríos. Como subraya el informe elaborado por el CNMH *De los grupos precursores al Bloque Tolima (AUC)*, las tres bases que los paramilitares instalaron en la zona fueron situadas, intencionalmente, sobre el macroproyecto de riego del Triángulo del Tolima, que “ha llevado como resultado desde finales de 1999 un **avance intensificado del paramilitarismo**, (...) dejando un crecido número de víctimas”. En la zona indígena, el **Bloque Tolima** mantuvo control territorial desde su incursión en 2001 hasta su desmovilización en 2005.

“Ellos [los paramilitares] violentaron muchas mujeres, **nos violentaron**, porque yo soy una víctima más de eso”, explica Luz, que cierra sus ojos y posa su mano sobre el pecho. “Y por eso me siento fortalecida...”. Luz hace una pausa, sus ojos se pierden en el vacío y mira hacia un lado en busca de las palabras que no le salen. Su mano sigue en su pecho. Su mirada vuelve, junto con las palabras.

“En mí, como mujer, el miedo que tenía ya... ya se me fue, aunque es algo por lo que una queda marcada como mujer. Así, esa es la idea mía para este año como gobernadora: buscar la forma de **hablar con esas mamitas** que tuvieron ese tipo de problemas, impulsar que ya no tenemos que tener ese miedo por eso que nos sucedió, sino que hay que

comentarlo, ir a los entes en donde nos escuchen, si es que nos escuchan... Sea como sea, siempre seguir buscando la forma de lucharla”.

La relación **cuerpo-mujer-territorio** es clave para comprender los efectos del conflicto armado en la mujer víctima-sobreviviente. Según recoge el mismo CNMH en el libro *Expropiar el cuerpo. Seis historias sobre violencia sexual en el conflicto armado*, al cuerpo de la mujer se le ha otorgado un significado de “**botín**”, lo que implica que las lógicas de poder en los territorios físicos se trasladan a concebirla como un cuerpo-territorio objeto de **conquista** y usurpación. Es el fenómeno que los académicos llaman “territorio corporalizado” o “cuerpo territorializado”. Tal y como recogen las investigadoras Dhayana Carolina Fernández-Matos y María Nohemí González-Martínez, en el conflicto armado colombiano la violencia sexual como estrategia de guerra fue usada como una **práctica extendida, sistemática e invisible**. La propia Corte Constitucional de Colombia, en su Auto 092 de 2008, indicó que todos los grupos armados ilegales enfrentados, “y en algunos casos aislados, agentes individuales de la Fuerza Pública” hicieron uso de la violencia sexual, la explotación y el abuso como armas en el conflicto.

Además, las mujeres sufren otras violencias sobre sus cuerpos vulnerados: **silencios**, vergüenzas, señalamientos, culpas, justificaciones. Según cuenta la líder indígena “Hay muchas compañeras que fueron víctimas de acceso carnal y que tienen ese **miedo** a contar. Siempre hemos tenido ese miedo a contar. Miedo a, entre nosotras mismas, contar la agresión”. Un miedo que se deriva del temor a ser estigmatizadas por un hecho sobre el cual ellas no tenían responsabilidad, según explican Fernández-Matos y González-Martínez en el artículo *La paz sin las mujeres ¡No va! El proceso de paz colombiano desde la perspectiva de género*. Además, durante mucho tiempo, la **naturalización** de la violencia sexual fue tan fuerte que llegó a impedir verla como un delito, de acuerdo a las denuncias realizadas por numerosos informes de derechos humanos. El miedo y la naturalización alimentan la ausencia de datos sobre la magnitud de los casos de violencia sexual cometidos contra las mujeres.

La gobernadora también comenta que hay mujeres que cuentan con el apoyo de sus compañeros, pero hay otras que más bien todo lo contrario. “A veces **nos vulneran** más de lo que ya el Estado nos vulnera”. Armada de valor, Luz combate el silencio y hace el esfuerzo de escalar las mayores barreras sociales e institucionales que las mujeres tienen que superar para participar políticamente. No se quiere callar. “En este momento yo estoy luchando por hacer parte de una **asociación de víctimas**, estoy en ese proceso”.

### **El rostro de la victimización**

Sentada al cobijo de la sombra, la gobernadora indígena deja espacio para que respiren las ideas que explica. “Yo, como **víctima** que fui, a pesar de que **no me desplazé** —y lo acepto, no me fui de mi comunidad—, me **refugí** en otra comunidad mientras pasaba el conflicto”. Aunque Luz no considere que el hecho de tener que refugiarse en otra comunidad fuera un desplazamiento forzoso para ella, sí ve la fuerza con la que les ha afectado el conflicto: “como comunidad indígena nos ha afectado mucho, porque aquí en mi censo hay muchos compañeros que están **desplazados**”.



Según recogen los informes de esclarecimiento de la verdad, una de las mayores afectaciones del Pueblo Pijao ha tenido que ver con el desplazamiento forzado. “A raíz del accionar de distintos actores armados, entre los años 2003 y 2008, se registraron **92.409 casos de desplazamiento** en municipios del Tolima donde habita parte de la población pijao, lo que equivale al 26% en relación con el total de desplazamientos del departamento según los datos del CNMH. Este hecho se reconoce a nivel nacional como uno de los procesos de desplazamiento indígena de **mayor impacto**, tal y como se expone en el diagnóstico de la situación del pueblo indígena Pijao realizado por el Observatorio del programa presidencial de derechos humanos y DIH de la Presidencia de la República, elaborado en 2013. **Huir del territorio** fue una de las únicas maneras a través de las cuales las familias indígenas podían evitar el reclutamiento forzado, entre otros hechos victimizantes.

Además, las acciones del Bloque Tolima en los municipios indígenas, basadas en un modus operandi que utilizaba repertorios de violencia asociados al terror como medio para controlar la población, “contaron **con el apoyo o la omisión de la Fuerza Pública**”, de acuerdo con el informe de la Defensoría del Pueblo Delegada para los indígenas y las minorías étnicas, publicado en 2012. La actuación de los paramilitares “no derivó solo en la adquisición y apropiación de tierras sino en la **desaparición y el homicidio selectivos** y sistemáticos de la población indígena”, bajo la denominada “**limpieza social**” dirigida contra indígenas supuestamente colaboradores de la guerrilla, según recogen diferentes sentencias judiciales citadas por el informe del CNMH. El mismo documento explica que aún no se ha identificado la cifra exacta de desapariciones forzadas de indígenas.

Las cifras que sí se han registrado, de acuerdo con la Vicepresidencia de la República, indican que son 81 los casos de indígenas del sur del Tolima a quienes se les habían violado sus derechos humanos, solamente entre 2002 y 2003. De los 81 casos observados 11 fueron clasificados como homicidios, otros 11 como amenazas, 2 como desapariciones forzadas, **47 como desplazamientos forzados**, 1 como tortura, otro más como atentado y 8 como detenciones arbitrarias. “93% de las víctimas de estas violaciones se registraron en **Coyaima** y 7% en Natagaima. El 64% de los crímenes fue atribuido a las autodefensas, 25% a autores desconocidos, 9% al Ejército y 2% a las FARC”, de acuerdo a las cifras de la Vicepresidencia de la República citadas por el CNMH.

“Un falso positivo de una niña de tan sólo **13 años**. Eso sucedió acá en mi comunidad”, denuncia Luz, de nuevo con la mano en el pecho. “Pero a nosotros como comunidad nos da miedo salir y denunciar porque no nos van a creer”. También en Chenche Balcillas se dieron casos de jóvenes asesinados por los militares o los paramilitares, a quienes vestían de combatientes y los hacían pasar por guerrilleros muertos. Un modus operandi que popularmente se ha conocido como “**falsos positivos**”.

El informe de la visita que hizo la **Defensoría del Pueblo** a Coyaima y Natagaima en 2012 era alarmante:

“(…) la violencia que afecta a las comunidades indígenas del sur del Tolima está amenazando su existencia como pueblo indígena puesto que los actuales pobladores no conservan muchas de sus costumbres culturales y su territorio se ha visto reducido significativamente, factores que facilitan el actuar de los actores armados debido a la

fragilidad de las organizaciones indígenas —permeadas por el miedo que generan los actores armados al margen de la ley— y por la **eliminación sistemática de los líderes y mayores** de cada una de las comunidades”.

Luz tiene conciencia plena del problema y sabe lo importante que son las **abuelas** en su comunidad: “Nuestras abuelas han sido las que nos han protegido y nos protegieron en las guerras que hubo anteriormente”. Tiene la determinación de defenderlas, de protegerlas, porque considera que ellas son clave para hablar del pasado, de las madres que han marchado, desplazadas, y para saber la **verdad**. La voluntad de **defender** a las vulnerables y de esclarecer el pasado llevaron a Luz a implicarse en la vida social y política de su comunidad.

### **Defender la comunidad**

Para Luz, ser líder significa “**defender** la comunidad”. La gobernadora se apresura a especificar:

“Aunque esa palabra de *defender* la comunidad pueda parecer muy insignificante o vacía, para mí es muy significativa. No es solo quedarme acá hablando con los compañeros, solucionándoles los problemas internos. Ser líder es buscar mejorar la **calidad de vida** de la comunidad en pleno, gestionarles **proyectos** y salir y buscar formas y entidades, porque yo sé que hay muchas oenegés que impulsan las comunidades”.

En su comunidad nunca hubo luz hasta hace pocos meses y, en su casa, la gobernadora no tiene gas. Cocina con leña, como el resto de los habitantes del resguardo, que tampoco disponen de un sistema de **saneamiento básico** y suministro de agua potable. Ella quiere lograr que **el Estado los escuche**. Que sus niños tengan una mejor educación, porque ella se quedó “estancada”. Hoy su hijo mayor cumple 18 años. “Irás a la universidad”, dice orgullosa Luz Ángela.

La casa donde vive junto a dos de sus cuatro hijos se ubica al lado de la escuela de la comunidad, la **Institución Educativa Chenche Balsillas**, que acoge cerca de 500 estudiantes que caminan durante horas para llegar al colegio. Cuando llegan, en medio del calor sofocante propio de la zona, los niños y las niñas se enfrentan al principal problema del resguardo: la ausencia de agua. Según informaba en enero de 2020 el portal de noticias *RCN*, la situación ha empeorado en los últimos años con la crisis climática, ya que los pozos o aljibes **se secan por las altas temperaturas** —hasta 40 grados en las zonas rurales— que se registran en la región.

“Antes no teníamos que **perforar por el agua**, pero ahora sí, hasta 15 metros de profundidad”, lamenta la gobernadora, que se pregunta: “Si con la minería envenenan el agua del río, ¿de qué forma nos benefician a nosotros estos proyectos? Nada. Con eso nos engañan”.

Luz se refiere a los megaproyectos mineros, petroleros e hidroeléctricos que ponen en peligro los ecosistemas locales. Como comunidad, se han pronunciado en contra del proyecto de minería de Ataco. “Si hay que salir a protestar, se saldrá”, afirma con la potencia calmada que la caracteriza.

Existe en la región un fuerte movimiento ciudadano, articulado en el **Comité Ambiental del Tolima**, que ha sostenido posturas muy críticas sobre proyectos como el de la Colosa, una mina a cielo abierto de extracción con cianuro, o el Triángulo del Saldaña, según recoge el informe *TOLIMA: Análisis de conflictividades y construcción de paz*, elaborado en 2015 por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). El documento también menciona la preocupación que genera en los líderes y lideresas locales el aumento de la **exploración petrolera**, sumada a una concesión relevante para actividades de exploración y explotación minera, y afirma que “una decisión que ordena el territorio y promueve cambios de manera inconsulta siempre generará conflictos”. Tal y como recuerda el PNUD, las comunidades indígenas tienen derecho a una consulta previa sobre los megaproyectos, según recoge el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

### **Mingas por el territorio, la vida y la paz**

En un contexto de pugna por la articulación del territorio y de la paz, los indígenas del sur del Tolima han salido reiteradamente a marchar juntos en mingas durante los últimos años de “posconflicto”. *Minga* es la palabra de origen quechua que utilizan los pueblos originarios para referirse a las marchas y los paros de protesta, y que inicialmente designaba una forma de trabajo comunitario.

A finales de marzo de 2019, pueblos indígenas de ocho departamentos del país se sumaron a la minga social iniciada en el Cauca. Así, según informaba el portal de noticias *Contagio Radio*, diversas comunidades de los departamentos de **Chocó, Nariño, Valle, Huila, Tolima, La Guajira, Amazonía y Putumayo** se movilizaron para “exigir que se cumplan los acuerdos que por más de 30 años han sido incumplidos por el Gobierno”.

En el departamento del Tolima, alrededor de **mil indígenas** Pijaos y Nasa de organizaciones como el Consejo Regional Indígena del Tolima (CRIT), la Asociación de Resguardos Indígenas del Tolima (ARIT), la Federación Regional Indígena del Tolima (FICAT) y también de la ACIT, hicieron parte de la minga. Un mes más tarde, las protestas continuaban y, Claudio Poloche, representante de la FICAT declaraba el 26 de abril de 2019 a *Econoticias* que estaban “**en Minga Permanente por el Derecho al Territorio, a la Vida, y a la Paz**”. En las imágenes de los bloqueos parciales de carreteras que realizaron se puede ver una pancarta turquesa donde, en letras anchas y mayúsculas, se lee: “RESGUARDO INDÍGENA **CHENCHE BALSILLAS PRESENTE**”.

Allí estaba Luz Ángela. Exigía el cumplimiento de los acuerdos que se firmaron con el Estado en el 2014 y 2017, para brindar garantías de paz y desarrollo a las comunidades indígenas. Según también recoge el portal *RCN Radio*, a la concentración se sumaron **comunidades campesinas, miembros del sindicato de maestros y los transportadores** de las empresas de taxis de Coyaima y Natagaima. Después de semanas de minga, el sábado 4 de mayo de 2019 secretarios de despacho de la Gobernación del Tolima firmaron **acuerdos finales** con las organizaciones participantes en la Minga Indígena en materia de cultura, educación, salud, deportes, infraestructura, ambiente, desarrollo agropecuario y gestión del riesgo. Según *RCN Noticias*, con los pactos “se dio cumplimiento a las exigencias, quedando pendientes temas del orden nacional”.

En julio de 2019, las organizaciones indígenas de la Mesa Permanente de Concertación (MPC), entre las cuales está la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) y la Comisión de Derechos Humanos de los Pueblos Indígenas, denunciaron ante la opinión pública y los organismos nacionales e internacionales de monitoreo de los derechos humanos el incumplimiento de los acuerdos tras la publicación del capítulo Étnico del Plan Nacional de Desarrollo 2018-2022 “Pacto por Colombia. Pacto por la Equidad”. Los indígenas habían aceptado levantar las mingas porque los acuerdos se incluirían en el Plan de gobierno pero, una vez más, el Estado incumplió su palabra.

Luz se lamenta hoy de haber dado por finalizadas las protestas y denuncia que las comunidades indígenas siguen en peligro. De hecho, unos meses después del fin de las mingas, a mediados de agosto de 2019, el portavoz de la ACIT, Edwin Conde, denunciaba que en unos panfletos que empezaron a circular se declaraba **“como objetivo militar a todos los gobernadores y gobernadoras** por participar en la minga”.

### **El peligro de ser la cabeza visible**

Luz sabe que el rol que ejerce no está libre de riesgos: “Aquí hemos tenido nuestros **líderes asesinados** y también por eso hay ese miedo de que nosotras busquemos ese rol, porque siempre que sale uno del territorio siente miedo por las familias que se quedan en casa”.

Uno de los líderes indígenas asesinado en Coyaima es Ramiro Culma Capera, fundador del cabildo El Rosario, miembro de ACIT y militante del Partido Comunista y de la Unión Patriótica. Según recogió el diario *Tercera Información*, Ramiro fue asesinado el 17 de septiembre de **2016** cuando se dirigía a su casa, atacado con una ametralladora.

“Cuando uno es líder, a quién primero miran, es a la cabeza visible. Entonces ahí es cuando uno dice que, a veces, **asumir el liderazgo es muy duro, pero a la vez fortalecedor**, porque uno siente que las cosas que uno hace llegan a un **fin**”, un fin que Luz marca con determinación al dar un golpe seco con su mano.

En 2002, otro de los líderes asesinados fue un compañero de Luz perteneciente a la ACIT, de su propia comunidad. En la tabla de víctimas que recoge el CNMH está clasificado de la siguiente manera: *“Fecha: 8/02/2002 Ubicación: Coyaima. Tipificación del hecho: Homicidio/desaparición forzada. Víctimas esp.: ACIT. Ubicación específica: **Chenche Balsillas**”*. El Bloque Tolima buscaba quebrantar los procesos de organización social y política de los pueblos indígenas y la organización social más afectada por la violencia de los paramilitares fue la **ACIT**. La asociación concentra el 70% de los 43 casos de violaciones graves contra los pueblos indígenas de la zona registrados por el Centro Nacional de Memoria Histórica, ocurridos entre 1998 y 2003.

“A nuestros compañeros los asesinaron, les hicieron un falso positivo sin saber por qué. En este momento, como gobernadora de mi comunidad, quiero **que sea reparado todo lo que se hizo en el conflicto armado**”, insiste Luz Ángela.

Pese a que las cifras presentadas dan cuenta de un número considerable de homicidios, este podría ser aún mayor. Según recoge la Defensoría del Pueblo, “ACIT reportó ante la dirección de Derechos Humanos del Ministerio del Interior el asesinato de por lo menos **150 indígenas** en el periodo 2001 - 2003 y el desplazamiento de cerca de **800 familias**”.

pertenecientes a esta asociación”. Tal y como destaca el informe del CNMH, “estas cifras reflejan la dimensión de la violencia ejercida contra esta organización indígena que podría catalogarse como **exterminio** o **etnocidio**; además, hecho agravado si tenemos en cuenta que la ACIT guarda relación con el ataque sistemático que se registró nacionalmente contra el PCC [Partido Comunista Colombiano] y la UP [Unión Patriótica]”.

La persecución a los rostros del cambio se ha dado a lo largo y ancho de todo el territorio colombiano. Tal y como recoge el portal periodístico *Verdad Abierta*, “Según la organización Somos Defensores, entre 2002 y 2017 en Colombia fueron asesinados **664 líderes sociales**”. El peligro continúa. Desde la firma del Acuerdo de Paz, el 24 de noviembre de 2016, 442 personas que defendían derechos humanos o lideraban procesos comunitarios han sido asesinados, de acuerdo a las cifras de Somos Defensores publicadas en marzo de 2020. Según los datos más recientes, publicados por el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz) a mediados de mayo, más de cien líderes habían sido asesinados en 2020.

Sin variar la calma que proyecta la voz que sale de sus labios perfilados, Luz denuncia que, en la actualidad, están amenazados: “**En este momento estoy amenazada**. Estamos amenazados como organización, pero en la comunidad tenemos **nuestros guardias** y aquí me siento segura y protegida porque ellos están alrededor mío”.

Aunque se siente protegida gracias a la guardia indígena, Luz siente una **indefensión** total por parte de las instituciones gubernamentales: “Muy frecuentemente no nos escuchan, no nos creen, y por eso nos da miedo salir a denunciar. Es muy difícil contar estas cosas, porque al Estado no le interesa mucho lo que nosotras podamos decirle”. Luz habla con conocimiento de causa:

“Yo he estado en consejos de seguridad en los cuales he denunciado que **llegaban panfletos para mí**, y ellos decían que no era verdad. O sea, no nos creen. Nos dicen ‘que les vamos a hacer unas pautas para que denuncien acá o allá’, pero qué pasa, si yo voy y denuncio allá, tardo más en hacer esa denuncia allá, que en que vengan a hacerme algo. Entonces, también existe ese miedo”.

Un miedo que proviene de las formas de amenazas implícitas con las que el Bloque Tolima de las AUC imponía una **forma de control social** en la comunidad. Bajo esa vigilancia los resguardos estaban obligados a renunciar a su derecho de pedir protección de las autoridades y la justicia, según el citado informe *De los grupos precursores al Bloque Tolima (AUC)*, elaborado por el CNMH.

El 15 de agosto de 2019, *RCN Radio* alertaba que indígenas del Tolima denunciaban la **presencia de actores armados en sus territorios**. Además, según declaraciones del portavoz de la ACIT, Edwin Conde, los mismos individuos que repartieron los panfletos impusieron **toques de queda**, a la vez que se produjo “tránsito de sujetos armados en plenas horas del día y sin portar ningún tipo de uniforme”. Según explicó Conde, una de las situaciones que generó mayor preocupación fueron los documentos que aludían a la organización criminal “**Águilas Negras**”, que restringían el tránsito de los ciudadanos en determinadas zonas y horas del día.

En este contexto, Luz explica que “cuando sucede algo, como una persecución”, como comunidad lo han sabido llevar, “porque irlo a contar allá es venirse en contra de nosotros mismos”. Al ser un resguardo indígena, disponen de una **jurisdicción especial** y tienen su propia autoridad. “Autoridad que en este momento está **en cabeza mía**, en mi asamblea”, explica Luz, quien confiesa que no le ha sido fácil tomar el **liderazgo**: “a nosotras como mujeres nos tildan de que no podemos llegar a realizar nuestras metas”.

### La emancipación de la lideresa

“A mí me gusta liderar. Para mí como mujer, ser líder me hace feliz, me siento orgullosa, y tengo mi familia que me está ayudando. Pero **hay mucho machismo**”, dice, sin pelos en la lengua, la gobernadora. La luz resbala sobre su piel canela brillante mientras explica, llena de entereza y dignidad, la discriminación que sufre por parte del resto de líderes:

“Aquí, en esta sede, hubo gobernadores que, **físicamente, me gritaron**. Eso es muy doloroso, pero para mí eso no fue un obstáculo, porque antes me llené de fortaleza, para decir ‘**sí puedo hacerlo**’, y les voy a demostrar con hechos que esta ‘**vieja**’, de la que dicen, ‘esa mujer se la pasa sin oficio por allá, no tiene más que hacer...’ Sí, sí tiene algo que hacer: **traer beneficios para la comunidad**. Y lo he hecho bajo la organización a la que yo pertenezco y a la que pertenecemos, y ahora como gobernadora, mucho más”.

La historia de empoderamiento de Luz Ángela, la joven gobernadora indígena, comenzó con el proyecto **Mamitas en Acción**. Entonces, se dio cuenta de que “la mujer puede ser protagonista para el cambio y para el ejercicio del liderazgo”.

“Fui madre consejera un año y ahí es donde yo me di cuenta de que como mujeres también podemos llevar un rol, que junto con la mano de nuestros compañeros podemos ayudar a impulsar. Fue muy difícil en un principio porque yo **veía mucho maltrato**, conozco muchos compañeros que maltrataban mucho a las compañeras, y yo dije, pero porqué tiene que existir eso si nosotros, ahorita con la ley que salió, **somos iguales**, tenemos la misma igualdad, para hablar, para **no solamente quedarnos limpiando** y barriendo”.

Al organizarse después de las violaciones de derechos humanos que sufrió, Luz logró acceder a espacios sociales y a roles nuevos con alta responsabilidad. Su liderazgo le ayudó incluso a cumplir su sueño de viajar en avión y de dar a conocer su comunidad. En Pasto, ciudad a la que llegó por los aires, y en todos los Congresos a los que asiste, Luz asume su papel como embajadora de Chenche Balsillas y, como representante, trabaja por su comunidad y busca apoyo para mejorar las condiciones de vida de su resguardo. Igual que ella, otras mujeres “entraron en contacto con organizaciones, grupos y personas que además de darles apoyo, las acercaron a **otros modos de entender el mundo** y de comprometerse contra la injusticia y en defensa de los derechos humanos”, tal y como recoge el informe elaborado en 2013 por la **Ruta Pacífica de las Mujeres** *La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*. Estas interacciones, poco a poco, han representado para ellas “adquirir **conciencia del hecho de ser mujeres** y dar un significado político a su experiencia y a su compromiso”.

Para Luz y muchas otras mujeres organizarse con otras víctimas en defensa de sus derechos también les ha supuesto experimentar una **toma de conciencia feminista** que

“les ha abierto posibilidades de acción en espacios cada vez más amplios”, de acuerdo a las conclusiones del documento elaborado por la Ruta Pacífica de las Mujeres. “Para mí era muy importante estar en la comunidad —explica Luz— pero más importante fue poder **estrecharle la mano al presidente** y decirle: ‘Vea, en mi comunidad... Quiero que vaya a mi comunidad, que se dé cuenta de cuál es la problemática que tenemos...’ Y él dijo: ‘Sí, sí’, pero nunca vino...”.

La valentía de unas pocas mujeres que se atreven a dar el paso a participar activamente en la esfera política repercute positivamente en todas las demás mujeres, porque con ellas se empiezan a incorporar a la **agenda pública** las necesidades y los intereses de la mitad de la población que durante tanto tiempo ha sido invisible. Luz ejemplifica la inclusión de nuevos temas en la agenda política:

"Especialmente tengo un niño, que es especial, también por base al conflicto, y por eso fue que yo tomé esa decisión: dije **¡no más!** hay que buscar la forma de ayudar a aquellas mamitas, madres cabeza de familia, porque hay mucha madre cabeza de familia, y es tan triste que nuestros niños crezcan en malas condiciones. Entonces se trata de buscar la forma de que estos niños tengan y se les hagan valer sus derechos. Porque **todos tenemos derechos** y a veces son vulnerados”.

#### “Para nosotros es muy importante contar”

Más allá de querer mejorar las condiciones de vida de su comunidad, Luz cuenta que se hizo líder para **“ayudar a que la verdad se sepa”**, ya que considera que contar lo que pasó es una necesidad indispensable para reparar a las víctimas. Narrar, según recogen diferentes académicos y académicas, se convierte en un acto de resistencia frente al olvido y una manera de construir memoria colectiva.

“Para nosotros es muy importante contar —explica Luz— porque, aunque a veces decimos que las heridas sanan, no es verdad, se mantienen ahí con nosotros. No es un secreto que siempre la violencia nos ha dejado mucha tristeza, y **para no tener tristeza, necesitamos saber la verdad**, la verdad contada de nosotros mismos”.

Precisamente, para Ledis Bohórquez y Yuber Hernando Rojas “el reto de la Víctima como Sobreviviente está en el *deber ser* y su transformación en **sujeto-productor-de-narrativa** que contribuye a la reconstrucción de la Memoria histórica”, según recogen en el artículo *De víctimas a supervivientes: el reto de la reconstrucción de la memoria histórica en Colombia*. Según los investigadores de la Universidad Pontificia Bolivariana, la víctima que sobrevive “tiene una responsabilidad: hacer memoria, **no huirle al recuerdo**”. De esta forma, poco a poco se subvierte la historia escrita desde la visión del victimario, la tradicional y hegemónica historia de los vencedores sobre los vencidos. Aunque el pasado nunca se pueda restituir de manera perfecta.

Aún y así, muchas veces, aunque cuenten, “la narración de las víctimas **no se traduce en justicia oportuna**, reducción de la impunidad o mejoras en sus condiciones de vida”, según reconocía el CNMH en el texto *La guerra inscrita en el cuerpo* (2017). Pero, de todas formas, las víctimas anhelan contar para pasar de la voz pasiva de “víctimas de violencia

sexual” —y del resto de violencias— a una voz más protagónica, como **sujetos activos** y narradores de su propia historia.

“Necesitamos **saber quiénes y por qué** —prosigue Luz—, porque nosotros y nosotras somos conscientes de que alguien atrás está buscando que vengan a asesinarlos. Yo creo que **llegó la hora de que la verdad sea contada desde nuestros propios abuelos y abuelas** porque ellos son los que saben, y con ellos vivimos la violencia y ellos fueron quienes nos protegieron en algún momento. Sí, para la paz necesitamos que se sepa la verdad. Porque nosotros **estamos viviendo una guerra que no entendemos**, ni la estamos generando”.

Por eso la lideresa ha buscado la forma para reparar a las víctimas mediante **espacios de sanación** y escucha activa, y cree que no se dan suficientes recursos para sanar ese dolor que siente que aún persiste en sus mentes. “El año pasado yo busqué la forma por medio de la organización para que vinieran a orientarnos... Que vinieran personas que nosotros pudiéramos tener la suficiente **confianza para contarles lo que sucedió**”. En la misma línea, la gobernadora se queja de los errores en el proceso de esclarecimiento de la verdad: “Donde yo he ido siempre he expuesto la verdad, y la tristeza más grande es que a veces el Estado ha ayudado a personas que no han tenido este tipo de violencia. Entonces allí hay una falencia del Estado porque no ha sabido llegar a donde de verdad ha habido violencia”, relata.

Tal y como reclama Luz, el profesor de la Universidad Pontificia Bolivariana, Juan David Villa Gómez, considera que **el acto de Escucha** es esencial en el proceso de reconstrucción de memoria y acción psicosocial: “Cuando se comprenda, como lo buscan los hombres y mujeres víctimas y sobrevivientes, cuando salen a marchar, cuando hacen un ritual o un acto simbólico, cuando se quedan en silencio performativo en un lugar público, **cuando el resto de esta sociedad logre comprender**, quizás se puedan dar las condiciones suficientes y necesarias para hacer la paz en Colombia”.

**“La paz es vivir en comunidad, pero también ser escuchados”**

Luz juega con el sombrero de palma entre las manos. Los detalles azules de la cinta que rodea la artesanía hacen juego con el azul de la pulsera ancha de estampados étnicos atada al brazo izquierdo de la gobernadora. A la vez, su mirada, su voz y toda su persona andan al mismo compás de las palabras que pronuncia y del mensaje que defiende: Reconciliación, perdón, respeto, fortaleza, comunidad y paz.

“Ahorita asumí el rol de líder, de buscar la forma de que esa paz que tanto nosotros necesitamos llegue en algún momento, en el que podamos **respirar tranquilamente** sin estar preocupados de que van a venir por nosotros o por nosotras. Más que nada **la infancia, la adolescencia, nuestros abuelos**”.

Una tranquilidad, una paz que para Luz “será que vivamos todos **en comunidad**, en unión. Tener una unidad en la que nosotros y nosotras podamos contar con nuestras **compañeras** y compañeros en todo momento. **Pero también ser escuchados** para que cuando nosotros



tengamos algún tipo de problema violento que vengan a mediar, a intermediar por nosotros".

Luz, orgullosa de su organización, también destaca la participación de la ACIT en los **diálogos de Paz de la Habana de 2016**. "Durante el proceso de paz, la ACIT estuvo sentada en La Habana. Fueron tres representantes de la asociación de acá de Coyaima, para que quedáramos reflejados en el **Punto 5** del Acuerdo de Paz, donde hay muchas estructuras y derechos que no se han cumplido. El acuerdo recogía muchos beneficios, pero ahorita con este nuevo presidente [Iván Duque], se nos han negado esos derechos. Hemos ido a **muchas mingas** y en ellas siempre sale el acuerdo de paz (como garantía), porque **como mujeres nos sentimos muy dolidas**. Nosotras como madres somos las que sentimos ese dolor, que no lo dejamos notar, pero que está ahí con nosotras".

La lideresa cree que esa sanación, esa paz y esa unidad "sí es posible cuando nosotros decimos: '**Ya basta, ¡no más violencia!**', pero matiza que "también tiene que salir de nosotros mismos, de cada uno de nosotros". Con la tranquilidad que la caracteriza, Luz recuerda el momento en que su agresor se acercó a pedirle perdón.

"A mí ya **me pidió perdón cierta persona**, que yo no voy a decir quién, pero esa persona llegó a mí y me dijo: 'yo necesito hablar con usted', entonces yo le dije, 'no hay problema'. Él me preguntó: '¿usted se acuerda de mí?', y yo le contesté que no me acordaba de él. Y él dijo, 'pero yo sí me acuerdo de usted, y yo hice algo terrible, y yo **necesito que me perdone...**' Uno lo duda mucho, pero dice, sucedió, pero que no vuelva a suceder, está perdonado, y todo debería ser así en el entorno, **buscar esa forma de perdón**. De perdonarnos entre nosotros mismos. Porque de pronto en algún momento uno comete un error, y también necesita que lo perdonen".

## **ANEXO 7. Heidi Johanna Rojas**

### **Berracas. Capítulo VII**

## **Heidi Johanna Rojas**

**"Estoy dispuesta a luchar, porque sé que lo que yo haga va a ser un ejemplo para muchas mujeres"**

Lo primero que hace Heidi Johanna Rojas al levantarse es sintonizar la radio. "Esto se lo debo a mis padres", explica mientras prepara el primer tinto de la mañana. Es temprano, huele a café y en radio Mariquita suena cumbia colombiana. Al sonido de la música se le suman los cacareos de los pollos de la familia, que revolotean alrededor de la casa en búsqueda de las sobras de la cena de ayer. Heidi vive con su familia en una finca de la vereda La Cabaña, en el municipio de San Sebastián de Mariquita, al norte del departamento del Tolima. Tras tomar el tinto, a veces acompañado de pan dulce, Heidi se pone a preparar el caldo del desayuno. Sus manos presentan las durezas de quien ha trabajado mucho la tierra, pero aun así

trazan movimientos gráciles mientras pone a hervir las verduras, casi de manera inconsciente. Luego se dirige a la casa de enfrente a saludar a su madre. Desde la terraza de la señora María todavía se oye la cumbia.

La familia Rojas vive en un sitio tranquilo en lo alto de la vereda. Para llegar hay que subir en Jeep desde el casco urbano de Mariquita por un camino agreste durante más de una hora. Aun así, no se hace pesado. Unas cortinas de inmensos paisajes verdes amenizan el trayecto. La finca pertenece a la señora María, que cada mañana también prepara tinto. Mientras se lo toma y habla con su hija, también hierve su caldo. “Cuando nos vinimos a vivir a la finca, esto era zona roja”, comenta. La familia se vino en 1992 y en esos tiempos las FARC dominaban el territorio. Antes tenían una tienda en Bogotá, pero el padre de Heidi se cansó de las duras condiciones en las que vivían en la ciudad y quiso apostar por el negocio de una finca en el campo. “Por aquel entonces, se molía mucha caña aquí. Esto es zona panelera”, recuerda Heidi. La economía de la vereda de La Cabaña se basa en la agricultura, sobre todo en el cultivo de caña para producir panela. Conoce el proceso de memoria pues ha trabajado desde niña en él. Su padre murió cuando ella tenía 14 años:

- Tocó empezar a las duras y a las maduras a seguir adelante sola —recuerda la señora María—. Tenía cinco criaturas, de 2 a 16 años. Cuando quedé viuda, en el 98, la finca estaba pelada, hipotecada y sin plata. Tuve que empezar a trabajar para salir adelante.
- El campo es muy bonito por su tranquilidad. Pero así como se vive de tranquilo, así es tranquila la economía —describe Heidi—. Si uno no se mete de siete de la mañana a cinco de la tarde a jornalear, uno no tiene derecho a comer. Y el salario de la mujer es más bajo que el del hombre. Para nosotras fue muy duro. La opción que tuvimos fue encontrar marido y crear nuestro hogar.

Alrededor del 2000, llegaron los paramilitares a la vereda. La señora María explica que aparcaban los carros en su finca. Se trata de un lugar estratégico, pues es el punto intermedio entre La Cabaña y las veredas del Pomo y Carrizales. Heidi se fue de la finca a sus 16 años. Vivía en la misma vereda, pero con su pareja y la familia de él. Un año después, quedó embarazada y en ese momento empezó a comprender todo por lo que había pasado su madre: “Me tocó tomar el rol de mi mamá y ahí yo pensaba, ¿cómo le voy a dar mi niño tal cosa si no tenemos nada?”

Los paramilitares que llegaron a La Cabaña pertenecían al Frente Omar Isaza (FOI), comandado por Walter Ochoa Guisao, alias “El Gurre”. Según se documenta en el portal *Verdadabierta.com* el FOI formaba parte de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM), creadas en los años 90 por Ramón Isaza Arango, en respuesta a la llegada de las FARC al Oriente Antioqueño. Los paramilitares se

caracterizaron por imponer un régimen de “limpieza social” y, bajo esa premisa asesinaban, secuestraban, torturaban y extorsionaban a su antojo.

- Nosotras no podíamos ni siquiera hablar en la casa. A partir de las seis de la tarde, cada quien para su cama y no pregunte. Pues mandaban a la gente a investigar por las noches —narra Heidi, dándole el último sorbo a su tinto—. Más arriba, tuvieron un enfrentamiento con la guerrilla. Como yendo hacia Caldas se encontraron. ¡Fue horrible en ese entonces!

A una media hora de La Cabaña, se encontraba la guerrilla liderada por la comandante Karina, de nombre real Elda Neyis Mosquera: “Como esto había sido zona guerrillera, se decía que Karina venía a tomarse el territorio que siempre había sido suyo”, explica Heidi. La comandante llegó a la región en el 2000 enviada por el Estado Mayor de las FARC porque, según contó en varias versiones libres ante Justicia y Paz, los frentes 47 y 9 se encontraban “en desorden” tras la captura del jefe de estos grupos. A Karina, junto con otros comandantes, se le responsabiliza de haber cometido más de un centenar de delitos, entre los que se incluye la desaparición, el desplazamiento forzado, el secuestro, la violencia sexual y la reclutación de menores, según recoge la Fiscalía General de la Nación.

Heidi regresa a su casa a buscar el caldo de verduras. Tanto su casa como la de la señora María están pintadas de color azul turquesa, con matices rojos. A pesar del poco tiempo que Heidi y su familia llevan allí, el espacio se ha impregnado de su personalidad. Las cañas de bambú, los listones de madera y las planchas de hierro que conforman la casa albergan pequeñas reliquias, como la biblioteca de Heidi. En ella hay varias enciclopedias, libros de español, de matemáticas, varios módulos pedagógicos y también libros autodidácticos de conocimiento general. Heidi cuenta que algunos de los ejemplares fueron rescatados del colegio de Tomás, su hijo mayor, porque los iban a tirar.

En realidad, la casa donde vive Heidi es de su hermana. Su sueño siempre ha sido construir un hogar, pero la economía nunca le ha alcanzado para eso. Como la mayoría de los habitantes de la vereda, Heidi tiene deudas con el Banco Agrario. Invirtió en cosecha, pero no obtuvo los resultados esperados. Le prestaron 10 millones de pesos a pagar en 10 años que, con intereses, se convertirán en 22 millones. Ella ya ha pagado una parte, pero a costa de estar endeudada con otro banco. “Dos personas de la región ya se han suicidado porque no tienen cómo pagar las deudas”, explica.

El tono de voz de Heidi es suave y a veces monótono, por lo que no siempre es fácil interpretar sus emociones. Pero su mirada transmite la intensidad de lo que cuenta. “Siempre he trabajado en lo que sea. Yo empecé empacando panela en la enramada. Luego metía caña en el trapiche, cortaba caña, hacíamos contratos...

Aunque mi pareja Bonifacio me colabora, yo pienso que una mujer debe tener su fondo”, sentencia. Otro elemento que anuncia su emocionalidad son los silencios entre frases que articulan sutilmente su puntuación. “Yo quisiera ver muchas mujeres de acá trabajando. Tener una economía mejor. Que no tuvieran que irse. Algún día vamos a tener la forma de ir a trabajar y volver a la casa con un sueldo”.

Las mujeres de la familia se sientan en la terraza de la señora María. Ahora se les une Mónica, la mujer de uno de los hermanos de Heidi, con su hija Saray y también Emily, la hija menor de Heidi. A pesar de no hacer un sol radiante, el calor empieza a percibirse en el ambiente. El caldo se pasa entre bromas, regaños y felicitaciones a las pequeñas, en función de cómo desayunan. Mientras recogen, doña María mira el cielo: “Hoy es un buen día para sembrar café”.

### **El campo: vivir libre pero falto de oportunidades**

El grano de la finca de la señora María saldrá en un año. Pero ahora es el momento perfecto para sembrarlo. “Ella solamente salió a trabajar hoy por esto, por la sembrada del café”, describe Heidi. En un laberinto de cañas, árboles de aguacate, plátanos y cacao, las dos se ponen a cultivar. Mientras hace los agujeros en el suelo para sembrar la mata del café, Heidi reflexiona sobre lo que le gusta del campo.

- Del campo me encanta la libertad. La tranquilidad de cuando uno sale a pasear. Acá, cuando uno ve una fruta tirada en el suelo, uno mira por lado y lado y si nadie está mirando se la come. Es lo bonito del campo. En la ciudad, en cambio, desperdician muchas cosas. Si no reluce, no se vende. Y a veces, lo mejor que se consigue es en las segundas o terceras cosechas. Productos de buena calidad, pero no salen porque tienen algunas pequitas.
- ¿Dónde va hija? —grita desde lejos doña María—. Ahí lo que toca es apretar bien la mata, porque las gallinas la sacan.
- ¡Me falta plantar desde el plátano hasta el otro lado! —contesta Heidi alzando la voz. Luego continúa su relato—. Antes nos tocaba trabajar muy duro para poder comer. Me da pesar con mi mamá. Hay días que ella trabaja y en la noche no se puede poner en pie. Le toca hacer mucha fuerza con la cadera y ella tiene osteoporosis y reumatismo.

Doña María vierte una taza de cal en cada mata de café para neutralizar el aluminio del suelo. Mientras espolvorea las matas de manera mecánica, recuerda su historia: “Yo nací en Boyacá. Allí se siembra papa, arveja y se cuida ganado. Me fui a la ciudad a los 8 años porque no quería estar con el hombre con el que me iban a prometer”. La madre de Heidi se cambió varias veces de casa, antes de llegar a la vereda La Cabaña. Tras pasar un tiempo en Bogotá, se dio cuenta de que la señora con quien se alojaba también quería comprometerla a cambio de dinero. Huyó otra vez dentro de la misma ciudad. Al cabo de un tiempo se fue a vivir con un hombre

de quien se había enamorado y que además prometió conseguirle trabajo. La plantación tiene una pendiente muy pronunciada, pero doña María pisa fuerte y segura. Muestra la destreza de quien ha caminado 64 años por todo tipo de terrenos. “En ese entonces, en la ciudad, había empezado a trabajar en casa de una señora que me dio la oportunidad de mudarme a vivir con ella y poder estudiar, pero no acepté por el capricho de vivir juntos de ese hombre... Todo lo que yo quería ser se perdió allí. El encierro lo vuelve a uno tonto”, suspira. Años después, se separaron y la señora María conoció al padre de Heidi. Fue con él con quien se vino a Mariquita.

Si pudiera elegir, Heidi estudiaría derecho. “Creo que el abogado, por estudiar tanto, tiene la facilidad de tener mucho conocimiento de todo”, relata. “Seré loca, porque yo a mis 35 años quiero tener una carrera. Y acá en el campo es difícil, te dicen que mejor que te dediques a hacer tus matas y ya”. Heidi dejó de estudiar a los 14 años. Cuando murió su padre le tocó trabajar para sustentar la familia. “Nos dedicamos más a la vida de adultas siendo pequeñas”, confiesa. Más tarde retomó sus estudios y consiguió hacer el ICFES, el examen para poder entrar a la universidad. Pero todavía no ha conseguido que la acepten en los centros de educación superior. La mayoría de veces la rechazan por su edad. “La verdad, me parece discriminatorio. Porque de pronto uno quisiera aprender y valora más la oportunidad que hasta los mismos muchachos”. Aun así, Heidi explica con ilusión que ahora estudia un curso de contabilidad.

Muchas mujeres expresan el deseo y compromiso de realizar estudios como una forma de mejora personal, de proyección profesional y también como una vía de intervención para hacer justicia o ayudar a los demás. Así lo recogen las mujeres participantes de la asociación Ruta Pacífica de las Mujeres en su libro *La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia*. En el caso de Heidi Johanna, su propósito es crear una asociación de mujeres para producir guacamole. Muchas veces, proyectos de este tipo no proliferan porque el estudio ha sido negado a las mujeres colombianas por considerar que no correspondía a su papel en la sociedad patriarcal.

De vuelta a la casa junto a Heidi, la señora María demuestra su dominio del machete y con lances certeros retira las malas hierbas que crecen junto al café: “este pasto es el que nos perjudica las matas”.

### **El Aguacatal. Una fuente de empoderamiento colectivo**

- ¿Puedo moverte estos platos? —le dice doña Georgina a la señora María—.
- ¡Sí claro, haga lo que tenga que hacer!

- ¿Qué peso tenía el aguacate? —pregunta Natalia—. Dependiendo del peso del aguacate irán los otros ingredientes.
- Hay que aprender a lavarlo —indica doña Georgina, que confiesa haber estudiado para ser chef. Luego se vino al campo y lo dejó, pero todavía conserva la destreza y la autoridad para dirigir un proceso de cocina—.

La cocina de la señora María está repleta de actividad. Producir guacamole es una tarea que requiere de varias acciones precisas y no todas las asistentes conocen la receta. Solo las que la inventaron e iniciaron los procesos de constituir la asociación de mujeres la conocen. Esta tarde también deben discutir los estatutos de su organización. Heidi hace días trabaja en los documentos. "Yo era una de las que pensaba que no era necesario que las mujeres se organizaran. Pensaba que podía hacer sola las cosas, porque en las asociaciones surgen más conflictos... Pero en estos momentos me doy cuenta de que sí, de que la unión hace la fuerza. Y más siendo mujeres. Nosotras tenemos un impulso que el hombre no tiene, somos más apasionadas en lo que hacemos. Le metemos el alma", declara.

Con ganas de propiciar un cambio, Heidi explica su nueva iniciativa: "Si hoy tenemos un kilo de aguacate, por caro nos lo pagan a 1500 pesos (0,34 euros) siendo de primera calidad. Si es de segunda a la mitad y si es de tercera, a la mitad de la mitad. Es mejor ya ni llevarlos, porque toca pagar el precio del transporte hasta el pueblo y a veces allí le tiran a uno la fruta". Heidi Johanna no dejó un instante de hacer números y de pensar cómo podía comercializar el aguacate de la finca de su madre. "Es por eso que siete mujeres de la vereda hemos optado por tratar de procesar el aguacate. Queremos transformarlo en distintas variedades de guacamole", explica. Sus ojos almendra brillan de emoción. Hace un año que las siete mujeres se unieron y aunque ya tienen la receta y han participado en distintos eventos para dar a conocer su producto, todavía se encuentran en vías de constituirse como asociación. "Vamos lentas, porque todo cuesta. Pero es algo que se nos metió en la cabeza y pues vamos a ver si logramos sacarlo. Esperemos que con esto logremos apoyar los hogares y a nosotras mismas para un mejor futuro", afirma Heidi.

- ¡Hay que usar cuchara de palo! La otra puede dar óxido. El metal es metal... —sigue la señora Georgina—.
- Este es el guacamole natural, más suavcito. Pero nosotras también hacemos uno que lleva ají. Hay gente que le gusta más picante —explica Heidi a las mujeres nuevas que han venido a conocer el proyecto—.

Las mujeres veteranas preparan el aguacate delante de uno de los ventanales de la habitación. La luz que se filtra desde el exterior enmarca cada uno de sus movimientos. Normalmente, el "Aguacatal" (así han nombrado a su producto) no se prepara en la cocina de la señora María. Siempre lo hacían en otro lugar, pero esta

cocina es la que está más cerca de cumplir las condiciones higiénicas para poder certificar el producto. Aun así, le faltaría tener el techo de madera cubierto y eso supone una inversión económica que por el momento no pueden realizar.

Heidi y la hija de doña Georgina, Natalia, terminan de preparar la receta mano a mano. Recuerdan riendo otras veces que han hecho guacamole, cuando se les sobrecalentaban los motores de las licuadoras o se quemaban las uñas al sellar las bolsas de la pasta de aguacate con un encendedor. Las dos comparten mucho. Natalia tiene un carácter fuerte y una determinación admirable. Hay personas que se sienten amenazadas por la seguridad con la que habla, pero eso forma parte de su sinceridad. Cuando van a eventos a dar a conocer su guacamole, Natalia también trae una muestra de las artesanías que hace por encargo. Mientras va a buscar su celular para mostrar fotos de las pulseras que elabora, cuenta anécdotas de la asociación: “¿Ahora ya nos entendemos, cierto Johanna? Nos ha tocado correr detrás de buses o apretarnos todas durmiendo en la misma habitación cuando vamos a los eventos de Ibagué. Nos vemos ya como empresarias y pensamos en un futuro en el que la empresa le dé trabajo a más personas”. Al mismo tiempo que ellas ríen, sus madres conversan al otro lado de la cocina.

- ¿Qué le está molestando? —pregunta la señora María a la madre de Natalia, que confiesa estar enferma—.
- El pulmón...
- ¿Por qué no coge sábila y le saca el yodo? No lo deje caer. Le quita la cáscara, se licua el cristal y se lo toma todos los días. Lo puede tomar con jugo si quiere —recomienda la señora María—.
- Si lo he probado todo... —el ruido de la licuadora ahoga el final de la respuesta de doña Georgina. Cuando para, la señora María continúa su análisis—.
- ¿Sabe qué le está perjudicando? El humo del fogón de leña. Cuando yo lo prendo a mí se me ponen los ojos... Y me coge asfixia en el pecho. La semana que yo no cocino con fogón permanezco bien.
- Téngalo por seguro. Eso es más fijo que el desayuno —responde doña Georgina. El sonido de la licuadora vuelve a invadir la cocina por unos segundos—.
- Le toca cuidar la salud, porque si no se cuida usted, nadie la cuidará —termina la señora María—.
- ¡Ya está! La primera prueba del que prepara algo es tener que comérselo —dice Heidi—.
- El que prepara y no prueba, no sabe lo que es comer —manifiesta su madre—.

Las mujeres prueban el guacamole. Terminan de ajustar su sabor y separan una parte. Luego le añaden ají para hacer la variedad de guacamole picante. Mientras

tanto, la señora Georgina ya vislumbra los siguientes productos a comercializar: “Detrás de eso uno puede aprender a preparar otras cosas. Puede venir el champú de aguacate, por ejemplo”.

Las mujeres salen al porche para terminar el proceso de sellado de las bolsas y discutir sobre las bases de la asociación. Antes de salir, Natalia afirma con claridad: “Yo no quiero depender de un hombre”. Fuera, las mujeres pesan y sellan las bolsas con el producto final.

- Ojo, ¿cuál era el picante? —pregunta Mónica, que está a punto de marcar las bolsas—.
- Esos son los naturales —contesta la señora Georgina—. Póngale rápido el lápiz al picante.
- ¡Me estoy quemando! —protesta a su turno Heidi, que con una pequeña selladora cierra las bolsas que faltan—. ¿Alguien tiene una candela?
- Sí, mejor con una vela, como en la vieja escuela —añade doña Georgina—.
- Normalmente siempre las pegamos así. Este era un intento para no sufrir tanto, pero falta práctica, porque la máquina sí funciona —contesta Heidi—.

La asociación del “Aguacatal” ha hecho esta tarde cuatro bolsas de guacamole, dos naturales y dos picantes. Es mucho menos de lo que suelen producir, pero la prioridad de la tarde era compartir aprendizajes. Normalmente tratan de sacar unos 15 kilos cada vez, repartidos en bolsas de 100 o 250 gramos. De momento no tienen prisa, porque fabrican por encargo o para presentar su producto en ferias. También intentan comercializar el guacamole en algunos supermercados del pueblo. La reacción de la gente que lo degusta ha sido muy buena, pero el precio (6000 pesos la bolsa grande, casi 1,38 euros o bien 4000 pesos la pequeña, aprox. 0,95 euros) no acaba de convencer a una región en la que los recursos no abundan.

Ahora, sentadas en el porche de la señora María, y mientras la anfitriona se dispone a hacer tinto para todas, Natalia pregunta a Meri, Jéssica y Mónica, las chicas nuevas, por qué quieren formar parte de la asociación.

- Yo pienso que es bueno para uno saber qué es capaz de hacer. Y si llega a avanzar, hay que pensar en grande. Uno tiene que buscarse sus cosas y no vivir esperanzada por lo que le dé a uno el marido —declara Jéssica, la última mujer en incorporarse al grupo y que ha venido acompañada de su hija pequeña—.
- Es una forma de tener empleo que no sea cortar caña o estar todo el día cocinando —añade Mónica—.



- La idea es sacar el proyecto adelante para que muchas más personas puedan generar empleo y tener algo de presupuesto —completa Meri, que ha venido a informarse del proceso de creación de la asociación.

Heidi actúa de moderadora y conduce la reunión para tratar todos los aspectos urgentes. Explica que la idea es formar una empresa entre ellas, pero que va a ser complicado conseguir los recursos. Habla de que se necesitan 10 millones de pesos (más de 2000 euros) para poder empezar a funcionar. “La idea de asociarnos fue mía. Pienso que podemos beneficiarnos todas y, de paso, también la comunidad”, asegura Heidi.

Crear emprendimientos económicos es una forma de empoderamiento de las mujeres, especialmente en las zonas rurales, donde los marcados roles de género las encorsetan en trabajos reproductivos no remunerados y labores domésticas. Según la Red de Educación Popular entre Mujeres de Latinoamérica y el Caribe, “cuando se visibiliza a las mujeres en la economía salen a la luz también las bases de la desigualdad sobre las que está construido el sistema económico”.

- Por el momento, las personas que entren van a tener que aportar dinero, igual que el sacrificio que hemos ido teniendo nosotras. Pero económicamente eso hace que nos vayamos fortaleciendo más —Heidi introduce el tema delicadamente. Sabe que siempre es difícil pedir dinero y más cuando uno no lo tiene todavía—.
- Yo les diría que, si se van a meter, háganlo con mucho ánimo —las alienta Natalia—. Uno entiende que las dos señoras no estén siempre, porque ya han camellado mucho. Está su apoyo y su conocimiento, porque saben más que nosotras. Pero las demás, tienen que comprometerse. Ahora vamos a sufrir, pero más adelante vamos a estar en un futuro mejor. Uno tiene que ser realista, pararse y decir: “sí, soy capaz”.
- Me gusta el modo de hablar suyo —apunta la señora María— porque no tiene tapujos.
- Ahora sacamos un kilo en una hora y antes nos demorábamos el doble —añade Heidi—.
- Este proyecto es como tener un hogar. Como cuando te nace un niño y tienes que cuidarlo para verlo igual de grande que tú —detalla doña Georgina—.

### **“Necesitamos mujeres berracas”**

La reunión está a punto de alcanzar su punto álgido. La señora María reparte tinto entre las asistentes mientras se disponen a hablar de la independencia económica que tiene cada mujer en su casa. Los espacios de encuentro son un ejemplo de empoderamiento femenino. Sobre todo para todas aquellas mujeres que se han visto afectadas por el conflicto armado. Mediante reuniones y proyectos como el del

“Aguacatal”, las mujeres contribuyen a alterar las relaciones de poder existentes en las sociedades agrarias más tradicionales. Además, como sugieren las economistas Carmen Diana Deere y Magdalena León en su estudio *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, el empoderamiento asociativo de la mujer está relacionado con la acción colectiva que se convierte en poder al multiplicar los poderes individuales. Para las autoras, un grupo que actúa coordinadamente logra más que las personas aisladas y su poderío puede expresarse en la capacidad del propio colectivo para presentar soluciones comunes a sus problemas, a partir de la expresión de todas las potencialidades en una agenda grupal que también se asume de forma individual.

- En el hogar, quiera o no quiera, uno siempre va a tener que comentar con la pareja. Pero dentro de las decisiones que se tomen en la asociación, no se va a tener en cuenta ni la voz ni el voto del hombre — manifiesta Heidi con firmeza—.
- Yo trabajo y entro mis recursos a mi casa. Lo de la asociación lo hago como independiente. Yo digo blanco, porque es blanco. Ya tomé la decisión y se la comunico a mi pareja —afirma Natalia—.
- Yo no apporto recursos a la casa, pero no soy de pedir permiso. Yo me mando sola —explica Mónica—.
- Yo en mi casa tampoco apporto, porque lo poquito que consigo es para mí. Pero en mi hogar la cosa es distinta. Yo estoy interesada y en la asociación mi compañero no va a tener ni voz ni voto. Pero tengo que hablar con él y ver si está de acuerdo. No puedo tomar esta decisión sola —argumenta Jéssica.

Natalia bromea al explicar cómo hace las cosas en su casa y la manera como resuelven los conflictos con la pareja. Todas ríen, el carácter beligerante de Natalia combina bien con su sentido del humor. “Necesitamos mujeres berracas que se quieran unir”, las anima ella. Ser ‘berraca’ es una expresión del lenguaje popular colombiano que se usa para decir que una persona es muy luchadora. Que tras las dificultades que ha tenido en la vida es “una persona echada para adelante”, define Heidi.

- Ahora estamos hablando en poquito, pero luego vamos a hablar en grande — continúa con ánimo Natalia—.
- Lo que pasa que todo niño que da un paso pequeño, llega a grande. Y esto estamos empezando aquí —la acompaña la señora María—.
- Yo solamente quiero decir que estudio los sábados. Para mí ese día es sagrado, porque el estudio es lo más importante —matiza Mónica, la cuñada de Heidi—.
- Se les va a decir con tiempo. A Johanna se le respetan los miércoles, a ti los sábados... —responde Natalia—.

Heidi repasa los aportes que debe realizar cada persona que quiera formar parte de la asociación y el plazo que tiene para comunicar su decisión. “Inscripción y cuotas no se devuelven, pero sí que se devuelve lo que cada persona haya invertido. Yo tengo cita el lunes con los abogados de la Cámara de Comercio para consultarles nuestras inquietudes”, informa Heidi. “En cuanto a la recogida de fondos para la compra de materia prima y el registro Invima, que verifica la calidad y las garantías sanitarias del producto, para mí sería más fácil si entre todas hacemos tamales y los vendemos juntas, por ejemplo”, remarca Heidi Johanna al animar a hacer actividades colectivas. “Piénsenlo, méditenlo y la próxima vez que nos veamos, firmamos estatutos”, concluye.

Anochece en la finca de la señora María. Poca luz, pero mucho sonido. Las canciones infantiles que Emily escucha desde el celular de Heidi actúan como banda sonora de la velada. Algunas niñas llevan horas a la espera de sus madres, aún en asamblea. La conciliación familiar también es un tema que preocupa a las mujeres de la asociación, que asumen la responsabilidad del cuidado total de sus hijos.

- En los viajes, uno se las puede llevar, ¿no? Yo no tengo con quien dejarla — pregunta Mónica—.
- Eso es responsabilidad suya, se la carga en el hombro o como sea — responde Natalia, que no le da más vueltas al asunto—.
- Muchas gracias. Yo soy feliz viendo estas reuniones. Vamos a sacar adelante todo esto —afirma la madre de Natalia, levantándose y dando por concluido el encuentro. Durante la reunión, ha confesado que se planteó dejar la asociación por su enfermedad. Pero ahora sigue con ánimo—.
- Muchas gracias, que Dios las bendiga. ¡Consúltenlo con la almohada! —dice Natalia levantándose para irse con doña Georgina para la casa—.
- La idea es que quede como un grupito bueno. Esta vez, nosotras las invitamos. Después nos buscan a nosotras para comunicarnos su decisión — concluye Heidi con una sonrisa.

Después de la reunión, vuelve el silencio a la finca de la señora María. El turquesa ha desaparecido dando paso a un cielo azul oscuro que también ha engullido el rojo de las paredes de la casa. La señora María se sienta en la entrada de la casa de Heidi. Junto con Bonifacio, que acaba de volver de las moliendas de panela, contemplan la calma del exterior. Entre las sombras se distingue un aguacate que ondea sus ramas y se deja mecer por el viento tranquilo del campo. De lejos, se oye el rumor del noticiero de Caracol TV.

- Bonifacio, ¿me ayudarás a amarrar un pollo? Quiero matarlo mañana para la comida —le pide la señora María a su yerno—.

- No hay problema, voy ahora —Bonifacio se levanta y desaparece en la oscuridad azulada de la finca de la señora María—.

### **Memorias que no son fáciles de narrar**

Como cada sábado, Heidi vuelve al colegio de su infancia. Su hijo Tomás la lleva en la motocicleta. Si no llueve, estos vehículos se convierten en el medio de transporte más práctico y común de la vereda. Casi todos los jóvenes tienen una. A veces, también se pueden observar niños y niñas en las motos, que se suben de a tres para ir al colegio. Como la mayoría de motocicletas no tienen papeles, no son excesivamente caras de conseguir. Los caminos de La Cabaña y sus alrededores son impracticables si uno no sube a pie o en un vehículo todoterreno y los habitantes ya perdieron todas sus esperanzas de que arreglen las carreteras, cuentan que se desviaron los fondos municipales para asfaltarlas. A lo lejos, centenares de texturas verdes que se mezclan entre los cerros. Casi al tocar de las manos distintas plantaciones de cacao, plátano o caña, fruto de la agricultura familiar de los habitantes de la vereda.

“La escuelita de toda la vida. Acá estudiábamos, corríamos...”, suspira Heidi, mientras pasea por el patio del colegio. Hace un día grisáceo, aunque las gradas de color amarillo, azul y rojo aportan un toque de vida al lugar de recreo de los estudiantes. “Algunas cosas han cambiado. Después de que salimos del colegio se creó el comedor. Pero se tiene por tener, ya que acá no llegan almuerzos. Como mucho llega el refrigerio de la bolsita y las galletas”, explica Heidi Johanna. Caminar por el patio le trae recuerdos de cuando ella era pequeña. Memorias que no siempre son fáciles de volver a narrar.

“Estábamos todos acá reunidos cuando llegó la camioneta. El muchacho venía bastante aporreado de antes. Era un chico de por acá de la vereda. No sabíamos si era o no cierto, pero la madrastra decía que había tratado de abusar de ella. Los paramilitares decían que eran los encargados del orden, aunque en esta vereda no se les tenía mucho miedo o respeto. Ese día trajeron al chico, lo llevaron hasta la entrada y le dieron un disparo en la cabeza delante de toda la comunidad”, explica Heidi con tristeza. A continuación, señala una parte del suelo un poco agrietada: “El piso está ya muy gastado, pero durante mucho tiempo se podía ver la marca del disparo”.

“Desde ese día, se vivió una zozobra constante. Cuando la gente les veía, sabía que debía tenerles miedo. Me los cruzaba y no sabía si tirarme al monte o qué hacer. También los animales de uno, si les ladraban, ellos los mataban. Era algo muy escalofriante”, recuerda Heidi. Una de las formas de coerción de las ACMM de Ramón Isaza, según la información del portal *Verdadabierta.com*, fueron las reuniones forzadas con las comunidades, donde el grupo paramilitar buscaba

infundir temor al punto de que los pobladores se percibieran como futuras víctimas y optaran por tenerles lealtad. Las ACMM también amenazaban a las personas que tenían un comercio en la vereda, para obligarles a entregar una parte de sus ganancias.

En el tiempo en el que los paramilitares estaban en la vereda, alrededor del 2000, Heidi recuerda la poca libertad de movimientos que tenía la población. Los paramilitares andaban con radios y habían instaurado distintos puntos de control. Paraban los carros para controlar quién entraba y salía de la vereda. “Ellos nos ordenaban salir, nosotros salíamos. Decían ‘usted hace esto, tiene que responder por esto’”, explica Heidi cuando detalla el orden social que los paramilitares habían impuesto en la zona. Cinco años después de que los paramilitares del Frente Ramón Isaza llegaran a la vereda, acusaron a Heidi.

“Yo salí desplazada en el 2005. Me hicieron ir porque decían que teníamos que ver con la guerrilla”, narra Heidi. Desde hacía unos años Heidi vivía con su pareja y los padres de él. A medida que avanza en su historia, su suave tono de voz se va entrecortando. Heidi se fue para Bogotá con su hijo Tomás y allí se encontró con su pareja, a quien habían desplazado antes. “Mi estadía en Bogotá fue dura. Me tocaba trabajar y dejar al niño con personas que me lo cuidaran, pero que en realidad me lo maltrataban. Entonces también me separé del papá del niño”. Durante el tiempo que estuvieron juntos, Heidi explica que su pareja la maltrataba y que esta realidad ocurre en muchos hogares de la vereda, pero que es muy duro imponerse, porque dependen económicamente del hombre y además sienten que tienen que aguantar por su hijo. “Por eso también quiero sacar adelante mi autonomía”, afirma.

El empeño de Heidi en capacitarse para conseguir su independencia no se quedó en su propio espacio personal. Ella misma impulsó la idea de que otras personas de la vereda tuvieran la posibilidad de estudiar el bachillerato los fines de semana. Ahora hay dos aulas repletas de estudiantes, una de adultos y otra de jóvenes que entre semana trabajan, son madres o no quieren estudiar tantos días. “Me tocó ir casa por casa a explicar cómo funcionaba”, recuerda alegre Heidi. En un proyecto social conoció al profesor del proyecto “Idear”, que le dijo que si completaba un grupo de 15 personas él traía a sus docentes. Pero muchos habitantes de la vereda desconfiaban del proyecto “porque sentían que se iban a aprovechar de la gente del campo para sacarles plata”, explica Heidi. Al final, consiguió formar el grupo de adultos. El proyecto fue tan bien que ahora ya hay dos líneas de estudio. Lo complicado es conseguir el dinero para pagar la mensualidad de las clases: “Acá hay muchas mujeres y muchos hombres que ni siquiera tienen la primaria. La idea era que aquí lo pudieran terminar, pero muchos se desmotivan porque no tienen los recursos suficientes para poder pagarlo”.

Tras el conflicto armado, se han resignificado los lugares y espacios sociales del territorio. Muchos, marcados por la violencia, se han convertido en una fuente de peligro. También la inseguridad y el miedo han contribuido a generar desconfianza entre los habitantes de la zona. Este hecho impide tejer relaciones sociales o de apoyo. La Cabaña es un claro ejemplo de ello. “Lo que tiene esta vereda es que llegarles al corazón de las personas es muy complicado. La comunidad es muy esquiva”, razona Heidi. Aun así, su perseverancia hizo que muchas mujeres de la vereda se implicaran en diversos proyectos.

En unos meses se va a graduar la primera generación de estudiantes y Heidi lo siente como un logro. Nadie la entiende del todo. Creen que le pagan por venir al colegio los fines de semana a gestionar los recibos. Pero Heidi se siente complacida con verlos estudiar, así les cueste comprender por qué hace actos de los cuales no se beneficia. “Me dicen, usted parece boba, ahí matándose para la comunidad, cuando ellos no agradecen. Pero así no me agradezcan, eso me hace feliz, me motiva”, sonríe Heidi. El colegio está sumido en silencio a pesar de tener dos aulas en funcionamiento. Los alumnos de la primera promoción hacen una prueba preparatoria para el ICFES porque por la tarde viajan para Ibagué: mañana presentan el examen. La profesora les da los últimos consejos: “No olviden administrar el tiempo durante el examen. Deben centrarse en sus puntos fuertes y no entretenerse tanto en aquello que les cueste más”.

El año pasado, Tomás dejó de estudiar. Quería trabajar y aportar en la casa. También anhelaba crear un hogar. Heidi se vio reflejada en su hijo. Se dio cuenta que, en vez de pensar en su futuro, tomaba el mismo rol que ella había tenido de joven. “Ahora le toca estudiar, y si por eso yo tengo que volverme dos, me volveré dos. Pero usted tiene que terminar de estudiar, hacer una carrera, lograr lo que yo no he podido hacer, disfrute su vida. Es lo único que le queda a uno para contar”, le decía Heidi a Tomás. A Heidi le marcó mucho lo que le dijo un amigo suyo en Bogotá, cuando trabajaba en un almacén.

- ¿Para qué se va a devolver a su casa? —le decía su amigo, con una mezcla de rabia y de cariño—.
- Quiero estar con mi mamá —contestó Heidi, que la echaba de menos. Hacía años que no la veía. Después del desplazamiento no había vuelto a la vereda—.
- Si usted quiere ayudar a su mamá, primero surja usted y luego ahí sí le ayuda. Pero si usted va a ir a echarse encima de su mamá, ni surge usted ni la deja surgir a ella.
- ¡Ay! ¿Sabe qué? No me vuelva a hablar —le soltó Heidi, enfadada.

“Hoy me doy cuenta de que tenía toda la razón. Si le hubiera hecho caso, yo podría estar ayudando más a mi mamá y viviría un poco mejor. Me he dado cuenta de que

en el campo hay muchas cosas por las que luchar por el otro, mientras que en la ciudad uno vive para sí mismo”, reflexiona Heidi. “Eso mismo quiero que aprenda mi hijo. Que conozca más personas, que disfrute, que se dé cuenta que la vida no es solamente un cajoncito ahí. Que viva, que logre muchas cosas. Aunque yo todavía aspiro a hacerlas, me enfoco en él, porque es todavía joven”, suspira Heidi.

Las paredes de la entrada de las aulas están decoradas con recortes de colores que dan la bienvenida a los más pequeños. Tienen el poder de abrir la mente a las futuras generaciones de la vereda, de romper con los roles de género y con los estigmas hacia las personas campesinas. Heidi ansía que el colegio prospere, pero el centro educativo no es propiedad del municipio. “Mientras sea de un privado, la administración no lo va a cuidar”, lamenta. Entre las decoraciones destaca una que describe el significado de los colores de la bandera: amarillo por la riqueza de las tierras, azul por el mar y los dos océanos que rodean Colombia y el rojo por la sangre que los patriotas vertieron en los campos de batalla para conseguir la libertad.

### **Cocinar con fogón es símbolo de comunidad**

La señora María ha cumplido su palabra. Hoy hay pollo para toda la familia. Los Rojas almuerzan en la terraza de la cabeza de familia. Carne, arroz, plátano y jugo, ingredientes esenciales en toda comida de campo. Además, hoy también quedan los restos del guacamole que prepararon ayer con la asociación. Cada vez llegan más comensales y esto hace que las sillas estén en constante movimiento para hacerse sitio las unas a las otras. Es buena señal. La familia está reunida.

Mientras comen, la señora María cuenta anécdotas de la infancia de sus hijos: “Víctor siempre le movía la mesa a Heidi cuando comía carne. Ella no se daba cuenta, pero hacía ver que ya no quería más carne, porque le daba vergüenza no poder cortarla”. Víctor quiere mucho a su madre. Si no fuera por la señora María, él no viviría en la vereda. De joven entró a trabajar en el ejército, para poder contribuir mejor a la economía familiar. Pero a los 22 años le explotó una mina y perdió su pierna derecha y parte de la izquierda. Ahora camina gracias a una prótesis y “tiene una pensión, pero no es suficiente para todos los gastos que tiene uno. A veces, sale a trabajar y a deshierbar, pero es poco lo que él puede hacer en el campo”, describe Heidi.

A Heidi no le gusta el pollo criollo, porque el animal come de todo lo que encuentra en el campo: “Antiguamente, cuando no había letrinas, la gente hacía sus necesidades en cualquier lado y las gallinas se lo comían. También se alimentaban de culebras, sapos o ratones...”. En el almuerzo, Heidi come un pollo blanco que le trajo Bonifacio cuando volvió del trabajo. “Supuestamente estos son limpios”, se justifica. Aun así, su predilección es la pasta con leche y pollo. Mónica y Víctor son

de los primeros en levantarse de la mesa. Tienen que bajar a Mariquita, pues hoy en la tarde Mónica viaja a Ibagué para hacer el ICSES. No parece nerviosa, ha repasado todo lo que ha podido y ya no se puede exigir más.

Después de comer, Heidi y su madre pasean hasta un campo en lo alto de un monte, desde donde se pueden contemplar otras veredas. Durante el camino, ambas identifican las enfermedades de las plantas. Se paran a examinar el cacao, las ramas de los árboles... Hace ese sol que lo baña todo en oro y el cielo está despejado. El campo donde llegan es idílico. Los ojos no consiguen abarcar todo el paisaje que ofrece el lugar.

“Acá era”, dice Heidi a los segundos de llegar. Se queda unos instantes contemplativa y recuerda. “Acá era donde enterraban a los muertos. Como se trata de un punto tan alto, tenían una vista panorámica de todos los movimientos de su alrededor. También disponían de acceso a la carretera. Aquí estuvo la Fiscalía sacando los cuerpos que había enterrados”, explica Heidi. El terreno ha cambiado mucho desde que lo frecuentaban los paramilitares. Antes era más boscoso y había plantación. En uno de sus extremos los paramilitares tenían un tanque con gasolina con el que recargaban los carros. “Cuando se hicieron los levantamientos, uno no sabía de qué vereda eran esas personas. Pero es mejor no preguntar, por la seguridad de uno y de la misma comunidad”, afirma Heidi de manera prudente.

“¿Es muy duro acordarse cierto? Son momentos que uno ya pasa, pero que le tocan cuando los vuelve a narrar”, explica Heidi. Recuerda perfectamente el miedo que sufrió al agarrar su maleta para partir carretera abajo. Aun así, decide contarlo: “Pienso que estas vivencias son lo que hace que la historia se cuente”. Heidi lo narra con la voluntad de que pueda llegar a más personas y se den cuenta de lo que pasó, del sacrificio que les ha tocado vivir a las mujeres y de su empeño de salir adelante: “Que no solamente nos vamos a quedar ahí, sino que podemos mucho más”.

“Uno deja de vivir muchas cosas cuando sufre un desplazamiento forzado. Yo me considero víctima. Mi hijo creció sin tener una niñez al lado de su abuela, de sus tíos... En ese entonces, yo vivía bien acá. Éramos pobres, pero no nos faltaba comida o un techo bajo el que dormir”. En Bogotá, Heidi decidió denunciar los hechos que le obligaron a desplazarse para conseguir una ayuda económica. “Yo declaré el 25 de marzo del 2005. Hacía 8 días que me había ido de la vereda, me acuerdo perfectamente. El juez me pidió que mostrara algo de donde venía y le enseñé el tiquete del transporte. Me dio ayuda para la alimentación y el arriendo, pero eso no era suficiente. La plata que le puedan dar a uno nunca le va a sanar lo que vivió”.



Para Heidi, no hay bastante con hacer la declaración y que le den ayudas humanitarias. “No llegó una ayuda real en sí, ni ayuda psicológica, ni capacitaciones, ni un puesto de salud, ni arreglar las carreteras bien... No, no hay ayuda”, reivindica Heidi, que anhela estabilidad para poder prosperar en la vereda. Heidi es una lideresa social: valiente, luchadora, segura y con ambición para crecer. Pero no siempre se ha reconocido así. Hace apenas una semana fue la primera vez que se pensó como líder. Estaban en un evento en el que enseñaban el guacamole y todas las mujeres de la asociación enviaban a los interesados a hablar con Heidi. Aun así, asumir el rol de lideresa social es difícil. “Sinceramente me da miedo, me da mucho miedo. Mi mamá me dice que tocar tantas puertas después de que hayan matado a tantos líderes sociales no es bueno. Pero yo siento que Dios me trajo acá para grandes cosas. No va a ser fácil, y de pronto cuando uno toca tan alto es cuando empieza a hacerse notar y a temer por su vida. Pero estoy dispuesta a luchar, porque yo sé que lo que yo haga va a ser un ejemplo para muchas mujeres y sobre todo para mi hija”, declara Heidi.

Heidi y su madre bajan de la loma, mientras observan las terneras que rondan el campo. Lo que antes el sol teñía de dorado ahora comienza a arder. Heidi valora mucho a su familia. Gran parte de la fortaleza de Heidi surge de la voluntad de ser un modelo para Tomás y para Emily. De acuerdo con el libro *La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia*, ellas “sienten un compromiso tan grande de sacar adelante a sus criaturas que a veces lo hacen a costa de ellas mismas. Pero también los y las hijas son expectativa y esperanza de futuro. Se proyecta en ellas y ellos la posibilidad de una mejora, de una hipotética realización de lo que a ellas no les fue concedido. En cierta medida también constituyen una esperanza de sentido, de que el propio sufrimiento no haya sido en vano, que haya servido para otros”.

Las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio se desmovilizaron en el 2006 tras dejar un rastro de violencia en gran parte de Colombia. Según documentó el Centro Nacional de Memoria Histórica en su informe *¡Basta ya!*, los paramilitares cometieron atrocidades, asesinatos, masacres, desapariciones y violencia generalizada. Cuatro de cada diez asesinatos selectivos de los 23.154 documentados entre 1981 y 2012 fueron perpetrados por las autodefensas.

Heidi volvió a la vereda en 2011. “Era bonito volver a ese tiempo de antes, donde uno se sentaba al lado del fogón a tomar tinto y a hablar de todo lo que había pasado”, recuerda. “Me di cuenta de que habían sucedido muchas cosas desde que no estaba. Personas que se habían ido, personas que habían pasado por prisión injustamente... Era difícil comunicarse entonces, porque para ello la familia tenía que bajar al teléfono público del pueblo y llamarme donde estuviera”, explica Heidi.

Cuando Heidi y su madre llegan a la finca ya ha oscurecido. “Si le va a servir a alguien contar lo que me pasó, con gusto lo volvería a hacer porque, aunque fue duro, sé que son cosas de las que aprendí mucho y si no las hubiera vivido... No seré la más madura, pero no tendría la madurez que tengo ahorita y la firmeza para salir adelante”, concluye Heidi. La señora María se ha adelantado un poco. Entra en el hogar y calienta el caldo que ha cocinado con las sobras del almuerzo. Es para sus perros, a quienes de vez en cuando les cocina. Igual los perros no lo distinguen, pero el caldo de hoy tiene sabor a fogón. De tanto en tanto, para no gastar gas, la señora María enciende su cocina de leña. Así el humo del fogón no sea bueno para sus pulmones, simboliza que ha preparado una gran comida para la ocasión. Ocasiones, como la de hoy, en las que se junta la familia, ocasiones en las que se teje comunidad.

## ANEXO 8. Cápsulas audiovisuales

El siguiente enlace conduce al canal de Youtube “Proyecto Berracas” donde aparecen las cápsulas audiovisuales elaboradas en este proyecto.

<https://www.youtube.com/channel/UCnGv5ksrcmYiRfYwM-18VDg/featured>

